LÍNEA DE VIDA

Saga Blackbird · Libro 1



EMILY LOCKWOOD

Línea de vida

(Saga Blackbird 1)

Emily Lockwood

Copyright © 2025 Emily Lockwood
Todos los derechos reservados

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

Puedes encontrarme en:

Amazon

Twitter

Facebook

Instagram

Email: e.lockwoodspain@gmail.com.

Otros libros de Emily Lockwood

Saga Blackbird:

(Haz clic en la imagen o título)



Contenido

Otros libros de Emily Lockwood

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55

56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
Epílogo
La saga continua en:
Opinión

1

Théo

La mirada suplicante de mi director general no iba a hacerme cambiar de opinión. La reunión había sido larga y tensa. Extenuante, en realidad. Los japoneses eran unos empresarios exigentes, difíciles de convencer, pero por fin pude hacerles ver los beneficios que obtendrían si su inversión europea se concentraba en Blackbird, la primera productora audiovisual de Francia, en lugar de dividirse en otros sectores, empresas o países. Había necesitado tres días de reuniones maratonianas para alcanzar un acuerdo satisfactorio para ambas partes: los japoneses renunciaban a controlar la empresa, que seguiría en mis manos como fundador y presidente, y a cambio ellos recibirían un dos por ciento adicional de los beneficios.

Le sostuve la mirada a Kyllian, mi amigo y director general de Blackbird desde que la empresa echó a andar. Me miró y me dedicó una de las sonrisas burlonas que tan bien conocía. Luego abandonó el inglés, idioma en el que nos comunicábamos con nuestros nuevos socios nipones, y me habló en francés, supongo que para que nadie más que nosotros entendiera lo que tenía que decirme.

—Vamos, no va a pasar nada —dijo Kyllian con cara de póker—. Solo quieren celebrar el éxito de las negociaciones corriéndose una buena juerga. Ten un poco de cintura. ¡Son japoneses! En su país esto debe de ser normal.

—¿Te parece normal que quieran ir a una discoteca «a conocer chicas»? ¿Qué se han creído? —protesté.

—Creen que eso es normal en Francia, para ellos eso es el colmo de la sofisticación.

—Por favor…

Suspiré y meneé la cabeza de un lado a otro, un gesto que no pasó desapercibido a uno de mis nuevos socios.

—*What's going on? Can we get out now?*

El resto de sus colegas, cinco hombres trajeados de abundante pelo oscuro y ojos rasgados, interrumpieron sus conversaciones para mirarnos con atención.

—No te queda otra, tío —musitó Kyllian sin dejar de sonreír—. Estos son capaces de echarse atrás si no les das lo que quieres.

Todo aquello no me hacía ninguna gracia. Ignoré las miradas del resto de japoneses y le dediqué una mirada furiosa a mi amigo, que quizá estuviera a punto de dejar de serlo.

—Sabes que no me gustan ese tipo de fiestas.

—Lo entiendo, de verdad que lo entiendo. Haremos una cosa —continuó Kyllian, acercándose a mí—. La discoteca *Le chat noir* celebra esta noche una fiesta con desfile de moda y degustación de champán. Es justo lo que necesitamos, chicas guapas y alcohol. Vienes con nosotros, entras en el local, saludas, pagas y te vas. Una vez allí, no les importará que te quedes o te vayas. Eres el jefe, el dueño de la empresa. Se ofenderán si no vienes.

Apreté las mandíbulas. Lo único que me apetecía era irme a casa, cambiar el traje por la ropa de deporte y correr en la oscuridad hasta que mi cuerpo derrotara a mi mente. Correr hasta agotarme.

—Está bien. Iré —accedí por fin—. Pero será como tú has dicho: entraré y me marcharé sin ni siquiera sentarme. Encárgate de la cuenta, ya pensaremos luego el modo de repercutírsela. Solo me faltaba pagarles las juergas…

Kyllian dio una palmada y se puso de pie.

—*Well, let's go. There's much to celebrate.*

Le chat noir se anunciaba como una discoteca con música en directo y eventos variados, como el desfile de moda que anunciaban para esa noche, pero todo el mundo sabía que allí era donde

acudían las aspirantes a actrices y modelos para dejarse ver e intentar acercarse a los productores y directores que lo frecuentaban. Me daban asco. Hombres hechos y derechos babeando detrás de las jovencitas y haciendo promesas que jamás cumplirían.

Yo era lo bastante conocido en el mundillo audiovisual como para que me asaltaran en cuanto ponía un pie en el local. Por eso lo odiaba. Y, sin embargo, ahí estaba, encabezando un llamativo grupo formado por seis asiáticos sonrientes y dos franceses trajeados que trataban de abrirse paso a través de la pista abarrotada en dirección a la barra.

Sentí las miradas de decenas de personas clavadas en nosotros, en mí. Vestidos de lentejuelas, labios color sangre, párpados excesivamente maquillados… Todo el mundo bailaba al ritmo enloquecido de la música, la mayoría con un vaso en la mano y demasiado alcohol en el cuerpo.

No es que yo fuera un santo. Me gustaba divertirme, pero lo que no me gustaba en absoluto era mezclar los negocios con el placer, y esos japoneses eran parte de los negocios. Además, mi concepto de pasármelo bien no incluía grandes cantidades de alcohol, drogas o locales como *Le chat noir*. Prefería algo más… privado.

Kyllian me dio un par de golpecitos en el hombro para llamar la atención.

—Míralos —me dijo, señalando a nuestros nuevos socios—. Están felices.

—Tú sabes lo de la enzima esa que les falta a los asiáticos y que hace que no metabolicen bien el alcohol, ¿verdad? —le pregunté. Lo vi fruncir el ceño y asentir sin comprender—. Pues vigílalos de cerca y asegúrate de dejarlos sanos y salvos en su hotel. Yo me voy —añadí.

—Espera un poco más —me pidió—. He llamado mientras veníamos y he reservado un par de mesas arriba. Las modelos desfilarán justo por delante.

No me lo podía creer. Kyllian sonreía como un chiquillo mientras le hacía una seña a una de las camareras, una joven con un vestido rojo cortísimo y un collar de perro en el cuello. Kyllian se acercó a ella y luego la chica sonrió, le respondió al oído y se alejó.

—Me ha dicho que la dueña en persona nos va a acompañar a nuestras mesas —dijo—. ¿En serio te vas a marchar?

—No te quepa duda —respondí—, ahora mismo.

2

Olivia

—No puedes pedirme algo así. No, de ninguna manera.

No daba crédito a lo que Nicole me estaba pidiendo. Llevaba diez minutos dando vueltas de un lado a otro del despacho de mi jefa, Nicole Labelle, que me miraba desde su sillón negro con los codos apoyados en la mesa de madera.

—Tranquilízate, ¿quieres? No te lo pediría si tuviera otra alternativa. Olivia, por favor…

Me detuve un instante y miré hacia la pared que había detrás de Nicole. En ella, seis pantallas ofrecían en tiempo real lo que otras tantas cámaras recogían en el piso de abajo. Gente bailando, luces de colores, camareros que corrían de un lado a otro de la barra…

Al fondo se había instalado una pasarela elevada por la que las modelos desfilarían dentro de pocos minutos. Y ahí era donde estaba el problema. Nicole Labelle, propietaria de *Le chat noir* y antigua meretriz, era ahora una reputada empresaria del ocio nocturno. Sin embargo, el hecho de no haber ocultado nunca su pasado provocaba en ocasiones situaciones muy incómodas, como cuando algunos clientes pretendían encontrar allí servicios de «profesionales».

La leve cojera que la obligó a dejar el oficio más antiguo del mundo comenzó al pie de una escalera. Llegó hasta allí rodando, a trompicones, después de que un cliente borracho la empujara sin miramientos. Nicole me contó una vez que ni siquiera recordaba el motivo de su enfado. Cualquier excusa servía para golpear a una prostituta, y nadie hacía nada. Pero ella no estaba dispuesta a que ninguna de sus trabajadoras sufriera daño alguno, así que cada noche vigilaba las pantallas como un halcón y avisaba al servicio de seguridad al menor atisbo de violencia. No toleraba a los clientes

sobones que manoseaban a las camareras, y echaba sin contemplaciones a quienes les ofrecían dinero por acompañarlos a un hotel. Marco y Pavel no hablaban francés, así que no podían entender las súplicas, explicaciones o amenazas de los agresores, que acababa indefectiblemente de patitas en la calle, y tenían suerte si llegaban al suelo sin heridas, hematomas y con todos los dientes.

Dejé de mirar las pantallas y volví a centrarme en Nicole, que me miraba con los ojos vidriosos.

—No voy a bajar, no voy a acompañar a esos tipos hasta ningún sitio y, desde luego, no voy a presentar el desfile —insistí—. ¿Qué se supone que voy a decir? Además, mírame —le pedí, extendiendo las manos para que pudiera verme bien. Esa mañana me había puesto un sencillo vestido gris de lana y una chaqueta negra entallada. Llevaba unos zapatos negros de tacón y el pelo recogido en un moño informal que a esas horas ya parecía más un amasijo de hebras rubias que un peinado.

—Nunca te lo pediría de no encontrarme tan mal. Llevo dos días con fiebre, no puedo presentarme así ante un grupo que va a dejarse una buena cantidad de dinero en el local. Han reservado dos mesas y ya han pedido cuatro botellas de champán. Por favor, Olivia, es la primera vez que te lo pido. Y sobre el desfile…

—Esa es otra —exclamé sin poder contenerme—. ¡Nunca he hablado en público! ¿Qué se supone que voy a decir? Me moriré de vergüenza, me quedaré sin palabras y haré el ridículo más espantoso.

—Lo harás bien —respondió Nicole con voz tranquila—. Lo tengo todo escrito, solo tienes que caminar hasta el final de la pasarela, leer estas pocas líneas y marcharte. Eres preciosa y elegante, tienes una voz maravillosa y eres una mujer culta, lo harás a la perfección. Por favor, querida…

La miré un momento con el ceño fruncido. Nicole tenía mala cara. Los ojos brillantes, las mejillas encendidas… Seguramente el termómetro confirmaría que superaba los treinta y ocho, pero lo que me estaba pidiendo era demasiado.

La súplica llegó acompañada por un fuerte acceso de tos. Nicole se llevó la mano al pecho y luego a la frente.

—Me duele terriblemente la cabeza —dijo con voz acongojada—. Si me echas una mano, podré marcharme ahora mismo y meterme en la cama.

Tosió de nuevo, mirándome a los ojos.

—¡De acuerdo! —accedí levantando las manos en señal de rendición—. Bajaré, saludaré a los de las mesas, leeré ese papel y nada más. Pero no esperes que les dé ni un segundo de conversación.

—No hará falta —le aseguró Nicole, visiblemente aliviada—. Son asiáticos, solo quieren pasarlo bien. Son generosos y no suelen montar bronca. Gracias, Olivia —añadió—. Te debo una.

—Una de las gordas, ni lo dudes.

Di media vuelta y salí del despacho. Caminé decidida hacia las escaleras, pero mi valor empezó a tambalearse con cada peldaño que bajaba. Sacudí la cabeza. Nunca entraba en la sala de fiestas cuando el local estaba abierto, y solo cuando era imprescindible el resto del tiempo. Mi trabajo consistía en llevar la contabilidad de la empresa. Contratos, pedidos, licencias, permisos, facturas, recibos… Además, yo siempre entraba y salía por el patio trasero, al que accedía dando un largo rodeo a la manzana. No sabía por qué, pero no me gustaba que me pudieran relacionar con ese ambiente. Yo soy, básicamente, una contable, nada más.

Me detuve frente a la puerta doble que daba paso a la discoteca. El suelo vibraba bajo mis pies al compás de los bajos que los poderosos altavoces multiplicaban por mil. A pesar del grosor de la puerta antiincendios, podía oír la algarabía al otro lado. Me sudaban las manos. Quizá todavía estuviera a tiempo de echarme atrás…

No fue así. Sentí que alguien me agarraba del brazo y tiraba de mí. Miré hacia abajo y vi una mano de piel como el ébano y uñas rojo sangre. Levanté la vista hasta encontrar los ojos de Adele, una de las camareras. Me guiñó un ojo maquillado con purpurina azul mientras sonreía abiertamente.

—Nicole me ha pedido que te escolte —me dijo—. Tranquila, no me moveré de tu lado. Si hace falta, moveré el culo por ti —añadió con un nuevo guiño—. Tal como vas vestida nadie se fijará en ti, así que relájate.

Acto seguido, Adele empujó la puerta y la música nos envolvió. La camarera me cogió de la mano y tiró de mí de forma que no me quedó más remedio que seguirla. Como había prometido, se contoneaba dentro de un vestido minúsculo, corto, escotado y cubierto de lentejuelas plateadas. Además, Adele estaba subida en unos tacones imposibles sobre los que, sin embargo, era capaz de correr, bailar e incluso saltar. Tenía unas piernas largas y poderosas, unas caderas estrechas, cintura de avispa y un pecho generoso y voluptuoso. Era una diosa, y lo sabía.

Suspiré y la seguí mientras se abría paso entre la multitud, que se apartaba al verla llegar y la contemplaba sin pudor, con una sonrisa en los labios y el deseo dibujado en los ojos.

—¿Cómo lo aguantas? —le pregunté.

Adele se giró y me miró sin comprender.

—¿A qué te refieres?

Señalé a la gente con la mano que tenía libre.

—Te miran como si quisieran… No sé, como si quisieran comerte.

Adele soltó una carcajada cantarina.

—He sido invisible toda mi vida —me dijo—, no me importa que me miren, hacen que me sienta de verdad.

—Eres de verdad —protesté.

—Ahora lo sé —añadió, seria por un segundo.

La música y el ruido se aplacaron un poco cuando llegamos a las escaleras que conducían a las mesas reservadas, pero recuperaron el volumen en cuanto salimos al pasillo superior. Adele avanzó hasta las dos mesas centrales, donde se había acomodado un grupo de ocho hombres, seis asiáticos y dos europeos. Todos parecían estar divirtiéndose mucho excepto uno de ellos, uno de los occidentales, un tipo alto de pelo ondulado y hombros anchos que miraba a sus

acompañantes con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Llevaba un traje azul oscuro que le sentaba como un guante. Los puños de la camisa blanca sobresalían lo justo de la manga y dejaban ver unos gemelos plateados con las iniciales TG.

Antes de que pudiera seguir mirándolo, se puso de pie y se situó delante de nosotras. Adele se hizo a un lado.

Bien, era mi turno.

Estiré la espalda, apreté los brazos a los costados para evitar cruzarlos sobre mi pecho, que era lo que en realidad deseaba hacer, y los saludé con una sonrisa discreta y una inclinación de cabeza. Luego me centré en el tipo que tenía delante y que me miraba como si estuviera analizando un insecto a través del microscopio.

Tenía los ojos verdes y el pelo de un rubio oscuro que me recordó a…

No pude seguir pensando. Uno de los japoneses lanzó una carcajada estridente y el resto del grupo se le unió en el acto. Luego levantaron sus copas y las apuraron de un solo trago. Era un champán carísimo, qué manera más tonta de desperdiciarlo. Fruncí el ceño y apreté los labios. El tipo que se había levantado se giró para comprobar qué me había disgustado. Me pareció que sonreía levemente, pero no puedo estar segura. Luego volvió a mirarme. Tenía los ojos más verdes que había visto en mi vida.

Adele carraspeó a mi lado y me obligué a reaccionar.

—Bienvenidos a *Le chat noir* —dije, inclinándome levemente en su dirección.

Los tipos asiáticos me miraron con la boca abierta.

—No hablan francés —dijo el tipo que tenía enfrente.

Cogí aire y lo solté despacio. Luego intenté sonreír. Nicole no me perdonaría que fuera grosera. Creo que lo conseguí, porque los orientales se levantaron y me saludaron con obsequiosas inclinaciones más o menos pronunciadas en función de su ingesta previa de alcohol.

—*Welcome to* Le chat noir*. I hope you enjoy the evening. The parade will begin shortly. If you need anything, Adele will be your waitress. You can call her by pressing that button.*

—¿En serio? —me preguntó Adele en voz baja. Yo me encogí de hombros. Bastaría con que les subiera otras cuatro o cinco de botellas de champán, no aguantarían mucho más.

Los japoneses la miraban con la boca abierta.

—Creo que están tan borrachos que no han entendido ni una palabra —le dijo el segundo de los occidentales, un joven fornido y moreno que no dejaba de sonreír—. Pero la seguirán como perritos falderos a donde los lleve. Y yo también, por supuesto…

—Quédense aquí —le corté.

—Y usted es… —preguntó el hombre de los ojos verdes.

¿De verdad era necesario que le diera mi nombre? Creo que apreté de nuevo los labios, porque lo sorprendí mirando mi boca.

—Olivia Roussel —respondí—. A la señora Labelle le habría gustado saludarlos en persona, pero no se encuentra bien. Les envía su más cordial bienvenida —añadí.

Decidí que ya era suficiente. Incliné de nuevo la cabeza levemente y di media vuelta. Me quedaba el marrón del desfile…

—No me ha preguntado mi nombre —dijo una voz a mi espalda.

Me detuve un segundo y giré solo la cabeza.

—Lo veré en la factura —respondí—, tiene usted pinta de ser el que va a pagar la fiesta.

Acto seguido me dirigí a las escaleras.

—¡Madre mía! —exclamó Adele a mi lado—, lo has dejado helado.

—No será para tanto —dije.

Dios, esperaba que no se quejara a Nicole. Se iba a enfadar mucho si se enteraba de que había sacado a pasear el mal genio que reservaba para los proveedores…

—Sonreía cuando te has ido, tranquila.

Pero no estaba tranquila. La música había bajado de volumen y todo el mundo se acercaba a la pasarela que rodeaba la pista. Las modelos saldrían del fondo, recorrerían la pasarela y luego subirían al piso de arriba antes de volver a bajar y salir por la pista.

Rodeé la zona de baile y crucé el enorme telón instalado para garantizar la privacidad de las modelos y de los sastres y peluqueras que las vestían y peinaban. Ahí detrás todo era un caos. Chorros de laca, ajustes de última hora, chicas buscando uno de sus zapatos… De pronto, una mujer menuda vestida enteramente de negro dio dos fuertes palmadas y todo el mundo se detuvo y guardó silencio. Era madame Bertier, la responsable del desfile. Había tenido que hablar con ella varias veces durante las últimas semanas para organizarlo todo. Era una mujer dura y exigente, una buena profesional que no se conformaba con mediocridades. Me cayó bien a pesar de la sequedad de su trato.

Cuando estuvo segura de que todo el mundo le prestaba atención, empezó a hablar con voz pausada.

—Queridas —dijo—. Todo está listo. Lleváis encima las mejores creaciones de los mejores diseñadores de París, honradlas como se merecen. Sois preciosas, sois diosas, sois las mujeres más bellas del universo. No dudéis, no titubeéis. Sois las reinas, demostradlo.

Tras un segundo de silencio, todo el mundo irrumpió en aplausos, incluida yo. Esas pocas palabras nos habían emocionado a todos.

Madame Bertier se acercó a mí y me obligó a agacharme para plantarme un sonoro beso en cada mejilla.

—Querida Olivia, es un placer verte. ¿Dónde está Nicole? —preguntó.

—Está enferma —respondí—, yo la sustituiré en la presentación.

Madame Bertier dio un paso atrás y frunció el ceño.

—No así —dijo, moviendo el brazo arriba y abajo para señalar todo mi cuerpo.

—Sé que no es lo más apropiado —me excusé—, pero no sabía que…

Madame Bertier se giró y buscó a alguien con la mirada. Cuando lo encontró, levantó una mano para llamar su atención.

—¡Antoine! Ocúpate de la pequeña Olivia. Tienes diez minutos.

El tal Antoine, un joven rubio sumamente delgado que ocultaba sus ojos oscuros detrás de unas gafas enormes, me miró de arriba abajo con el ceño fruncido mientras hacía unos curiosos sonidos guturales.

—Claro —dijo por fin—. Por aquí, por favor.

Atónita, lo seguí hacia el fondo del camerino improvisado y me indicó que me sentara en una silla frente a un espejo enorme. Al instante, una mujer de pelo negro y enorme sonrisa apareció a mi lado.

—Natural, rosados, brillo, melena suelta —dijo Antoine—. Ahora vuelvo.

—Por supuesto —respondió la mujer. Luego se volvió hacia mí y le sonrió a mi reflejo en el espejo.

—Hola, querida.

¿Todo el mundo llamaba «querida» a todo el mundo?

La maquilladora retiró con un disco de algodón los restos del maquillaje que me había puesto por la mañana y luego me indicó que cerrara los ojos. Obedecí, no podía hacer otra cosa. Sentí sus manos en mi cara, en los ojos, en la nariz. Me acarició con brochas y pinceles, esparció polvos y cremas sin un criterio aparente y jugó con mi pelo durante un rato.

—Lista, querida —dijo por fin.

Guau. Estaba impresionante. Mi melena rubia nunca había brillado así. Caía con suavidad sobre el hombro derecho en una ondulación que parecía natural. Estudié el maquillaje. Era ligero, nada estridente, en tonos rosados y tostados y un poco de brillo en las mejillas y en los labios, como Antoine había pedido.

Hablando del rey de Roma, en ese momento el asistente de madame Bertier apareció a mi lado y me mostró lo que traía. Colgado de una percha había un precioso vestido en tonos rosas y

malvas. El escote palabra de honor iniciaba un corpiño ajustado que se ceñía en la cintura para convertirse después en una falda vaporosa hasta las rodillas por delante y larga hasta el suelo por detrás. En la otra mano llevaba unos zapatos plateados de tacón altísimo.

—Creo que te servirá, tengo buen ojo para las tallas —me dijo con una sonrisa.

—¿Dónde me cambio? —le pregunté.

Él soltó una breve risotada.

—Aquí mismo, tontita. No tienes nada que no hayamos visto mil veces solo hoy.

Miré a mi alrededor. Había decenas de personas que iban de un lado a otro mientras las modelos comenzaban a ocupar su sitio en la fila. Tenía que darme prisa.

Suspiré y me quité los zapatos. Luego me libré de la chaqueta y del traje de lana. Un segundo después, Antoine me ayudó a ponerme el vestido, me colocó el escote y colocó el tul de la falda. Revoloteó a mi alrededor unos segundos, hasta que asintió satisfecho.

—Los zapatos —dijo. Me observó mientras me los ponía. Eran de mi talla. Sonrió con autosuficiencia—. Lo sabía —murmuró por lo bajo—. Estás lista; vamos , es tarde.

Madame Bertier apareció a mi lado y me dirigió una mirada aprobadora.

—Querida, nos esperan.

Me cogió del brazo y me condujo hacia el inicio de la fila de modelos. Sentí que el corazón se me disparaba en el pecho.

En ese momento me invadió el pánico. ¡No tenía la nota de Nicole con lo que tenía que decir!

—Mi bolso —pedí con un hilo de voz—, las notas…

—No hay tiempo, querida.

La cortina se abrió y ante mí apareció la luminosa extensión de la pasarela.

3

Théo

Me costó horrores que los japoneses me dejaran marchar, aunque Kyllian tampoco puso nada de su parte. Ya hablaríamos por la mañana. Me incliné infinidad de veces, sonreí, estreché manos, rechacé copas y, por fin, saludé por última vez y me di media vuelta. Tengo que reconocer que me sentí muy aliviado al alejarme de aquellos hombres. Los días previos, durante nuestras reuniones, se habían mostrado serios y eficaces, dispuestos a pelear hasta la última cláusula del contrato, pero, una vez rubricado el acuerdo, su gesto cambió y comenzaron a exigir una celebración «acorde con nuestra nueva hermandad». ¿Hermandad? Confiaba en no volver a verlos en mucho tiempo. Kyllian sería el enlace con la productora nipona, y acabábamos de contratar a dos personas que actuarían como representantes de Blackbird en Tokio. Desde luego, ese tipo de fiestecitas no volvería a repetirse.

Llegué al final del pasillo superior. A mi derecha, todas las mesas estaban ocupadas por grupos de personas que reían y bebían. A la izquierda, una barandilla de metacrilato transparente se abría a la pista inferior, donde todo el mundo parecía haberse callado de repente.

No pude reprimir la curiosidad y me asomé un momento antes de bajar las escaleras y marcharme. La pasarela se había convertido en una especie de río dorado gracias al efecto de las luces, y sobre ella avanzaba despacio la misma mujer que poco antes nos había saludado en la mesa. Me pareció bastante arisca cuando la tuve cerca, pero ahora… Vaya, ahora parecía otra cosa.

Llevaba la melena rubia suelta y un vestido que le ceñía el cuerpo y fluía después sobre sus piernas, que apenas podía distinguir desde donde me encontraba. Me sorprendí pensando en el camino más

rápido para bajar, pero lo deseché en el acto. Yo no soy así, no soy impulsivo ni irracional. No soy como Kyllian. Así que me quedé un minuto allí parado, mirándola desde arriba mientras ella decía algo que apenas pude entender.

Cuando todo el mundo prorrumpió en aplausos y las luces empezaron a centellear, ella levantó la vista y miró hacia arriba. Me miró. Estoy seguro de que nuestras miradas se cruzaron una fracción de segundo. Intenté sonreír, pero no pude. O no supe, no lo sé. Entonces, ella dio media vuelta y se dirigió hacia el principio de la pasarela, donde las modelos ya esperaban el inicio del desfile.

Apreté los dientes, me insulté a mí mismo sin saber muy bien porqué y entré en el pasillo que conducía a las escaleras y, después, a la calle. Los japoneses carecerían de la enzima que metaboliza el alcohol, pero estaba claro que a mí también me había afectado bastante.

Ya en la calle, levanté la mano para llamar a un taxi y me hundí en el asiento de atrás. Decidí que saldría a correr antes de acostarme. Una carrera corta, cinco o seis kilómetros. Me vendría bien para relajarme, sabía que no podría dormir en el estado en el que me encontraba en ese momento, tenso, nervioso y un poco inquieto. Lo peor era que no encontraba el motivo de ese desasosiego, y eso me ponía aún más nervioso.

Miré el reloj. Era casi medianoche.

Decidido, correría diez kilómetros.

No me costó dormirme después de la carrera y la ducha caliente. Me acosté desnudo, como siempre. El tacto fresco de las sábanas tiene un efecto sedante en mí. Me olvidé de los japoneses y de Kyllian; borré de mi mente las largas negociaciones y los nervios previos a la firma; envié al fondo de mi memoria sus sonrisas ebrias e incluso conseguí no pensar en la factura que tendría que pagar. Lo que sí recuerdo es ver, justo antes de ceder al sueño, a la mujer rubia mirándome desde la pasarela.

No había amanecido cuando mi móvil empezó a vibrar sobre la mesita de noche. Busqué a tientas la lamparita y leí en la pantalla el nombre de quien llamaba. Kyllian. Me senté en la cama. Algo tenía que haber pasado para que me llamara de madrugada. Pensé en los japoneses, esperaba que no les hubiera pasado nada malo… Maldito Kyllian…

—Théo —gritó en cuanto descolgué.

—¿Kyllian? ¿Qué pasa?

—Tío, estos japoneses son la hostia. Acabamos de salir de la discoteca. Estamos esperando una limusina, no cabemos todos en un taxi y no quiero perderlos de vista, ¡todavía tienen ganas de juerga!

Sentí que la sangre me hervía en las venas.

—¿Y para eso me llamas? ¡Me has asustado!

—¡Escucha! No te cabrees, ha pasado algo.

Me llevé la mano a la cabeza y me eché el pelo hacia atrás. No me lo podía creer…

—Dime —le pedí. De fondo oía un alboroto de voces en japonés, risas estridentes e incluso una canción mal entonada y peor cantada. Esos tipos necesitaban irse a la cama cuanto antes.

—Kimura ha perdido la cartera —dijo por fin—. Bueno, no la ha perdido del todo —añadió rápidamente—. La dejó encima de la mesa y olvidó recogerla.

Solté todo el aire que tenía en los pulmones. Al menos no había nadie herido, al menos de momento.

—Pues entra a por ella —bufé.

—¡Lo he intentado! Pero han cerrado y nadie me hace caso. Deben de pensar que somos una panda de borrachos que queremos seguir de juerga…

—Claro, y nada más lejos de la realidad —solté.

—¿La puedes recoger mañana y llevársela al hotel? —me pidió a continuación.

—¿Perdona? ¿Y por qué no lo haces tú?

—Te recuerdo que mañana vuelo a Londres —respondió Kyllian.

Lo había olvidado. De hecho, me había comprometido a acompañar a los inversores al aeropuerto.

—De acuerdo, la recogeré mañana antes de llevarlos al avión.

—Gracias, tío. Buah, te has perdido una buena juerga —añadió Kyllian.

—Adiós —le dije sin más, y colgué.

Empezaba a dudar de que hubiera sido buena idea negociar con los japoneses, por muy potente que fuera el mercado asiático y por muchos beneficios que nos fuera a generar en un futuro próximo.

Apagué la luz e intenté dormir, pero fue imposible. La adrenalina se había apoderado de mi cuerpo y el sueño se había evaporado.

Resignado, me levanté y me puse un pantalón corto y una camiseta. No saldría a correr, pero me vendría bien una sesión de yoga.

Cogí la esterilla y salí a la terraza. Vivo en un ático bastante amplio con unas vistas impresionantes de la ciudad. París es siempre espectacular, pero el amanecer es sin duda mi momento favorito. Entonces la noche seguía siendo dueña del cielo, pero no tardaría en empezar a dejar paso a las primeras luces del día.

Me senté y comencé con las respiraciones.

Me costó un poco librarme de la imagen de la joven sobre la pasarela.

4

Olivia

El ambiente en *Le chat noir* era totalmente diferente por la mañana. Cuando yo llegaba, a las ocho en punto, el personal de limpieza ya llevaba un buen rato trabajando. Un escuadrón de hombres y mujeres se afanaban por devolver al local el aspecto que tenía cada tarde cuando abría sus puertas. Me gustaba la eficacia con la que trabajaban, que habíamos diseñado juntos hacía muchos meses y que había demostrado ser muy eficaz. Tanto la discoteca como la planta superior, donde estaban las oficinas, el vestuario y la zona de almacenaje, quedaban impecables en menos de tres horas si seguían unas sencillas pautas. Nicole, mi jefa, dejaba que cada uno hiciera lo que quisiera, y necesitaban casi el doble de tiempo para hacer la misma tarea. Eficacia era mi segundo nombre.

Avisé a Pierre de que uno de los repartidores llegaría antes y bajé para revisar las existencias con Albert, el jefe de camareros.

—Anoche fue una locura —me dijo. Lo miré un momento. A pesar de que no habría dormido más de cinco horas, tenía un aspecto impecable, recién afeitado, con el pelo engominado hacia atrás y vestido con un pantalón negro y un jersey amarillo pálido—. Supongo que Nicole estará contenta. ¿Cómo se encuentra, por cierto?

—No muy bien —respondí—, pero no ha querido quedarse en la cama y ha llegado hace un rato. Creo que tiene fiebre y dice que le duele todo el cuerpo.

—Eso es gripe —afirmó Albert mientras abría las cámaras frigoríficas, anotaba su contenido y volvía a cerrarlas. Cuando terminó, me tendió una hoja con lo que necesitaba.

Estaba a punto de volver a mi despacho cuando una de las limpiadoras se acercó a mí con prisa. Me detuve y la esperé junto a la barra.

—Buenos días, Angie —la saludé cuando llegó frente a mí.

—Buenos días, señorita Olivia —respondió. Sonreí ante el «señorita»; no había conseguido convencerla de que no era necesario. Luego extendió la mano y me tendió algo—. He encontrado esto en una de las mesas del piso superior —me dijo.

Cogí lo que me ofrecía. Se trataba de un billetero negro de piel. Lo abrí y encontré un documento con unos extraños caracteres impresos y la fotografía de un hombre asiático. Recordé al grupo que había reservado dos meses. Y al tipo de los ojos verdes.

—Supongo que vendrá a por ella cuando se den cuenta de que la ha perdido —dije—. Buscaré la dirección de la factura por si no la reclaman a lo largo del día y llamaré. Gracias, Angie —añadí con una sonrisa.

Volví a mi despacho y me concentré en el trabajo. La gestión de una sala de fiestas conllevaba un montón de tareas de lo más dispares, desde la contratación del personal hasta asegurarme de que había suficiente papel higiénico, pasando por las revisiones médicas de los trabajadores, cuestiones relacionadas con la seguridad o el estado del mobiliario, por no mencionar todo lo relacionado con los impuestos, las nóminas y las licencias pertinentes. Cada día era un pequeño caos, pero me encantaba ser capaz de poner orden en medio de la anarquía.

Alguien llamó a la puerta a media mañana. Cuando respondí, vi la cara sonriente de Camille en el umbral. Camille era la administrativa que había conseguido que Nicole contratara para ayudarme. Cuando empecé a trabajar en *Le chat noir*, hacía ya más de dos años, tenía que ocuparme de todo yo sola. Lo hice durante varios meses, pero el trabajo se acumulaba y corría el riesgo de cometer un error que nos costara un disgusto.

—Buenos días —la saludé.

—Hola —respondió—, ¿por casualidad alguien ha encontrado una cartera? —preguntó a continuación.

La cogí y se la mostré.

—Angie me la ha entregado hace un rato.

—Genial, han venido a recogerla —anunció—. ¿Le digo que suba?

Eché un vistazo a mi alrededor. Mi despacho era bastante pequeño y estaba lleno de archivadores y estanterías, y tenía la mesa llena de papeles y carpetas.

—No, ya bajo yo —decidí—. ¿Dónde está?

—En la calle, no ha querido entrar. —Camille se encogió de hombros.

—De acuerdo, ya voy.

Cogí la cartera y bajé las escaleras. Marco me abrió la puerta y salí a la acera. El sol brillaba con fuerza y me cegó un momento. Hice visera con la mano y me giré en busca del japonés que había perdido la cartera.

Pero no encontré a un japonés. De pie a un par de metros, con las manos en los bolsillos y vestido con pantalón azul de lino y una camisa blanca, estaba el tipo de los ojos verdes. Creo que dejé de respirar unos segundos. Cuando me vio, se quedó quieto un instante antes de sacar las manos de los bolsillos y ofrecerme la derecha a modo de saludo.

No sé por qué, pero lo que hice fue ponerle la cartera en la palma.

—Buenos días —me saludó. Sus ojos eran aún más verdes a la luz del sol. Estaba bronceado, y la camisa abierta me permitió ver un cuello poderoso y unos hombros fuertes y anchos. Bajo la tela se adivinaban unos brazos perfectos.

—Buenos días —conseguí responder. Pero ¿qué me pasaba? Veía hombres igual de guapos cada noche. Aunque tuve que reconocer que ninguno era tan… Magnético. Esa era la definición perfecta.

Él me miró un largo minuto sin decir nada. Desde luego, el campo gravitacional de ese hombre era realmente poderoso. Tenía

que hacer algo cuanto antes.

—Por favor, compruebe que está todo —le pedí, señalando la cartera.

Él frunció el ceño y se miró la mano. Luego levantó las cejas, como si le sorprendiera ver la cartera.

—Estoy seguro de que está todo —respondió. Anoche no había podido apreciar la profundidad de su voz, que en ese momento sonó grave, rotunda.

Luego dio un paso hacia delante y yo, como una tonta, di un saltito hacia atrás. Aquello pareció divertirle, porque sonrió con sus ojos clavados en los míos.

—Tranquila, no muerdo —dijo, y se guardó la cartera en el bolsillo del pantalón.

—No le conozco —respondí con una seriedad fingida que trataba de ocultar mi bochorno—, así que no puedo estar segura de si muerde o no.

—Puedo demostrarle que no muerdo —me dijo, demasiado cerca de mí—. ¿Aceptaría tomar un café conmigo?

Creo que abrí mucho la boca, no estoy segura. Luego me recompuse y lo miré muy seria.

—No, por supuesto que no —respondí tajante.

Di media vuelta con rapidez y desaparecí por la puerta reservada a los empleados.

Por suerte, él no intentó seguirme.

5

Théo

Cuando la puerta se cerró tras ella, sentí el sutil aroma a perfume que se impuso sobre el resto de los olores. Sin poder evitarlo, cerré los ojos y aspiré.

La puerta volvió a abrirse y por un momento mi corazón latió un poco más deprisa, pero la decepción se impuso. Un tipo alto vestido con el uniforme verde de una empresa de limpiezas salió cargado con dos enormes bolsas de basura y se dirigió a los contenedores.

En ese momento recordé su nombre. Como en un fogonazo, volví a verla la noche anterior, altiva, segura de sí misma. Olivia Roussel. Creo que repetí su nombre en voz alta, porque el hombre, que regresaba después de haber tirado las bolsas, me miró un segundo con el ceño fruncido antes de volver a entrar en el local.

Olivia, repetí para mí, y decidí que tenía que volver a verla.

Jamás en mi vida había soñado con una mujer, ni real ni imaginaria. Tenía lo que quería cuando quería y no necesitaba fantasear. Sin embargo, esa joven alta, rubia y de mirada feroz había conseguido colarse en mi cabeza hasta el punto de que ese día, a la hora de comer, me acerqué hasta unos grandes almacenes para intentar identificar el perfume que utilizaba. Olí todas las muestras que la dependienta me puso bajo la nariz con la parca descripción que le ofrecí, pero ninguno era el de Olivia.

Intenté buscarla en internet, rastrear las redes sociales, pero ninguna de las Olivias que encontré respondía a su descripción. La única forma de encontrarla era volver allí.

Nunca había sido un hombre caprichoso ni derrochador, pero en ese momento estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para arrancarle el misterio a esa mujer y despojarla del poder magnético que parecía ejercer sobre mí. Cuando descubriera que solo era una mujer normal, una más, podría olvidarla. Era la curiosidad y el reto lo que la dotaban de atractivo, solo eso.

—¿Planes para esta noche? —La voz de Kyllian me sacó de mi ensimismamiento. Había asomado la cabeza por la puerta y sonreía sin soltar la manilla.

—Nada especial —respondí—, aunque por tu cara deduzco que tú sí tienes algo que hacer.

—Morena, sinuosa e inteligente —resumió Kyllian—. ¿Quieres que le pregunte si tiene una amiga?

—No gracias. Te llevaré al aeropuerto y me marcharé a casa.

—La edad te está sentando fatal —bromeó mi amigo. Los hoyuelos se le marcaron en ambas mejillas igual que cuando éramos niños.

—Te recuerdo que eres mayor que yo…

—¡Dos meses! La edad está en la cabeza, y la tuya va camino del geriátrico.

—¡Lárgate!

Kyllian me guiñó un ojo y cerró la puerta.

En realidad, sí tenía un plan.

Le chat noir ocupaba tres plantas en un céntrico edificio de uno de los mejores barrios de París. La discoteca ocupaba el inmenso sótano y la planta baja. En esta parte no había ventanas ni paredes acristaladas, de modo que, fuera la hora que fuera, el ambiente lo marcaban las luces artificiales y la música. La planta superior acogía la zona privada del local. A su alrededor, la vida bullía. La gente iba y venía por las aceras, los coches se esquivaban unos a otros en una loca carrera que indefectiblemente terminaba en el siguiente

semáforo, los camareros se afanaban por atender a los clientes en las terrazas de bares y restaurantes… Me gustaba esa especie de locura controlada, esa vida rápida y enérgica.

La fachada de la sala de fiestas era del mismo material y color que los edificios colindantes. Las ventanas de la primera planta, amplias y claras, ocultaban el interior con elegantes cortinas venecianas. La puerta principal, grande, metálica y negra, estaba custodiada en ese momento por un tipo que respondía a la misma descripción. A un lado del dintel, junto al ojo de una cámara, la silueta de un gato era la única referencia al nombre del local. Dos grandes focos sujetos al suelo se movían de un lado a otro lanzando destellos de colores. Apenas eran las siete de la tarde y ya había gente esperando para entrar.

Caminé despacio alrededor del edificio, intentando inútilmente ver algo a través de las ventanas. La tarde, a punto de convertirse en noche, seguía siendo cálida. Mayo nos estaba regalando un agradable verano anticipado, lo que se reflejaba en el ánimo de las personas con las que se cruzaba. Nada de rostros circunspectos, cabezas gachas y ceños fruncidos. Esa tarde, los parisinos sonreían, charlaban y disfrutaban de la vida. Por un momento, me pregunté qué demonios estaba haciendo yo allí. Pensé en irme, volver al despacho. Tenía un millón de cosas que hacer… También podía marcharme a casa y trabajar allí, sin interrupciones.

En lugar de eso, giré en la acera hacia la parte trasera del edificio. Al final de la calle había una parada de taxis. Decidido, cogería uno y volvería a casa. Ya estaba bien de hacer el ridículo.

Me detuve al escuchar el inconfundible sonido de un cerrojo al descorrerse. La puerta trasera del local, tan negra y brillante como la delantera pero sin ningún distintivo adicional, se abrió los centímetros justos para permitir que una delgada figura vestida de azul se deslizara al exterior.

Olivia.

Se había recogido la melena rubia en un moño alto que dejaba a la vista lo que me pareció el arco del cuello más perfecto que había

visto en mi vida. Como el día anterior, cuando nos dio la bienvenida al local, si es que a aquello se le podía llamar bienvenida, llevaba un sobrio traje de chaqueta, en esta ocasión en distintos tonos de azul y blanco, y unos zapatos de tacón que no le impidieron caminar con rapidez por la acera.

No miró atrás en ningún momento. Con el pequeño bolso apretado contra su cuerpo, avanzó decidida en dirección a la parada de taxis.

Tardé un instante en reaccionar, lo suficiente como para que ella alcanzara el único coche libre en ese momento, se subiera y desapareciera.

Impotente, miré a un lado y a otro de la calle en busca de otro taxi, pero para cuando apareció uno me fue imposible aventurar en qué dirección se había marchado.

—Mierda.

6

Olivia

No me lo podía creer. Al principio dudé, pero luego lo supe sin lugar a dudas. El tipo que estaba parado en la acera y no me quitaba la vista de encima era el mismo al que Nicole me había obligado a saludar la noche anterior, el que iba acompañado de seis asiáticos y un tipo moreno y al que esa misma mañana le había enviado una factura de casi cuatro mil euros. Théodore Gaillard. TG, como anunciaban sus gemelos.

¿Qué hacía allí? Si era por algo relacionado con la factura, tendría que llamar, escribir y volver en horario de oficina. Era tarde, Nicole seguía enferma y me había tenido que ocupar de asuntos que no suelen ser de mi competencia, pero me niego a tratar con clientes a esas horas y en la calle. Había límites que me negaba a cruzar, ni siquiera aunque el cliente en cuestión tuviera los ojos más verdes que había visto en mi vida, un pelo que daba ganas de acariciar y unos hombros…

¡Basta! Por suerte, había un taxi en la parada y corrí hasta él. Había pensado pasear hasta casa, pero eso habría significado tener que pasar por delante de él, quizá saludarlo o responder a sus palabras…

Bufé y me concentré en la ciudad, que se deslizaba rauda al otro lado de la ventanilla. Un tipo que se gasta cuatro mil euros en una noche de juerga no es de fiar.

Y a pesar de todo, el tal Théodore había estado todo el día en mi cabeza.

Pagué el taxi y entré en mi apartamento. Soy afortunada al poder llamar mío a este piso del barrio de Le Marais. Había pertenecido a mis abuelos y luego a mi padre, que lo alquiló a estudiantes hasta

que decidí independizarme y trasladarme a París. No tener que preocuparme de pagar un alquiler era una enorme ventaja. De otro modo, jamás habría podido permitirme vivir en una zona tan céntrica. Cada vez que conseguía reunir un poco de dinero, lo invertía en reformar o arreglar alguna parte del apartamento, que había sido castigado por decenas de universitarios a lo largo de los años. Tenía un baño nuevo con una enorme bañera de patas y un precioso dormitorio, amplio, luminoso y sin apenas muebles u objetos de decoración. Me gusta el espacio y la luz. El resto de la casa (el salón, la cocina y un pequeño dormitorio) tendría que esperar un poco más.

Me quité los zapatos y el traje, me di una ducha rápida y me puse la ropa cómoda que llevaba en casa. Me preparé una ensalada con queso, me serví una copa de vino y volví al salón. Luego abrí el gran ventanal y salí al balcón. Si lo pensaba bien, el verdadero lujo de este piso era precisamente la terraza, un amplio mirador que se abría sobre las animadas calles del barrio. Nunca me había molestado el bullicio nocturno. Al contrario, acostumbrada a vivir y a trabajar en soledad, agradecía el sonido vivificante de quienes disfrutaban de la noche parisina.

Si lo pensaba bien, podía afirmar que era básicamente feliz. Si evitaba pensar en lo que me faltaba, lo que tenía me bastaba para levantarme cada día y encarar la vida con una sonrisa.

Al acostarme no pude evitar pensar en el hombre que había visto sobre la acera. Todavía me preguntaba qué estaría haciendo allí. Quizá simplemente pasaba por ahí, o estaba esperando a alguien. Puede que fuera un cliente habitual, yo apenas bajo al bar ni entro en la discoteca. Recordé sus ojos verdes, su mano fuerte cuando cogió la cartera, sus hombros anchos, su impresionante altura. Ignoré el retortijón en el estómago, me di media vuelta bajo el edredón y alejé los ojos verdes de mi imaginación.

7

Théo

Un kilómetro más. Dos, quizá. Aceleré el paso y seguí corriendo por el sendero de grava. Había seguido a una mujer a la que no conocía de nada. Había recorrido los pasillos de una perfumería en busca de su fragancia. Me sentía como un acosador, y odiaba sentirme así, porque no lo soy.

¿Cuándo había perdido la cabeza? Además, no podía olvidarme de Alice…

Apreté los puños y forcé la marcha. «Unos metros más —me dije —. Hasta que deje de comportarme como un imbécil».

Me levanté dispuesto a volver a ser yo mismo, a comportarme con normalidad absoluta. Estiramientos, yoga, ducha, desayuno y listo. Entré en Blackbird con una sonrisa y me centré en el trabajo. Poco a poco, la rutina me envolvió con su confortable y reconocible maraña de mensajes, llamadas, dosieres y decisiones que tomar.

Por la tarde teníamos programada una reunión con los representantes de una cadena de emisoras de televisión. Kyllian, que ya había vuelto de Londres, Christine y yo nos sentamos a un lado de la mesa. Enfrente, dos mujeres y un hombre de semblante serio. Ni siquiera hubo espacio para los comentarios cordiales, entramos directamente en materia por expreso deseo de los guionistas.

La reunión fue larga y extenuante, una negociación a cara de perro en la que resultó muy difícil alcanzar un acuerdo. Las cadenas pretendían comprar productos de primera calidad a precios de ganga, grandes actores y actrices, localizaciones espectaculares y una postproducción digna de la NASA casi por nada.

Cuando todos se marcharon, Kyllian y yo nos quedamos solos en la sala de juntas. La mesa estaba llena de vasos y tazas, papeles arrugados y bolígrafos abandonados. Pero habíamos conseguido lo que queríamos. Blackbird era sinónimo de éxito. Todos nuestros programas, series y producciones cinematográficas alcanzaban unas altas cuotas de pantalla. Con las cifras en la mano, todas las cadenas se quedaban sin argumentos para regatear. Sabían que iban a ganar mucho más de lo que les pedíamos.

—Hoy no puedes negarte, los dos necesitamos una copa —suspiró Kyllian, repantingado en su silla. Se había quitado la americana y aflojado la corbata. Los rizos negrísimos habían escapado a la dictadura del gel fijador y se agitaban alborotados cada vez que movía la cabeza.

—Desde luego —respondí—, nos la hemos ganado con creces. Estoy agotado, necesito que me recuerdes por qué nos metimos en esto.

—Te metiste tú solito porque eres un friki de lo audiovisual y todo lo que hacían los demás te parecía una mierda. Yo estoy aquí porque me dabas pena. Alguien tenía que vigilarte, eras un gorrión en medio de una bandada de halcones. —Kyllian se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Nos vemos en media hora en el vestíbulo. Espabila, no quiero que te quedes dormido en esa silla.

Le lancé una bola de papel y sonreí.

Un gorrión… Realmente, los inicios fueron muy duros. Nadie quería escucharme, me menospreciaban, me tachaban de advenedizo ignorante y me costaba muchísimo conseguir una reunión. Sin embargo, el éxito me acompañó desde el principio. La primera serie televisiva que produjimos, un thriller basado en una novela de éxito, acabó en una puja en la que varias cadenas se disputaron los derechos para emitirla. A partir de ahí, el gorrión se convirtió en una enorme águila que seguía volando por encima de todos los halcones.

Volví a mi despacho y entré en mi cuarto de baño privado. Saqué una camisa limpia del armario y una chaqueta algo más informal que

la del traje que llevaba. Seguía pareciendo un hombre de negocios, pero me gustaba la imagen que le devolvía el espejo. Me pasé la mano por la espesa mata de pelo castaño y bajé al vestíbulo justo a tiempo.

—¿Dónde vamos? —le pregunté a Kyllian.

—La noche es joven, gorrión. Tú relájate y disfruta.

Conseguimos llegar hasta la barra en uno de los pubs de moda de París. No fue fácil, pero al final logramos hacernos un hueco en el que disfrutar de dos gin-tonics. Al contrario que la noche anterior, hoy no me sentía incómodo ni presionado. Una cosa era llevar de juerga a tus nuevos socios y otra muy distinta acabar el día tomando una copa con tu mejor amigo. Kyllian repartía sonrisas a diestro y siniestro. Rubias, morenas, altas, curvilíneas, delgadas… Le daba igual. Sus gustos eran muy eclécticos en cuanto a mujeres se refería.

—Pensaba que seguías con Sophie —le dije.

—Se ha ido de vacaciones con sus amigas —respondió con un mohín afligido— y me ha dejado solo.

Solté una carcajada. Kyllian parecía incapaz de mantener los pantalones en su sitio.

—Necesitas alguien que te ate corto —bromeé.

—Y tú alguien que te haga sonreír más a menudo. Solo enseñas los dientes para gruñir.

—Estás exagerando —me defendí.

—De eso nada —insistió Kyllian—. A ver, ¿cuándo fue la última vez que te corriste una buena juerga? —No dije nada y Kyllian continuó—: ¿Y la última vez que te dolió el estómago de reírte? ¿Recuerdas cuándo te tomaste una semana libre? ¿No? Yo tampoco —concluyó—. Eres un *workaholic*, amigo, un adicto al trabajo. Aunque espero que no esté todo perdido.

Me dio una palmada en la espalda y pidió otros dos gin-tonics. Estuve a punto de negarme, pero después de sus palabras no tenía ganas de darle la razón rehusando una segunda copa. Eso

fortalecería su teoría, estúpida en mi opinión, de que había olvidado cómo divertirse.

Kyllian parloteaba a mi lado, contándome divertidos chismorreos sobre un amigo común, cuando algo atrajo mi atención. Una melena rubia, una silueta esbelta, unos tacones imposibles. La mujer estaba de espaldas, pero juraría que era ella.

—Disculpa un momento —interrumpí a Kyllian—, ahora mismo vuelvo.

Me abrí paso hasta la mujer apartando con cuidado a quienes se cruzaban en mi camino y bailaban junto a la pista. Cuando llegué a su lado, el perfume que percibí me hizo fruncir la nariz. Demasiado espeso, intenso y artificial. Avancé un paso más y me coloqué a su lado. La mujer se giró y me miró con las cejas levantadas en una invitación muda. Me disculpé y regresé a la barra. No era ella. Y sin embargo, mientras pensé que podía serlo, mi corazón latió más deprisa y sentí cómo se me humedecían las palmas de las manos.

—¿Conoces a esa rubia? —me preguntó Kyllian.

—No, la he confundido con otra persona —reconocí.

—¿Hay una rubia de la que no sé nada? Eso no se hace, yo te lo cuento todo…

—No hay nada que contar. Pensé que era una joven que conocí el otro día y me apetecía saludarla, pero me he confundido.

—Ya, claro, saludarla. Tranquilo —añadió—, no se lo contaré a Alice.

Kyllian me guiñó un ojo, levantó su copa, apuró el trago y pidió otras dos. Antes de que pudiera negarme, ya tenía otro combinado en la mano.

El despertador sonó inmisericorde a las seis en punto de la mañana. Me dolía la cabeza y tenía la boca pastosa. El estómago giró en mi interior como el tambor de una lavadora. ¿Cuántos gin-tonics me había bebido?

Recordaba que Kyllian desapareció durante unos minutos y volvió a aparecer acompañado por dos mujeres, una de cada brazo. Una preciosa morena y la rubia a la que me había acercado antes. No era ella, no se parecían en nada, pero…

Vi la cara de la rubia con los ojos cerrados y la boca abierta, gimiendo, con el maquillaje corrido, la espalda contra la pared de algún sitio estrecho y las piernas alrededor de mis caderas. Arrugué la nariz cuando recordé su olor. Alcohol, sudor y una pegajosa colonia demasiado floral.

Maldito Kyllian… Siempre me liaba para hacer cosas que en el fondo no quería hacer. Sabía que era injusto culpar a mi amigo de mis propias decisiones, pero en ese momento, enfadado como estaba, era lo único que me apetecía. Eso, y tomarme un par de analgésicos para acabar con la terrible pulsión que me taladraba la cabeza.

Me froté a conciencia en la ducha, confiando en haberme acordado de usar un preservativo. Luego me puse una camiseta y un pantalón corto y salí a la terraza. La ciudad apenas había empezado a desperezarse. La noche seguía instalada en el cielo, ya sin estrellas, aunque a mi izquierda un ligero destello naranja anunciaba la proximidad de un nuevo día.

Llené los pulmones de aire, levanté los brazos por encima de la cabeza y agradecí el silencio que me llenaba de paz mientras iniciaba mi rutina matinal de estiramientos. Uno tras otro, mis músculos me dieron los buenos días con pequeños tirones mientras expulsaba el alcohol de mi cuerpo y preparaba la mente para un nuevo día.

Cuando terminé, había tomado una decisión de la que estaba convencido de que me arrepentiría, pero no estaba dispuesto a dar marcha atrás.

«Hoy va a ser un gran día», pensé.

8

Olivia

Como siempre, el despertador sonó a las seis en punto. La mañana era mi momento favorito del día. Después del bullicio verpertino y nocturno, las calles se quedaban solas, listas para recibir la puntual visita del barrendero que, en silencio y aplicado, les lavaba la cara y las preparaba para una nueva jornada.

Abrí la puerta de la terraza y extendí la esterilla en el suelo embaldosado. Me había vestido con ropa cómoda y llevaba en los oídos mis auriculares inalámbricos, que al instante comenzaron a reproducir una suave música en la que se colaban los susurros del viento, el vaivén de las olas y los trinos de los pájaros. Respiré hondo, levanté los brazos por encima de la cabeza e inicié mi sesión diaria de yoga.

«Hoy va a ser un gran día», me repetí como un mantra.

Todo lo que tuviera que hacer en la parte baja del edificio, el área abierta al público, lo hacía por la mañana, cuando el negocio permanecía cerrado. A partir de las cuatro de la tarde, cuando las luces y la música empezaban a funcionar, yo desaparecía de allí y permanecía enclaustrada en mi pequeño despacho de la primera planta hasta que llegaba el momento de marcharme.

Muy poca gente sabía dónde trabajaba. Mis padres torcieron el gesto cuando les conté que me habían contratado en una sala de fiestas. Mi padre empezó a leer reseñas en internet y a enviarme mensajes con capturas de pantalla de comentarios de todo tipo y fotografías de gente borracha, bailando sin control o media desmayada. Obviaba las imágenes de quienes simplemente se divertían, pero sabía que discutir con él era una pérdida de tiempo.

Intenté convencerles de que mi trabajo no era muy diferente al que haría, por ejemplo, en una empresa constructora, pero no conseguí convencerlos. Bastante tenían con aguantar que me hubiera instalado sola en París, a quinientos kilómetros de casa y sin ningún pariente cercano del que echar mano en caso de necesidad.

Recordé el primer día que entré en *Le chat noir*. Tenía veintidós años y llevaba un mes buscando un empleo, después de que la gran cadena para la que trabajaba me pusiera en la calle junto con otros doscientos compañeros. Estaba empezando a desesperarme. Mis ahorros menguaban a pasos agigantados por culpa de los precios desorbitados de París y cada vez que acudía a una entrevista me encontraba con decenas de personas con el mismo perfil que el mío, o mejor.

Respondí a un anuncio que pedía un gerente para una sala de fiestas. Nicole Labelle me miró de arriba abajo, como si no le convenciera mi aspecto. Sé que el hecho de ser rubia, de piel muy clara y bastante delgada me da un aire frágil que, sin embargo, no tiene nada que ver con la realidad, y así se lo hice saber. Creo que la impresioné con mi exposición, porque me ofreció un periodo de prueba de un mes y luego «ya veremos». Han pasado más de dos años y sigo en *Le chat noir*, lidiando cada día con imprevistos que sacarían de quicio a más de uno pero que hasta ahora he logrado siempre solucionar.

Ese día, como siempre, accedí al edificio por la puerta de atrás, dejé la chaqueta y el bolso en mi despacho, cogí el cuaderno y bajé al bar para hacer recuento de las existencias. El camarero que cerraba por la noche siempre me dejaba una nota, pero mi deber era cotejarlo todo.

Ese día todo fue como la seda, sin sobresaltos ni sorpresas, así que a las seis de la tarde pude recuperar mis cosas y bajar despacio las escaleras hacia la calle después de despedirme de Nicole.

Me detuve en la acera para ponerme la chaqueta. Me sorprendió descubrir en la acera de enfrente a un hombre joven, alto y elegante que me miraba sin disimulo. Tardé solo unos segundos en

reconocerlo. No me lo podía creer, era el mismo tipo que vino con los japoneses un día, que regresó al día siguiente a por la cartera perdida y al siguiente vete a saber a qué… Y ahí estaba de nuevo.

Me negué a salir corriendo. Giré hacia la derecha en lugar de dirigirme a la parada de taxis, convencida de que la mayor afluencia de gente y vehículos lo disuadiría de acercarse a mí. Acababa de llegar a la esquina cuando escuché su voz justo detrás de mí.

—Olivia, un minuto, por favor.

Me detuve y me di la vuelta para enfrentarme a él. Sus ojos verdes se clavaron en los míos y por un momento me costó respirar.

Entonces, una enorme furgoneta negra hizo chirriar sus frenos frente a la puerta principal de *Le chat noir*. Al instante, la portezuela lateral se abrió para dejar salir a cuatro encapuchados que corrieron hacia el interior de la sala de fiestas.

Antes incluso de que pudiera reaccionar empezaron a escucharse largas ráfagas de disparos procedentes del local. Gritos, golpes y más disparos.

—¡No! —grité.

Mi instinto me empujó a correr hacia el local, pero aquel hombre me agarró por los brazos, me obligó a tumbarme en el suelo y me cubrió con su propio cuerpo mientras continuaban los gritos, los golpes y los disparos.

La calle se había quedado desierta después de que los peatones huyeran raudos al escuchar los primeros impactos. Los coches pasaban sin detenerse y solo nosotros permanecíamos inmóviles sobre la acera. Lloré y grité mientras intentaba liberarme del hombre que me aprisionaba contra el suelo, pero él me mantuvo allí, protegida por su cuerpo mientras la pesadilla parecía no terminar nunca.

Cuando los disparos cesaron, el silencio se espesó a mi alrededor. Dejé de llorar y levanté la cara justo a tiempo para ver salir a los encapuchados, que se subieron a la furgoneta y desaparecieron en

una fracción de segundo, el mismo en el que escuché el agudo ulular de las sirenas.

—¡Suéltame! —le exigí.

Él se levantó y me ofreció la mano para ayudarme a levantarme, pero me incorporé sin ayuda y volví sobre mis pasos, hacia la puerta trasera.

—¡No entres! —me pidió él—. Puede ser peligroso.

No le escuché. Temblaba tanto que me costó encajar la llave en la cerradura, pero por fin abrí la puerta y entré en el edificio. Él me siguió y se colocó a mi lado mientras entrábamos al bar.

El espectáculo era dantesco. El local estaba destrozado, y las pocas personas que habían escapado indemnes al tiroteo comenzaban a incorporarse en el lugar en el que habían permanecido escondidos. Había gente malherida y otros que ya no se movían. Hombres, mujeres…

—Oh, Dios mío… —Me agaché junto a varias personas para comprobar su estado, ayudé a una de ellas a incorporarse y continué avanzando. Busqué el acceso a las escaleras privadas y empecé a subir. Sentía al hombre que me había protegido pegado a mis talones. Recordé que se llamaba Théodore.

El aspecto de la primera planta era similar al del bar. Los asesinos también habían estado allí.

—¡Nicole! —exclamé de pronto.

Corrí hacia su despacho. Cuando pasé por el mío, vi la puerta arrancada de sus goznes y el interior, revuelto. Seguí por el pasillo hasta la siguiente puerta.

Nicole yacía en el suelo, en medio de un enorme charco de sangre, pero tenía los ojos abiertos y su pecho subía y bajaba, acelerado.

Corrí a su lado y me arrodillé junto a su cabeza. A pesar de la situación, de estar quizá a punto de morir, Nicole seguía siendo una mujer muy hermosa, pálida por la pérdida de sangre, con el

maquillaje estropeado y el pelo cubierto de sangre, pero todavía hermosa.

—El cuaderno, el ordenador… —susurró.

—Eso no hace falta ahora —protesté, y le cogí la mano para intentar reconfortarla—. Las ambulancias están de camino.

—Sabes lo que hay que hacer —insistió—. Llévatelo, es lo correcto. Y recuerda: nunca, nadie.

Suspiré y asentí con la cabeza.

—Te lo prometo.

—¡Ahora! —me instó Nicole.

—¡No! Voy a quedarme contigo hasta que lleguen los sanitarios.

—Ve, ve…

Nicole me soltó la mano y me empujó con las pocas fuerzas que le quedaban.

Con los ojos anegados de lágrimas, me levanté y me dirigí a la caja fuerte oculta tras el panel. Tecleé rápidamente la combinación y, en cuanto se abrió, saqué tres cuadernos y un disco duro portátil. Recuperé el bolso que había dejado en el suelo y lo guardé en su interior. Después, según lo que habíamos acordado pocos meses después de empezar a trabajar allí, cogí una de las botellas de vino que Nicole guardaba en el aparador y la vertí sobre el ordenador portátil que había sobre la mesa. El aparato chisporroteó unos segundos antes de apagarse para siempre.

—Creo que no deberías hacer eso… —dijo Théodore de pronto.

Me asusté. Había olvidado que estaba allí. Me recompuse como pude y regresé junto a Nicole. Aunque parecía imposible, estaba mucho más pálida que cuando habíamos llegado.

Oí voces en el piso de abajo. Frases entrecortadas en los walkies, instrucciones lanzadas a voz en grito, pesadas botas pisoteando los cristales y los muebles caídos.

Me levanté y me asomé a la puerta del despacho.

—¡Aquí! —grité—. ¡Hay una mujer herida!

Al instante, las botas sacudieron las escaleras y en pocos segundos un grupo de figuras vestidas de negro, con sus armas apuntando hacia delante y los rígidos cascos ocultando su rostro aparecieron en el rellano.

—¡Al suelo! —ordenó el que iba en cabeza.

Conscientes de la inutilidad de protestar, los dos nos arrodillamos con las manos en alto y esperamos la llegada del comando.

—Ayúdenla —supliqué—. Se está desangrando.

9

Théo

Olivia temblaba sentada a mi lado en las incómodas sillas de plástico ancladas al suelo. Un coche patrulla nos había trasladado hasta la comisaría después de que los sanitarios comprobaran que la sangre que nos manchaba las manos y la ropa no era nuestra, sino de las víctimas a las que habíamos intentado auxiliar. La veía retorcerse las manos sobre el regazo mientras lloraba sin hacer ruido. Mientras, yo intentaba entender qué estaba pasando, atento el frenético ir y venir de los policías de uniforme y de paisano; el incesante sonido de los teléfonos; el ulular de las sirenas… Pero sobre todo, atento a las manos de Olivia.

—¿Estás bien? —le pregunté después de un rato de silencio. No habíamos hablado demasiado en el coche patrulla ni en la sala de espera donde nos habían acomodado, apenas cuatro palabras corteses cuando nos sentamos y cuando ella rechazó el café que le ofrecí.

—Al menos siento que ya puedo respirar —respondió ella en voz baja—. Pensaba que me ahogaba…

—Es la ansiedad —le expliqué—. Inspira y espira despacio. Puedo traerte un poco de agua fresca, si quieres.

Olivia negó con la cabeza, cerró los ojos un momento y, cuando los abrió, se giró hacia mí para mirarme de frente.

—Me protegiste con tu cuerpo —dijo muy despacio—. Podías haber muerto.

Recordé el chirrido de las ruedas sobre la acera, los primeros disparos, los gritos… Y decidí que volvería a hacer lo mismo.

—No lo pensé —respondí—, fue… instintivo, supongo.

Volví la cara para ocultar lo que fuera que me estaba retorciendo el estómago. Supuse que yo también padecía ansiedad y estrés.

—Gracias —siguió Olivia—, muchas gracias. Estaba convencida de que iba a morir. De que íbamos a morir los dos. Y ni siquiera me conoces…

—Théodore Gaillard —me presenté mientras le ofrecía la mano—. Théo —corregí en el acto.

—Olivia Roussel —respondió ella, que alargó el brazo y aceptó la mano que le ofrecía.

No es broma, juro que sentí una especie de corriente eléctrica recorriendo mi cuerpo.

Olivia recuperó su mano y volvió a dejarla sobre su regazo mientras yo esperaba a que el latigazo escapara por la punta de mis dedos, de pronto huérfanos de contacto.

Estaba a punto de decir algo cuando un uniforme se materializó frente a nosotros.

—Si es tan amable de acompañarme, el inspector Roux hablará con usted ahora —dijo, dirigiéndose a Olivia.

Los dos nos levantamos al mismo tiempo, aunque solo ella dio un paso adelante.

—¡Espera! —exclamé de pronto—. Me gustaría volver a verte…

—No lo sé —dudó ella.

Saqué rápidamente la cartera del bolsillo de la americana y le tendí una tarjeta de visita. Estaba a punto de cogerla cuando la recuperé, saqué un bolígrafo del mismo bolsillo y anoté mi número personal al dorso.

—Por favor —le dije, con la mirada clavada en sus ojos.

Todavía podía oler su perfume, y la punta de mis dedos palpitaba exigiéndome recuperar el contacto perdido.

Ella se limitó a sonreír un instante antes de girarse y seguir al policía que la precedía. Poco después, un segundo agente me invitó a entrar en otra sala para explicar lo sucedido.

10

Olivia

Declaré durante casi tres horas. El inspector me miraba con curiosidad y desconfianza. Cuando le expliqué que había salido de trabajar a las seis, quiso saber qué hacía en la acera, junto a la puerta trasera, quince minutos después.

—Estaba hablando con una persona —respondí. ¿Qué pensaba que estaba haciendo? ¿Abrirles la puerta a los encapuchados? No necesitaron ninguna llave para entrar.

Me temblaban las manos y me falló la voz en más de una ocasión, pero el inspector debió de achacarlo al estado de shock en el que me encontraba. Eso era cierto en parte, pero no lo era menos que pensar en lo que llevaba dentro del bolso me ponía muy nerviosa. Muchísimo. El cuaderno y el disco duro que me había llevado del despacho de Nicole seguían ocultos en el fondo de mi bolso. Necesitaba pensar en un buen lugar en el que guardarlos hasta que pudiera devolvérselos a su dueña, que en esos momentos se debatía entre la vida y la muerte en el quirófano del hospital.

Roux me preguntó por cada uno de los empleados actuales del local y por los que habían trabajado allí desde que yo llegué. Eran muchos, necesitaría consultar mi base de datos, y así se lo hice saber.

—Lo haremos nosotros, no se preocupe —respondió—, solo le pido que me avise si recuerda a alguien conflictivo, que tuviera un mal comportamiento o que se tomara especialmente mal su despido.

Asentí con la cabeza y seguí contestando a sus preguntas. Se interesó por la recaudación diaria, por la recogida del dinero y por la caja fuerte.

—Siempre hay dinero en el local —respondí—, pero no grandes cantidades. Desde luego —añadí en voz baja—, nada que justifique una masacre.

—¿De cuánto estamos hablando? —insistió.

—No más de diez mil euros, como mucho —le aseguré. Y era verdad. Cada día, una empresa de seguridad trasladaba al banco la recaudación del día anterior. Nicole decidía cuánto dinero nos quedábamos en función de los gastos previstos que hubiera que pagar en el acto y para que las cajas registradoras pudieran dar cambios a los cada vez menos clientes que pagaban en efectivo.

Cuando salí del despacho del inspector Roux y seguí a otro agente hasta la puerta, no había ni rastro de Théo. Me crucé la chaqueta sobre el pecho para intentar entrar en calor y caminé por la acera en busca de un taxi. Era casi medianoche, y sentí en los huesos el gélido viento del norte. «Ojalá él estuviera aquí», pensé sin poder evitarlo. Tenía que reconocer que en esos momentos tenía más miedo que cuando permanecí tumbada en el suelo durante el tiroteo, con su cuerpo protegiendo mi vida.

Sacudí la cabeza y aceleré el paso. Ese hombre era un juerguista, un tipo dispuesto a gastarse una fortuna en una sola noche de fiesta. ¿Habría incluido mujeres en el menú? No me extrañaría. No debería dedicarle ni uno solo de mis pensamientos.

Una vez en casa, recorrí cada centímetro en busca de un lugar seguro en el que guardar el cuaderno y el disco duro que llevaba en el bolso. Descarté los armarios y los cajones, los enormes maceteros de la terraza y las pilas de ropa. Le había prometido a Nicole que lo mantendría a buen recaudo y eso pensaba hacer.

Entré en el baño y sonreí al ver la enorme bañera de patas, una de las pocas cosas que decidí conservar cuando me mudé a aquel apartamento. Había una ducha en el segundo baño, la que utilizaba a diario, pero la bañera me regalaba deliciosos momentos de relax. Corrí a la cocina, envolví el cuaderno y el disco en abundante film transparente y regresé al baño con el paquete en una mano y la cinta americana en la otra. Tuve que meterme en la bañera para

poder pasar las manos por el estrecho hueco que quedaba entre esta y la pared, pero al fin logré colocar el paquete en un ángulo invisible y fijarlo con suficiente cinta como para que no se desprendiera.

Satisfecha, me quité la ropa, abrí el grifo del agua caliente de la ducha y me deleité al sentir cómo la cálida caricia líquida arrancaba de mi cuerpo y de mi pelo la sangre, el polvo y el sudor. Los músculos empezaron a pesarme, relajados, y me costaba mantener los párpados abiertos, pero sabía que no podría dormir sin comprobar el estado de Nicole y del resto de los heridos. Una de las camareras que había resultado gravemente herida tenía un hijo pequeño y ya había anunciado que se marcharía en verano porque quería tener más tiempo para él. Y ahora…

Me puse un pantalón vaquero y una vaporosa camisa verde, cogí una chaqueta y el bolso, notablemente más ligero ahora, y salí de nuevo a la calle. Todavía era noche cerrada. Suspiré y me dirigí a la calle principal, a unos ciento cincuenta metros de mi casa. Allí sería más fácil encontrar un taxi.

Mi teléfono empezó a vibrar en el fondo del bolso. Sorprendida, rebusqué hasta encontrarlo y leí el número que me llamaba, desconocido para mí.

—¿Sí? —pregunté cautelosa.

—Señorita Roussel, aquí el inspector Roux. —Tardé un segundo en reaccionar—. Hemos hablado hace un rato —añadió ante mi silencio. De fondo se escuchaba el trajín del tráfico. El inspector había salido a la calle.

—Sí, sé quién es usted. ¿En qué puedo ayudarle?

—Lamento molestarla de nuevo, pero me han surgido un par de preguntas más que quisiera hacerle cuanto antes. ¿Está en su casa? Podría acercarme, y así le ahorro el volver hasta la comisaría.

—Lo siento —respondí al momento—, pero he salido. Voy al hospital —añadí. Me recriminé por haberle dado una información que no me había pedido. Recordaba a los abogados de las películas diciéndoles a sus clientes que no dijeran ni una palabra de más.

—No importa, es solo un detalle —dijo el inspector, que no parecía dispuesto a tirar la toalla—. ¿Cogió usted algo del despacho de la señora Labelle? La caja estaba abierta y el ordenador, inutilizado.

Tragué saliva y me detuve sobre la acera. Mi cerebro funcionaba a mil por hora, buscando la respuesta adecuada. Se trataba de la policía. Reconocer que me había llevado los cuadernos y el disco duro a petición de su dueña no era un delito, pero no estaba segura de si podrían obligarme a entregarlos. Lo que Nicole quería era que nadie, absolutamente nadie, conociera su contenido. Ni siquiera yo.

—¿Coger algo? —respondí por fin, esforzándome porque mi voz sonara natural— ¿A qué se refiere?

El inspector tardó un par de segundos en responder.

—No lo sé. Habría sido más específico de saberlo. Algún tipo de documentación, o quizá un objeto…

—No, no me llevé nada —afirmé por fin.

—¿Había alguien allí cuando llegó? —siguió el inspector.

—No, solo Nicole tumbada en el suelo.

—¿Y se cruzó con alguien mientras subía?

—Lo siento —respondí en voz baja—, aquello era un caos. Los que no estaban heridos corrían para salvarse o para ayudar a los que no se movían y a los que pedían auxilio. No recuerdo haber visto a nadie en las escaleras, pero no se lo puedo asegurar, lo lamento.

—No importa —aceptó Roux—. Bien, no la molesto más. Seguiremos en contacto.

No tuve ocasión de despedirme. Cuando quise decir adiós, el policía ya había colgado.

Retomé el camino hacia la avenida, donde no tardé en encontrar un taxi que me llevó al hospital. No me permitieron ver a Nicole ni a ninguno de los otros heridos a los que conocía, pero no me moví de la sala de espera hasta que conseguí, de madrugada, que una doctora me informara sobre su situación.

Nicole seguía viva, pero su estado era de máxima gravedad. Tardaría horas, si no días, en estar fuera de peligro. Eso, si lograba sobrevivir…

El balance provisional del tiroteo era de diez personas muertas y una veintena de heridos, la mayoría clientes que en esos momentos se encontraban en la pista de baile, en la barra del bar o en algunas de las mesas. Algunos habían conseguido salir ilesos, y todo el mundo daba las gracias porque a esa hora no había demasiada gente en el local. De haberlos asaltado a las once de la noche, la cifra de muertos y heridos podría haberse multiplicado por diez.

Cuando salí del hospital el sol ya iluminaba una ciudad deseosa por comenzar un nuevo día. Yo, por el contrario, estaba muy cansada; agotada, en realidad. Era incapaz de calcular cuánto tiempo había pasado desde que salí de trabajar el día anterior, justo antes de que se desatara el infierno. ¿Diez horas? ¿Cien? ¿Una semana?

Me dolía la cabeza y me costaba avanzar. Pensé en el premio de mi cama, en un café caliente y algo de comer y me puse en marcha. Media hora después estaba de nuevo ante mi edificio. Busqué las llaves en el bolso y entré en el portal.

Me detuve en seco cuando llegué a mi casa.

11

Olivia

La puerta estaba entreabierta, aunque no se oía nada en el interior. Estaba segura de haber cerrado, como siempre. Empujé la hoja de madera y permanecí atenta, pero la espera solo confirmó el silencio. Entré muy despacio, alerta. La casa estaba revuelta, el contenido de los cajones y los armarios, desperdigado por el suelo; mi ropa, tirada de cualquier manera…

Corrí hasta el baño, me metí en la bañera y colé las manos en el hueco. El paquete seguía allí. Arranqué la cinta, recuperé el bulto, lo metí en el bolso y salí de casa. Cerré la puerta de golpe y corrí escaleras abajo, pero me detuve al llegar al portal. ¿Y si quien se había colado en mi casa seguía allí? No había comprobado si me habían robado el ordenador o las pocas joyas que tenía. El miedo había podido más que la razón. Me apoyé en la pared y llamé a la policía. La operadora me pidió que se quedara donde estaba mientras llegaba la patrulla.

En el silencio del portal, los latidos de mi corazón sonaban atronadores dentro de mi cabeza. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Estaba realmente asustada. Hice un repaso mental de las personas a las que podía llamar para que me acompañaran en esos momentos. Mis padres vivían a más de quinientos kilómetros de distancia, igual que mi único hermano. Tengo un par de buenas amigas en París y un buen número de conocidos, pero seguramente se asustarían más que yo y no serían de gran ayuda. Quizá él…

Rebusqué en su bolso hasta dar con la tarjeta y marqué rápidamente el número. El tono de llamada se repitió una y otra vez hasta que una voz metálica me invitó a dejar un mensaje. Llené los pulmones de aire y hablé mientras lo expulsaba.

—Soy Olivia… No quería molestarte… No quiero molestar, de verdad… Han entrado en mi casa… He ido al hospital y al volver todo estaba revuelto… Estoy esperando a la policía, pero había pensado…

El agudo *pip* que indicaba el final del tiempo para grabar me sobresaltó. Suspiré y me guardé el teléfono en el bolsillo del pantalón. No había sacado la mano cuando sentí que el móvil empezaba a vibrar. Reconocí el número al instante. Acababa de marcarlo.

—Dime dónde estás —me pidió Théo, apremiante. Le di la dirección—. No te muevas, voy ahora mismo.

—De acuerdo —acerté a decir.

No tardé mucho en escuchar las sirenas de la policía que se acercaban a toda velocidad. Abrí el portal cuando oí que los coches se detenían y esperé a los agentes. Luego repetí una vez más lo que había ocurrido y acompañé a la patrulla hasta mi apartamento.

El más joven de los policías consultó su libreta y luego susurró algo al oído de su superior, que al instante salió del piso y se llevó el móvil a la oreja.

Yo seguía paralizada junto a la puerta. Contemplar de nuevo todo ese desastre, todas mis cosas rotas, mancilladas, me provocó una enorme angustia. En efecto, se habían llevado el ordenador, la cámara de fotos y las joyas que guardaba en mi habitación, que tenían más valor sentimental que económico pero que eran mías, al fin y al cabo, recuerdos irreemplazables.

Respondí a las preguntas y esperé mientras interrogaban a los vecinos. Nadie había oído nada. Poco después llegaron más policías, que se enfundaron unos guantes blancos y desplegaron en el suelo el contenido de sus maletines. Polvos negros, pequeñas brochas, lupas… Y detrás de ellos apareció, como por ensalmo, el inspector Roux, que caminó derecho hacia mí.

—Señorita Roussel, lamento mucho volver a verla en estas circunstancias, pero su nombre ha hecho saltar la alerta en el sistema y me han pasado el aviso. Demasiada casualidad, ¿no cree?

—No sé a qué se refiere…

—Anoche, usted resultó milagrosamente ilesa en un terrible ataque en el que han muerto una decena de personas, y ahora alguien hace saltar la puerta y se cuela en su casa. —Me cogió del brazo, me acompañó al salón y me obligó a sentarme en el sofá. Luego, él se sentó a mi lado y me miró fijamente—. Le repito la pregunta que le hice hace un rato: ¿se llevó algo del despacho de la señora Labelle? O quizá guarda en su casa algún tipo de documento, o dinero, o algo que quien atacó el local esté buscando…

—Yo… no, yo… —Ese hombre me intimidaba y me asustaba en la misma medida. Mi agotado cerebro era incapaz de decidirse entre confiar en la policía o mantener la palabra dada a Nicole.

—No hace falta que respondas. —La voz de Théo interrumpió el caótico vaivén de mi mente. Me sentí tan agradecida por su oportuna aparición que por un segundo estuve tentada de abrazarlo. Él debió de verlo en mis ojos, porque a pesar de que no me moví, me tendió gentil una mano de dedos largos y cuidados a la que me aferré como si me fuera la vida en ello.

—Gracias por venir —susurré.

Él me apretó levemente la mano a modo de respuesta y se quedó de pie junto a mí, sin soltarla. El inspector sonrió.

—Señor Gaillard, qué inesperada sorpresa. —Paseó la mirada de uno a otro y volvió a sonreír—. Entiendo, a juzgar por su presencia aquí, que en realidad no acaban de conocerse, como han intentado hacerme creer

—Lo que le he dicho es absolutamente cierto —respondió Théo —. La señorita Roussel y yo nos conocimos por casualidad. Ayer fue la segunda vez que nos vimos, y ahora es la tercera.

—Claro… —añadió el inspector, irónico. Luego se palmeó las piernas y se puso de pie—. Si recuerda algo —continuó, mirándome —, no dude en llamarme.

—Lo haré.

—Y respecto a esto —extendió el brazo hacia el apartamento, donde los policías seguían trabajando—, la mantendré informada, aunque yo no me haría muchas ilusiones.

Roux se marchó sin despedirse. Un momento después, uno de los agentes se acercó a mí.

—Estamos a punto de terminar —me dijo—. La cerradura está reventada, le recomiendo que duerma en un hotel hasta que la arregle.

—Claro… —repetí como una autómata. Estaba tan cansada…

—Si necesita ayuda —siguió el policía—, nosotros podemos…

—No será necesario, gracias. Yo me ocupo. —Théo le tendió su tarjeta al policía—. Si surge alguna novedad, puede llamarme a este número. Yo le haré llegar el mensaje a la señorita Roussel.

El policía cogió la tarjeta, se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón y abandonó la casa. El resto de sus colegas ya se habían marchado, y los de la brigada científica lo harían en breve. Habían tomado muestras de todas las superficies y fotografiado cada rincón de la casa.

Théo se sentó junto a mí en el sillón y observamos en silencio el trabajo de los policías. Recuperé mi mano y la compostura, y me alejé cuanto pude de él sin parecer grosera. Su presencia era magnética pero, aun así, no podía dejarme llevar por un impulso irracional. Yo no soy así. Un escalofrío me recorrió la espalda y me hizo estremecer. Théo, atento, cogió la manta que había doblada en uno de los brazos del sillón, la extendió y me la echó sobre los hombros con cuidado.

—Deberías meter algunas cosas en una maleta —me sugirió.

Asentí y me levanté con dificultad. Me sentía como si llevara una semana sin dormir. Vacilé sobre mis piernas, pero Théo se incorporó con rapidez y me sujetó por el brazo.

—No es nada… —dije.

—Vamos, te acompaño. Te ayudaré.

—No es necesario, puedo sola. Estoy bien —le aseguré.

Entré en mi habitación y recogí la maleta que estaba tirada en el suelo. La habían cogido del altillo, la habían abierto y luego la habían tirado de cualquier manera. Comprobé que no estaba rota y la dejé sobre la cama. Todo estaba revuelto, la ropa por el suelo y los objetos decorativos, tirados y rotos. Sentí la presencia de Théo a mi espalda. Miraba a su alrededor con el ceño fruncido.

—Tienes una casa muy bonita —me dijo con un tono que sonó sincero.

—Solía serlo —repuse con un suspiro.

—Volverá a serlo, seguro. Déjame ayudarte, ¿te guardo el bolso? Te estorba para buscar la ropa…

—¡No! —exclamé. No me había separado del bolso en ningún momento. Sentía el peso del paquete que ocultaba en su interior, notaba el bulto contra la cadera—. Estoy bien, gracias. Termino en un momento.

Théo dio un paso atrás para no entorpecerme el paso de un lado a otro de la habitación.

Metí varias prendas en la maleta sin apenas pensarlo y luego entré en el baño para recoger mis cosas de aseo. Quince minutos después estaba lista. Los agentes de la científica ya se habían marchado, así que salimos y Théo le dio un fuerte tirón a la puerta para intentar dejarla encajada, ya que era imposible utilizar la llave.

—Llamaré a un cerrajero de emergencia, vendrá esta misma tarde.

—Yo lo haré —repliqué. Luego respiré hondo y levanté la cara para mirarlo de frente. Era la primera vez que me detenía a observarlo de verdad.

Era bastante más alto que yo, y debajo del fino jersey se adivinaban unos hombros anchos y musculosos, igual que los brazos. Me miraba con el ceño fruncido y sus brillantes ojos verdes. Estaba ligeramente bronceado y en sus mejillas empezaba a sombrear una incipiente barba. Los labios… Mis pensamientos se

detuvieron al llegar a sus labios. Carnosos, perfectamente delineados y apretados en un mohín contrariado que me hizo sonreír.

—¿He dicho algo divertido? —preguntó, con el ceño aún más fruncido.

—No, lo siento. Todavía no te he dado las gracias por venir. Me asusté, no sabía a quién llamar y recordé tu tarjeta…

—Me alegro de que lo hicieras, de verdad. —Théo suavizó sus facciones y sus ojos centellearon brevemente.

—Ya me has ayudado mucho. Pasaré la noche en un hotel y mañana me ocuparé de todo. Has sido muy amable.

—Todavía no he terminado de ser amable —respondió él con una sonrisa—. Déjame ayudarte un poco más, creo que lo necesitas. Pareces agotada. ¿Has descansado desde que ayer…?

—No, la verdad es que no. Fui al hospital al salir de la comisaría, y cuando volví, encontré la casa así.

—Entiendo. Insisto, déjame ayudarte.

—De acuerdo —accedí por fin con un suspiro.

12

Théo

Se quedó dormida poco después de poner en marcha el coche. Encendí la calefacción y bajé el volumen de la música. Solo se despertó cuando el coche se detuvo.

—¿Dónde estamos? —preguntó, mirando a su alrededor.

—En el garaje —respondí.

—Eso ya lo veo, pero ¿de dónde?

—De mi casa, vivo arriba.

—¿Me has traído a tu casa? ¿Estás loco? Quiero ir a un hotel.

Me giré en el asiento y la miré fijamente. Luego hablé despacio, intentando aparentar tranquilidad. No quería asustarla más.

—Alguien está muy interesado en lo que sea que te llevaras del despacho de tu jefa. Alguien que sabe dónde vives y que, si no ha encontrado lo que busca, irá a por ti estés donde estés. Si te registras en un hotel, dará contigo.

Olivia me miraba con los ojos muy abiertos, asombrada y asustada a partes iguales.

—Yo… —balbuceó.

—Dime solo una cosa —le corté—, ¿lo encontraron?

Olivia movió la cabeza de un lado a otro y abrazó su bolso. Me fijé en el gesto y luego la miré a los ojos.

—Entiendo —dije simplemente—. Vamos.

Salí del coche y di la vuelta para abrirle la puerta. Le ofrecí la mano, pero Olivia rehusó mi ayuda. Resignado, abrí el maletero y saqué el equipaje.

Olivia miró a su alrededor. Parecía inquieta, y no podía culparla. En poco más de veinticuatro horas había sobrevivido a un tiroteo, habían asaltado su casa y ahora se había metido en un garaje desierto con un desconocido.

Subimos en el ascensor en silencio, sin ni siquiera mirarnos. Llegamos a la última planta y me dirigí hacia la única puerta del rellano. Abrí y me hice a un lado para invitarla a pasar.

13

Olivia

No me hizo ninguna gracia que me llevara a su casa sin preguntarme primero. Yo quería ir a un hotel, y aunque seguramente tenía razón en eso de que me localizarían si me estaban buscando, debería haberme preguntado. Théo caminaba decidido hacia la puerta con la maleta en la mano. No tenía aspecto amenazador, pero con su corpulencia y la intensidad que destilaba en cada movimiento lo creía capaz de cualquier cosa. Me maldije por haberme dormido. Tenía que aprender a mantenerme siempre en guardia

Me detuve nada más cruzar el umbral de su casa, asombrada ante lo que tenía delante. El ático de Théo era sencillamente impresionante. Tras el sobrio recibidor se abría un inmenso salón con la pared del fondo y parte del techo acristalados. A esa hora, era como si se hubiera colado en el interior de la noche. Las fulgurantes luces de París al frente, con la Torre Eiffel brillando en el *skyline*, y las estrellas sobre mi cabeza.

Muebles de madera oscura, sofás de cuero y una preciosa y mullida alfombra blanca bajo mis pies. Las paredes, casi desnudas de todo adorno, ayudaban a guiar la vista hacia el exterior. Aquel salón era increíble.

Cuando se dio cuenta de que me había detenido, Théo dejó la maleta en el suelo y volvió junto a mí.

—Eso mismo me pasó a mí la primera vez que entré aquí. Daba la sensación de que las nubes iban a colarse en la habitación. Es extraño, como si tuvieras el mundo exterior dentro de tu propia casa.

—Es precioso —murmuré.

Él asintió en silencio y esperó un minuto más.

—Estarás cansada —dijo por fin, devolviéndome a la realidad. Te enseñaré tu habitación.

Cruzamos el salón y accedimos a un amplio pasillo con cuatro puertas. Théo abrió la segunda y se hizo a un lado para cederme el paso. Entré en una habitación decorada en una preciosa gama de azules. Una enorme cama presidía el espacio. Un armario, un tocador con su propia silla, una mesita de noche y una estantería repleta de libros completaban el mobiliario.

—Tienes tu propio baño —me explicó Théo, que dejó la maleta sobre la cama—. Hay toallas en el armario, y cualquier cosa que necesites, no dudes en decírmelo. Te espero en la cocina, está a la derecha de la entrada.

—Gracias…

Mis palabras quedaron silenciadas por el chasquido de la puerta al cerrarse. Di una vuelta completa sobre mí misma para ver bien la habitación. Todo estaba decorado con un gusto exquisito e inmaculadamente limpio y ordenado. Paseé la vista por la estantería, repleta de libros sobre cine, biografías y obras de teatro de todos los tiempos. Shakespeare, Ibsen, Cervantes, Arthur Miller, Eugene O'Neill, Sarah Kane, David Mamet…

Bajé la maleta al suelo y me senté en la cama. Mi curiosidad por ese hombre se había multiplicado por mil en los últimos minutos. Saqué el móvil del bolso, abrí el navegador de internet y escribí su nombre, Théodore Gaillard. Lo que leí a continuación me dejó con la boca abierta. El hombre que me había protegido con su cuerpo y ahora me había acogido en su propia casa era uno de los empresarios del sector audiovisual más influyente no solo de Francia, sino de toda Europa. Dirigía una productora que tenía en su haber algunos de los mayores éxitos de crítica y público de los últimos años. Repasé las fotos que me mostraba Google. En la mayoría aparecía acompañado de famosas actrices y modelos, aunque también había instantáneas con directores, actores e incluso una con el expresidente de la República y su esposa.

Guau.

Me enfadé conmigo misma. Tenía que controlar la absurda atracción que sentía hacia él, fruto sin duda del cansancio, el agradecimiento por haberme salvado la vida y el innegable magnetismo que desprendía. Nadie llega hasta donde él había llegado antes de los treinta y cinco sin una poderosa personalidad y, desde luego, él la tenía. Estaba convencida de que era el tipo de hombre que absorbía toda la energía que fluctuaba a su alrededor, y eso no me convenía en absoluto. Cenaría, descansaría y mañana decidiría qué debía hacer para seguir adelante. Lo único que tenía claro en ese momento era que quería recuperar mi vida, volver a mi casa, y suponía que eso pasaba por devolverle a Nicole sus pertenencias.

¡El paquete! Lo había olvidado por completo.

Lo saqué del bolso y abrí la maleta. Luego saqué los zapatos que había llevado en una bolsa especial y guardé el paquete en su lugar. Por último, volví a colocar la ropa encima y cerré la cremallera.

Entré en el baño y me quedé una vez más con la boca abierta. Una enorme bañera de hidromasaje ocupaba la mitad del espacio. Al otro lado, un lavabo con un espejo de tres cuerpos y una estantería repleta de esponjosas toallas y productos de aseo. Aquel baño era el paraíso.

Por fin, salí de la habitación y me dirigí a la cocina, tan espectacular como todo lo que había visto en ese momento.

—Espero que te guste la pizza —me dijo Théo a modo de saludo —. No esperaba invitados y mi nevera deja mucho que desear.

—Me encanta la pizza —sonreí.

Mientras comíamos, él me contó la carambola de afortunadas circunstancias que le habían llevado a hacerse con esa casa, y yo confesé que lo que más me gustaba de mi pequeño apartamento era la bañera de patas, pero que el jacuzzi que acababa de ver la superaba con creces.

El cansancio, la despreocupación y el vino empezaron a hacer efecto e intenté disimular un bostezo sin demasiado éxito.

—Es tarde —dijo él— y ha sido un día terrible. No tengas prisa para levantarte mañana. Si quieres salir, hay un juego de llaves en el mueble de la entrada. Siéntete como en tu casa, por favor.

—Mañana debo ocuparme de muchas cosas —respondí—. La puerta de mi casa, el seguro… Y también quiero ir al hospital.

—No es buena idea que vayas sola —protestó él, de nuevo serio.

—Tendré cuidado —me defendí—. Siempre lo tengo.

Acto seguido me levanté, me despedí con un cortés buenas noches y me dirigí a mi habitación.

14

Théo

La vi marcharse pasillo adelante sin mover ni un solo músculo. La contención era mi fuerte, había aprendido a controlar mi cuerpo y mi mente desde que era un niño. Mi padre, militar de profesión, me enseñó a no dejar entrever nunca mis pensamientos, y mucho menos mis sentimientos. Fortaleza, disciplina, resistencia, indiferencia. Los pilares del éxito. Nunca des a conocer tus debilidades, no muestres tu fuerza para no atraer a un enemigo mayor, pero mantente siempre alerta, preparado, listo para el ataque. Luego, la oí echar el pestillo de la habitación. Sí, parecía que sabía tener cuidado

Mi padre se mostró sumamente decepcionado cuando rehusé alistarme en el ejército. El viejo teniente no entendía que podía haber honor lejos de las trincheras. Mi hermana, sin embargo, decidió seguir los pasos de nuestro progenitor. Murió en Irak hacía ya tres años. Desde el mismo día del funeral, mi padre me reprochaba que mi hermana hubiera tenido más valor que yo.

Echo mucho de menos a Claudia, pienso en ella a diario. Cada día contemplo la foto de ambos que tengo en mi habitación y recuerdo los buenos momentos. Es mi forma de exorcizar las terribles imágenes de mi hermana agonizando sola en el desierto que me asaltan de vez en cuando. Prefiero pensar en ella riendo, corriendo por el jardín, recibiéndome con una lluvia de bolas de nieve en invierno.

De algún modo, Olivia me recordaba a Claudia. Igual de tozuda y decidida, inmune al miedo y al desaliento. Una forma de ser muy peligrosa.

Suspiré, recogí los restos de la cena y entré en mi dormitorio. Yo también necesitaba descansar. Quizá por la mañana hubiera recuperado la cordura que parecía estar perdiendo desde que Olivia se cruzó en mi vida.

Antes de acostarme, repetí la rutina que realizaba cada noche. Primero, comprobé mi agenda para la mañana siguiente. Tenía dos reuniones a primera hora, una videoconferencia con un director español y junta directiva por la tarde. La secretaria de Kyllian había enviado el orden del día. Lo leí solo para comprobar que nadie había colado ningún asunto imprevisto. Todo en orden. Después, me desnudé y entré en el baño. Me metí en la ducha y abrí el grifo del agua caliente. La dejé correr por mi espalda para atemperar los músculos, tensos después de lo ocurrido en las últimas horas. Apoyé las manos en las baldosas y dejé que el agua se llevara mis preocupaciones. Cuando mi mente estuvo tranquila, Olivia ocupó todo el espacio libre. La vi sonreír, caminar, estirar el brazo para entregarme la cartera, altiva, orgullosa. La sentí temblar de miedo debajo de mi cuerpo, y mirarme asustada cuando la recogí en su apartamento después del asalto. La imaginé a solo unos metros de mí, tumbada sobre la cama, quizá pensando en mí…

Me erguí y abrí el grifo del agua fría. Tenía una erección de lo más inoportuna y molesta. Luego salí de la ducha, me sequé, me metí en la cama y apagué la luz.

A pesar de que todo mi cuerpo me pedía un descanso, no conseguí conciliar el sueño. Al final, harto de dar vueltas entre las sábanas, las aparté de un manotazo y encendí la luz de la lamparita. Me puse unos pantalones cortos y salí al pasillo. La puerta de la habitación de Olivia estaba cerrada. Me detuve un instante y aspiré. No sabía si sería cierto o si mi cerebro me estaba jugando una mala pasada, pero juraría que su perfume había impregnado el ambiente.

Me sentía como un loco, como un puto depredador, y no me gustó. Suspiré y entré en el salón. No había dado ni dos pasos cuando me detuve en seco. En el sofá, iluminada por la luna, las estrellas y las luces de la ciudad, una aureola de cabello rubio brillaba sobre el cuero oscuro. Olivia…

No quería sobresaltarla. Desde donde estaba no alcanzaba a ver si estaba dormida o despierta, así que avancé despacio y carraspeé levemente al llegar a su altura. A pesar de mi cuidado, Olivia dio un respingo en el sofá.

—Lo siento —me disculpé—, no pretendía asustarte.

—No, tranquilo —susurró ella, y sus manos hicieron un rápido barrido sobre sus mejillas.

—¿Estás bien? —Me senté a su lado y observé sus ojos brillantes por las lágrimas. Se había acurrucado en un rincón del sofá y se abrazaba con fuerza las piernas, que había recogido frente a su pecho. Llevaba el pelo suelto y un pequeño pijama de tirantes y pantalón corto.

Mi mirada se perdió en su piel blanca, resplandeciente bajo la luz de la luna, en sus largos dedos entrelazados y en su melena rubia, que descendía por sus hombros hasta casi acariciarle el pecho.

Olivia sacudió la cabeza a modo de respuesta.

—Todo esto es… una locura —dijo—. Todos esos muertos, los heridos… Las balas y el ruido… No entiendo quién podía querer hacerles daño.

—Las noticias aseguran que detrás del ataque está un grupo de radicales religiosos.

Olivia cerró los ojos y dejó que las lágrimas corrieran por su rostro. Sin pensarlo, me acerqué a ella, le pasé el brazo por los hombros y la atraje hacia mí. Olivia pareció agradecer el abrazo y el calor, porque se refugió en mi pecho y lloró mientras yo le acariciaba la espalda y le retiraba el pelo de la cara.

—Tranquila… —susurré con los labios casi pegados a su cabeza.

Su respiración se fue calmando poco a poco. Sentí que me faltaba algo cuando ella salió de entre mis brazos y se incorporó en el sofá.

—Esto excede el deber de cualquier anfitrión —me dijo con una sonrisa triste—. No solo me salvas la vida, sino que, además, me acoges en tu casa y aguantas mis berrinches.

—No me ha parecido un berrinche —protesté—. Necesitabas desahogarte, es normal. Ha sido un día intenso.

—Sí, y tengo tantas dudas sobre lo que pasará a partir de ahora que no sé qué hacer. Tengo miedo de volver a mi casa, pero no puedo quedarme aquí para siempre, por mucho que me guste tu salón.

«Podrías», pensé sin poder evitarlo.

—Creo que el asalto a tu apartamento está relacionado con lo que sucedió en la sala de fiestas —dije, sin embargo.

Olivia levantó rápidamente la mirada y se encontró con mis ojos. Luego enderezó la espalda y se alejó un poco de mí.

—Deberías entregar lo que escondes a la policía —insistí.

—Aunque lo hiciera —me rebatió Olivia—, no hay forma de que quien lo busca sepa que ya no lo tengo, así que seguirá persiguiéndome. Además, Nicole… la señora Labelle insistió en que lo guardara, tú la oíste. No me lo llevé porque yo quisiera, sino porque me lo pidió con insistencia. —Suspiró con fuerza y fijó la mirada en la pared acristalada—. Mañana me acercaré al hospital. Se lo devolveré en cuanto se encuentre mejor. Ella sabrá qué hacer.

—Mientras tanto —continué—, deberías guardarlo en una caja de seguridad.

—Quizá sea una buena idea —aceptó tras dudar unos instantes.

—Lo es. Mañana te acompañaré al banco con el que trabajo y alquilaremos una.

—La alquilaré yo —puntualizó Olivia.

Levanté las manos.

—Por supuesto. Me refería a que puedo ir contigo para agilizar los trámites.

—Te lo agradezco, pero no quisiera distraerte de tus obligaciones ni molestarte más de lo que ya lo hago.

—No es molestia. De verdad que no lo es —insistí, consciente de que mis primeras palabras habían sonado demasiado bruscas. Luego

suspiré e intenté sonreír—. Parece que ninguno de los dos puede dormir, así que ¿te apetece una copa de vino?

Olivia dudó.

—Estaba a punto de volver a mi habitación. No es que tenga sueño —añadió rápidamente—, pero no quiero invadir tu intimidad, me siento un poco como una intrusa —reconoció con la mirada baja.

—No eres una intrusa —le rebatí—, y creo que una copa de vino nos ayudará a los dos a dormir.

—Me encantaría —aceptó ella por fin con una sonrisa.

Fui a la cocina y volví al cabo de pocos minutos con una botella de vino y dos copas en una bandeja. Había añadido un cuenco con frutos secos y un plato con queso. Lo dejé todo sobre una pequeña mesita auxiliar, serví las copas de vino blanco y le pasé una a Olivia.

Durante un rato contemplamos el paisaje en silencio, saboreando el vino y mordisqueando pequeñas cuñas de queso. Su perfume me envolvió cuando se sacudió el pelo para apartarlo de su cara. En ese momento, era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera su boca.

15

Olivia

Tengo que reconocer que hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien, tan cómoda y tranquila como mientras estaba sentada en el sofá de Théo, con el cielo estrellado sobre mi cabeza y la ciudad frente a mí. El vino estaba delicioso, era fresco y suave, y Théo parecía haber adivinado mi debilidad por el queso.

Mientras estuvimos allí, me olvidé del tiroteo y de la sangre, del ruido de las ambulancias y del olor del hospital, de la puerta forzada y del asalto a mi casa. Olvidé el miedo, el dolor y los gritos, y pude fingir que no había pasado nada.

Théo me rellenó la copa cuando la dejé vacía sobre la bandeja. No estaba acostumbrada a beber; de hecho, apenas tomaba media copa de champán en Navidad y nada más el resto del año. Muchas veces brindaba con el vaso que me ofrecían en una fiesta y luego lo dejaba intacto en la mesa.

Me interesé por su trabajo, por los actores y actrices que conocía y por sus proyectos inmediatos. Théo respondió sin extenderse, con una modestia que me pareció sincera, nada impostada. Me contó varias anécdotas divertidas y confesó alguna de las manías de las grandes estrellas.

Cuando terminé la segunda copa, las luces de la ciudad eran mucho más brillantes y titilantes. Eché la cabeza hacia atrás y me recosté en el sofá para contemplar el firmamento. En ese instante, una estrella fugaz cruzó el cielo de lado a lado.

—¡Pide un deseo! —exclamé, estirando el brazo hacia el cielo.

Volví la cara hacia él y me encontré con la intensidad de sus ojos verdes. Contuve la respiración mientras Théo se acercaba. Un

segundo después, sentí su mano sobre la nuca y me atrajo hacia sus labios.

Primero, un beso breve, luego otro, y por fin, la pasión. Mi mente se quedó en blanco. Solo podía sentir. Sus labios, su cálida lengua, su mano acariciándome el cuello con delicadeza. Lo oí gemir, y yo gemí también, aturdida, excitada. Théo colocó su mano en mi espalda y me atrajo aún más hacia él, hasta que apenas quedó espacio entre nuestros cuerpos. Separó un instante sus labios y me miró a los ojos antes de volver a besarme con la misma intensidad.

La cabeza me daba vueltas.

Abrí los ojos y pensé…

Pensé que aquello no estaba bien. Ese hombre me había perseguido durante días, estaba claro lo que quería… Y ahora, por fin, lo tenía.

Lo empujé con todas mis fuerzas y me puse de pie de un salto.

—¿Qué haces? —grité, alejándome de él—. ¿Esto es lo que perseguías todo el tiempo?, ¿por eso estoy aquí?

—¿Cómo dices? —Théo estaba perplejo. Se levantó del sofá y se acercó a mí, pero yo di otro paso atrás, dispuesta a mantener las distancias.

—¡Oh, vamos! Conozco a los de tu calaña, los veo a diario. Piensan que su dinero puede comprarlo todo, a todo el mundo. —Escupí las palabras con ira a duras penas contenida. Apretaba los puños mientras le miraba con fiereza—. Veo a tipos como tú que persiguen a las jovencitas y las engatusan con su poder y con falsas promesas. Imagino que tú utilizarás el nombre de tu productora para captar a aspirantes a actriz… Te has equivocado conmigo, pero tú eres como todos.

Di la vuelta al sofá y corrí hacia mi habitación.

—¡Escucha! —gritó Théo—. Tú también te equivocas conmigo.

La única respuesta que obtuvo fue la del pestillo de la puerta al cerrarse. Poco después lo escuché entrar en su dormitorio y cerrar la puerta.

Pasé la noche en blanco. Lloré, me enfadé conmigo misma y con Théo y decidí que saldría de allí a primera hora de la mañana. No le debía nada a ese hombre. Había creído que sí porque me había salvado la vida, pero había dejado claro que el favor tenía un precio que yo no estaba dispuesta a pagar. Ni ahora, ni nunca.

Recogí rápidamente las pocas cosas que había sacado de la maleta, comprobé que el paquete seguía allí, me vestí y me tumbé en la cama a esperar el amanecer.

Decidí que lo más sensato sería coger el primer tren que me llevara a casa de mis padres. Podría quedarme con ellos una temporada, descansar, serenarme y esperar a que las aguas volvieran a su cauce.

Pero por mucho que intentaba evitarlo, mis pensamientos volvían una y otra vez a Théo, a sus brazos, a sus labios. Jamás había sentido algo parecido con un solo beso. Su pasión me había arrastrado, me había sentido irremediablemente atraída hacia él, zarandeada en el fuego que irradiaban sus besos, sus caricias.

Pero solo lo hizo porque pensaba que podía, que yo se lo debía, que estaría encantada de agradecerle su heroicidad y su generosidad entregándole mi cuerpo. Maldito imbécil. Y yo… Una tonta, eso es lo que yo era. Una completa imbécil.

Desesperada y todavía furiosa, hice una lista mental de lo que debía hacer por la mañana. La idea de la caja de seguridad me parecía buena. Alquilaría una antes de ir al hospital. Después, volvería a mi casa para recoger algo más de ropa y pondría rumbo al norte, junto a mis padres. Dudé en si debía avisar a la policía de mi marcha, pero no me habían pedido que me quedara. Solo esperaba que Nicole y el resto de los heridos lograran salir adelante.

A las seis, me puse los zapatos y la chaqueta, cogí la maleta y salí de la habitación sin hacer ruido. Supuse que Théo seguiría durmiendo. Sin embargo, cuando llegué al salón y giré la cabeza para ver por última vez el fabuloso espectáculo, lo descubrí en la terraza, vestido con el mismo pantalón corto de la noche anterior, concentrado en realizar una serie de posturas de yoga.

Disfruté de la vista protegida por las sombras del salón, aunque en esta ocasión el cielo y la ciudad no captaron mi atención. Mis ojos se clavaron en la espalda poderosa de Théo, en sus largos y fuertes brazos, en los músculos que se tensaban y se relajaban con cada movimiento. Sus piernas no temblaban cuando cargaba todo el peso de su cuerpo sobre una de ellas mientras la otra se estiraba hacia delante. Despacio, con mimo, sus cadenciosos movimientos me hipnotizaron, igual que unas horas antes lo habían hecho sus labios. Movió el cuello a un lado y a otro, y en uno de esos giros se detuvo de pronto y clavó la vista en el interior del salón.

Estaba convencida de que no podía verme y, sin embargo, juraría que me estaba mirando directamente. Casi sin respirar, di media vuelta y salí de allí.

16

Théo

Me quedé plantado en medio del pasillo, atónito, intentando entender qué había pasado mientras ella corría hacia su habitación. Luego entré en mi dormitorio y me tumbé sobre la cama. Eran casi las dos de la madrugada. Mi despertador sonaría en cuatro horas. Me tapé con las sábanas mientras intentaba comprender lo que acababa de suceder. No solo eso. También necesitaba entender qué me estaba pasando a mí.

Esto no se parecía a las múltiples y breves aventuras que había mantenido con otras mujeres. Estaba obsesionado. Eso era, una simple obsesión. A partir de ese momento, mi objetivo sería olvidarla, librarme de ella. Desde ese mismo instante.

Incapaz de dormir, me levanté y fui al despacho que tenía en casa. No era muy grande, pero no necesitaba más. Una enorme televisión en la pared, un mueble para los DVD, una butaca cómoda y, al otro lado, una mesa funcional y una silla de oficina. Sobre la mesa, mi ordenador y una pila de papeles, muchos de ellos duplicados de los que tenía en mi oficina de la productora. Encendí la luz de sobremesa y encendí el portátil. Diez minutos después estaba sumido en mis nuevos proyectos y Olivia se había convertido en una sombra. O eso creía yo.

El *smartwacht* comenzó a vibrar en mi muñeca para anunciarme que ya eran las seis de la mañana. Estaba agotado, tenía la cabeza abotargada y el cuerpo entumecido.

No pude evitarlo. En cuanto dejé de pensar en lo que estaba haciendo mi mente volvió a revivir los besos que había compartido con Olivia. Porque si de algo estaba seguro era de que no se los había robado, aunque ella se hubiera arrepentido de lo que estaba

haciendo. No, Olivia había respondido a mis besos antes de acusarme de…

Mejor no pensar en ello.

Me puse la ropa de deporte y salí a la terraza. Hacía frío, pero me vendría bien para espabilarme. Extendí la esterilla y comencé con los primeros movimientos. Mis músculos agradecieron el trabajo y pronto entraron en calor. Nunca utilizaba auriculares para entrenar, prefería escuchar a la ciudad. Los pájaros madrugadores, el siseo del viento, el tráfico…

Me quedé helado cuando el inconfundible perfume de Olivia me alcanzó. No la veía, pero sabía sin ninguna duda que ella estaba allí. Lo siguiente que escuché fue la puerta.

Cerré los ojos y suspiré, decepcionado. Por un instante había albergado la esperanza de que ella me diera una oportunidad para aclarar lo sucedido, pero no había sido así.

Intenté volver a concentrarme en la rutina de gimnasia, pero mi cabeza volaba de un lado a otro, del tiroteo a los labios de Olivia, del peligro que sin duda corría al delicado tacto de su piel.

Furioso, cogí el vaso de agua que descansaba sobre la mesita y lo lancé al suelo. El vidrio estalló en mil pedazos, salpicándolo todo de diminutos y afilados trozos de cristal. Aunque sabía que era lo más sensato, lo que ella quería, no podía permitir que se marchara así.

Cogí el móvil y busqué en teléfono que necesitaba.

—Necesito que hagas algo por mí —dije cuando descolgaron—. Es urgente.

17

Olivia

Encontré una mesa libre al fondo de una cafetería. Me senté con la maleta bien pegada a mis piernas y estudié al resto de los clientes. A esas horas de la mañana casi todos eran estudiantes adormilados y algunos hombres trajeados que bebían café en silencio, concentrados en la prensa matutina.

Encargué un desayuno que sabía que no iba a tomar y le pedí al camarero que me llevara también el periódico. El tiroteo en *Le chat noir* ocupaba buena parte de la portada y varias páginas interiores. Como había apuntado Théo, una secta ultrareligiosa se había atribuido el atentado. Uno de los heridos, un joven que había acudido con sus amigos, había fallecido el día anterior. El periódico no decía nada de Nicole ni del resto de sus compañeros. Eso era buena señal.

El teléfono vibró en el fondo de mi bolso. Fruncí el ceño cuando comprobé quién llamaba y colgué sin contestar. Al instante, el móvil emitió el pitido que me avisaba de que había recibido un mensaje. El remitente era el mismo.

Una persona de confianza te espera en la oficina central del Banque Parisien. Solo tienes que dar tu nombre en el control de acceso y te ayudarán a alquilar una caja de seguridad. Théo.

Estaba releyendo el mensaje por tercera vez, intentando decidir si debía enfadarme por la intromisión o aceptar la ayuda, cuando el teléfono vibró de nuevo.

Lamento lo ocurrido anoche, no pretendía molestarte. No soy como tú piensas, y sé que tú no eres como crees que pienso. Cuídate mucho. Théo.

Suspiré y tecleé un rápido y escueto «Gracias» que envié antes de tener tiempo de arrepentirme. Sin firma y sin más explicaciones. No las merecía.

Apenas eran las ocho de la mañana. El banco tardaría al menos una hora en abrir. Cogí el vaso de zumo y me lo bebí a sorbos cortos mientras seguía leyendo el periódico. Ajeno a la tragedia en la que estaba inmersa, el mundo seguía girando, indiferente a mis dudas y mis miedos.

Como Théo había dicho, un minuto después de identificarme en el banco, un joven trajeado y sonriente se acercó a mí con la mano extendida. Acepté el saludo y le expliqué lo que necesitaba.

—No se preocupe, el señor Gaillard ya nos ha informado. Si me acompaña, me he tomado la libertad de preparar toda la documentación, de modo que solo faltaría añadir sus datos personales y su firma.

Rehusé el ofrecimiento del joven de llevarme la maleta y lo seguí hasta su despacho, donde me explicó las condiciones del alquiler de la caja, el importe y las obligaciones legales. Escuché con atención, asentí y firmé sobre la línea de puntos. Veinte minutos después, los cuadernos y el disco duro de Nicole estaban a buen recaudo en una pequeña caja metálica cuya llave decidí camuflar entre las de mi casa y el trabajo, un surtido manojo que tintineaba en el fondo del bolso.

Una vez fuera, crucé la calle y me senté en un banco del parque que había enfrente. Tenía que avanzar, necesitaba hacerlo. Prioricé mis tareas y decidí que lo más importante en ese momento era hacer que mi hogar volviera a ser un lugar seguro.

Abrí el navegador del móvil y busqué la empresa instaladora de sistemas de seguridad que se había encargado de modernizar las alarmas y el control de accesos en *Le chat noir*. Llamé y les expliqué la urgencia de la situación. Conseguí que enviaran a su personal en una hora. Lo siguiente sería visitar a Nicole en el hospital y acudir a

comisaría para formalizar la denuncia por el allanamiento de mi casa. La necesitaba para el seguro.

Ninguna de esas tareas me resultaba desconocida ni incómoda. Estaba acostumbrada a solucionar problemas y me crecía ante las dificultades. La única diferencia era que en ese momento era yo la que tenía problemas, no la empresa para la que trabajaba o sus empleados. Un pequeño detalle que no interferiría en el resultado.

Paré un taxi y le di la dirección. Acababa de decidir que no me escondería en casa de mis padres. Quien quiera que hubiera entrado en mi apartamento no iba a robarme mi vida.

La puerta seguía tal y como la había dejado el día anterior, precariamente encajada en el marco. Empujé para abrirla, entré y volví a asegurarla lo mejor que pude. Luego encajé una silla contra la puerta para asegurarme de que nadie podría entra sin que me enterase.

Me puse ropa cómoda, me recogí el pelo en un moño alto y me dediqué a poner un poco de orden. Volví a guardar la ropa en los armarios y cajones, emparejé los zapatos, limpié el baño, recoloqué muebles y cojines en el salón y desplegué una bolsa de basura para tirar los objetos hechos pedazos.

Acababa de empezar en la cocina cuando el timbre de la puerta me sobresaltó. Distinguí por la mirilla los uniformes rojos y negros de la empresa de seguridad. Aun así, les pedí las tarjetas identificativas antes de dejarlos pasar. Los dos empleados escucharon el relato de lo sucedido y me propusieron varias opciones. Elegí la más completa: puerta blindada, cámara en el pasillo exterior con control desde el móvil, alarma interior y un botón del pánico que me pondría directamente en contacto con ellos, que se encargarían de avisar a la policía si no verificaba que estaba bien en pocos segundos.

Los dejé trabajando y regresé a la cocina. Había varios platos rotos, y una preciosa bandeja de porcelana que perteneció a mi abuela estaba partida en dos en el fregadero. Pensar que unas manos extrañas habían tocado mis cosas me dio tanto asco que

decidí meterlo todo en el lavavajillas. Cargué el electrodoméstico y empecé a recoger el suelo, cubierto de paquetes de comida, servilletas y latas que guardaba en los armarios de la despensa.

Un nuevo mensaje interrumpió mi trabajo.

¿Podemos hablar?

Era Théo de nuevo. ¿De qué podía querer hablar ahora? No teníamos nada que decirnos. Le estaba muy agradecida por haberme protegido durante el tiroteo y por ofrecerme un lugar en el que quedarme la pasada noche, pero no estaba dispuesta a dar un paso más con un hombre convencido de que podía comprar mis servicios.

Aunque quizá solo quisiera disculparse… Me estremecí al recordar sus labios. Jamás me habían besado así, con tanta intensidad, como si en el mundo, en su mundo, solo existiera mi boca. Tenía que reconocer que yo había respondido con la misma entrega… y no me arrepentía en absoluto.

Me había protegido, me había acogido y ayudado con lo de la caja fuerte. Pensé que lo más educado por mi parte sería darle las gracias. Recordé su silueta en el balcón esa misma mañana. La musculosa espalda, los brazos extendidos al cielo, las poderosas piernas como pilares en el suelo… Tecleé deprisa.

De acuerdo

Un segundo después, el timbre me hizo dar un brinco. Me detuve un instante para estudiar mi puerta nueva antes de abrir. Al otro lado, Théo hacía lo mismo, observando los puntos de sujeción, el blindaje de la hoja y la cámara recién instalada sobre el dintel.

—Buena elección —dijo—, ¿puedo pasar?

—No sabía que estabas aquí, pensé que ibas a llamar.

—Iba a llamar, pero creí que era mejor pedirte disculpas en persona.

—Ya te has disculpado esta mañana —le recordé.

—Odio a las personas que se comunican a través de mensajes. Es importante mirar a tu interlocutor a los ojos. Las expresiones dicen mucho más que las palabras.

Asentí y me hice a un lado para dejarle entrar.

El suelo estaba lleno de cables y herramientas, así que lo guie hasta la terraza. Théo se asomó por la barandilla para contemplar la calle.

—Ruidoso —comentó.

—Alegre —lo contradije.

Él sonrió y asintió. Luego me miró a los ojos y empezó a hablar.

—Siento mi comportamiento de anoche —dijo—, y de los días anteriores. No me reconozco a mí mismo. Me alegro de haber estado allí en el momento del tiroteo, pero he de reconocer que mi intención era hacerme el encontradizo para volver a verte. Lo siento, sé que parece que te estaba acosando y tienes motivos para estar molesta, pero yo no soy así, nunca me había comportado de este modo y juro que no volverá a suceder.

Lo escuché en silencio sin apartar la vista, perdida en el bosque de sus ojos.

—Nos conocimos en unas circunstancias excepcionales —dije cuando fue mi turno—. Yo trabajo en los pisos superiores, no en la sala de fiestas. Soy la administrativa, la contable y gerente —le expliqué—. No estoy acostumbrada a tratar con la clientela. Veo cosas a través de la cámaras, y las camareras me hablan de las proposiciones que reciben, y pensé que tú… Bueno —conseguí seguir—, que tú querías comprarme, o algo así.

—No, yo no pensé… —Théo se detuvo y bajó la mirada—. Nunca te he visto así, te lo juro. Sentí como si una especie de electricidad emanara de tu cuerpo y me alcanzara de pleno. Simplemente… —bajó la voz hasta convertirla en un susurro y me miró levantando los ojos—. Quería volver a verte.

Guau. ¿Qué podía responder a eso?

—¿Habrías actuado igual si me hubieras conocido en un cine o en una oficina?

Théo dio un paso adelante y se acercó a mí, aunque sin llegar a tocarme. La corriente que fluía entre nosotros creció en intensidad.

—Sin duda —me aseguró.

Los dos levantamos los ojos y nos miramos fijamente, como si pudiéramos entrar en la mente del otro, en su cuerpo, a través de las pupilas.

—¿Señora? —gritaron desde el interior.

Di un respingo y Théo enderezó sobresaltado la espalda. Entré en el salón y me acerqué a donde me esperaban los dos técnicos, que habían terminado con la instalación. Sentía la mirada de Théo clavada en mi espalda mientras escuchaba las explicaciones sobre el funcionamiento del sistema; intuía su presencia, casi podía oír su respiración.

Seguí a los dos hombres hasta mi nueva puerta, donde hicieron un pormenorizado repaso de las ventajas de la cámara y me enseñaron a cambiar la contraseña, insistiendo en que lo hiciera cuanto antes.

Luego firmé la documentación para dar de alta el servicio y la hoja de trabajo y se marcharon. Me di la vuelta despacio después de cerrar la puerta y di un paso hacia el salón.

—Deberías configurar la alarma —me recordó Théo desde la terraza.

Tuve que darle la razón. Abrí la cajita blanca que ahora había en su pared y seguí los pasos para cambiar la contraseña. Cuando un largo *pip* y una luz verde me indicaron que el proceso había finalizado con éxito, me giré de nuevo, solo para encontrarme con el cuerpo de Théo a menos de un metro de mí.

Contuve la respiración. Me temblaban las manos y sentía que el corazón me aleteaba en el pecho. Théo eliminó la distancia que nos separaba, me cogió las manos temblorosas y se las llevó a los labios.

—Tranquila —susurró sobre mis dedos—, no muerdo.

—Yo no estaría tan segura —bromeé para intentar aplacar mis nervios.

—Solo si tú quieres.

Guio mis manos alrededor de su cuello y me abrazó por la cintura, atrayéndome hacia él. No tuve que buscar su boca. Encontré sus labios, jugosos, sonrosados, perfectos, pegados a los míos. Los atrapé con cuidado, degustando el momento, comprobando que la sensación que me invadió la noche anterior no había sido un sueño.

Me acarició la espalda despacio mientras jugueteaba con mis labios, los capturaba un instante y los volvía a soltar. Luego depositó breves besos en las comisuras antes de volver a abrir la boca para apoderarse de nuevo de mis labios. Oh, Dios mío…

Sentía cada beso como una placentera ráfaga eléctrica que recorría mi cuerpo hasta instalarse en mi estómago. Noté que me flaqueaban las piernas. Perdí los dedos entre su espeso pelo, cerré los ojos y me concentré en las sensaciones.

Las manos de Théo subían y bajaban por mi espalda, me acariciaban despacio la curva del trasero pero sin llegar a traspasar la frontera imaginaria que marcaba la cinturilla de mi pantalón. Sentía contra mi pecho la acelerada respiración de Théo, sus fuertes músculos abrazándome, sus dedos calentando cada milímetro de piel que tocaban.

Entonces, Théo llevó una de sus manos a mi costado y me acarició despacio con el dorso de la mano. No pude evitar dar un involuntario respingo cuando sentí que el pulgar alcanzaba el inicio del pecho y comenzaba a trazar un sinuoso dibujo ascendente.

Abandoné sus labios, abrí los ojos e intenté recuperar el aliento, consciente de que no sería tarea fácil. Esos besos y esas tímidas caricias habían despertado un volcán en mi interior. No me reconocía a mí misma, siempre dueña de mis actos, esforzándome por tenerlo todo bajo control.

—Creo… —empecé, mirándolo a los ojos—. Creo que deberíamos ir un poco más despacio. Yo…

—Claro, perdona —respondió él.

Observé su gesto. No parecía enfadado ni desilusionado. Al contrario, no dejaba de sonreír y depositó un par de breves besos en mis labios antes de separarse de mí, aunque buscó mis manos para cogerlas y entrelazar los dedos. Era como si no quisiera perder el contacto, como si temiera soltar la línea de vida cuando estás colgado a cien metros sobre el suelo. Lo sé, porque yo sentía algo parecido.

—No hay nada que perdonar, solo… —empecé.

Théo acalló mis explicaciones con un nuevo beso apasionado.

Luego aflojó el abrazo, disminuyó la intensidad del contacto y por fin me soltó.

18

Théo

No podía dejar de besarla, no quería darle la oportunidad de cambiar de opinión, de volver a salir huyendo. Sin embargo, si la presionaba lo haría, escaparía.

—Me alegro de que hayamos aclarado las cosas —le dije, intentando que mi voz sonara lo más normal posible. La sola cercanía de Olivia producía en mí un efecto devastador, así que la sesión de besos y caricias, aunque breve, me había excitado muchísimo. Sentía cómo mis labios vibraban exigiendo continuar, cómo la punta de mis dedos se estiraban hacia ella como si tuvieran vida propia. Y la presión de la entrepierna empezaba a ser muy molesta, aunque confiaba en que no fuera demasiado evidente.

Miré el reloj. Debería volver a la oficina, había dicho que salía a hacer un recado rápido y de eso hacía ya casi dos horas.

Sin embargo, levanté la cabeza, la miré sonriente y le pregunté:

—¿Tienes hambre? Me gustaría invitarte a comer.

—No es necesario, pensaba tomar algo en casa mientras terminaba de recoger.

—Sé que no es necesario —insistí—, pero son casi las doce y deberías hacer un alto y cargar las pilas antes de continuar.

Olivia sonrió.

—La verdad es que me muero de hambre —reconoció por fin—. Esta mañana estaba tan nerviosa y… disgustada —añadió en voz un poco más baja— que apenas probé el desayuno que pedí mientras esperaba a que abriera el banco. Y, por cierto, gracias por tu ayuda, fue todo muy sencillo.

Sonreí, complacido.

—Me alegro de haber podido ayudarte. ¿Vamos? —la animé.

Olivia negó con la cabeza.

—No tengo ninguna intención de salir de casa con estas pintas —dijo, subiendo y bajando las manos para señalarse diversas partes del cuerpo. Y qué cuerpo—. Llevo horas recogiendo el estropicio, dame diez minutos —pidió.

Tardó un poco más de lo prometido, pero cuando volvió, tuve que contener el impulso de levantarme de un salto y tumbarla sobre el sofá. Olivia se había puesto un vestido veraniego de un suave amarillo y blanco, una chaqueta de punto y unas sandalias de tacón. Su melena rubia brillaba con la luz que entraba de la terraza abierta, y se había puesto un discreto maquillaje. Sombra gris en los ojos, rubor en las mejillas y brillo rosa en los labios.

¿Qué pasaría si me acercaba a ella y devoraba esa boca tan jugosa? Tuve que concentrar toda mi fuerza de voluntad en mantener mis manos alejadas de ella y en controlar la molesta erección que se negaba a desaparecer.

El piso de Olivia estaba en Le Marais, uno de los barrios más bulliciosos de París, así que no nos costó demasiado encontrar un buen restaurante en el que sentarnos. Charlamos como dos viejos amigos, contándonos nuestra vida a pequeños retazos, anécdotas de la infancia, compartiendo información sobre nuestras familias, el trabajo…

—He visto fotos tuyas en internet —me dijo Olivia con una sonrisa ladeada que no supe interpretar—. En muchas sales muy bien acompañado…

—Pura pose —le aseguré.

—¿Nunca has tenido un lío con una de esas actrices? Son preciosas —exclamó.

—Lo son, pero muchas son también bastante superficiales, o se acercan a mí porque saben que tengo una productora.

—¿En serio nunca…?

—¿Te importaría si me hubiera acostado con alguna de esas mujeres? —le pregunté, entre divertido y preocupado.

—No —repuso ella en el acto—. Puedes hacer lo que quieras, eres un hombre libre.

—¿De verdad puedo hacer lo que quiera? —Me acerqué a ella y le hablé en voz baja, mirándola directamente a los ojos. El rubor de sus mejillas se intensificó y se removió inquieta en el asiento. Bien…

—Si la otra persona está de acuerdo, por supuesto —afirmó muy seria.

—Está bien saberlo.

—Pero no has contestado a mi pregunta —me recordó Olivia.

—¿Si me he acostado con alguna de esa mujeres? —Bebí un sorbo de vino mientras observaba el rostro expectante de Olivia—. Sí —reconocí por fin—, alguna de ellas ha pasado por mi cama, o mejor dicho, por la de un hotel. Mi casa no es un picadero. En mi casa solo entra la gente que me importa —añadí.

Consciente de lo que acababa de decir, alargué la mano sobre la mesa hasta alcanzar la de Olivia, que me miraba fijamente a los ojos. Los suyos eran de un azul infinito. Ella también había comprendido el mensaje.

—¿No tienes que volver al trabajo? —me preguntó en voz baja.

—Soy el jefe. Y hoy no tengo ninguna reunión programada. Puedo enviar un mensaje para que no me esperen esta tarde.

—Hazlo —dijo Olivia simplemente.

19

Olivia

No conseguía recordar cuándo fue la última vez que me sentí tan relajada. De hecho, estaba segura de que la sensación que me embargó durante esas horas era lo más parecido a la felicidad que había sentido en mucho tiempo. Me esforcé por esquivar las alertas que me enviaba mi cerebro y en disfrutar del regalo que me hacía la vida.

Café en una terraza soleada, paseo por los jardines de las Tullerías y una cena temprana bajo las enormes arañas del restaurante del Museo d'Orsay. Casi a cada momento, nuestras manos se buscaban y se cargaban de electricidad cuando se encontraban. Los dedos de él en mi cintura, los míos sobre su brazo.

Anochecía cuando salimos del restaurante. Théo levantó la mano y llamó a un taxi. He de reconocer que dudé cuando le dio al taxista la dirección de su ático. Él debió de percibir mi tensión, porque me acarició la mano y me susurró:

—Cuando quieras, en cualquier momento, yo mismo te llevaré a tu casa.

Sonreí y me agaché para masajearme distraída el tobillo.

—¿Te duele? —me preguntó Théo.

—Las sandalias me están matando —reconocí.

Théo me ofreció la mano para salir del taxi y acto seguido me levantó sin esfuerzo y me colocó entre sus brazos.

—¡Oh! —solté un gritito—, de verdad que no…

Los labios de Théo sobre los míos acallaron mis protestas y así, acunada entre sus brazos y mecida por sus besos, llegué a su

apartamento. Luego me depositó con cuidado sobre el sofá y me quitó las sandalias.

—No te muevas —me pidió en un susurro.

Lo oí moverse en la cocina. El tintineo del cristal, el *plop* de un tapón al ser descorchado, el líquido llenando las copas. Y luego, sus pasos de regreso. Cada zancada larga, calmada, me provocaba un estremecimiento de placer.

No me reconocía a mí misma, pero no podía hacer nada por evitarlo… y tampoco quería.

—¿Estás cómoda? —me preguntó mientras se sentaba en el espacio libre del sofá. Se inclinó hacia la mesa, cogió un mando a distancia y pulsó una serie de botones. Al instante, la lámpara del techo se apagó y las cortinas de los enormes ventanales se abrieron para dejar paso a la luz de la noche.

Suspiré, emocionada. Luego me giré hacia él y lo miré un largo rato.

—Yo estoy cómoda —dije por fin, respondiendo a su pregunta—, pero tú sigues de traje.

Théo sonrió, se quitó la americana y se aflojó la corbata.

—Por ti —brindó alzando la copa de champán.

—Por ti —repetí, alzándola hacia él.

Las burbujas celebraron una fiesta en mi boca, provocándome un agradable cosquilleo en la lengua que me hizo fruncir los labios.

Théo se inclinó sobre mí y me besó con suavidad, un beso dulce con sabor a champán, un beso que, sin embargo, despertó un volcán dormido en mi interior.

Sentí que me ardía la cara y que mis labios exigían continuar con el contacto, pero Théo se separó de mí para pulsar un nuevo botón del mando negro. Unos segundos después, las cálidas notas de un piano inundaron el salón.

—Rachmaninov —susurré.

—¿Lo conoces? —me preguntó, sorprendido.

—Concierto número 2.

—Eres una caja de sorpresas —murmuró él de regreso a mis labios.

—Apenas me conoces…

—No hay absolutamente nada en el mundo que desee más que conocerte.

Théo se separó unos centímetros de mí y me miró con detenimiento. Sus ojos recorrieron mi pelo, desordenado sobre los cojines, la nariz, los pómulos altos, la barbilla… Se recreó en mis labios y lo vi sonreír. Yo también sonreí, y entonces él se lanzó a por mi boca, colándose dentro con la avidez de un depredador. Mi lengua lo recibió sensual, cálida, curiosa. Nos buscamos en la boca del otro, nos encontraron y nos exploraron. No había nada más que nuestras bocas, nuestros labios, las lenguas, juntas, alrededor la una de la otra, jugando, pidiendo y dando.

Una eternidad después, o quizá unos pocos minutos, Théo separó su boca de la mía y volvió a mirarme. Sentí mi respiración agitada y el corazón bailándome en el pecho.

—Eres preciosa —susurró—. Preciosa —repitió antes de volver a besarme.

Sostuvo el peso de su cuerpo con un brazo y liberó la otra mano para iniciar un viaje por mi cuerpo. Cruzó mi cuello y doblegó la curva del hombro con la yema de sus dedos, escaló mi pecho con la mano extendida, lista para abarcar la inmensidad de mi piel, la llanura de los pezones, todavía ocultos, el terremoto de su corazón.

Empujó despacio un tirante del vestido y luego el otro. Encontró la cremallera lateral y me estremecí con el sonido del metal dentado. Deslizó despacio la tela hacia abajo para descubrir un sostén beis de fino encaje. Pequeño, suave, delicado. Me acarició por encima del tejido mientras acercaba su boca al otro. Exhaló su aliento cálido sobre el pecho y después lo mordió despacio.

Gemí y me retorcí debajo de él. Llevé mis manos a su cintura y tiré de la camisa hasta sacarla del pantalón. Luego colé mis manos

por debajo y disfruté del tacto de su piel. Sentí los músculos de su espalda tensarse y relajarse a mi paso. Subí hasta los omoplatos y presioné para obligarlo a acercarse más a mí. Luego deslicé las manos de nuevo hacia abajo, hasta la cinturilla del pantalón, todo lo abajo que pude. Frustrada por no poder colarme dentro, puse las manos sobre los glúteos de Théo y lo empujé hacia mis caderas.

Necesitaba… Necesitaba…

Abrí los ojos de pronto, asustada.

¿Qué estaba haciendo?

Théo debió de sentir mi repentina tensión y se detuvo en el acto. Se separó unos centímetros de mí y me miró con gesto preocupado. Los dos respirábamos entrecortadamente. Sentía los labios hinchados por sus besos, pero… Él me besó en la frente, un beso cálido y largo, confiable, y luego me miró.

—Siempre lo que tú quieras —me dijo en un susurro.

Sacudí la cabeza arriba y abajo y cerré los ojos. ¿Qué estaba haciendo? Y por otra parte, ¿de verdad quería dejar de hacerlo?

—Yo… —empecé—. Quizá deberías saber que yo no he… hecho esto demasiadas veces —acabé aceleradamente.

Théo comprendió.

—¿Nunca has hecho el amor? —me preguntó.

—No es eso, o sea, sí. No, no lo he hecho, no del todo —añadí ruborizada. En resumidas cuentas, a mis veintidós años, seguía siendo virgen. Había tenido un par de escarceos que no pasaron de las caricias acaloradas y las largas sesiones de besos, pero nunca me había sentido preparada para seguir adelante. Hasta ahora.

—¿Quieres que lo dejemos? —me preguntó—. Podemos parar si quieres, esperar a que estés lista.

Dejé pasar unos segundos, respiré hondo y por fin lo miré a los ojos.

—Nunca estaré más preparada que hoy, que ahora mismo —le aseguré.

Théo buscó de nuevo mi boca y se hundió en ella. Me besó hasta que escuchó que un gemido se escapaba de mi garganta. Entonces se levantó con cuidado, se inclinó sobre el sofá y me cogió en brazos una vez más.

Las notas del piano nos acompañaron hasta el dormitorio y nos envolvieron mientras Théo me depositaba con cuidado sobre la cama. Las dos lamparitas encendidas teñían nuestros cuerpos de una cálida luz dorada.

Théo me apartó el pelo de la cara y sonrió.

—No sé si sabré… —dudé.

—Sabrás —le aseguró Théo—. No pienses. Siente, déjate llevar. Sé tú misma. Toma lo que necesites. Pide lo que quieras.

Lo miré muy seria. Luego le cogí la cara con las dos manos y la acerqué a la mía. Entreabrí los labios y capturé los de él. Colé la lengua en su boca y lo tenté con pequeños besos, acercándome y alejándome en un juego caliente que me aceleró de nuevo la respiración. Y a él también, por lo que pude comprobar. Poco a poco fui venciendo mis miedos, mi reticencia, e hice lo que me había dicho. No pensar, dejarme llevar, escuchar solo a nuestros cuerpos.

Théo me levantó las caderas con una mano y deslizó el vestido por debajo con la otra. Luego me acarició la espalda hasta llegar al cierre del sujetador, que soltó de un único y rápido movimiento. Levanté los brazos para facilitarle la tarea de deshacerse de la prenda. Luego, Théo se incorporó sobre un brazo y me acarició con la mirada. Paseó sus ojos por mi cuerpo mientras yo lo miraba nerviosa y excitada. Lo deseaba más que a nada en el mundo, más de lo que nunca había deseado a nadie.

Alargó la mano en dirección a mi cara, pero lo detuve con un gesto.

—Has dicho que puedo pedir —dije.

—Por supuesto —sonrió él.

Lo miré y sonreí también. Sus ojos brillaban, lujuriosos.

—Desnúdate.

Théo sonrió y se puso de pie. Desabrochó uno a uno los botones de la camisa y movió los hombros para que la prenda se deslizara hacia atrás. Luego se quitó los zapatos y se agachó para deshacerse de los calcetines. Por último, soltó el cinturón, el botón del pantalón y deslizó despacio la cremallera hacia abajo.

—¿Quieres seguir tú? —me preguntó.

Me mordí el labio inferior y negué con la cabeza.

—No, hazlo tú.

—Como quieras.

Théo empujó los pantalones hasta el suelo y salió de las perneras. Volvió a la cama vestido solo con unos bóxer negros ajustadísimos que no podían disimular su enorme erección.

—¿Qué quieres ahora? —me preguntó al oído. Su voz sonó como el agua cálida que abraza un cuerpo helado y lo calienta hasta darle la vida, como la brisa fresca que revive la tierra después del ardor de un día de verano. Me sentí hervir y renacer bajo la mirada de Théo, que esperaba una respuesta.

—No lo sé —dije por fin.

Théo se inclinó sobre mí y me besó con dulzura, un beso de seda ondulante que poco a poco se fue convirtiendo en un torbellino de sensaciones. Sentía una presión desconocida en el pubis y la urgencia de que me tocara, me poseyera, me completara. Me sentía como un río sin agua, como una noche sin luna ni estrellas, vacía, ansiosa.

Théo inició su viaje por mi piel deleitándose en cada estación. Me lamió los pechos despacio, rodeando la aureola con la lengua golosa hasta que los sentí dolorosamente duros. Me pellizcó los pezones mientras se deslizaba por mi estómago hasta el ombligo, besando, lamiendo y mordisqueando cada centímetro de mi cuerpo.

Luego sopló sobre mi pubis, un aire cálido que me arrancó un gemido y provocó que me humedeciera como nunca antes. Me sentí mojada y expuesta, pero no avergonzada. Arqueé las caderas y esperé a que él acabara con el suplicio.

—Por favor… —gemí.

—¿Qué quieres? —preguntó él sin abandonar el refugio de mi entrepierna.

Gemí de nuevo y moví las caderas hacia él.

—No lo sé, no lo sé… Yo solo… No lo sé —repetí.

Théo subió hasta mi boca y me besó despacio y profundamente.

—No te preocupes, tú solo dime si todo está bien.

Sonreí nerviosa y volví a gemir cuando sentí la boca de Théo sobre mi pecho. Rehízo el camino hasta mi entrepierna sembrando mi piel de besos, pequeños mordiscos y caricias. Sin detenerse, Théo enterró la cara entre mis piernas y me besó el clítoris. Luego lo acarició despacio con la punta de la lengua, jugueteó un momento antes de recorrerlo de arriba abajo despacio, cada vez más fuerte, largos lengüetazos seguidos de la succión de sus labios y el golpeteo sutil de la punta de la lengua.

Yo gemía y me retorcía sobre la cama. Nunca pensé que algo así fuera posible.

Abandonada a las sensaciones, dejé de pensar, dejé de preocuparme, dejé de ser. Me convertí en una madeja de terminaciones nerviosas excitadas y temblorosas que subían poco a poco hacia una cima que parecía no llegar nunca. ¿Cuánto más podía gozar?

Théo se concentró en el pequeño clítoris y lo succionó con fuerza mientras sus manos me masajeaban los pechos.

Vencida, arqueé la espalda y dejé que el orgasmo se extendiera desde el centro de mi ser hasta el último rincón de mi cuerpo. Gemí, temblé y contuve la respiración mientras el placer se apoderaba de mí. Fue lo más salvaje y lo más bello que había experimentado en toda mi vida, lo más sublime y sorprendente.

Suspiré relajada, pero no saciada, mientras acariciaba la espesa cabellera de Théo, que calmaba mi clítoris con generosos y refrescantes besos.

Cuando mi respiración se hizo más regular, subió de nuevo hasta mi boca y me besó. Me sorprendió el sabor de sus besos. ¿Así era yo? ¿Cómo sería él?

Decidí que debía descubrirlo cuanto antes. Ahora mismo.

Tomé el control de los besos, adelanté la cara y hundí la lengua en su boca mientras lo empujaba despacio hasta obligarlo a tumbarse sobre su espalda. Entonces, me senté a horcajadas sobre las caderas de Théo y disfruté del contacto de su erección contra mi clítoris inflamado y empapado. Sentí cómo me mojaba aún más mientras el deseo de levantar un poco las caderas e introducir el pene en mi interior era cada vez más imperioso.

Me moví despacio adelante y atrás en un balanceo que hizo que Théo cerrara los ojos y emitiera un gemido grave, gutural. Me incliné hacia delante para lamerle el cuello, mordisquearle los pezones y acariciarle el abdomen perfecto. El pecho de Théo subía y bajaba con rapidez y su pene vibraba entre mis piernas.

Dudé un instante sobre cuál debería ser mi siguiente movimiento, pero entonces recordé el sabor. Eso era lo que quería descubrir. Me deslicé hacia atrás, abandonando el placer más urgente, y me acomodé entre las piernas de Théo, que se incorporó sobre los antebrazos para mirarme. Admiré sus abdominales marcados, los bíceps cincelados, sus hombros poderosos, y suspiré golosa.

Lo besé en el vientre y deslicé la lengua hasta la ingle, provocando que diera un pequeño respingo. Después llegué hasta mi objetivo, saqué la lengua y lamí decidida el glande brillante. Théo se echó hacia atrás y gimió de nuevo.

Rodeé el pene con la lengua, lo tanteé con la punta y, por fin, me lo metí en la boca. Era grande, más de lo que esperaba, pero ahuequé el interior y abarqué tanto como fui capaz. Sentí una gota de algo espeso en la lengua. Deslicé los labios hacia atrás para apartarme unos centímetros y saboreé lo que había quedado en mi boca, algo dulce y caliente. El sabor de Théo. Me gustó. Sonreí y volví a lamerle el pene a lo largo, despacio, con fuerza, intensamente.

—No aguantaré mucho más si sigues jugando así conmigo —susurró Théo.

Regresé poco a poco junto a su boca y lo besé profundamente, compartiendo su sabor, disolviéndolo en su lengua.

—Estoy lista —murmuré.

Estas dos palabras fueron como una espoleta para Théo. Sentí que su pene se endurecía aún más y que todos sus músculos se tensaban.

—No imaginas cuánto te deseo —susurró.

Théo recuperó la posición dominante y me besó de nuevo antes de alejarse de mí. Protesté con un gemido contrariado al verlo levantarse de la cama y dirigirse a una de las mesitas de noche. Abrió un cajón, trasteó con algo que había en su interior y regresó junto a mí con un preservativo en la mano. Se colocó el condón con un movimiento rápido y volvió a mi lado. Me besó, masajeó mis pechos y deslizó la mano hasta mi pubis, donde dos dedos traviesos comenzaron a acariciarme el clítoris. Mientras el pulgar se concentraba en el centro del placer, el dedo corazón empezó a juguetear con la entrada de la vagina. Gemí y me retorcí para pedir más.

Théo obedeció y se colocó sobre mí con cuidado, con el glande apuntando ya hacia su objetivo.

—Iré despacio —susurró junto a mi oído—. Tú mandas, pararé si me lo pides.

—No te lo pediré —respondí—. Nunca —añadí, mirándolo a los ojos.

Théo se perdió en mi boca mientras avanzaba despacio hacia mi interior. Sentí cómo me llenaba y cómo el placer se expandía de nuevo por todo mi cuerpo. Me penetró despacio, como había prometido, con pequeños movimientos exploratorios, como un aventurero que se adentra en tierra ignota.

Yo gemía y me contoneaba debajo de él, levantando las caderas para exigir más y más, más adentro, más deprisa, más fuerte,

ignorando el escozor y el dolor que me sacudió durante unos segundos. Luego, el dolor se convirtió en una pequeña molestia y, por fin, desapareció. Hasta la última célula de mi piel vibraba por conseguir un fugaz contacto con Théo. Abracé sus caderas con las piernas y deslicé los brazos por su espalda.

Lo tenía.

Y él me tenía a mí.

Por fin, Théo estuvo completamente dentro de mí. Esperó un segundo y me miró a los ojos.

—¿Te duele? —me preguntó.

Moví la cabeza de un lado a otro y él sonrió.

Salió unos centímetros de mi interior y volvió a entrar despacio. Repitió el movimiento una y otra vez lentamente mientras mis gemidos se aceleraban. Entonces, cuando sentí que estaba cerca, que mi cuerpo entero se enervaba en un espasmo de placer, él se dejó llevar y aceleró sus movimientos. Más adentro, más fuerte, más rápido.

Jadeé con la cara pegada al pecho de Théo, estaba casi colgada de él. Quería sentir su respiración, el latido enloquecido de su corazón, la tensión de sus músculos.

Un nuevo embate, y otro más. Luego, todo se desbocó. Eché la cabeza hacia atrás para recibir el orgasmo en toda su intensidad. Calor, luz, placer. El mayor placer que había conocido en toda mi vida, mayor incluso que el primer orgasmo que Théo me había regalado. Durante esos dichosos segundos no pensé en nada ni en nadie, no hubo tiempo ni espacio, y la humanidad se limitó a dos personas, Olivia y Théo. No había nada más, no me importaba nada ni nadie más.

Théo acompañó su orgasmo con una serie de embestidas breves y profundas que culminaron en su propio placer. Se corrió con los ojos fijos en los míos. Luego me acarició los labios con el pulgar y pasó el dorso de la mano por mis mejillas. Las sentía arder.

—Estás preciosa —me dijo.

Exhausta y feliz, levanté las manos y rodeé con ellas el rostro de Théo para acercarlo a mi cara. Nos besamos una vez más mientras yo perdía los dedos en su pelo.

—¿Estás bien? —me preguntó un instante después—. Espero no haberte hecho daño…

—Estoy mejor que bien —respondí con una sonrisa—. Ha sido maravilloso, perfecto.

Permanecimos anudados, él dentro de mí, yo rodeándole a él, mientras Théo depositaba una ristra de besos tiernos en la comisura de mis labios, en los párpados, en la barbilla. Luego se separó despacio y abandonó el refugio del placer.

—Tengo que deshacerme de esto —dijo a modo de explicación—. Vuelvo ahora mismo.

Sonreí y tiré de la sábana para cubrirme.

En ese momento escuché un sonido totalmente discordante con lo que la rodeaba, una melodía que me arrancó de golpe del sueño que estaba viviendo.

Me levanté deprisa, me envolví en la sábana y corrí al salón.

Encontré mi móvil sobre el sofá, dentro del bolso.

—¿Sí? —respondí azorada.

—¿Olivia Roussel?

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—La llamo del Hospital Saint Louis. Me temo que tengo malas noticias.

20

Olivia

¿Cómo era posible pasar del placer al dolor y a la desolación en una sola fracción de segundo? ¿En qué momento había abandonado los brazos de Théo, su cama, para correr por los pasillos de un hospital?

Los recuerdos de lo ocurrido después de recibir la llamada se me presentaban difusos, dispersos, como fogonazos inconexos. Recordaba ver a Théo correr hacia mí. Recordaba su voz, pero no sus palabras. Luego vi la ciudad iluminada al otro lado de la ventanilla de un coche. Semáforos, palabras ininteligibles, sonidos ajenos al mundo, una mano en mi rodilla, más palabras.

Intentaba concentrarme en descifrar el significado del mensaje.

—Me temo que tengo malas noticias —había dicho la voz al otro lado del teléfono—. Nicole Labelle ha fallecido. Lo siento mucho —añadió, como si esas tres palabras pudieran amortiguar el golpe—. A falta de familiares cercanos, la señora Labelle la nombró a usted para…

En ese punto dejé de escuchar. Nicole estaba muerta. Muerta. No había nada más definitivo que la muerte. Y ahora, Nicole no estaba ni volvería a estar jamás.

Y yo debía ocuparme de todo. Eso era lo que Nicole había dicho, y yo obedecería una vez más. Luego me derrumbé. Estaba segura de que lloré, todavía lloraba cuando crucé la puerta del hospital, y quizá grité, a juzgar por la cara aterrada de Théo cuando llegó junto a mí. Sus fuertes brazos me rescataron del abismo y me obligaron a ponerme en marcha. El calor de su pecho me insufló el oxígeno necesario para seguir respirando.

Avancé como una autómata por los pasillos del hospital. Sentía el brazo de Théo alrededor de mis hombros, guiándome, protegiéndome, cuidando de mí como hizo durante el tiroteo.

El médico que me había llamado me esperaba en su despacho. Me estrechó la mano y lo seguí hasta la habitación en la que Nicole había permanecido ingresada. Allí seguía, cubierta ahora por una sábana que ocultaba su rostro.

—La dejaré un momento a solas para que pueda despedirse —dijo el doctor.

—¿Quieres que me quede? —me preguntó Théo.

Negué con la cabeza. Quería estar a solas con Nicole por última vez, como tantas mañanas en *Le chat noir*, tomando decisiones, calculando el presupuesto, ordenando las facturas, velando por el buen funcionamiento del negocio. Pero también charlando de la vida, regalándome consejos, sugiriéndome qué ropa ponerme para sacar el máximo partido a mi figura. Yo siempre sonreía ante esos comentarios, aunque debía reconocer que los tenía muy presentes cada vez que pensaba en renovar mi vestuario.

Esperé hasta que se cerró la puerta para acercarme a la estrecha cama hospitalaria. Retiré con cuidado la sábana y la doblé sobre el pecho de Nicole. Las heridas sufridas durante el atentado eran ahora más patentes que el día anterior, cuando me despedí de ella. Entonces todavía conservaba un mínimo de color en la piel. Ahora, la lividez cadavérica se había apoderado ya de sus delicadas facciones.

Le acaricié despacio el pelo, peiné con los dedos los mechones oscuros y le rocé levemente la mejilla. Mis dedos recogieron el último calor que desprendía su cuerpo. Busqué la mano de Nicole bajo la sábana y me aferré a ella.

Pensé que debería decir algo, pero no encontraba las palabras. Mi mente reprodujo algunos de los momentos que habíamos compartido. Cerré los ojos para que la muerte no los contaminara y musité una oración. Luego me quedé allí de pie, aferrada a la mano de la que fue mi jefa y amiga, hasta que la puerta volvió a abrirse despacio.

El médico se acercó a mí y se situó a mi lado. Solté por última vez la mano de Nicole y me incliné sobre ella para depositar un suave beso sobre su frente.

—Gracias —susurré sobre la piel fría—. Nunca te olvidaré.

Théo me esperaba en el pasillo, junto a dos celadores que entraron en la habitación en cuanto yo hube salido.

—Ellos se ocuparán de la señora Labelle. Dejó indicaciones sobre lo que deseaba. De eso precisamente tenemos que hablar —añadió —. Si me acompaña a mi despacho, seré más claro.

Lo seguimos por varios largos pasillos hasta abandonar el área sanitaria para adentrarnos en la administrativa. El doctor se detuvo ante una puerta, la abrió y se hizo a un lado para que pasáramos. Théo dudó un instante, pero tiré de su mano para impedir que se quedara fuera.

Me fijé en el nombre que aparecía junto a la puerta. Doctor Bernard. No recordaba haberlo visto antes, pero todo estaba muy confuso en mi mente.

Nos sentamos en dos sillas a un lado de la mesa que el doctor rodeó para ocupar su sillón. Luego cogió un delgado sobre manila y lo colocó frente a mí.

—Esta mañana, cuando la situación de la señora Labelle se complicó de forma dramática, pidió que alguien tomara nota de sus últimas voluntades. Se negó a aceptar la sedación hasta que terminó. Dijo tener un testamento depositado ante un notario, pero quería dictar algunas disposiciones y una enfermera se ofreció a hacerlo. Yo mismo firmé como testigo, y también lo hizo el inspector Roux, de la policía, que había llegado unos minutos antes.

El doctor Bernard empujó el sobre hasta situarlo frente a mí. Lo miré, pero no me atreví a cogerlo.

—La señora Labelle insistió varias veces en que solo usted debía tener acceso a este documento, y los firmantes nos comprometimos a mantener el secreto de lo que aquí se estipula —siguió el médico —. No se preocupe —añadió ante mi mueca de horror—, lo que dice

es muy sencillo, creo que la preocupación de la señora Labelle se debía sobre todo a su estado, pero una promesa es una promesa, de modo que aquí lo tiene, en un sobre cerrado que nadie salvo usted puede abrir.

—Pero yo no… —empecé.

—Nadie puede obligarla a nada —siguió rápidamente el doctor Bernard—. Puede usted delegar en otra persona el cumplimiento de estas indicaciones o incluso olvidarse de ellas. No se trata de un mandato judicial. Usted decide.

Pensé que ningún juez habría tenido más autoridad sobre mí que las últimas voluntades de Nicole. Sabía que no podía eludir esta responsabilidad, y no pensaba hacerlo.

Erguí la espalda, cogí el sobre y lo observé en silencio. Luego lo guardé en el bolso sin abrirlo. No era el momento ni el lugar.

—La señora Labelle dejó también indicaciones sobre cómo quería despedirse del mundo, como ella misma dijo. Lo encontrará todo ahí escrito. El hospital ya ha contactado con los servicios funerarios que se encargarán de esa parte.

—Gracias —dije simplemente.

—La acompaño en el sentimiento —añadió el doctor mientras se levantaba y me ofrecía la mano. La estreché sin apenas fuerza y me dirigí a la puerta. Théo la abrió y juntos salimos de nuevo al pasillo blanco y, poco después, a la calle.

La noche nos recibió con un aliento frío muy apropiado para mi estado de ánimo. Las lágrimas se habían congelado en mis ojos. De pronto, el bolso me pesaba como una losa. No podía imaginar lo que Nicole habría dispuesto en esos documentos, y tampoco estaba segura de querer saberlo.

Théo aguardaba en silencio, sentado en el asiento del conductor.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Casi las dos de la madrugada —respondió él.

Asentí y me abroché el cinturón de seguridad.

—¿Podrías llevarme a mi casa, por favor? —pedí con un hilo de voz.

—¿No prefieres venir a la mía? —Negué con la cabeza—. Puedo quedarme contigo, si quieres.

—Quiero estar sola —insistí—. Si es mucha molestia, pediré un taxi.

Théo arrancó el motor.

—No es molestia.

21

Olivia

Permití que Théo me acompañara hasta la puerta de mi apartamento, pero no más allá. Nos despedimos con un rápido beso en la mejilla y la promesa por mi parte de que lo llamaría si necesitaba cualquier cosa, a cualquier hora del día o de la noche.

Sentía que mi mundo se había vuelto del revés en menos de tres días. Tropezarme con Théo en el salón de *Le chat noir*; el tiroteo, el miedo, el dolor, la sangre; el maravilloso día que había pasado junto a ese hombre increíble que me tenía desconcertada y ahora, de repente, la muerte de Nicole y la enorme responsabilidad que esta había depositado sobre mis hombros.

Me puse una chaqueta y encendí las luces de la terraza. La hilera de pequeñas bombillas de colores que se deslizaban por la pared hicieron añicos la oscuridad. Me senté en la tumbona de teca y observé el sobre manila que llevaba en la mano, todavía sin abrir.

A esas horas de la madrugada, incluso los bares más bulliciosos habían cerrado sus puertas y las calles estaban silenciosas y desiertas. Me acurruqué dentro de la chaqueta. La noche era fresca, pero el frío ahuyentaba el sueño y me mantenía despejada.

El sobre me quemaba en las manos. Sentía curiosidad por conocer el mensaje de Nicole, pero la certeza de que cuando lo leyera mi vida cambiaría para siempre me hacía demorar el momento un poco más. Necesitaba armarme de valor.

Respiré hondo y rasgué la solapa. Dentro había un solo folio escrito a mano, supuse que por la enfermera que estuvo junto a Nicole en sus últimos momentos. Una letra amplia y fácil de leer, inclinada a la derecha, como si la empujara el viento o tuviera prisa por llegar al final.

De pronto, la voz de Nicole resonó alta y clara en mi cabeza.

Mi queridísima Olivia:

No estoy segura de poder despedirme de ti personalmente, de modo que le he pedido a esta amable enfermera que te transmita este mensaje. Recuerdo ahora cómo protestabas cuando te encomendaba alguna labor que excedía tus funciones. Este, querida Olivia, es el último favor que te pido.

Me han contado por encima los motivos del atentado que hemos sufrido. No me lo creo, así que ten cuidado. Recuerda lo que te dije la última vez que nos vimos: nunca, nadie.

A mi muerte, es mi deseo que pongas a la venta el edificio de *Le chat noir* y todo lo que contiene. La suma obtenida debe servir para saldar cualquier deuda que quede pendiente y para entregar a cada uno de mis empleados el equivalente a un año de salario. El resto, dónalo a una asociación dedicada a la reinserción de mujeres que ejerzan o hayan ejercido la prostitución. Este es un mundo que te absorbe y te disuelve hasta hacerte desaparecer. Ojalá alguien pueda hacer algo por estas chicas, ahora y en el futuro.

Respecto a mis pertenencias personales, donde voy no necesito nada. Me gustaría que elijas lo que más te guste e invita después a mis empleados más fieles a que se queden con lo que quieran. El resto puedes venderlo, regalarlo o quemarlo, lo que te cause menos problemas.

Y sobre mi despedida… Ya sabes cuánto me gustaba la música. Si es posible, busca una sala con un pequeño escenario, contrata una buena banda y bebed y bailad por mí. Mis restos son lo de menos. Seré feliz si mis cenizas se quedan en Paris, elige tú el sitio que te parezca más adecuado.

Querida Olivia, has sido un enorme apoyo para mí durante estos dos años. Solo necesité un segundo para entender el tipo de persona que eres: fuerte, decidida, segura. No cambies nunca.

Deseo de corazón que tengas una buena y larga vida.

Te quiere, tu amiga

NICOLE

22

Olivia

Releí la carta antes de guardarla con cuidado en el sobre. Tenía un nudo en el estómago y un agujero en el corazón. Nicole siempre había sido más que una jefa. Buena parte de la confianza que sentía en mí misma se la debía a ella, a su empuje y sus decisiones, a veces controvertidas, pero que al final me habían servido para convertirme en una mujer bastante más segura que la chiquilla que entró a pedir trabajo hacía poco más de dos años.

Eché la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en la tumbona y respiré hondo. Ya no tenía frío, en ese momento ni siquiera tenía miedo, aunque era consciente de que me sobraban los motivos para estar asustada. Cerré los ojos e inspiré de nuevo el aire fresco de la noche. Luego me puse de pie y me acerqué a la barandilla. Paseé la mirada por el cielo. Las estrellas, un pedazo de luna, las luces titilantes de los aviones. Luego la deslicé por las oscuras fachadas de los edificios hasta el suelo. Las farolas, algún rótulo brillante… y el coche de Théo. Vi luz en el interior, seguramente la pantalla del móvil.

Théo…

No hacía ni tres días que lo conocía y ya me había acostado con él. Más que eso, habíamos compartido situaciones y momentos realmente íntimos. Me protegió con su cuerpo durante el tiroteo, calló cuando guardé los cuadernos y el disco duro en mi bolso, me había sostenido esa noche, en la muerte de Nicole.

Entré en casa, abrí la puerta y bajé a la calle. Théo debió de ver la luz del portal, porque cuando salí, él ya estaba fuera del coche.

23

Théo

La vi asomarse al borde de la terraza. Pensé en llamarla, pero prefería que siguiera ignorando mi presencia frente a su casa. Pensaba marcharme pronto, cuando me asegurara de que estaba bien.

Luego se encendió la luz de la escalera y supe que me había visto. Salí del coche y la esperé de pie en la acera. Se abrazaba el cuerpo con los brazos para ahuyentar el frío.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó directamente. Su tono sonó brusco, aunque quizá fuera por tanto como había llorado.

—Pensé que quizá me necesitaras —respondí, encogiéndome de hombros.

Olivia frunció el ceño y me observó detenidamente.

—No creo que sea un buen momento para que estés sola —añadí ante el silencio de ella—. Y quería asegurarme de que estás bien, de que nadie intenta entrar de nuevo en tu casa.

—Tengo alarma, una puerta blindada, cámara de seguridad… Y al parecer, un guardaespaldas. —La arruga de su frente se deshizo y una breve sonrisa asomó a sus labios—. No creo que pueda dormir, ¿te apetece un café?

—Siempre.

Me resultó raro tener un café en la mano con la noche todavía instalada fuera, pero tenía que reconocer que los últimos días estaban siendo los más extraño de mi vida, así que, en realidad, nada estaba fuera de lugar.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté cuando nos acomodamos en el sofá con las tazas en la mano. Olivia aferraba la suya con las dos manos, buscando su calor.

—No lo sé —reconoció en un susurro—. Estoy muy triste, me duele la muerte de Nicole y de las otras personas que han perdido la vida en el atentado. También tengo miedo, no consigo librarme de la sensación de peligro, en parte por el tiroteo, y en parte por el hecho de que allanaran mi casa. Pero también me siento fuerte —añadió—, y decidida a que nada ni nadie me quite lo que es mío, mi vida, mi casa…

—No respondas si no quieres, pero ¿has leído ya la carta que te entregaron en el hospital? —Vi la indecisión bailando en sus ojos—. Olvídalo —añadí deprisa.

—No, no. No es eso. No hay nada que ocultar. Nicole ha dejado indicaciones sobre lo que quería hacer con sus posesiones y cómo le gustaría que celebráramos su funeral. Tengo que poner el edificio en venta, indemnizar a los trabajadores, buscar un grupo de música y encontrar un lugar en el que depositar sus cenizas.

—Parece demasiado…

—No más que un día de trabajo normal en *Le chat noir*. —Sonrió un instante—. Lo echaré de menos. De hecho, me parece increíble que mañana no tenga que ir. Y tendré que buscar trabajo —añadió tras un momento—. No me puedo permitir quedarme mucho tiempo mano sobre mano…

—Te ayudaré en todo lo que pueda —le ofrecí.

Olivia me miró fijamente desde su lado del sofá.

—No es necesario… No estás obligado a quedarte, ni a ayudarme, ni a nada, en realidad. Te agradezco muchísimo todo lo que has hecho, pero no hace falta que te ocupes de mí.

—Sé que no estoy obligado —respondí muy serio—. Lo hago porque quiero. Si tú me lo permites, claro. No tengo intención de interferir en lo que vayas a hacer, pero quiero que sepas que estaré aquí cada vez que me necesites.

Olivia dejó escapar un largo suspiro. Estuve tentado de preguntarle por lo que se había llevado del despacho de Nicole el día del atentado, pero no lo hice. No era el momento, y quizá nunca lo fuera.

Dejamos las tazas vacías sobre la mesa y nos recostamos en el sofá, yo con las piernas extendidas a lo largo de los cojines y Olivia acurrucada en mi costado, con la cabeza sobre mi hombro.

Charlamos de vaguedades durante unos minutos, hasta que Olivia dejó de responder. Alargué la mano y alcancé la manta que reposaba en el respaldo. Luego la estiré con una sola mano y la cubrí con ella. Me acomodé como pudo en el sofá, demasiado pequeño para mí, hasta que conseguí adoptar una postura mínimamente cómoda que me permitía sostener el cuerpo de Olivia, acariciar despacio su espalda y apoyar la cabeza en el respaldo.

No fui consciente de que me había dormido hasta que un calambre punzante me recorrió el cuello desde los hombros hasta la nuca.

Miré el sofá. La manta estaba en el suelo y los cojines, desordenados.

Estaba solo.

Ni rastro de Olivia.

La encontré en la cocina, sentada en una silla de madera lacada en blanco, con los codos apoyados en la mesa y sujetándose la cabeza con las manos. Tenía el teléfono enfrente. La pantalla estaba apagada, pero ella no apartaba la mirada, como una adolescente esperando la inminente llamada del chico por el que late su corazón.

—Buenos días —saludé desde la puerta. Había hablado en voz baja, pero Olivia se sobresaltó igualmente. Se puso de pie de un salto y a punto estuvo de derribar la silla en la que estaba sentada.

—¡Hola! —exclamó—. No te he oído llegar.

—No pretendía asustarte, lo siento.

—No, no. No es nada. Me has pillado con la cabeza en otro sitio. Iba a preparar café. Puedes ducharte si quieres, aunque no tengo

ropa de tu talla… Imagino que tendrás que ir a trabajar…

Hablaba nerviosa, atropellada. La observé unos segundos antes de responder.

—¿Ocurre algo?

Olivia se acercó a la encimera y abrió la cafetera.

—Nada —me aseguró, dándome la espalda—. Estoy cansada, apenas he dormido un par de horas y estoy intentando priorizar las tareas que tengo por delante.

Me acerqué a ella, apoyé las manos en sus hombros y la besé en la cabeza.

Olivia cerró los ojos antes de volverse hacia la cafetera.

Consulté el reloj. Las seis y media de la mañana. En una hora tenía que estar en la oficina, me esperaban varias reuniones y entrevistas ineludibles y no podía presentarse así, con pintas de haber dormido vestido en un sofá. Calculé cuánto me costaría llegar hasta mi casa, darme una ducha rápida, vestirme y llegar a las oficinas de Blackbird. Iría justo, pero podía tomarme ese café. Y si no llegaba a tiempo, que esperaran. No les iba a pasar nada por una vez.

Abrí varios armarios hasta dar con las tazas, coloqué dos sobre la mesa, encontré las cucharillas y esperé junto a Olivia a que el café estuviera listo.

—Lo primero es el funeral —empezó ella, como si estuviera hablando sola—. Conozco algunos buenos músicos, y buscaré una sala adecuada. Tengo que llamar al crematorio y después mandar un mensaje a todos sus amigos. Lo haremos mañana por la tarde, será lo mejor.

Serví el café y me senté en la silla frente a Olivia, que seguía con la mirada perdida. Me llevé la taza a los labios sin dejar de mirarla.

—¿Por qué, en lugar de tomar un café, no te metes en la cama y duermes un rato? —le sugerí—. Un par de horas. Te vendrá bien. No hay nada que puedas hacer tan temprano, ni antes de las nueve o las diez de la mañana.

Olivia suspiró y frunció el ceño. Me había dado cuenta de que repetía ese gesto cada vez que dudaba.

—Quizá lo haga —dijo por fin.

—Hazlo —insistí—. Te llamaré a lo largo del día, y tú no dudes en hacerlo si necesitas cualquier cosa, ¿de acuerdo?

Olivia asintió en silencio. La piel blanca bajo los ojos se había teñido de luto, e incluso los labios parecían haber perdido color.

—Necesitas descansar. Después podrás pensar en el funeral con la mente más clara.

La abracé con cuidado y la besé en los labios. Ella se aferró a mi espalda y se mantuvo pegada a mí unos largos segundos. Respiró contra mi pecho mientras yo le acariciaba la espalda. Luego se separó y sonrió.

—Estaré bien —me aseguró—. Te llamaré.

La besé una vez más y me marché.

24

Olivia

Esperé hasta estar segura de que estaba sola para volver a encender el móvil. Allí seguía, no había sido una pesadilla.

El sonido del móvil me había arrancado del plácido sueño que estaba disfrutando en los brazos de Théo. Amanecía. Me levanté con cuidado y cogí el bolso que había dejado sobre una silla. Luego entré en la cocina para leer el mensaje.

¿Dónde está lo que faltaba en el despacho de Nicole? Devuélvelo cuanto antes, zorra de mierda. Tu vida no vale nada. La próxima vez que entre en tu casa, me aseguraré de que estés dentro y de que no vuelvas a salir jamás.

El remitente no había ocultado el número desde el que me había enviado el mensaje. Me temblaban las manos cuando abrí Messenger y seleccioné la opción de contestar.

No sé quién es usted, pero se equivoca. Yo no tengo nada, no sé de qué está hablando. Voy a llamar a la policía.

Me pareció que el mensaje sonaba lo bastante convincente, así que pulsé Enviar y esperé. Cinco minutos después, el móvil volvió a sonar.

Si estás mintiendo, lo sabré y te mataré. No voy a perderte de vista.

Dejé el móvil sobre la mesa y me concentré en respirar. Me temblaban las manos y la cocina empezó a darme vueltas. Solo eran nervios, me dije. Conseguí llegar hasta el sofá sin tropezar y me dejé caer sobre los cojines. Enseguida encontré el aroma de Théo, tan reconocible ya para mí como si nos conociéramos desde hacía años

en lugar de solo unos días. Me recosté y cerré los ojos. Me calmé poco a poco, respirando despacio y acompasadamente.

Recordé los acordes del piano en la composición de Rachmaninov que me acompañaron la pasada noche durante mi ascenso al paraíso. Reproduje en mi memoria la melodía, suave y cadenciosa al principio, acelerada después, vibrante, decisiva. Mi cabeza se llenó de los instrumentos que acompañan después al piano, protagonista indiscutible pero que brillaba aún más escoltado por violines, violas y violonchelos, por trompas, clarinetes y oboes. Dejé que la música me meciera hasta quedarme dormida. El teléfono seguía en silencio, la casa olía a café y el sofá guardaba el aroma de Théo.

Decidí que nada podía salir mal, absolutamente nada.

25

Théo

Martha, mi secretaría, repasaba la agenda del día con su habitual tono cantarín mientras golpeteaba con el bolígrafo sobre la libreta que sostenía en las manos. Reuniones, llamadas, contratos por revisar, una visita, comida con un guionista…

—Cancela la comida —le pedí de pronto. Martha me miró como si estuviera siendo testigo de un fenómeno extraño—. Seguiremos por la tarde.

—Pero señor Gaillard —protestó Martha, una morena de extraordinaria fachada y un cerebro rápido y eficaz—. Paul Laurence ha venido expresamente desde Lyon para hablar con usted de la adaptación en la que está trabajando. Usted mismo insistió en mantener esta reunión cara a cara.

Suspiré. Tenía razón, como casi siempre.

—De acuerdo, de acuerdo. Iré.

—Si le parece bien, le avisaré de que tiene prisa, así será puntual y podrán ir al grano desde el principio. Si es rápido, puede disponer de una hora más o menos antes de su siguiente cita.

—Gracias, Martha, buena idea. Reserva mesa en un algún buen restaurante en la zona de Le Marais, por favor.

Si le sorprendió mi repentina petición, Martha no lo demostró. Siempre organizábamos las comidas de negocios en el mismo sitio desde hacía más de tres años, un restaurante a menos de cien metros de la oficina con una carta excelente y un servicio rápido e impecable. Martha tomó nota, sonrió y se dispuso a marcharse.

Se cruzó en la puerta con Kyllian Blanchet. Alto y elegante, Kyllian tenía el pelo muy negro y una piel morena en la que

destacaban unos ojos azules siempre vibrantes y listos para la diversión. Éramos amigos desde que podía recordar. De hecho, lo consideraba prácticamente mi hermano. Compartíamos la misma visión de los negocios, pero estábamos muy alejados en la forma de ver la vida. Kyllian ponía el *savoir vivre* por delante de todo, excepto de sus obligaciones con la empresa. Mujeres, viajes, buena ropa, buen vino, coches caros…

Se apoyó en el borde de mi mesa y me miró con su eterna sonrisa en los labios.

—¿Qué? —le pregunté por fin.

—Eso es lo que quiero saber yo —dijo Kyllian—, ¿qué pasa?, ¿dónde estuviste ayer? No te vimos el pelo en toda la tarde.

—Tenía cosas que hacer.

—Claro, cosas que hacer. ¿Y cómo se llaman esas «cosas»?

—No sé de qué me estás hablando… Solo cosas, déjame en paz. —Intenté parecer molesto, pero la sonrisa de Kyllian me desarmaba. Por fin, suspiré, levanté las manos del teclado del ordenador y me apoyé en el respaldo de la silla—. Estaba con una de las supervivientes del tiroteo.

—¿Te ha llamado la policía otra vez?

—No, no. Todavía no, aunque supongo que tendré que hacer una declaración oficial más pronto que tarde. No, hablo de la chica con la que estaba cuando todo empezó, la que nos recibió la noche de los japoneses.

—La recuerdo, muy guapa. ¿Qué le pasa?

—Alguien entró en su casa, reventó la puerta y lo puso todo patas arriba. Estaba asustada. Pasamos la tarde juntos —dijo.

—Y la noche —añadió Kyllian.

No respondí.

—¡Lo hiciste! —exclamó mi amigo—, ¡te la has tirado! Eres insaciable. —Soltó una carcajada y se palmeó la pierna—. ¿Qué quiere?, ¿cuánto te ha sacado? —preguntó a continuación—. Por lo que recuerdo, esa rubia vale lo que pida.

Me levanté de la silla y rodeé la mesa hasta situarme delante de él.

—Te estás equivocando —le dije muy serio—. No todas las mujeres son como las que tú sueles frecuentar, las hay que no buscan un papel en una serie o que le presente a alguien.

—Trabaja en un local famoso por los «contactos» que se las gente hace allí. De hecho, todo el mundo se da una vuelta para ver quién está ahí antes de decidir a quién se acerca, sobre todo las chicas…

—No sabes lo que estás diciendo —insistí, cada vez de peor humor.

—Si todavía no te ha pedido nada, es que es más ambiciosa que las demás. Te quiere tener bien atado, colega. Ándate con ojo, no dejes que te tome por tonto.

Kyllian frunció los labios en un mohín de desagrado.

—Te lo repito por última vez —dije, mirándolo a los ojos—, Olivia no busca nada, no es en absoluto como piensas.

—Muy bien, muy bien —aceptó Kyllian con las manos arriba en son de paz—. Lo que tú digas. Si eso es lo que crees, a mí me vale. De todas formas, aprovecha mientras puedas. Cuando vuelva Alice, seguro que te ata corto.

Alice… La sola mención del nombre de mi prometida me provocó un pellizco en el estómago, aunque no de placer precisamente. Alice Sawyer pertenecía a una de las mejores familias de Nueva York. Era rica, guapa, sofisticada y muy caprichosa. Nos conocimos en la universidad, cuando ella viajó a Francia para especializarse en producción audiovisual. Uno de los profesores nos emparejó para un trabajo y saltó la chispa entre nosotros. Alice era muy divertida y desinhibida, la típica joven norteamericana que se convertía en el centro de toda las fiestas casi sin proponérselo. Aunque ahora sabía que Alice lo hacía a propósito, quería ser siempre el centro de atención, lo necesitaba, y estallaba en furiosas rabietas cuando no lo conseguía. En privado, por supuesto.

Yo todavía intentaba comprender la sucesión de acontecimientos que me condujeron a pedirle matrimonio. Los dos estábamos bastante borrachos después de una de las fiestas de Kyllian. Blackbird se estaba convirtiendo en una empresa de referencia en el mundo audiovisual y todo parecía perfecto. Yo se lo propuse sin pensarlo demasiado y ella aceptó. Se trasladó a París de manera permanente, aunque rehusó instalarse conmigo y prefirió alquilar su propio apartamento. De eso hacía ya dos años y la relación se había estancado por completo, aunque el compromiso seguía en pie.

Sabía que ella me había sido infiel en alguna ocasión, pero no me importaba. Yo también tenía mis escarceos. Siempre que la cosa no fuera a más, a ninguno de los dos parecía importarnos que el otro se diera algún capricho de vez en cuando.

Esos días, Alice había viajado a Nueva York para pasar un par de semanas con su familia. Sabía que saldrían a navegar, por lo que no podríamos comunicarnos mientras durara la travesía.

Alice… pensé. El retortijón me hizo fruncir el ceño. ¿Qué me estaba pasando? Escuché a medias las explicaciones de Kyllian sobre uno de los proyectos en los que estaba trabajando. El resto de mi cerebro y todas mis terminaciones nerviosas seguían concentradas en Olivia, en su piel, en sus labios… y en su historia. Las palabras de Kyllian sobre ella habían abierto una pequeña brecha en mí que no conseguía cerrar a pesar de todos mis esfuerzos. Olivia no tenía ningún motivo para mentirme y era cierto que no me había pedido nada. De hecho, prácticamente la había obligado a aceptar mi ayuda. Sin embargo…

Sacudí la cabeza y fruncí el ceño una vez más, recriminándome el haber permitido que esos pensamientos se colaran en mi cabeza. Luego me concentré en la montaña de trabajo que me esperaba. Iba a pagar caro el haberme tomado la tarde libre.

26

Olivia

Entré por segunda vez en mi vida en una comisaría de policía. La primera había sido dos días antes, justo después del tiroteo. El inspector Roux me había llamado a media mañana y, a pesar de mis reticencias, no me había dado opción. Me esperaba a las once en punto en su despacho. Y allí estaba, puntual, sentada en el banco que me habían indicado los policías de recepción, esperando a que el inspector me recibiera.

Cuando por fin apareció, Roux me instó a entrar en un despacho pequeño, mal iluminado y peor aireado. Olía terriblemente mal, una mezcla a sudor, papel viejo y humedad que llevaba años macerándose en esos escasos metros cuadrados.

—La persiana está rota —se excusó el inspector, señalando la ventana clausurada—, pero nunca hay presupuesto para estas cosas. Ni para muchas otras —añadió con un suspiro resignado. Luego indicó con la mano la única silla libre y abrió la carpeta que tenía delante. Comenzó a leer con voz monótona el relato de lo sucedido. Los hombres armados entrando en tropel en el edificio, el balance de muertos y heridos y la reivindicación del atentado por parte de una organización ultra religiosa.

Mi cabeza reprodujo de nuevo los disparos y los gritos, olí la pólvora y la sangre, vi los cuerpos tendidos, a Nicole desangrándose en el suelo. Me temblaban las manos mientras escuchaba al policía.

—Usted estaba en el despacho de la propietaria —afirmó Roux tras cerrar la carpeta.

Cerré los ojos. Ya le había contado lo sucedido, y ahora otra vez…

—Yo estaba en la calle lateral cuando aquellos hombres entraron. Me había parado para hablar con un… conocido —añadí tras dudar

un segundo demasiado largo. Vi la sonrisa ladeada de Roux y sentí que me ardía la cara.

—El señor Gaillard —dijo el inspector.

—Así es.

—¿Son amigos?

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Entonces todavía no. Nos conocimos en día anterior.

—¿Había quedado con el señor Gaillard?

Negué de nuevo.

—No. Me sorprendió verlo allí.

—¿A qué había ido?

Pensé en Théo, en su excusa para estar allí.

—No tuvo tiempo de decírmelo. Empezó el tiroteo y nos tiramos al suelo.

—Y luego decidieron entrar.

—Entré yo. Él me siguió. —Se me quebró la voz al recordar lo que encontró al cruzar la puerta del edificio. La muerte, la sangre, la destrucción.

—Los efectivos la encontraron en el despacho de la señora Labelle —repitió, y me miró mientras yo asentía con la cabeza antes de seguir—. La caja fuerte estaba abierta y alguien había inutilizado los equipos informático con una botella de vino que tiene sus huellas dactilares.

Abrí la boca para decir algo, pero no se me ocurrió nada.

—Nicole… Ella me lo pidió —dije por fin—. Desde que empecé a trabajar con ella me decía que, en caso de emergencia, lo primero que había que hacer era destruir sus archivos personales. En ese momento me lo pidió con insistencia y así lo hice. Eran sus archivos —añadí, levantando la cabeza—, podía hacer con ellos lo que quisiera y decidió borrarlos.

—Su decisión puede perjudicar la investigación policial —bufó Roux.

—No creo que el atentado tuviera nada que ver con la contabilidad de la empresa —aduje.

Luego enderecé la espalda y esperé la siguiente pregunta.

—La caja fuerte estaba abierta. ¿Destruyó también su contenido?

—Yo no hice nada de eso —respondí cortante.

Roux me miró fijamente.

—¿Se llevó algo de su contenido?

Apreté los dientes y contesté:

—No. No cogí nada, no tengo nada.

Roux me miró a los ojos durante un largo rato, pero no añadió nada más al respecto. Dedicó las siguientes dos horas a preguntarme sobre los trabajadores de *Le chat noir*, sobre su vida privada, sus opiniones religiosas y políticas, los problemas que hubieran surgido o provocado…

Cuando salí de allí sentía una imperiosa necesidad de respirar aire fresco. El ambiente opresivo de esa pequeña y cerrada oficina estaba a punto de asfixiarme.

Me sorprendió encontrar a Théo sentado en el mismo banco en el que yo había esperado al llegar. Él se levantó al verme y vino a mi encuentro.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Moví afirmativamente la cabeza e intenté sonreír. Estaba a punto de decir algo cuando una voz a mi espalda me lo impidió.

—Señor Gaillard —lo llamó Roux—, si es tan amable de acompañarme…

Théo me miró un segundo más antes de seguir al policía de vuelta a su madriguera.

27

Théo

Me sorprendió la llamada del inspector Roux citándome a mediodía para una declaración formal. Me venía realmente mal, pero no me dio opción. Llegué puntual y me senté donde me indicó el agente de la puerta. Y esperé. Más de una hora después, se abrió la puerta de un despacho y quien apareció fue Olivia. Estaba pálida y me dio la impresión de que le temblaban las manos. Me levanté y fui hacia ella.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Ella asintió e intentó sonreír.

—Señor Gaillard —escuché entonces—, si es tan amable de acompañarme…

La miré un segundo más antes de seguir al policía.

El inspector Roux me señaló una silla con la mano. Percibí el inconfundible perfume de Olivia intentando imponerse al tufo que emanaba aquella habitación diminuta.

—Señor Gaillard, gracias por venir, sé que es un hombre ocupado —empezó el policía.

Asentí brevemente con la cabeza y me senté.

—Ya he firmado mi declaración oficial —dije—, no pensé que hiciera falta acudir de nuevo.

—Son detalles, señor Gaillard. Solo detalles.

—Usted dirá.

El inspector Roux abrió una carpeta y colocó frente a mí una imagen del despacho de Nicole. Vi el enorme charco de sangre, los papeles tirados de cualquier manera, el portátil, la botella de vino y la caja fuerte abierta de par en par.

—Acompañó usted a la señorita Roussel hasta el despacho de la señora Labelle, ¿no es así?

—Como le dije, tras el tiroteo ella corrió hacia la puerta y yo la seguí. No podía estar seguro de que no quedara algún terrorista en el interior.

—Demasiada preocupación por alguien que, según su declaración, acababa de conocer.

—Usted habría hecho lo mismo —dije muy serio.

—Yo soy policía.

—Y yo, el hijo de un militar.

Roux me miró con el ceño fruncido y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Subió tras ella hasta el despacho. ¿Qué hizo allí?

—La seguí hasta la primera planta, pero no entré en el despacho. Atendí a una mujer que encontré tendida en el suelo en mitad del pasillo.

—No había ninguna mujer en el pasillo cuando llegaron los efectivos.

—Había bajado hacía unos minutos. Sus heridas no eran graves.

—¿Quién era? —insistió Roux.

—No tengo ni idea —respondí—, no la conocía. Me limité a comprobar que estaba bien, la ayudé a levantarse y se fue.

—Y entonces, entró en el despacho de la señora Labelle.

Negué con la cabeza.

—Yo no entré en el despacho.

—Estaba dentro cuando…

No le dejé terminar.

—Los agentes me indicaron que lo hiciera y yo obedecí.

Roux arrugó los labios y anotó algo. Supuse que comprobaría lo que acababa de decirle. Que lo hiciera, no me preocupaba. En medio

de una situación tan extrema, ¿quién iba a afirmar o a negar que me habían pedido que entrara en el despacho?

—La señorita Roussel derramó líquido sobre el ordenador portátil —dijo a continuación.

—¿Es una pregunta?

—Ella lo ha confirmado.

Me encogí de hombros.

—Yo no la vi hacerlo, pero si ella ha dicho que lo hizo, no entiendo…

—¿La vio abrir la caja fuerte? —me interrumpió.

—No.

—¿Y coger algún documento?

—No.

—¿Llevaba algo consigo cuando salieron de allí?

Fingí hacer un esfuerzo por recordar.

—Creo que no, aunque bajamos escoltados por sus hombres y vinimos directos aquí. Si llevaba algo, lo tendría cuando estuvo en comisaría.

Roux escribió de nuevo en el bloc y me miró en silencio un largo minuto.

—¿Qué relación mantienen la señorita Roussel y usted?

—No entiendo la importancia que ese dato puede tener para la investigación.

—Todo el mundo sabe que *Le chat noir* atrae a personas, sobre todo mujeres, que se dedican a la prostitución. Y a los clientes, claro.

—No sé de qué me está hablando —respondí. Me estaba empezando a enfadar de verdad.

—Usted frecuentaba ese local, hemos encontrado una factura a su nombre. ¿Qué fue a hacer allí?.

Respiré hondo y contesté fingiendo estar tranquilo.

—Acompañé a unos clientes a tomar algo después de una reunión de negocios. Unos caballeros japoneses —añadí—. Puede comprobarlo si lo desea. Nunca he contratado los servicios de ninguna mujer ni fui testigo de nada de lo que dice. *Le chat noir* me parece una sala de fiestas de lo más normal.

—Pero volvió al día siguiente.

—¿Es eso un delito? —pregunté.

—Depende de lo que buscara…

—Vamos a dejarlo aquí, inspector —le corté—. Si no tiene ninguna cuestión más relacionada con el tiroteo, no tenemos más que hablar, y como bien ha dicho, soy una persona muy ocupada.

Me levanté y salí del despacho sin decir una palabra más. Tampoco el inspector dijo nada. Se limitó a escribir algo en su cuaderno y a sonreír con los labios apretados.

28

Olivia

Esa noche dormí sola. Después de salir de comisaría había pasado la tarde de un lado a otro, visitando promotores inmobiliarios para poner en venta el edificio de *Le chat noir*, buscando el local adecuado para el velatorio de Nicole, llamando a mis compañeros, preocupándome por los heridos… Pero al fin lo tenía todo organizado. Había contratado una pequeña discoteca en el centro de París. Colocarían mesas y sillas en la pista de baile y un grupo tocaría en el escenario. Hablé con el manager de los músicos y acordé el repertorio. Rock de los setenta, baladas francesas y un poco de jazz. Creo que a Nicole le gustaría. El gerente de la discoteca se encargaría de ofrecer algo de comer y mucho de beber a los invitados.

Luego fui a *Le chat noir*, pero la cinta policial me impidió el paso. Había un coche patrulla apostado junto a la fachada principal y una nube de curiosos hablando y haciendo fotos en la acera de enfrente. En el suelo, cerca de la valla del edificio, centenares de flores, velas y mensajes escritos. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y me alejé de allí lo más deprisa que pude.

Mi última parada fue el tanatorio al que habían trasladado el cadáver de Nicole. Me recibió una mujer impecablemente vestida con traje gris, camisa blanca y una sonrisa mil veces ensayada. El féretro de mi jefa y amiga no iba a ser expuesto en ninguna de las salas ni nadie de la familia recibiría las condolencias de sus amigos y allegados. De hecho, ni siquiera estaba segura de que Nicole tuviera familia. No mencionaba a nadie en su testamento ni en el documento que dictó poco antes de morir. En esos momentos, Nicole estaba sola en el sótano del tanatorio a la espera de ser trasladada al crematorio para su incineración. Acordé con la

empleada que depositarían las cenizas en una bonita urna azul y dorada y que yo misma la recogería al día siguiente antes de ir a la discoteca. Si la mujer se sorprendió al escuchar que la despedida de su clienta sería en una sala de fiestas, no lo demostró en absoluto. Anotó el nombre y la hora y sonrió como la profesional que era.

Después, por fin pude marcharme a casa. Ni siquiera había comido, pero no tenía hambre. Me quité el sobrio vestido que había llevado todo el día, lancé los zapatos a un rincón y me puse un cómodo pantalón corto rosa y una camiseta de tirantes blanca. Salí descalza a la terraza y me acomodé en la tumbona. La madera estaba caliente por el sol. Agradecí la cálida caricia. Cerré los ojos y respiré despacio.

Ahí estaba Théo, al otro lado de mis párpados, flotando sobre las nubes naranjas que provocaban los últimos rayos de sol. Théo y sus labios, su sonrisa, sus besos. Théo y sus ojos esmeralda. Las manos de Théo sobre mi cuerpo. Théo dentro de mí…

Me estremecí y me sentí húmeda. Todo aquello era nuevo para mí, me sentía bien y mal a la vez, dichosa y arrollada por un tsunami de emociones que no era capaz de controlar. Tenía miedo de estrellarme, pero era tan difícil renunciar…

Pensé en llamarlo. De hecho, ansiaba llamarlo, pero sabía que no debía hacerlo. Tenía que descansar, el día siguiente sería muy duro. Quizá quisiera acompañarme entonces… Moví la cabeza de un lado a otro. No era apropiado, y punto.

El sol en retirada dejó paso al habitual bullicio de la calle. «La vida», pensé con cierta envidia. La vida seguía inmutable a mi alrededor, ajena a lo que había pasado, al tiroteo, al dolor.

Entré en casa y cerré la puerta de la terraza. Luego me acosté y hundí la cabeza en la almohada. Estaba tan cansada que ni siquiera el nudo de mi estómago pudo evitar que me durmiera casi al instante.

La melodía se coló en mi cabeza como el humo por debajo de una puerta, sigiloso, sinuoso, imparable. No sabía si estaba dormida o despierta, si el sonido era real o pertenecía a un sueño. Me di la vuelta en la cama y abrí los ojos. La habitación estaba a oscuras, todavía no había amanecido. El silencio duró poco. Un instante después, la musiquilla volvió a sonar. Era mi móvil.

Empujé la sábana hacia atrás y salí de la habitación. Recordaba haberlo dejado en el salón. La pantalla iluminada me sirvió de guía. Eran las cinco de la mañana. No reconocí el número. Empecé a temblar. Cogí el móvil y dudé un instante, pero no serviría de nada ignorar la llamada. Sabían dónde vivo, conocían mi número de teléfono.

—¿Quién es? —pregunté al descolgar.

—Tienes algo que no te pertenece —dijo una voz masculina—. Eres una puta ladrona. Vas a dármelo si no quieres que te haga daño.

—¿Quién es? —repetí casi en un grito.

—Un amigo de Nicole —respondió el desconocido—. Sé lo que guardaba en su caja y ahora no está. Lo tienes tú y lo quiero.

—No sé de qué me habla, ¡déjeme en paz!

—Mira, guapa —siguió, sibilante como una víbora—. Este es el único aviso que vas a recibir. No borres este número. Busca los libros y llámame. Luego podrás olvidarte de mí y seguir con ese amigo rico que te has buscado.

—Yo no…

—¡Hazlo! —gritó el hombre.

Y colgó.

Temblaba como una hoja. Inmóvil en medio del salón, rodeada de oscuridad, me sentí atrapada, vulnerable y, sobre todo, muy sola. No podía contarle a Théo lo que estaba pasando y, desde luego, no podía ir a la policía. No me fiaba del inspector Roux, había algo en sus ojos, en el tono de sus preguntas, que me inquietaba profundamente.

Me retorcí nerviosa las manos mientras caminaba de un lado a otro del salón. De pronto, fui consciente de lo vulnerable que era y corrí hacia la puerta. La encontré cerrada y con la alarma conectada. Revisé las ventanas y la salida a la terraza. Todo estaba bien, nadie había intentado entrar. Al menos, de momento.

Me detuve junto al sofá, me senté y me volví a levantar en el mismo movimiento. ¿Qué podía hacer? Ese tipo sabía quién era y dónde podía encontrarme. Conocía la existencia de los cuadernos de Nicole. Seguramente había ido a buscarlos y, al no encontrarlos, de algún modo había sabido que los tenía yo. No sabía cómo, pero no me había preguntado si los tenía. Sus palabras eran una afirmación.

Me apreté el estómago con las manos y gemí.

No había salida.

Busqué las llamadas recientes y marqué el último número de la lista. Descolgaron al segundo tono. Al otro lado, el hombre esperaba en silencio.

—De acuerdo —dije, fingiendo calma—, le daré lo que tengo y me dejará en paz.

—Ese es el trato —respondió él.

—Mañana por la tarde, a las cinco, a los pies de la Torre Eiffel.

—Sé puntual —exigió él—. Lleva el material en una bolsa de deporte. Te llamaré y te daré instrucciones para la entrega.

—No pienso ir a ningún lugar aislado —le advertí—, será allí o en ningún sitio.

—Tranquila, solo quiero los libros. Sé puntual y no te dejes nada —advirtió de nuevo.

29

Olivia

El amanecer me encontró sentada a la mesa de la cocina, insomne y muy asustada. No había podido volver a dormir después de la llamada. Mi cabeza se dedicó a fabricar todos los escenarios posibles, y ninguno me gustaba. Ese hombre podía secuestrarme, herirme o matarme. Él me conocía, pero yo no sabía quién era ni qué aspecto tenía. Jugaba con una enorme ventaja. Dudaba sobre si había hecho bien al aceptar reunirme con él y entregarle los libros de Nicole. ¿De verdad me dejaría en paz cuando los tuviera en su poder? Lo dudaba, pero no tenía otra opción, o al menos no se me ocurría ninguna.

Pasé la mañana ultimando los detalles del funeral de Nicole, que tendría lugar esa misma tarde. Hablé con el gerente de la discoteca y con los músicos, me aseguré de que la comida y la bebida llegarían a tiempo y me preparé para ir a recoger la urna con las cenizas de mi amiga.

Salir a la calle fue una dura prueba. Todos los hombres con los que me cruzaba me parecían sospechosos, amenazadores. Paré un taxi y me refugié en el asiento trasero. Cuando llegamos al tanatorio, le pedí que me esperara mientras recogía la urna. Me daba miedo quedarme sola en mitad de la calle. No respiré tranquila hasta que no entré en la sala en la que se celebraría la fiesta en honor de Nicole.

Me concentré en los últimos preparativos, supervisé la disposición de las mesas y las sillas, acordé con la banda las canciones que tocarían… Cualquier cosa menos pensar en todo lo que me estaba pasando.

Unas cincuenta personas acudieron al velatorio. Sus amigos, hombres y mujeres que trabajaban o habían trabajado con ella, charlaban en pequeños corros o sentados a las mesas repartidas en la sala. Había colocado una fotografía de Nicole junto a la urna con sus cenizas. En la imagen, una Nicole de veinte años se aferraba con una mano al mástil de un velero mientras se sujetaba el sombrero con la otra. La joven de cabello oscuro y rizado reía despreocupada, feliz.

Casi todos los presentes habían optado por vestir de negro, aunque la mayoría de las chicas lucían apretados vestidos de falda corta y profundo escote, mientras que ellos vestían elegantes polos oscuros, camisas de mangas transparentes, apretadas camisetas y pantalones ceñidos al cuerpo. Adele no se separó de mí ni un instante. La joven se había recogido el pelo en un moño alto que había rodeado de adornos brillantes y había elegido un precioso vestido granate de corte sirena que dejaba sus elegantes hombros oscuros a la vista. Estaba realmente preciosa, como siempre.

Yo había optado por una discreta falda azul noche y una blusa del mismo tono salpicada con estampaciones blancas en forma de estrellas. De mangas abullonadas y cuello estrecho, la blusa parecía flotar sobre mi cuerpo. Me había recogido el pelo en un moño italiano del que había dejado escapar un par de mechones rubios que me enmarcaban el rostro.

Nadie se presentó como miembro de la familia Labelle. Recordaba que una vez le pregunté a Nicole por sus padres. Respondió que había «soltado amarras» hacía mucho tiempo. Lamenté que estuviera sola, pero Nicole negó con la cabeza y dijo que nunca se había sentido tan sola como cuando vivía con su familia.

La orquesta había empezado el repertorio con un poco de música suave, jazz tranquilo y un par de blues antes de subir el tono con el rock clásico que tanto le gustaba a Nicole. Los camareros iban de una mesa a otra cargados con bandejas de aperitivos y bebidas. Vino, cerveza, combinados e incluso alguna copa de champán. Todo estaba permitido en memoria de la jefa.

Poco a poco, la charla y el alcohol hicieron efecto y los presentes comenzaron a desinhibirse. Los que estaban sentados se levantaron, y quienes hablaban en corrillos apartados se acercaron al centro de la pista para bailar y seguir bebiendo.

Yo me quedé de pie, sola la mayor parte del tiempo, devolviendo saludos y sonrisas y con la mirada fija en la puerta. Tenía miedo, mucho miedo.

Como esperaba, Théo se había ofrecido a acompañarme y protestó cuando me negué, aunque no le quedó más remedio que aceptar. Me propuso pasar a recogerme o esperarme donde yo quisiera, pero lo único que logró arrancarme fue la promesa de que lo llamaría más tarde.

Abracé a los supervivientes del ataque, lloramos juntos y nos consolamos los unos a los otros. Reímos contando anécdotas sanadoras y volvimos a llorar cuando recordamos de golpe que ahora teníamos que volver a empezar, aunque la noticia de que Nicole había estipulado que se les entregara el equivalente a un año de salario provocó una alegre oleada de gritos de júbilo, risas y brindis por el alma de la difunta.

A las diez de la noche me despedí de los últimos invitados. Hacía rato que la orquesta había recogido los instrumentos y los camareros ya habían empezado a retirar las mesas y a llevarse los vasos y los restos de las bandejas de comida.

Me acerqué a la urna azul y dorada y sonreí ante la feliz y joven Nicole. Sentí que me escocían los ojos, pero me esforcé por no llorar. Cogí la foto del atril y guardé la urna en la bolsa acolchada de la funeraria. Luego recogí mi chaqueta y el bolso del guardarropa y salí a la calle. Era una zona bulliciosa, llena de bares, restaurantes y hoteles. Las aceras estaban llenas de gente con ganas de pasarlo bien. Todavía junto a la puerta cerrada de la discoteca, saqué el móvil y comprobé las llamadas y los mensajes. El hombre misterioso no había intentado contactar. Supuse que estaba dispuesto a esperar hasta el día siguiente. Un escalofrío me recorrió la espalda. Quien sí

había llamado era Théo. Tres veces en la última hora. Sonreí y pulsé sobre su nombre.

—Hola —me saludó al primer tono—, ¿todo bien?

No sabía qué responder a eso. ¿Había algo bien? Me di cuenta de que estaba sonriendo. Sí, había una cosa bien.

—No ha sido fácil —reconocí—, pero ya está hecho. Ahora solo tengo que pensar dónde dejar que reposen sus restos. Ha sido un velatorio un tanto extraño —le conté—, con música, comida y mucha bebida. Demasiada para algunos, pero creo que ha sido bueno para ellos, se han sentido reconfortados después de todo lo que ha pasado.

—¿Cómo estás tú? —me preguntó Théo. El tono de su voz me acarició por dentro.

—Cansada, muy cansada, pero contenta por haber sido capaz de hacerlo.

—Lo has organizado todo en un solo día y estoy seguro de que ha sido un éxito. Me gustaría cuidar un poco de ti, si me dejas —añadió—. ¿Has comido algo hoy?

—Apenas nada —reconocí. Y tampoco había descansado ni un minuto desde que el desconocido me había despertado de madrugada. Pero Théo no tenía por qué saberlo. Era mejor así.

—Deja que te invite a cenar —se ofreció él.

—Estoy muy cansada, prefiero…

—En mi casa —insistió él—. Te recogeré donde estés.

Me imaginé en el salón de Théo.

—De acuerdo, acepto la cena, pero cogeré un taxi, será más rápido.

—Genial, lo tendré todo preparado cuando llegues.

—Tengo que advertirte que voy con… Nicole. Con la urna. Quizá debería pasar por casa antes y dejarla.

—No hay problema —me aseguró.

Tras despedirnos, me acerqué al borde de la acera y levanté la mano para llamar la atención de un taxi. Le di al chófer la dirección de Théo y me recosté en el asiento. Abracé la bolsa que guardaba la urna y volví la cara hacia la ventanilla. La ciudad brillaba y se contoneaba ante mis ojos. Sentí cómo la tensión me abandonaba, cómo se evaporaban el miedo y la ansiedad, y cómo se instalaba poco a poco en mi interior una extraña sensación que no recordaba haber sentido nunca. No quería ponerle nombre, todavía no. Lo único que no podía negar era que estaba directamente relacionada con Théo.

30

Théo

La vi llegar cansada, con la mirada brillante y una sonrisa apenas esbozada. Cogí la urna de sus manos, la dejé en la mesita de la entrada y la abracé. Ella apoyó la cabeza contra mi pecho y respiró tranquila. Le acaricié despacio la espalda y me pareció que se relajaba un poco.

—Vamos —dije después—, habrá que alimentarte.

Olivia sonrió y me siguió a través del salón hasta la terraza. Había dispuesto la mesa hasta el último detalle. Un mantel blanco, velas, champán en una cubitera y dos bandejas cubiertas. Había encendido la estufa de exterior y la temperatura era perfecta. La ayudé a sentarse, descorché la botella y llené las copas de líquido burbujeante.

—Por ti —brindé, alzando la copa hacia ella.

—Por ti —repitió ella con una sonrisa—. Gracias —añadió en un susurro.

Le serví ensalada templada y pescado al horno con espárragos frescos.

—¡Está delicioso! —exclamó Olivia con la boca llena—. No sabía que también eres cocinero. Bueno —añadió tras un momento de silencio—, en realidad, no sé nada de ti.

Dejé el tenedor sobre la mesa y la miré.

—¿Qué necesitas saber? —pregunté.

Olivia se encogió de hombros.

—Todo lo que me quieras contar.

—Muy bien. —Me acomodé en el respaldo de la silla. El fuego de la estufa bailaba en sus ojos azules—. Nací hace treinta y dos años

muy cerca de aquí, en París. Tenía una hermana, Claudia. Era soldado. Murió hace tres años en Irak.

—Lo siento —dijo Olivia en voz baja.

Moví la cabeza de un lado a otro, despacio.

—La echo de menos cada día —reconocí—. Sobre todo su sonrisa. Y sus bromas —añadí—. Tenía un sentido del humor bastante peculiar.

Olivia sumó su sonrisa a la mía y esperó en silencio hasta que estuve listo para continuar.

—Mi madre se llama Angelique y es escritora. Tuvo bastante éxito con sus primeras novelas, aunque no ha vuelto a publicar nada desde la muerte de Claudia. —En ese momento, me puse serio y enderecé la espalda—. Mi padre también es militar —dije—. Un hombre recto y con un estricto sentido del deber. Me parezco a él físicamente, pero el espíritu marcial lo heredó mi hermana. Yo soy como mi madre, me centro en lo creativo, improviso, no me gustan las correas.

—Tuvo que ser duro —dijo Olivia.

Hice un gesto con el hombro para restarle importancia.

—Lo fue, pero hace mucho tiempo que dejó de preocuparme lo que pensara mi padre.

—¿Y cómo llegaste hasta aquí? —Olivia abrió los brazos para abarcar el apartamento.

—Estudié Publicidad y Derecho al mismo tiempo, pero lo que de verdad me ha fascinado desde siempre es el mundo del cine. Soy consciente de que no tengo talento como actor, director o guionista, así que aposté por la producción. Hace cinco años fundé Blackbird, una productora audiovisual. No me va mal —añadí con una sonrisa.

—¿Que no te va mal? —exclamó ella—. He leído sobre tu empresa, es la primera productora en Francia, puntera en Europa, y estáis casi listos para salir a bolsa. Incluso ha despertado el interés de inversores extranjeros —añadió—. Me gusta el mundo de las

finanzas —explicó ante mi cara de sorpresa—. Soy contable, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo. —Comí un poco y la miró—. ¿Qué más quieres saber?

Olivia frunció los labios un segundo.

—¿Qué me dices de tu vida personal?

—Hay poco que contar —respondí esquivo—. ¿Qué me dices de ti? —pregunté para cambiar de tema.

—Yo tengo mucho menos que contar que tú —dijo—. Nací en Annecy, a los pies de los Alpes. Allí viven mis padres y mis dos hermanos. Los dos están casados, pero todavía no tienen hijos. Yo soy la pequeña.

—Ha tenido que ser divertido crecer con dos hermanos mayores —comenté.

—Lo fue —reconoció Olivia con una sonrisa—, aunque muchas veces acababa con morados y heridas por intentar jugar con ellos o seguirles en sus correrías. Estudié administración de empresas —siguió— y me trasladé a París hace algo más de dos años. Mi abuela había muerto meses antes y mi padre me ofreció su apartamento. No fue fácil encontrar trabajo, pero estaba contenta con el puesto que conseguí. Y ahora —añadió con la mirada perdida en las llamas de la estufa— tengo que volver a empezar. Quizá regrese a Annecy…

—Esa siempre es una opción —dije—, pero no tires la toalla tan pronto, date un tiempo antes de tomar una decisión.

Olivia sonrió, pero no contestó.

Me levanté y traje el postre.

—Mmmm —exclamó con los ojos cerrados—. Es el tiramisú más cremoso que he probado en mi vida. ¿De verdad has hecho tú todo esto?

—Sé que será un punto en mi contra, pero no puedo mentirte. Lo he encargado en Le Clarence. Que conste que sé cocinar, pero hoy quería ofrecerte algo especial y mis virtudes culinarias no habrían estado a la altura.

—Seguro que me habría gustado —aseguró Olivia—. Te ofrezco un trato —añadió—: un día, yo cocino para ti, y tú cocinas para mí.

—Suena bien, acepto el trato.

Olivia se estremeció levemente. A pesar de la estufa, la temperatura nocturna había bajado bastante.

—Tomaremos el café dentro —propuse—. Eso sí lo he hecho yo —añadí.

Olivia se acomodó en el sofá y perdió la vista en el cielo de París. Regresé con dos tazas de café y me senté a su lado. Bebimos en silencio durante un par de minutos, ella disfrutando de la noche estrellada y yo, de ella.

—Pareces cansada —dije.

—Lo estoy —reconoció Olivia—. Será mejor que me vaya a casa.

—Puedes quedarte si quieres —le ofrecí—. Tienes un dormitorio a tu disposición. Dos, en realidad.

Le cogí la taza de la mano y la dejé en la mesita. Luego me acerqué a ella despacio, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Llevo toda la noche deseando besarte —susurré con los labios pegados a su boca.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Necesitabas comer…

—También necesito que me beses.

Olivia eliminó la distancia que separaba nuestras bocas y me besó. Separó los labios para acoger mi lengua, que se coló audaz y comenzó a juguetear con la de Olivia.

Recorrí su cuerpo con mi mano, dibujando la curva de sus caderas y acariciándole la cintura antes alcanzar el pecho. Por encima de la ropa, busqué el pezón con el pulgar e inicié una delicada y rítmica caricia.

—Olivia —susurré. Ella abrió los ojos y me bañé en su mar—. ¿Estás bien? —pregunté.

Detuve las caricias y esperé. Ella arqueó levemente la espalda para recuperar el contacto.

—Sí —respondió contra mi boca—, estoy bien, todo está bien. Por favor…

Sonrió y me rodeó con sus brazos, me acarició la espalda, el cuello, el pelo, y me besó con una dulzura cada vez más exigente, más apremiante.

—Vamos —dije con voz ronca.

La cogí en brazos y la llevé hasta el dormitorio. La deposité con cuidado en el suelo y me coloqué frente a ella. Con cuidado, le desabroché los botones de la blusa uno a uno. Cada vez que liberaba unos centímetros de piel, me inclinaba y la besaba antes de deslizar los dedos hasta el siguiente botón. La sentía estremecerse por el contacto casi eléctrico, arqueaba la espalda y sentía cómo sus pezones se tensaban contra la fina tela del sujetador. La acaricié con perversa lentitud, un botón y luego otro hasta que la camisa cayó al suelo. Entonces, la hice girarse y la besé en los hombros, los omoplatos y la espalda mientras mis dedos recorrían de nuevo la curva de su cintura. Tardé una eternidad en llegar al cierre del sujetador. Olivia gimió cuando por fin se lo quité.

—Por favor —suplicó ella.

—Por favor, ¿qué? —pregunté con una sonrisa juguetona en los labios.

La giré de nuevo y le acaricié el vientre con la palma de las manos, subiendo despacio hasta cubrirle los pechos. Su respiración era cada vez más rápida.

—Por favor, sí —consiguió articular.

Me incliné sobre ella y atrapé uno de sus pechos con la boca. Olivia gimió con fuerza. Luego volví a sus labios y la besé mientras le sujetaba la nuca con una mano y con la otra jugueteaba con su pezón.

Luego me arrodillé ante ella y la besé alrededor del ombligo mientras le bajaba la cremallera de la falda. Deslicé la tela por sus

caderas y lamí la piel justo por encima del elástico de sus braguitas.

—Oh… —gimió Olivia—. No puedo más.

—Sí puedes —respondí—. Eres preciosa —añadí contra su piel.

Deslicé las braguitas por sus piernas y Olivia las empujó a un lado cuando estuvieron en el suelo. Di un paso atrás y la observé desnuda, excitada, temblorosa. El pelo rubio sobre la cara, las mejillas sonrosadas por el deseo, los labios brillantes, separados, jadeante…

—Eres una diosa.

Olivia extendió las manos, me agarró por la cintura y me pegó a su cuerpo. Levantó la cara y me besó con furia.

—Te juro que no puedo más —me dijo.

—De acuerdo —accedí por fin.

Me separé de ella y me desnudé con rapidez. Olivia miró fijamente mi erección, el glande vibrante, listo para ella.

Volví a cogerla en brazos, pero esta vez la deposité con cuidado sobre la cama. Luego me tumbé a su lado y la besé largamente mientras la acariciaba arriba y abajo con la yema de los dedos, con la palma de la mano, con cuidado, con pasión, con urgencia.

Olivia bajó las manos por mi espalda y me acarició el trasero, empujándome hacia ella al tiempo que contoneaba las caderas. Luego se coló por el hueco de mi pelvis hasta encontrar mi pene. Lo envolvió con la mano y apretó con cuidado. Joder, eso fue… bestial.

—Por favor —repitió Olivia una vez más.

Estiré el brazo, abrí el cajón de la mesita y saqué un preservativo. Me lo puse con rapidez y giré sobre la cama hasta quedar bocarriba.

—Ven —la invité.

Olivia no se hizo de rogar. Se colocó a horcajadas sobre mí y frotó su clítoris henchido contra mi pene. Aquello era demasiado. Se levantó unos centímetros, lo justo para que yo buscara la entrada de su vagina y ella pudiera descender y sentirla completamente en su interior. Se detuvo un instante y respiró profundamente.

—Siento cada centímetro de ti, te siento palpitar, vibrar.

Luego comenzó a subir y bajar despacio, poco a poco. Ya tenía lo que quería, pero ahora quería más.

Apoyó las manos en mis hombros y aceleró los movimientos. Me incorporé y atrapé un pezón con la boca mientras la ayudaba a subir y bajar con las manos en sus caderas, masajeándole el trasero y colocándola de modo que pudiera sentir hasta el último centímetro de mi verga.

La sentía empapada encima de mí, con sus ojos fijos en los míos. Se inclinó hacia delante, hundió la lengua en mi boca y se dejó llevar por el placer. Se estremeció entre mis brazos, gimió en mi boca y la acaricié mientras la acompañaba en su orgasmo.

Cuando dejó de temblar, la cogí por la cintura y, sin salir de su interior, le di la vuelta y la tumbé sobre la cama.

—Ha sido… —empezó Olivia.

—Todavía no hemos terminado —la corté.

Empecé a moverme despacio, dibujando pequeños círculos con las caderas cada vez que la penetraba. Sorprendida, Olivia comenzó a gemir de nuevo.

Levantó las caderas para acogerme, para franquearme el paso lo más adentro posible. Poco a poco, aceleré las embestidas. La besé con fuerza, apoyé las manos a ambos lados de sus hombros y levanté el tórax.

—Quiero verte —dije—, me vuelves loco.

Olivia sonrió antes de echar la cabeza hacia atrás y verse sacudida por un nuevo orgasmo. Yo me quedé quieto en su interior, muy adentro, mientras me vaciaba por completo.

Sin moverme, la besé despacio en la frente, en los ojos, en la boca, pequeños besos que hicieron de mí, por un momento, el hombre más feliz del mundo.

31

Olivia

No recordaba haberme quedado dormida. Me desperté en los brazos de Théo, que me abrazaba en sueños. Estábamos desnudos y enredados en las sábanas, mi pierna sobre su cadera y las manos de Théo asidas a mi cintura. Cerré los ojos. No quería despertar. Pero entonces recordé qué día era y lo que tenía que hacer.

Intenté liberarme de Théo sin despertarlo, pero él abrió los ojos en cuanto sus manos perdieron el contacto con mi cuerpo.

—¿Estás bien? —susurró adormilado.

—Muy bien —le aseguré, y era casi cierto. El recuerdo de la noche pasada me aceleraba el pulso, pero la cita de esa tarde me provocaba un estremecimiento de miedo—. Tengo que irme, me tengo que ocupar de un montón de cosas —mentí.

—Es muy temprano —protestó él—, apenas ha amanecido.

—Lo sé, pero tengo que irme.

Théo se incorporó en la cama y apoyó la cabeza en la palma de la mano. Estaba increíble con el pelo revuelto y la sombra de la barba oscureciéndole la cara.

—Como quieras —aceptó—. Haré café mientras te duchas.

Recogí su ropa del suelo y me metí en el baño. Cuando entré en la cocina con el pelo húmedo y envuelta en olor a jabón, encontré un opulento desayuno sobre la isla central.

—¿Has llamado al restaurante? —pregunté socarrona.

—No, lo he hecho yo solito —respondió con una sonrisa capaz de fundir el acero más duro—. Café, zumo de naranja, tortilla y jamón pasado por la sartén. ¿He acertado en algo? No sé qué te gusta desayunar.

—Está perfecto —sonreí mientras me sentaba en uno de los taburetes altos.

Devoré la tortilla, picoteé un poco de jamón y acepté un vaso de zumo de naranja antes de rodear con las dos manos la taza de café humeante.

Esquivé las preguntas sobre lo que me mantendría ocupada esa mañana y Théo aceptó mis escuetas respuestas.

—¿Te veré esta tarde? —me preguntó, ya en la puerta.

Levanté la cara para besarlo.

—Te llamaré. También tengo que ocuparme de esto… —añadí mientras cogía la urna con las cenizas de Nicole—. Hablaremos luego —prometí desde el ascensor.

El primer pellizco de soledad me asaltó en cuanto se cerraron las puertas metálicas. Luego, me sentí más y más vacía según me alejaba del apartamento de Théo. No me gustaba esa dependencia, pero me sentía incapaz de imponer mi voluntad a mis sentimientos. Estaba segura de que cuando todo aquello acabara, cuando nadie me persiguiera, cuando Nicole y el tiroteo fueran solo un recuerdo y yo hubiera encontrado un nuevo trabajo, cuando estuviera de nuevo tranquila y en paz, mis sentimientos hacia Théo se normalizarían y podría analizar la situación como siempre lo había hecho, con una mirada objetiva, valorando los pros y los contras, adelantándome a las consecuencias de cada acto. Sí, así era yo, nada parecido a esa mujer que avanzaba a trompicones por la vida. En cuanto pudiera, recompondría el rumbo y cada cosa volvería a estar en su sitio. Incluido Théo.

Cogí un taxi hasta mi casa y me detuve antes de entrar. No pude evitar pensar que quizá alguien me estuviera esperando dentro. En el descansillo, comprobé el estado de la alarma. Todo estaba en orden, no había saltado ninguna alerta y la puerta parecía en perfecto estado. Entré conteniendo la respiración y desconecté la alarma. El silencio me rodeó como un bálsamo. Respiré tranquila, dejé la urna en la mesita del salón y fui a cambiarme de ropa.

Salí de nuevo de casa a las ocho y media en punto. Quería estar en el banco en cuanto abrieran. Me había vestido con un pantalón holgado y una sencilla camisa blanca. Cogí una chaqueta, a esa hora de la mañana el ambiente todavía era fresco. Me crucé el bolso por delante y me dirigí al metro a buen paso. Era hora punta y los andenes estaban atestados de gente apresurada que entraba y salía de los vagones, subía y bajaba las escaleras sin mirar a nadie, concentrado cada cual en su propio mundo, muchas veces aislado por la frontera de unos auriculares.

Encontré un hueco cerca de la puerta, me aferré a la barra metálica y sujeté el bolso contra mi cuerpo. Me zumbaban los oídos y respiraba deprisa. Debía controlarme. Necesitaba mantener la cabeza despejada, permanecer tranquila.

En mi parada, me bajé de un salto y busqué las escaleras. La mañana me recibió luminosa y cálida. El banco estaba a solo dos calles de allí. Apresuré el paso, más por calmar los nervios que porque alguien me esperara, y avancé sorteando a los peatones que venían de frente.

Llegué a la entrada acristalada del banco a las nueve y cinco. Dentro ya había varias personas que estaban siendo atendidas en las ventanillas. Me dirigí a las oficinas del fondo y llamé a la puerta del empleado con el que había hablado hacía un par de días.

—Buenos días —saludé cuando me invitó a pasar—, no sé si me recuerda…

—Claro, señora Roussel. Es usted amiga del señor Gaillard —dijo él—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Lo cierto es que sí —respondí—. Necesito otra caja de seguridad. Voy a vaciar la actual y quiero dejar algunas cosas en una diferente.

—¿Ocurre algo con la que se le adjudicó?

—No, en absoluto. Es complicado —le dije—. Simplemente, quiero vaciar la caja y alquilar otra. Y doy por hecho que nadie tiene por qué enterarse de esto —añadí en voz más baja, mirándolo a los ojos.

—Por supuesto.

Acto seguido, el empleado del banco se giró hacia su ordenador y comenzó a teclear. Me pidió una vez más la documentación, la escaneó y me la devolvió. Tecleó un poco más y luego se dirigió a una pequeña caja fuerte que había en la pared del fondo. Pulsó rápidamente una serie de números en el panel electrónico y la puerta se abrió. Cogió una llave y cerró la caja.

—Si es tan amable de acompañarme…

Cruzamos juntos la puerta acorazada que daba paso a la sala con las cajas de seguridad. Luego se hizo a un lado y me cedió el paso.

—Cuando termine, pase un momento por mi oficina para dejar la llave y firmar los documentos. Los prepararé mientras usted está aquí.

Luego se marchó, cerrando la puerta a su espalda.

Miré a mi alrededor. Tres de las cuatro paredes estaban cubiertas de pequeñas portezuelas plateadas con un número arriba y un bombín debajo. En el centro, una mesa y dos sillas, y una más en la cuarta pared, junto a la puerta. Me pareció que el latido de mi corazón atronaba en la habitación.

Giré noventa grados hasta dar con mi caja. Luego saqué la llave del bolso, la inserté en el cajetín y abrí la portezuela. Metí la mano hasta dar con la caja oscura que guardaba lo que había ido a buscar. La dejé sobre la mesa y observé su contenido un instante antes de ponerme manos a la obra.

Abrí el primero de los cuadernos y comencé a fotografiar cada página con mi teléfono móvil. Repetí la operación con el segundo y, por fin, con el tercero. Saqué luego el pequeño ordenador que llevaba en el bolso y lo encendí. Me temblaba la mano cuando conecté la memoria externa al USB del portátil. Seleccioné el icono del sistema de almacenamiento externo y volqué su contenido en una carpeta. Cuando llegó al cien por cien, pulsé sobre la carpeta de destino y copié su contenido en la nube. Por último, conecté el teléfono al portátil y pasé las imágenes a otra carpeta, que subí a continuación a la nube. Borré las fotos del móvil, extraje la tarjeta

de memoria y apagué el ordenador. Me costó menos de quince minutos completar el proceso.

Busqué entonces la segunda caja que había contratado, la saqué y metí en ella el portátil y la pequeña tarjeta negra de memoria. La dejé en su sitio, cerré la puerta y me guardé la llave en el bolso, disimulada entre las de mi casa. Metí también la memoria externa y los tres cuadernos y suspiré largamente.

No había vuelta atrás.

Salí de la cámara y le sonreí al empleado mientras le devolvía la primera llave y firmaba los papeles que me puso delante.

Por fin, salí a la calle y cerré un segundo los ojos para recibir la tranquilizadora caricia del sol.

Sentí una presión en el costado y el inesperado contacto de una mano en mi brazo.

—Estaba impaciente por verte —dijo una voz a mi espalda—. No grites, no corras. No hagas nada. Lo que sientes en la espalda es una pistola. —Apretó aún más el cañón para que no quedara duda de que no bromeaba y me empujó hacia delante—. Busquemos un lugar tranquilo para hablar —añadió.

Hice lo que me ordenó. Caminé en silencio, consciente de la presión en mi costado y de los dedos que me aferraban como una garra. El hombre me condujo hasta un vehículo aparcado junto a la acera.

—No voy a subirme al coche —le dije con voz temblorosa cuando el hombre desbloqueó las puertas—. Te daré lo que quieres ahora mismo, pero no voy a ir a ningún sitio.

—No te pasará nada si eres buena chica —me susurró al oído.

El miedo me recorrió la columna vertebral.

—No —repetí—. Y si intentas meterme por la fuerza, gritaré y me defenderé. Dispara ahora si quieres, porque no voy a subirme al coche.

—Puta de mierda… —escupió él—. Deja en el asiento lo que me debes —ordenó.

Abrí el bolso y saqué los tres cuadernos y la memoria. Los lancé sobre el asiento del coche y di un paso atrás. La manaza me sujetó con fuerza. Con la otra, el tipo inspeccionó los cuadernos uno por uno.

—Buena chica —dijo—. Un trato es un trato. Vete.

La presión desapareció de la espalda y del brazo y me alejé de él lo más rápido que pude. Unas gruesas lágrimas salieron de mis ojos, nublándome la vista. Me volví un momento y lo vi parado junto al coche, con la portezuela abierta. Me pareció que hablaba por teléfono. Tropecé con un par de viandantes, que me miraron sorprendidos y airados, y seguí caminando, casi corriendo, para alejarme lo antes posible de allí.

«Ya está», me dije a mí misma. «Se acabó».

32

Olivia

Nunca me había alegrado tanto de llegar a casa como esa mañana. El corazón me iba a explotar en el pecho. El taxista que me había recogido a dos calles del banco me preguntó si estaba bien.

—Sí, sí —respondí con la voz entrecortada—. Acaban de darme una mala noticia —añadí para justificar mis ojos llorosos y la respiración acelerada.

El conductor cabeceó comprensivo y esperó junto a la acera mientras entraba en el portal de mi casa. Ya en el apartamento, cerré la puerta, la aseguré y conecté la alarma. Solo entonces me permití parar y pensar en lo que había pasado. Un terror oscuro se apoderó de mí.

Confiaba en que el tipo que se había llevado los cuadernos y la memoria se diera por satisfecho y se olvidara de mí. Tenía lo que quería, y no había forma de que supiera que me había quedado con una copia.

Recordé una noche, en el despacho de Nicole, antes de que el mundo se volviera del revés. Yo llevaba una pulcra contabilidad del negocio en la base de datos de mi ordenador. Hojas de cálculo, listados exhaustivos de ingresos y gastos, relación de empleados… Sin embargo, cada noche Nicole anotaba en un cuaderno una serie de letras y números indescifrables para mí. Luego, guardaba el cuaderno en la caja fuerte y seguía trabajando.

Me esforcé por tranquilizarme. Seguía teniendo un seguro de vida, y lo utilizaría si fuera necesario.

Frente a mí, sobre la mesita, la urna con las cenizas de Nicole Labelle esperaba a que tomara una decisión. También le había prometido a Théo que lo llamaría, pero preferí enviarle un mensaje

pidiéndole que lo hiciera él cuando tuviera un momento libre. El teléfono sonó un minuto después.

—Hola —me saludó. Cerré los ojos un segundo y sonreí. La voz de Théo actuó como un bálsamo sobre mí.

—Hola —respondí—, no quiero entretenerte —añadí deprisa—, solo quería decirte que ya sé qué hacer con las cenizas de Nicole.

—Me gusta que me entretengas —respondió él. Aguanté el pellizco en el estómago—. ¿Qué has decidido? —preguntó a continuación.

—A Nicole le gustaba el mar —le expliqué—. Solía utilizar expresiones marítimas y de vez en cuando decía que, cuando se retirara, se dedicaría a viajar en un velero. Creo que le gustaría que lanzara sus cenizas al mar —añadí. Me escocían los ojos. Pestañeé con fuerza para contener el llanto y sonreí con tristeza al recordar la imagen de la joven Nicole asida al mástil de un barco, sonriente, radiante, feliz. Viva.

—Creo que es una gran idea —dijo Théo con voz suave—. ¿Has pensado en algún lugar en concreto?

—Todavía no, pero me quiero aprovechar el fin de semana para hacerlo —respondí.

—Quizá pueda sugerirte un lugar —siguió Théo—. ¿Conoces Hennequeville? Está en Normandía, a dos horas y media en coche de París.

—No he estado nunca —contesté—, pero conozco la fama del lugar. Debe de estar lleno de villas y palacios.

—Es un sitio increíble —me aseguró Théo—, y yo tengo una casa allí. No es un palacio —se apresuró a añadir—, pero, si quieres, podemos pasar el fin de semana allí. Alquilaremos un barco para que puedas cumplir con los deseos de Nicole.

Lo pensé durante unos segundos.

—No quiero apartarte de tus obligaciones…

—Hoy es viernes —respondió Théo al instante—, y no se me ocurre nada mejor que pasar el fin de semana contigo, si a ti

también te parece bien.

—De acuerdo —acepté por fin—, pero te compensaré por el viaje y…

—Eso suena de maravilla —me interrumpió.

—¡Estaba pensando en pagar el combustible! —exclamé.

—Se me ocurren mil maneras mejores de que me compenses, aunque insisto en que no hace falta. Me hace feliz poder ayudarte —me aseguró—. ¿Cuándo quieres salir? —preguntó a continuación.

—Cuando tú quieras. Avísame cuando termines de trabajar y estaré lista.

—Dame un momento, voy a repasar mi agenda… —Guardó silencio durante unos segundos—. No hay nada que me ate a mi escritorio más allá de las próximas dos horas —dijo a continuación—, puedo recogerte a la una. Comeremos algo y llegaremos a Hennequeville a media tarde.

—No quiero que desatiendas tus obligaciones por mi culpa —insistí.

—Tengo la agenda despejada —repitió—, estamos entre dos grandes proyectos, uno ya acabado y otro a punto de echar a rodar, pero no hemos arrancado todavía —me explicó—, así que, para variar, dispongo de tiempo y es todo tuyo.

33

Théo

Pasar el fin de semana con Olivia era un inesperado regalo con el que no contaba. Seguía dándole vueltas a mi relación con ella. Me sentía extraño por dentro y por fuera. Por dentro, un cúmulo de sensaciones desconocidas hasta el momento pugnaban por imponerse, aunque había decidido que, de momento, no estaba listo para ponerles nombre. Por fuera, me sentía constantemente excitado. El solo recuerdo de su voz, de su olor o del tacto de su piel se traducía en una erección que me tenía que esforzar mucho por controlar. ¡Parecía un adolescente! Quizá solo fuera eso, un exceso de testosterona, o el hecho de que Olivia no se pareciera en nada a las mujeres con las que solía relacionarme. Incluida Alice.

Mierda, Alice. Seguía en Estados Unidos. Hacía tres o cuatro días que no hablábamos por teléfono ni intercambiábamos mensajes, no sabía cuánto tiempo más había planeado quedarse con su familia ni cuándo pensaba volver. Hablaría con ella en cuanto llegara a París.

No me costó sacar a Alice de mi cabeza. Si era sincero conmigo mismo, cada vez ocupaba menos tiempo y espacio en mis pensamientos. Aun así, no me sentía bien con la situación, pero confiaba en poder solventar los problemas según se fueran presentando.

Consulté el reloj y calculé cuánto tardaría en terminar lo que tenía entre manos. Si dejaba de elucubrar y me centraba, estaría listo a la hora acordada.

Llamé a su puerta a la una en punto. Me apoderé de su cintura en cuanto entré y, un segundo después, la atraje hacia mí para darle un profundo beso. Ella pareció sorprendida, la encontré un poco

nerviosa. Quizá estaba yendo demasiado deprisa. Al fin y al cabo, hacía menos de una semana que nos habíamos conocido. No debía presionarla ni agobiarla. Sonreí y cogí la bolsa de viaje que Olivia había dejado en la entrada.

—¿Estás lista? —le pregunté.

—Lista —respondió ella con una sonrisa tensa.

Olivia cogió la bolsa acolchada en la que había guardado las cenizas de Nicole, conectó la alarma y me siguió escaleras abajo. Había dejado el coche encima de la acera, frente al portal. Levanté la mano para disculparme con un conductor molesto y me apresuré para abrirle la puerta a Olivia.

—¿Quieres que lo guarde en el maletero? —le pregunté, señalando la bolsa con la urna.

—No —negó ella—. Si no te importa, prefiero llevarlo yo misma.

—Claro —acepté. Luego cerré la puerta y me puse al volante.

Me dio la sensación de que Olivia se calmaba mientras dejábamos la ciudad atrás. El tráfico se hizo cada vez más fluido y escaso. La miré de reojo un par de veces, pero ella mantenía la mirada al frente mientras sujetaba la urna contra su pecho.

—Oigo a tu cerebro dar vueltas —dije. Olivia se sobresaltó—. Lo siento, no quería asustarte —me disculpé.

—No, no. Culpa mía —se apresuró a decir—. Lo siento, tengo mil cosas en la cabeza.

—No te preocupes, lo entiendo. Si puedo ayudarte en algo…

—¡Ya lo estás haciendo! —exclamó Olivia—. Despedir adecuadamente a Nicole es muy importante para mí, y lo has organizado a la perfección en un momento. Yo sigo bloqueada —reconoció.

—Lo que has vivido en los últimos días bloquearía a cualquiera, pero no me parece que tú lo estés. Te has ocupado de tus compañeros, has organizado el servicio fúnebre, has estado en el hospital y en la comisaría, han asaltado tu casa y, veinticuatro horas

después, vuelve a estar casi como antes… No —añadí—, no veo que estés en absoluto bloqueada.

Olivia sonrió y se giró hacia mí.

—Gracias.

Charlamos de nimiedades el resto del camino, y Olivia intentó sonsacarme información sobre la casa de Hennequeville.

—No es gran cosa comparada con el resto del vecindario —reconocí—. La compré hace un par de años. Al principio era una especie de inversión, quería arreglarla y volver a venderla, pero cuando la reforma terminó, me gustó tanto que decidí quedármela. Poco después conseguí que me admitieran en el club náutico.

—¿Tienes un barco? —exclamó Olivia.

—¡No! —reí—. Alquilo uno cuando quiero salir a navegar. No voy tan a menudo como me gustaría, sería una pena tener un barco amarrado la mayor parte del año. Quizá un día… —añadí.

Olivia sonrió y volvió a contemplar el paisaje. A ambos lados de la carretera, enormes extensiones de terreno labrado se perdían en el horizonte. Las parcelas verdes se alternaban con las marrones que esperaban nuevas semillas. De vez en cuando veíamos un pequeño pueblo, o casas aisladas rodeadas de vallas blancas, rojas o de un ocre brillante.

El olor de la sal se coló en el coche. Olivia bajó unos centímetros la ventanilla y aspiró.

—Estamos cerca —le dije.

Ella asintió en silencio y sonrió.

La pantalla del salpicadero anunció que tenía una llamada. Alice. La rechacé en el acto. Un minuto después, el teléfono volvió a sonar. Esta vez era Kyllian quien llamaba. Pulsé una vez más el icono que ponía fin a la comunicación.

—¿Quién es? —preguntó Olivia.

—El director general de Blackbird —respondí.

—Quizá sea importante… —sugirió ella.

Moví la cabeza de un lado a otro.

—¿Y la primera llamada? —siguió Olivia.

—Trabajo —contesté—. Nada que no pueda esperar hasta el lunes.

Apreté los labios y me concentré en la conducción. Al parecer, Alice estaba de nuevo en una zona con cobertura. La llamaría más tarde, quizá mañana. O el lunes, decidí. Luego le escribiría un mensaje. No quería que nada empañara el fin de semana con Olivia.

La proximidad de Hennequeville me distrajo de mis preocupaciones. Hennequeville era una localidad pequeña de viviendas dispersas, muchas apiñadas a lo largo de la carretera que delimitaba la costa y otras semiocultas tierra adentro detrás de frondosos árboles y tupidos arbustos. Le di la espalda al mar y conduje por un camino de tierra apisonada sin asfaltar. A un lado, una franja de árboles bajos y verdísimos. Al otro, grandes casas levantadas al fondo de un extenso jardín. Pasamos por delante de cuatro mansiones antes de que nos detuviéramos junto a la quinta. Pulsé un mando a distancia y el portón comenzó a abrirse.

—¿Esta es tu idea de «nada del otro mundo»? —exclamó Olivia —. ¡Es una mansión!

—No está mal —reconocí—, pero en serio, no es nada comparada con las de los vecinos.

Olivia se bajó del coche en cuanto apagué el motor. Yo me quedé un momento sentado con el teléfono en la mano. Tecleé un mensaje a toda velocidad.

Estoy en Hennequeville, esta tarde saldré a navegar y pasaré la noche en el mar. Voy sin móvil. Hablamos el lunes. Besos.

Calculé que en Nueva York serían poco más de las nueve de la mañana. Alice acabaría de levantarse. El teléfono tintineó y abrí el mensaje que acababa de llegar, un pulgar hacia arriba y unos labios rojos. Me guardé el móvil en el bolsillo y seguí a Olivia, que se acercaba despacio a la casa.

Un doble tejado a dos aguas dividía la vivienda, de tres alturas a la derecha y dos a la izquierda. Cada tejado contaba con su propia chimenea, igual de roja que las tejas. La fachada, pintada de blanco, verde y gris, guardaba una armonía perfecta con el entorno. Los grandes ventanales estaban enmarcados en madera blanca, igual que la puerta de entrada, protegida en un porche al que se accedía después de subir tres escalones. En el porche había una mecedora y una butaca de mimbre cubiertas de mullidos y coloridos cojines, y una mesita baja que parecía recién barnizada.

Olivia avanzó hacia la derecha siguiendo el camino embaldosado y contuvo una exclamación al descubrir el muro lateral completamente cubierto de hiedra. El sol refulgía en el verdor de las hojas, mientras los tallos se enredaban unos en otros para facilitarse el ascenso hacia el cielo.

—Pensé en arrancarlas cuando compré la casa —dije cuando llegué a su lado—, pero al final decidí conservarlas. Un jardinero se ocupa de ellas y controla su crecimiento para que no provoquen destrozos, pero creo que le dan personalidad a la casa —añadí sonriendo.

—Ya lo creo —coincidió Olivia—. Es precioso.

La fachada trasera estaba igualmente cubierta de hiedra, pulcramente cortada alrededor de la puerta de la cocina y el gran ventanal que se abría justo al lado. Por detrás, la casa se abría a un extenso jardín con un césped cuidado, pequeños parterres de flores y, al fondo, un pequeño invernadero de paredes acristaladas.

—¿Cultivas algo? —me preguntó Olivia, señalándolo.

—No, al menos, no todavía. Ya estaba aquí, los antiguos dueños cultivaban plantas aromáticas y algunas hortalizas. Quizá algún día…

Olivia sonrió y regresó hacia el coche. Me ocupé de las dos pequeñas maletas y ella recuperó la urna del asiento del copiloto. Luego me adelanté, abrí la puerta de la casa y me hice a un lado para dejarla pasar.

Había flores frescas en el recibidor, y los muebles estaban impecables. Olivia me miró con una pregunta en los ojos.

—Avisé de que veníamos a la persona que se encarga de mantener la casa en buenas condiciones. Se supone que también ha dejado comida en la nevera, ¿tienes hambre? Apenas has probado bocado cuando hemos parado.

Olivia negó con la cabeza.

—Tengo el estómago cerrado —me dijo.

La vi girar la cabeza y mirar a su espalda.

—¿Ocurre algo? —le pregunté.

—¿Cómo? —se sobresaltó ella—. No, nada, nada —se apresuró a negar—. Me había parecido oír un ruido.

Me acerqué a ella y le pasé un brazo por los hombros para acercarla a mí.

—Es normal que estés nerviosa, has vivido un infierno en los últimos días. Espero que puedas relajarte un poco aquí…

Olivia asintió y me siguió escaleras arriba. En la primera planta se abrían cuatro puertas blanquísimas. Empujé la primera y, sin entrar, abrí también la segunda. Eran dos dormitorios gemelos, enormes, con una cama gigante pegada a la pared, debajo de una ventana cubierta de visillos casi transparentes, suelos de madera y muebles clásicos y robustos. Olía a lavanda. Olivia entró en el segundo de los dormitorios. La cama estaba cubierta de un grueso edredón beis con finos bordados.

—He pedido que preparen dos dormitorios —le expliqué—. No quiero que te sientas… violenta, ni obligada a nada —añadí, un tanto avergonzado.

—¿Cuál es tu habitación? —preguntó.

Señalé la puerta que estaba más cerca de mí. Olivia dejó la urna sobre la cómoda de la segunda habitación y luego me cogió de la mano y tiró de mí hacia el primer dormitorio. Cuando cruzamos el umbral ya la estaba besando. La tumbé sobre la cama y me coloqué a su lado.

34

Olivia

Sentí la brisa salada que se colaba a través de la ventana entreabierta, oí a las gaviotas, que sobrevolaban la casa en dirección al mar, y me llené del olor a lavanda que desprendían las sábanas. Aparté de su mente cualquier otra cosa que no fuera Théo. Sus manos, su boca, su cuerpo… El resto quedó fuera, convertido en un murmullo que no conseguía imponerse por encima de nuestros gemidos.

La noche se nos hizo corta. Nos amamos durante horas, charlamos en voz baja sin dejar de acariciarnos, compartimos pequeñas confidencias y muchos besos. Théo subió una bandeja con algo de comida y una botella de vino blanco. Picoteamos el queso y el paté, bebimos y volvimos a hacer el amor.

Y así, casi sin darnos cuenta, un suave rayo naranja iluminó la cama. Por mucho que me esforzara, no conseguía recordar un amanecer mejor que aquel. A través de la ventana, apenas cubierta por unos sutiles visillos blancos, el sol se desperezaba sobre el mar. Las gaviotas revoloteaban sobre los tejados de las casas, se llamaban con sus estridentes graznidos y seguían rumbo al agua en busca de su ración de pescado. Una todavía débil luz de infinitos tonos naranjas se colaba a través de los cristales, definiendo lo que hasta hacía unos minutos solo eran sombras.

La mano de Théo reposaba tranquila sobre mi cadera. Me giré despacio para mirarlo de frente. Dormía relajado, respirando acompasadamente. Tenía el pelo revuelto y la boca entreabierta. Sentí un pellizco en el estómago al pensar en su boca. La recordé sobre mi piel y me estremecí sin poder evitarlo.

Me acerqué un poco más a él. Théo alargó el brazo y me rodeó la cintura, todavía dormido. Estiré la mano con cuidado y le acaricié la cara con la yema de los dedos. Las cejas, el puente de la nariz, el pómulo, la línea de la barba que le oscurecía las mejillas, los labios… Théo los separó un poco y me colé dentro. Pasé el dedo por la parte interior del labio, carnosa y húmeda, y me acerqué a los dientes. Théo adelantó la lengua y rodeó mi dedo, goloso. Luego apretó los labios y succionó. No pude evitar que se me escapara un gemido.

Théo abrió los ojos, verdes, brillantes, y siguió jugando con mi dedo unos segundos más. Luego se acercó a mí, empujó el dedo hacia fuera y se lanzó a por mi boca. Pegué mi cuerpo al suyo, lo rodeé con las piernas y eliminé cualquier distancia. Piel con piel, cada centímetro de mi cuerpo lo reclamaba, exigía su contacto, sus caricias.

Sentí la enorme erección de Théo y me humedecí aún más. Él bajó la boca a mis pechos y se regodeó en los pezones, en las areolas, mientras recorría mi cuerpo con una urgencia desconocida, con fuerza y pasión.

Con un movimiento rápido se colocó entre mis piernas y pasó un brazo por debajo de mis caderas para acercarme a él. Cuando me penetró, una ráfaga de placer me sacudió de arriba abajo. Levanté las caderas y lo acompañé en el movimiento mientras mis manos le recorrían la espalda. Luego, Théo puso las manos a ambos lados de mis hombros y estiró los brazos. Ver sus ojos mientras entraba y salía de mí era maravilloso. Empezó a moverse despacio, dibujando pequeños círculos en mi interior. Moví las caderas para acudir a su encuentro en las embestidas.

No esperaba la fuerza con la que el orgasmo me alcanzó casi sin previo aviso. Fue un orgasmo furioso, una explosión rabiosa que me hizo apretar los dientes y casi colgarme del cuerpo de Théo. Cuando me calmó, Théo se separó de mí con un movimiento rápido y se colocó de rodillas a mi lado, sobre la cama.

—No me he puesto preservativo, no puedo correrme dentro —me dijo.

Me arrodillé frente a él y lo besé. Luego lo miré, sonreí con picardía y lo empujé para que se tumbara de nuevo. Cuando estuvo acostado sobre la espalda, me coloqué a horcajadas sobre él.

—No te muevas —le pedí.

Comencé a besarle en el cuello, pequeños besos a los que seguía un mordisquito. Deslicé los labios hacia el pecho y mi lengua jugueteó con sus pezones. Lo oía jadear mientras se esforzaba por permanecer quieto. Pasé las manos por sus costados y por los duros abdominales y bajé la cabeza depositando un reguero de besos hasta llegar al pubis. Théo metió las manos en mi pelo me acarició despacio. Lo miré un instante, sonreí y me lancé a por mi objetivo. Le rodeé el glande con la lengua un par de veces antes de metérmelo en la boca. Apreté los labios y ahuequé la garganta para abarcar lo más posible. Théo gimió y echó la cabeza hacia atrás. Yo me moví arriba y abajo sobre él, sacándola hasta la punta y volviendo a metérmela casi por completo.

Sentí los dedos de Théo crisparse sobre mi cabeza. Movía las caderas cada vez más deprisa, acompañando a mi boca, a mis labios, que no se separaban ni un milímetro de su pene.

—Ya… —lo oí.

Al instante, un chorro de líquido caliente y dulce me llenó la boca mientras Théo se estremecía. Le lamí la verga muy despacio de abajo arriba, rodeando el glande brillante y bajando hasta el pubis. Escuché cómo la respiración de Théo se ralentizaba. Subí despacio, dejando un nuevo reguero de besos a su paso, hasta alcanzar su boca. Théo puso las manos a ambos lados de mi cabeza y me atrajo hacia sus labios.

—Buenos días —susurré.

—Los mejores —respondió él, y me besó de nuevo.

Creo que podría quedarme a vivir en esa boca.

Nos quedamos en la cama charlando, besándonos y acariciándonos despacio hasta que el estómago de Théo se

interpuso en la conversación con un sonoro gruñido.

—Yo también tengo hambre —le aseguré. Eso era una novedad, llevaba días sin apenas probar bocado, con un doloroso nudo en el estómago y con frecuentes ganas de vomitar por el estrés, el miedo y la incertidumbre. Pero en ese momento estaba hambrienta. Tranquila, relajada, feliz y muy hambrienta.

Me puse la braga y una camiseta y seguí a Théo escaleras abajo. Solo se había puesto unos bóxer negros que le marcaban los músculos del culo. Sonreí detrás de él y entré en la cocina. La estancia estaba dividida en dos espacios diferenciados. Por un lado, la zona de cocinar, con una encimera enorme que ocupaba dos paredes en ángulo recto. Fogones, fregadero, armarios, vajilla, complementos, una nevera… No faltaba un solo detalle.

Al fondo, junto a la pared que daba al jardín trasero, había una mesa cubierta por un mantel de color crudo rodeada de cuatro sillas de madera con cojines del mismo color. Me senté en una de las sillas y perdí la mirada al otro lado del ventanal. Algunas hojas de hiedra asomaban atrevidas a los cristales, sin llegar a ocultar la vista del césped cuidado, el pequeño porche y el invernadero. A un lado del porche había una mesa redonda blanca flanqueada por dos sillas de respaldo alto. El sol todavía no había alcanzado esa parte del jardín, que permanecía a la sombra.

—¿Podemos desayunar fuera? —pregunté.

Théo, que trajinaba con las sartenes y la cafetera, se volvió y sonrió.

—Por supuesto —respondió—. Saca esto. —Me tendió una fuente con fruta y un táper de cristal con queso dentro—. Yo llevaré el resto.

Lo cogí y salí. Me acomodé en una de las sillas y comencé a mordisquear una manzana. Estaba fresca y dulce, perfecta.

Cerré los ojos y levanté la cara para recibir la caricia de la brisa. Olía a mar. Eso me hizo pensar en Nicole, pero lo que tenía que hacer no empañó la felicidad que sentía en esos momentos. Era extraño sentirse bien por algo que había surgido del peor día de mi

vida, pero decidí que lo único que podía hacer era dar las gracias por la suerte que había tenido y dejarme llevar.

Théo trajo en una bandeja dos tazas de café humeante, un plato con una enorme tortilla de verduras y unas grandes rebanadas de pan recién tostado.

—Guau —exclamé—, podría acostumbrarme a vivir así.

—Yo también —respondió Théo con sus pupilas verdes clavadas en mis ojos. Luego me ofreció una de las tazas y sonrió.

35

Théo

Respondí con una sonrisa a los saludos de algunos de los socios del club náutico de Hennequeville. Fuera, sobre la arena, un grupo de ruidosos jóvenes se dirigían hacia el agua con la tabla de surf debajo del brazo. El muelle quedaba a mi espalda y se accedía a él a través de una puerta doble acristalada. El encargado de los alquileres nos precedió a lo largo del pantalán hasta un velero de siete metros de eslora. Olivia observó con la boca abierta el timón en la cabina, las altísimas velas todavía plegadas, la enorme cadena que se hundía en el agua y anclaba el barco.

Dos jóvenes con el uniforme del club llegaron hasta nosotros trotando sobre la madera y subieron a bordo. Iban cargados con dos grandes cajas que llevaron al interior del barco.

—¿Ha pensado en el recorrido? —me preguntó el encargado.

—Depende del viento y de las corrientes, aunque no nos alejaremos demasiado de la costa —respondí.

—¿Volverán esta tarde? —siguió preguntando mientras tomaba notas en un formulario.

—Eso también depende —dije, y miré a Olivia con una sonrisa.

El hombre del club siguió la mirada de su cliente y cabeceó en silencio antes de alejarse con paso ligero.

—Acomódate allí —invité a Olivia, que llevaba el bolso acolchado con la urna de las cenizas en su interior.

Me había vestido con un polo azul cielo y un pantalón corto azul marino. Olivia había tenido la precaución de meter un bikini en la maleta y un vestido de tirantes blanco, ligero y corto. Se dirigió a la hilera de asientos que le señalé y se sentó al sol mientras me miraba

trastear dentro y fuera de la cabina, encender el motor, recoger el ancla y coger por fin el timón. Maniobré despacio para salir del amarre y puse rumbo a mar abierto.

El velero cabeceaba ligeramente, un vaivén relajante que nos mecía con suavidad. Olivia seguía abrazada a la urna. La tierra desapareció pronto de la vista y el horizonte se convirtió en una extensa mancha azul y plata. El barco, ya con las velas desplegadas, se deslizaba majestuoso sobre las olas. Me senté junto a ella y la miré muy serio.

—¿Estás bien? —le pregunté. Miré la urna y luego a ella de nuevo.

—Estoy bien, sí —respondió—. Gracias por todo —añadió—. Por todo, desde el principio. Me protegiste con tu cuerpo, corriste conmigo escaleras arriba, has sido… discreto —dijo—. Me acogiste en tu casa cuando asaltaron la mía y ahora, esto —concluyó, extendiendo el brazo para abarcar el velero y el mar.

—Estoy contento de estar aquí —respondí—. No quisiera estar en ningún otro sitio.

Me acerqué a ella y la besé.

—Espero que, esté donde esté, a Nicole le guste la idea de descansar para siempre en el mar. Estoy segura de que, en caso contrario, se encargará de hacérmelo saber de un modo u otro.

Sonreí y la besé de nuevo antes de volver al timón.

Dos horas después de haber salido del puerto, la invité a acercarse a la proa. El velero se estrechaba en esa parte hasta formar el estrecho ángulo con el que cortaba el mar.

—A pocos metros de aquí —empecé— pasa una corriente marina que se adentra en el mar. Siguiéndola, y uniéndose después a otras corrientes, Nicole podría dar la vuelta al mundo.

Olivia sonrió y sacó la urna de la bolsa. Rompió el precinto y miró dentro.

—Eso le encantará —respondió. Luego se apoyó en la borda y extendió los brazos al tiempo que giraba la urna ciento ochenta

grados. Las cenizas quedaron suspendidas en el aire unos segundos antes de caer al agua dibujando un baile sinuoso. Las vimos desaparecer en el agua y ser arrastradas por la corriente.

—Adiós, Nicole —susurró—. Y gracias.

Me acerqué a ella y la abracé por la espalda mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Dejó la urna vacía en el suelo y se dio media vuelta para abrazarme. La sostuve entre mis brazos hasta que se calmó. Le acaricié el pelo y la espalda y la besé suavemente en la cabeza.

Por fin, el llanto se calmó hasta desaparecer y Olivia levantó la cara y me besó suavemente en los labios. Luego, le pasé un brazo por los hombros y la conduje hasta la popa, donde había una mesa baja rodeada de mullidos cojines. En esa parte del barco el sol era menos intenso gracias a la sombra ofrecida por la enorme vela que se ondulaba al viento. La ayudé a acomodarse y bajé al camarote. Volví poco después, cargado con una de las cajas que los trabajadores del club habían llevado.

La dejé sobre la mesa y la abrí con una sonrisa en la cara. Una vaharada helada se extendió a nuestro alrededor mientras sacaba dos copas de cristal, una botella de champán y un envase con pequeños canapés.

—Pensé que quizá te viniera bien después de… —señalé al mar.

—Piensas en todo —sonrió ella.

Descorché el champán y vertí un poco en cada copa. Luego levanté la mía y esperé hasta que Olivia me imitó.

—Por lo que está por venir —brindé.

—Por lo que está por venir —repitió Olivia.

Le brillaron los ojos. Dejé la copa en la mesa y le cogí la mano.

—Cuéntame qué te pasa —le pedí.

Ella suspiró antes de responder.

—Mi futuro está lleno de interrogantes —empezó en voz baja—. Necesito ordenar mi vida. Todavía tengo que cumplir con la última voluntad de Nicole, ya sabes, vender el local, pagar a los empleados,

decidir qué hacer con sus cosas… Y tengo que encontrar un empleo, y alejarme lo más posible del inspector Roux —añadió—. No me gusta nada sentir su aliento en la nuca. Me ha pedido que vaya a su despacho la semana que viene para comentar «algunos flecos» de la investigación —dijo, dibujando las comillas en el aire—. He aceptado, claro. No me quedó más remedio, pero confío en que esa sea la última vez que vea su cara. —Se llevó la copa a los labios y sorbió el champán. Luego sonrió y se reclinó en los cojines—. Pero ahora mismo, no me quejo. ¿Qué más puedo pedir?

Sonreí, me acerqué a ella y la besé.

—Esto, quizá.

Navegamos durante toda la tarde, disfrutando del sol y de la brisa, charlando de todo, contándonos nuestras vidas, conscientes ambos de los secretos que se quedaban en el tintero. Cuando el sol empezó a declinar, puse rumbo a la costa y eché el ancla cerca de una cala rocosa a los pies de un impresionante acantilado. Con el velero detenido, me volví hacia Olivia y la miré divertido. Acto seguido me quité el polo y los pantalones, les di una patada a los mocasines y me libré de los bóxer. Solté una carcajada y me lancé al agua desnudo.

Olivia corrió hasta la borda a tiempo de verme emerger riendo y gritando. Me sentía como un chiquillo.

—¡Vamos! —la animé desde el agua—, está buenísima.

Olivia rio y se quitó el vestido. Luego miró su diminuto bikini rosa y se encogió de hombros. Soltó el sujetador, dejó caer la braguita al suelo y saltó sin pensárselo dos veces.

Nadé hasta ella, la cogí por la cintura y la lancé al aire. Olivia voló y cayó al agua alborozada. Flotamos desnudos, nos besamos mientras girábamos en el agua y jugamos como dos adolescentes.

Cuando Olivia empezó a sentir frío, nadamos hasta la escalerilla y regresamos al barco. En cubierta, la cubrí con una gruesa toalla y la abracé para que entrara en calor.

—Estoy bien —me aseguró ella con una sonrisa. Recuperó su ropa y bajó al camarote para darse una ducha.

Yo me quedé en cubierta, disfrutando de los últimos rayos de sol. Todo era tan fácil allí que por una milésima de segundo cruzó por mi cabeza la idea de no volver, de renunciar a todo y empezar una nueva vida con Olivia. Podríamos navegar, viajar y hacer el amor siempre que quisiéramos.

Apreté los labios y sacudí la cabeza. Era demasiado mayor para sueños infantiles. Entré en el puente y vi que en mi teléfono móvil parpadeaba la luz verde que anunciaba que tenía mensajes o llamadas. Lo desbloqueé y consulté el listado. Tenía tres llamadas de Kyllian y dos de Alice. Maldije por lo bajo y apagué el móvil. No quería hablar con ellos ahora, con ninguno de los dos.

La puerta del puente se abrió y un penetrante olor a jabón precedió la llegada de Olivia. Llevaba el pelo húmedo y se había puesto un pantalón corto de lino color verde lima y un escueto top del mismo color. Iba descalza. Deslicé la vista desde sus pies a lo largo de sus piernas bronceadas hasta llegar al estómago plano, los pechos redondos y su cara, sonrosada por el sol. Sonreía. Alargué el brazo y ella aceptó la mano que le tendía.

«Es todo tan fácil», pensé de nuevo.

Regresamos al club náutico a mediodía del sábado, después de pasar la noche a bordo. Habíamos cenado el contenido de la segunda caja, un surtido de marisco, pescado ahumado, frutos secos y más champán, y nos quedamos dormidos en cuanto nos acostamos.

De regreso, una vez cumplimentados todos los trámites, salimos del club y entramos en el aparcamiento. Olivia tenía la piel sonrosada y los ojos brillantes.

—Estás preciosa —le dije cuando le abrí la puerta del coche. Ella sonrió y se sentó.

Frente a la casa, accioné el mando a distancia y conduje al interior. Fruncí el ceño en cuanto cruzamos el portón. Algo no iba bien.

En ese momento, la puerta de la casa se abrió y una mujer salió al porche. Llevaba un tejano cortísimo y la parte de arriba de un bikini amarillo. Tenía el pelo como el fuego, largo, ondulando y con aspecto indomable, y miraba hacia el coche con los brazos en jarras y una sonrisa en los labios.

Olivia miró a la mujer en silencio y bajó del coche. La mujer bajó las escaleras del porche y se acercó a mí, que me había quedado congelado. La mujer llegó hasta mí, me rodeó el cuello con los brazos y me besó en los labios. Luego se volvió hacia Olivia, la estudió un largo minuto y se acercó a ella con el brazo extendido.

—Hola —saludó sin dejar de sonreír—. Creo que no nos conocemos.

—Hola, soy Olivia.

—Yo soy Alice, la prometida de Théo.

36

Olivia

No tengo muy claro lo que sucedió a continuación. Recordaba haber dado media vuelta y regresar a la carretera. Théo me siguió unos metros, pero se detuvo cuando le grité que me dejara en paz.

No estaba muy segura de cómo había encontrado la estación de tren. Quizá pregunté, quizá di con ella por casualidad. Había trenes a París casi cada hora durante todo el verano. Compré un billete para el siguiente y salí al andén. Caminé arriba y abajo a lo largo de la estación mientras intentaba calmarme y comprender lo que acababa de ocurrir.

Me detuve un instante y clavé la mirada en las vías. Había poco que entender. Théo se había burlado de mí. Lo que no pudo conseguir pagando, lo había logrado con engaños.

Intenté calmarme mientras esperaba al tren. Había captado las miradas recelosas de varias personas mientras caminaba de un lado a otro. Me senté en uno de los bancos metálicos y me esforcé por expulsar a Théo de mi cabeza, de mis pensamientos, de mi cuerpo. Sentía calientes las huellas de sus manos, mi mente era todavía capaz de reproducir su sabor, su olor, el sonido de su voz.

El teléfono vibró una vez más. Théo ya había llamado cinco veces. Apreté los dientes, bloqueé el número y lancé el móvil al fondo del bolso.

Corrí al interior del tren en cuanto abrió sus puertas. Me senté, me oculté detrás de las gafas de sol y seguí buscando una explicación a lo que había pasado. Lo que se me ocurría era tan atroz que prefería dejar de darle vueltas. La respuesta era sencilla.

El vaivén del tren no sirvió para adormecerme, como me solía ocurrir cuando viajaba para visitar a mis padres. En esta ocasión, el

movimiento me revolvió el estómago y tuve que correr al baño para vomitar. Compré una botella de agua en el vagón cafetería y me acurruqué en el asiento, con la frente apoyada en la ventana, mientras todo se derrumbaba a mi alrededor.

Cuando llegué a casa, entré en el baño y me di una larga ducha caliente. Las lágrimas se mezclaron con el agua y los hipidos quedaron ahogados por el ruido del grifo. Me dolía el engaño de Théo, pero me enfurecía la facilidad con la que me había dejado engañar. Debí haberlo visto venir, pero me cegaron sus ojos verdes, sus modos de caballero, sus constantes atenciones… No era más que un depredador persiguiendo a su presa, y yo, una incauta imbécil que se había dejado engatusar.

Bajé las persianas, apagué la luz y me metí en la cama con el pelo todavía mojado. Abrí la mesita de noche y cogí uno de los somníferos que me habían dado en el hospital después del atentado. Tenía que dejarlo todo fuera. Los recuerdos, el placer y el dolor. Tragué la pastilla, cerré los ojos y apreté los puños.

Me despertó un ruido lejano, machacón. La habitación seguía a oscuras, pero por debajo de la puerta se colaba una franja de luz. Tenía la boca seca y la cabeza embotada. El ruido se repitió. Era el timbre, y golpes en la puerta.

No me molesté en levantarme. Sabía que era él. Quizá le quedara una pizca de vergüenza en el cuerpo y quisiera disculparse, o quizá pretendiera seguir utilizándome. Me di media vuelta en la cama y me tapé la cabeza con la almohada.

La siguiente vez que abrí los ojos, todo estaba en silencio. Sentía una fuerte presión en la vejiga. No podía retrasarlo más, tenía que levantarme. Empujé el edredón hacia atrás y me senté despacio en la cama. Luego me levanté y abrí las persianas. El cielo era violeta al otro lado de la ventana. Atardecía. ¿Cuánto tiempo había dormido?

No me molesté en calcularlo. Todas esas horas eran tiempo que no había sufrido.

Entré en el baño y me senté en la taza. En el suelo seguían las toallas con las que me había secado cuando llegué el día anterior. Las recogí y abrí el grifo. Me duché deprisa, con agua casi fría, mientras los velos del sueño se deshacían poco a poco. Luego me vestí con ropa de deporte y salí a la terraza. Extendí la esterilla en el suelo y me senté. Muy despacio, estiré los músculos uno a uno antes de empezar con la rutina de yoga.

Cuando terminé, ya era noche cerrada. Las calles se llenaron de voces y de risas, y el aire me trajo aromas de las comidas servidas en los restaurantes. Me acomodé en una de las tumbonas, me tapé con la manta aterciopelada y miré al cielo.

El lunes me levanté temprano, me vestí con ropa cómoda y salí a la calle. Decidí caminar hasta *Le chat noir*. Era un paseo de una hora, pero me vendría bien un poco de ejercicio después de haberme pasado las últimas horas aovillada en el sofá. Además, así tendría tiempo de mentalizarme antes de volver a entrar en el edificio.

La puerta principal seguía precintada. En la trasera, sin embargo, la cinta blanca y azul estaba arrancada y se había enredado con la verja que separaba la parcela de la acera. Abrí con mis propias llaves, entré y me detuve en el umbral. Desde donde estaba, todo parecía normal. La escalera que conducía a los despachos de la primera planta se iluminó cuando pulsé el interruptor. Había polvo y algún papel en el suelo. Cerré a mi espalda y subí despacio. No toqué el pasamanos ni las puertas, cubiertas del polvo oscuro utilizado por la policía. Me costó dar el paso para entrar en mi despacho.

La mesa estaba volcada, los cajones, abiertos, y todas las carpetas que guardaba en el archivador estaban desparramadas por el suelo. También habían descolgado los cuadros y vaciado la maceta de tierra. Me agaché para mirar de cerca la planta que me había

regalado una de las camareras las últimas navidades. Cogí la maceta, metí dentro toda la tierra que pude recoger con las manos e introduje con cuidado la raíz. El tallo se apoyó en un lado de la maceta, maltrecho. Tendría que aguantar hasta que llegara a casa…

No vi ni rastro de mi ordenador, y tampoco encontré la agenda ni los cuadernos que guardaba en un cajón del escritorio. Supuse que se los habría llevado la policía, pero no podía estar segura.

Salí al pasillo y me quedé quieta. La siguiente puerta era el despacho de Nicole. Sabía lo que encontraría allí, un rastro de la sangre y el caos que yo misma había provocado en parte. También había sangre en el pasillo, y más en las escaleras que conducían a la zona pública.

Entré en la sala de fiestas a través de la puerta doble de madera y me llevé la mano a la boca. El desastre era total. Mesas volcadas, vasos y botellas rotos, los espejos de la pared hechos añicos y sangre, mucha sangre oscura y reseca. El olor a hierro se mezclaba con el del alcohol derramado hasta convertirse en un tufo dulzón que me revolvió el estómago. Salí de allí y subí a la zona de los reservados. El aspecto era similar al de la planta baja. Vi agujeros en todas las paredes, sangre en el suelo, regueros más anchos y gotas dispersas. Imaginé a toda aquella gente intentando esconderse, huir, salvar la vida. Escuché sus gritos horrorizados. Me escocían los ojos. Once muertos, veinte heridos, y todo ¿por qué? Por unas ideas, por una religión, por un dios…

Tenía ganas de vomitar. En lugar de eso, respiré hondo, saqué el cuaderno que llevaba en el bolso y comencé a tomar notas. Apunté los gremios a los que debía llamar, las reparaciones más urgentes, lo que parecía irrecuperable y terminaría en el vertedero. Me paseé por el edificio sin pensar en lo que había ocurrido allí, escuchando solo a la parte analítica de mi mente y dejando a un lado el dolor y la rabia.

Dos horas después, con el cuaderno lleno de anotaciones y la cabeza embotada, salí a la calle por la puerta de atrás. Cerré los ojos un momento para recibir la caricia del sol. Estaba helada, sentía el

frío en mi interior, una escarcha que se había adueñado de mi corazón y que me estaba congelando la piel.

Escuché voces en la calle principal, gente hablando en voz más o menos alta, cantando, recitando una oración. Cuando me asomé a la esquina descubrí a un grupo de gente que se había detenido frente a la puerta principal de *Le chat noir*. Junto a la verja había flores, velas, lazos de colores y papeles con numerosos mensajes. Me llevé una mano al corazón, emocionada.

Me acerqué al grupo y me detuve junto a ellos. Había hombres y mujeres de todas las edades, y también algún niño que miraba embelesado el baile de las velas encendidas. En el suelo y fijados a la verja, emotivos mensajes escritos con lápices de colores. Arcoíris, campos verdes y muchos corazones. Se me encogió el corazón.

Estaba a punto de marcharme cuando sentí una mano en mi hombro. Me giré sobresaltada y encontré dos ojos negros en un rostro de piel canela. Los labios, gruesos y rojos, sonreían con tristeza.

—¡Adele! —exclamé, y abrí los brazos para abrazar a mi amiga y compañera.

—¡Mi niña! —dijo Adele—, qué maravillosa sorpresa, ¿cómo estás?

Me volví hacia las velas y los dibujos y sofoqué las ganas de llorar.

—Sigo impresionada —reconocí—. Sueño con lo que pasó, con toda la gente que…

Pensé en Nicole, en las cenizas que el día anterior había esparcido en el mar, justo antes de que la vida me propinara un nuevo zarpazo.

—Fue horrible —susurró Adele—. Nosotras tuvimos suerte —siguió—, tú acababas de irte y yo había salido a la terraza para fumar un cigarrillo. Los asesinos no subieron hasta allí. Si lo hubieran hecho… No tenía dónde esconderme —añadió en voz baja —. Pero Christine está muerta, y Albert, y Nicole…

Nos fundimos en un abrazo y dejamos que las lágrimas corrieran por nuestras mejillas. Agradecí el reconfortante contacto, sentí cómo la piel se me templaba y el corazón me dolía un poco menos.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —me preguntó Adele cuando nos separamos.

—La verdad es que no —reconocí—. Mi vida está un poco… patas arriba —confesé a continuación.

Adele me cogió del brazo y tiró de mí calle abajo, hacia el corazón de la ciudad.

—A las dos nos vendrá bien una copa y un poco de diversión —decidió Adele con una sonrisa que le llegaba a los ojos.

—La verdad es que no tengo muchas ganas…

—De los agujeros solo se sale trepando —me cortó—. Si te quedas quieta en el fondo, estás muerta, ¿comprendes? Lo primero que vamos a hacer es ponernos guapas —añadió, mirándome con el ceño fruncido—, no podemos ir por ahí como dos plañideras, ¿qué diría Nicole si nos viera?

Suspiré y me dejé llevar. Adele era un torbellino de alegría y vitalidad. Cuando no estaba trabajando detrás de la barra o atendiendo las mesas, solía oírla cantar con una voz profunda y melodiosa, o reírse estrepitosamente, con las manos en el estómago y la boca abierta.

Me acompañó a mi casa y seleccionó por mí un vestido azul noche y unas sandalias plateadas de tacón bajo. Luego me observó mientras me maquillaba e insistió en que me coloreara más las mejillas y los labios.

Tengo que reconocer que fue reconfortante tenerla a mi lado. Me hizo reír y durante un rato me olvidé del miserable de Théo.

Adele solo tuvo que retocarse un poco el peinado y volver a pintarse los labios para estar espectacular. Llevaba una falda negra y un top de leopardo con unos botines de tacón imposible. No recordaba ni una sola vez que la hubiera visto desarreglada, ni siquiera después de jornadas de diez horas de trabajo de pie,

atendiendo a los clientes y corriendo de un lado a otro para llegar a todos los pedidos.

Me cogió del brazo cuando salimos a la calle y levantó la mano para llamar la atención de un taxi.

—Tenemos que comer algo —me dijo cuando el coche arrancó—, conozco un sitio perfecto, muy cerca de todo.

—¿Todo? —pregunté.

—Todo lo interesante, querida —respondió con un amplio movimiento de sus manos—. La gente, los locales, las tiendas… ¡Todo!

Comimos en una pequeña crepería y luego dimos un corto paseo hasta uno de los bares de moda. El camarero corrió en busca de una mesa libre cuando Adele le acarició el brazo como por descuido y le habló con su voz aterciopelada. Cinco minutos después estábamos sentadas frente al Sena esperando nuestras bebidas, dos *Sex on the beach* por expreso deseo de Adele.

El mismo barman que nos había recibido, un joven alto, fuerte, de manos grandes y pelo oscuro, nos trajo los cócteles. Antes de irse, clavó la mirada en Adele y deslizó un papel debajo de su copa. Cuando se fue, Adele lo cogió, lo desdobló y le dio la vuelta para que pudiera verlo. Había escrito un nombre, Naïm, y un número de teléfono. Giró unos centímetros la cabeza y descubrió al camarero mirándola sin ningún recato desde la puerta del bar. Adele dobló el papel y se lo guardó en el bolso.

—¿Le vas a llamar? —pregunté.

—No —respondió Adele—, pero no quiero romperle el corazón tirándolo aquí mismo. Además, mientras crea que tiene una oportunidad nos tratará como a reinas.

Luego alzó la copa y esperó hasta que la imité para brindar.

—Por la vida —dijo.

Levanté la copa, pero el nudo que tenía en la garganta me impidió repetir el brindis. Adele levantó una ceja y me miró a los ojos.

—Deberías hablar de lo que te pasa —dijo después—, ¿no tienes una mejor amiga?

Me encogí de hombros y negué con la cabeza. Entonces, Adele sonrió y se señaló a sí misma.

—Ya tienes una —dijo—. Cuéntame.

Pensé en cómo resumir lo que sentía. No iba a hablar del atentado, ni del asalto a mi casa, ni de los documentos que me había llevado del despacho de Nicole, ni tampoco del tipo que me amenazó y me encañonó en plena calle. No podía hablar de eso. Sin embargo, sí podía hablar de Théo.

—Es… mal de amores, supongo —dije por fin.

—¡No sabía que tuvieras novio! —exclamó Adele.

—No, no —me apresuré a responder ella—. No tengo novio. Ha sido como… un fogonazo —dije con un suspiro—. Surgió de repente, no fue nada premeditado, no me lo esperaba. Ha sido muy intenso durante unos pocos días y ¡puf! Se acabó. —Acompañé mis palabras con un movimiento de las manos, como un mago en un número de ilusionismo.

—Vaya… —murmuró Adele—. ¿Qué ha pasado?

—Está prometido.

—¿Cómo? Menudo cabrón —exclamó—. Ningún hombre se merece nuestras lágrimas, querida —añadió levantando su copa—. Por nosotras, y por lo bien que estamos solas.

Yo no estaba tan segura de que eso fuera cierto, pero levanté la copa y bebí.

Dos horas después, acabábamos de pedir el tercer combinado. O el cuarto, no estaba muy segura. Adele había hecho aletear sus pestañas para que nos dejaran pasar sin hacer cola y se las había ingeniado para conseguir un hueco en la concurrida barra de una discoteca. Las luces azules, rojas, blancas y verdes lanzaban destellos sobre las personas que bailaban en la pista. La música impedía cualquier conversación, así que me dediqué a mirar a mi alrededor con un gin-tonic en la mano. La bebida, fresca,

burbujeante y ácida, me hizo arrugar la nariz. Me sentía mejor desde el segundo cóctel. La charla con Adele y el alcohol me habían aligerado un poco el peso que sentía en el corazón.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Adele, acercándose a mí para que pudiera oírla por encima de la música.

—Hacer ¿con qué?

—Con el capullo ese. —Levantó la mano como si Théo estuviera por allí. Miré a mi alrededor, por si acaso, pero no lo vi.

—Nada —respondió—. Olvidarlo cuanto antes.

—Si yo fuera tú —siguió Adele, que casi se había terminado su combinado—, me vengaría, intentaría joderle como más le doliera.

Moví la cabeza de un lado a otro.

—No merece la pena —dije por fin—. Se me pasará con la misma rapidez con la que vino, estoy segura.

Sonreí y apuré mi bebida, consciente de que lo que acababa de decir era mentira.

37

Théo

El vaso se hizo añicos al estrellarse contra la pared. Me pasé los dedos por el pelo y fui a buscar otro vaso. Volví al salón, cogí la botella de whisky y me serví un trago largo. Trastabillé con la alfombra y estuve a punto de caerme al suelo, pero conseguí llegar al sofá. Levanté el vaso y seguí bebiendo. Sobre la mesa, la botella ya estaba mediada. Al otro lado del ventanal, las luces de la ciudad se desdibujaban en mis ojos. Era consciente de que estaba borracho, más de lo que nunca había estado, pero no lo suficiente. Me seguía doliendo el pecho. Era como si una mano me aferrase el corazón y lo estrujase con fuerza. Me costaba respirar y sentía la angustia subiéndome por la garganta.

Me llevé el vaso a los labios, apuré la bebida y lo dejé sobre la mesa. Al lado, el teléfono seguía mudo. Olivia no solo no había contestado a mis llamadas y mensajes, sino que me había bloqueado, impidiéndome cualquier posibilidad de ponerme en contacto con ella.

Debería ir a su casa, comprobar que estaba bien…

Deseché la idea en cuanto terminé de formularla. No podía presentarme en su apartamento borracho y furioso como un volcán a punto de entrar en erupción. Ya lo había intentado el domingo, cuando todavía era dueño de mis actos, y no conseguí que me abriera la puerta. La tristeza, la desolación y la rabia competían por imponerse. Pasaba del llanto a la cólera y de nuevo al desconsuelo más absoluto.

Me llevé la mano a la cara. Alice me había abierto la mejilla cuando me lanzó un puñetazo y el anillo de pedida se estrelló contra mi pómulo. Mi ya exprometida me insultó de todas las maneras

posibles, en inglés y en francés, intentó golpearme con los puños y dijo cosas que jamás la creí capaz de decir. La aristocrática jovencita norteamericana demostró un gran dominio del lenguaje barriobajero.

Antes de marcharse me amenazó con contarles a todos sus conocidos el tipo de persona que yo era, un mentiroso, un farsante y un traidor. Sobre todo, un traidor.

Sin embargo, el golpe y los insultos no le dolían tanto como la apresurada marcha de Olivia. Había intentado seguirla cuando salió corriendo, pero Alice me lo había impedido. Me cogió del brazo y tiró de mí para que me quedara allí. Podía haberme resistido, haber empujado a Alice a un lado y correr detrás de Olivia, pero no pude. Me quedé allí plantado, viendo cómo desaparecía en dirección al pueblo mientras Alice me exigía explicaciones.

Cuando Alice también se fue, entré en la casa y recogí el equipaje. Todas las cosas de Olivia seguían allí. Metí las maletas en el coche y conduje despacio por las calles de Hennequeville. Una hora después, me rendí y puse rumbo a París.

Alargué la mano y cogí la botella de la mesa. Rellené el vaso, me lo bebí de un trago y lo dejé en el suelo. La habitación me daba vueltas, sentía el cuerpo pesado y la cabeza como un tiovivo. El contenido del estómago empezó a subir hacia la garganta. Me levanté a duras penas, choqué contra la mesita, volcando la botella de whisky, que cayó sobre la alfombra, y me tambaleé hasta el baño. Llegué justo a tiempo de arrodillarme delante del váter. Vomité mientras derramaba las lágrimas más amargas de toda mi vida. ¿Cómo había podido ser tan estúpido?

Un fortísimo dolor de cabeza me sacó de un sueño oscuro. Abrí los ojos. Me di cuenta de que estaba en mi cama, completamente vestido, con la ropa sucia y un solo zapato. Me volví despacio hacia la ventana. Fuera, todavía era de noche. La cabeza me iba a explotar. Cuando me moví para levantarme, el estómago me dio un vuelco y tuve que correr al baño. Vomité un buen rato, hasta que las arcadas solo conseguían arrancarme una bilis amarga.

Abrí el cajón, cogí dos analgésicos y los tragué con agua que bebí directamente del grifo. Luego levanté la cara y me miré en el espejo. Llevaba el pelo revuelto y la barba de dos días me oscurecía las mejillas. Tenía unas profundas ojeras y la mirada acuosa. Un sabor repugnante me llenaba la boca, y mi estómago seguía moviéndose, gruñendo y provocándome una desagradable acidez.

Mi quité la ropa a tirones y abrí el grifo de la ducha. Dejé que el agua se aliara con los analgésicos para calmarme el dolor de cabeza. Me enjaboné despacio, me aclaré y me quedé quieto debajo del chorro cálido. Por mucho que lo intentaba, no conseguía que mi corazón se librara del puño que lo atenazaba.

Si yo fuera Olivia, si ella me hubiera ocultado que estaba comprometida para casarse con otro hombre mientras me seducía, no querría saber nada de ella, la odiaría con todas mis fuerzas y me esforzaría por olvidarla cuanto antes. Apoyé la espalda en las baldosas y cerré los ojos.

Olivia me odiaba, y yo no tenía argumentos para convencerla de lo contrario. Me odiaba, y tenía buenos motivos para hacerlo. Sin embargo, no podía dejarlo correr, Olivia se merecía una explicación y, si quería, partirme también la cara.

38

Olivia

Apenas había pegado ojo en todo el fin de semana, y el lunes había estado con Adele hasta la madrugada. Me vino bien tener un hombro en el que llorar y apoyarme. Adele demostró ser una estupenda oyente y una amiga generosa y muy divertida. Me llevó a un par de salas de fiestas, impidió que me encerrara en mí misma y me acompañó hasta casa después de arrancarme la promesa de que la llamaría si volvía a necesitarla.

—¡A cualquier hora del día o de la noche! —gritó Adele a través de la ventanilla abierta del taxi, con medio cuerpo fuera—, y no olvides que todos los hombres son iguales, ¡unos cerdos!

Escuché su risa alejarse en la noche. Subí a casa, me quité el vestido y los tacones y me puse un pijama. Luego salí a la terraza, me envolví en una manta y me senté en la tumbona. Había bebido demasiado, y de vez en cuando las estrellas se desenfocaban en mis ojos, pero no estaba lo bastante borracha como para que el dolor que me estrangulaba desde el día anterior hubiera desaparecido. De hecho, estaba convencida de que podía morir en cualquier momento. Me faltaba el aire y el corazón me golpeaba en el pecho desbocado.

No podía sacarme a Théo de la cabeza. Théo, Théo, Théo… A cada segundo, su nombre resonaba en mi mente. Veía sus ojos verdes, sus labios carnosos, sus pómulos marcados. Era capaz de reproducir cada centímetro de su cuerpo, de los pies a la cabeza. Y su voz… Lo oía susurrarme al oído, reírse, hablar…

Estaba segura de que habría sido capaz de convencer a su prometida de que aquello no era lo que parecía, que la mujer que se había bajado del coche solo era una amiga que se había hecho

ilusiones con él y por eso había salido corriendo al verla. Lo imaginé con ella y se me retorció el estómago.

Me levanté de la tumbona y lancé la manta a un lado. No podía seguir así. Llevaba dos días llorando, bebiendo y autocompadeciéndome. Théo era historia, punto final.

A pesar de la hora, sabía que no sería capaz de dormir, así que encendí el ordenador y busqué la última actualización de mi currículum. Encontré el que envié en respuesta a la oferta de trabajo de *Le chat noir*, lo abrí y lo leí con detenimiento. El nombre mercantil del negocio era Labelle Enterprise. Podía hacer constar que había trabajado allí durante los dos últimos años y confiar en que nadie comprobara a qué se dedicaba esa empresa. La opción de presentarme como una contable sin experiencia a mis veintidós años era peor que la verdad. A mí no me parecía mal admitir que había trabajado en la contabilidad de una sala de fiestas, pero Adele me había sugerido que no lo dijera abiertamente.

—Si te preguntan, no mientas —me dijo—, pero mientras crean que se trata de una empresa convencional tendrás más oportunidades para conseguir el empleo. La gente es demasiado puritana y mojigata, y muchas veces confunden las cosas, ya me entiendes.

Sí, claro que la entendía. Eso era justo lo que había pasado con Théo, que había confundido la sala de fiestas con un burdel y había tratado de comprarme.

Actualicé el documento y navegué durante las siguientes dos horas por varias páginas de agencias de contratación. Envié el currículum a tres ofertas y lo colgué en las webs para que posibles empleadores pudieran consultarlo.

Dediqué las horas del amanecer a preparar la documentación para que los empleados de *Le chat noir* pudieran recibir el dinero que Nicole había estipulado para ellos. No necesitaba esperar a vender el edificio para pagarles, había dinero suficiente en la cuenta de la empresa.

Escribí también un correo electrónico a un par de agencias inmobiliarias que creí que podrían ocuparse de la casa. Estaba segura de que sacarían un buen precio que se traduciría en una interesante comisión para ellas. No esperaba tener problemas tampoco en eso. Quedaba por decidir qué asociación recibiría el dinero, pero tenía tiempo para pensar en ello.

Levanté la cabeza del ordenador y miré hacia la ventana. Amanecía sobre París. Entré en mi habitación y me vestí con la ropa de yoga. Luego volví a salir a la terraza, extendí la esterilla y comencé mi rutina. Respiré hondo. Con cada espiración intentaba dejar atrás el dolor y la profunda tristeza que se había alojado en mi corazón. No había nada que yo pudiera hacer más que restañarme las heridas y esforzarme por seguir con mi vida.

39

Théo

Kyllian me miraba desde la puerta. Había entrado sin llamar, como hacía siempre, y se había quedado parado antes de dar siquiera dos pasos.

—Joder, tío, tienes una pinta horrible —dijo por fin, acercándose a la mesa. Recibió un gruñido como respuesta—. En serio, ¿qué te pasa?

Aparté los papeles que llevaba media hora intentando leer y miré a mi director general con el ceño fruncido.

—He pasado mala noche —respondí sin más.

—A mí no me engañas. —Kyllian se sentó frente a mí y movió la cabeza de un lado a otro—. Tus ojos dicen que te has pasado con la bebida. ¿Te has ido de juerga sin mí? No te lo perdonaré nunca…

—No me he ido de juerga, te repito que he pasado mala noche. Y ahora —añadí con tono seco—, estaría bien que hicieras algo productivo por la empresa que te paga cada mes.

—¡Ehhh! —exclamó Kyllian con las manos en alto—. Tranquilo. Si no quieres hablar, no hables, pero no hace fala que bufes como un gato cabreado.

Se levantó de la silla y se dirigió a la puerta.

—Espera —dije antes de que la abriera—. Lo siento, tienes razón. Tú no tienes la culpa y yo soy gilipollas.

Kyllian regresó a la silla y me miró.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Nunca te había visto así.

Suspiré y apoyé la espalda en la silla.

—Alice y yo hemos roto —le conté—. El sábado —añadí—. Se presentó en Hennequeville sin avisar y yo…

Kyllian abrió mucho los ojos y apoyó los antebrazos en la mesa.

—¿Te pilló con otra? ¿En serio? —exclamó ante mi silencio—. Mierda, tío, no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. Simplemente, no pensé…

Kyllian subió las cejas hasta mitad de la frente.

—¿Que no pensaste? —casi gritó—, ¿Théo Gaillard no pensó? ¿Quién eres tú y dónde está mi amigo? —exclamó a continuación.

Fruncí el ceño.

—Vete a la mierda —gruñí.

—No me puedo creer que no pensaras, que no calcularas los pros y los contras, los riesgos y los beneficios a corto, medio y largo plazo… Théo, tú no eres un tío impulsivo, no haces ese tipo de cosas, ¡te estás metiendo en mi terreno!

Kyllian se pasó la mano por su pelo negrísimo y sus ojos azules chispearon divertidos. Iba impecable, como siempre, con un elegante traje negro, camisa blanca y una fina corbata como la noche. Tenía unos hombros anchos y un cuerpo bien trabajado, y le gustaba que lo que se ponía evidenciara la genética que lo había favorecido y las horas de gimnasio. A su lado, yo parecía un pordiosero. Esa mañana me había vestido sin prestar atención, bastante tenía con lidiar con el espantoso dolor de cabeza del que no conseguía librarme. Me había puesto un traje azul de hacía dos temporadas, una camisa beis y unos zapatos marrones. La corbata estaba tirada en una de las sillas que rodeaban la mesa de reuniones.

Kyllian se puso serio de pronto.

—¿Estas disgustado porque Alice te ha dejado? —me preguntó, poniendo el dedo en la llaga. No contesté, y mi silencio fue suficiente respuesta para él—. ¿Quién es ella?

Me encogí de hombros.

—¿Qué más da? —respondí en voz baja—. No quiere saber nada de mí, y con razón. Además, no la conoces —añadí.

—Conozco a mucha gente, sobre todo mujeres —protestó Kyllian.

Se quedó mirándome con los labios apretados mientras su cerebro trabajaba a toda velocidad. De pronto, abrió mucho los ojos, como si una luz se hubiera encendido en el fondo de su cabeza.

—No puede ser —dijo en voz baja—. Dime que no te has encaprichado de la rubia del club. —Seguí en silencio y Kyllian abrió aún más los ojos—. ¡Tío! ¿En serio? ¿Una mujer que frecuenta las salas de fiestas en busca de un *sugar daddy*?

Lo miré atónito.

—¿Un *sugar daddy*? —bufé.

—Ya sabes, alguien que las mantenga o que les pague la ropa y los vicios.

—Olivia no es así, no quiere nada de mí, no me ha pedido nada e incluso ha rehusado la ayuda que le he ofrecido. Era la administrativa, la contable, ¿te queda claro?

—¿Eso te ha dicho? —preguntó Kyllian con una mueca burlona.

—Esa es la verdad —contraataqué.

—Lo que tú digas —aceptó con las manos en alto—. Puedes verte con ella todo lo que quieras siempre que no vayas en serio —añadió —. No te hará ningún bien salir en la prensa rosa cuando dejes de mantenerla. Ni a ti, ni a Blackbird.

40

Olivia

Miércoles. Llevaba tres días intentando rehacer mi vida por tercera vez en dos semanas y estaba resultando un esfuerzo agotador. Y a pesar de todo, todavía no había logrado librarme del enorme y doloroso nudo que se había afianzado en mi estómago y que me atenazaba hasta el pecho. Pensaba en Théo cuando me despertaba por la mañana, aparecía en mis sueños y lo recordaba a cualquier hora del día. Se apoderaba de mi mente en cuanto me detenía, de modo que me esforzaba por mantenerme ocupada la mayor parte del día.

Me levantaba temprano, hacía yoga en la terraza y luego limpiaba el apartamento de arriba abajo con una energía casi frenética. Después de una ducha, me sentaba al ordenador y continuaba con la búsqueda de trabajo. Había ampliado el rango de profesiones para las que me postulaba a recepcionista, profesora y dependienta, lo que fuera con tal de salir por fin de casa y recuperar mi rutina. Tras una comida ligera, salía a pasear por la ciudad, aunque más que un paseo parecía una carrera. Imprimía a mis piernas la máxima velocidad que me permitían e iba de una calle a otra, de un parque al siguiente, sin apenas detenerme a mirar a mi alrededor. Volvía a casa agotada, me daba una ducha rápida, cogía cualquier cosa de la nevera y me metía en la cama con un libro hasta que me vencía el sueño. Así, un día tras otro.

Tenía que hacer un enorme esfuerzo para no entrar en las redes sociales de Blackbird. No quería ver a Théo en fiestas o eventos, quizá abrazando por la cintura a su prometida.

Adele me llamó un par de veces y se pasó por mi casa una tarde. Fue agradable tener compañía y charlar de nimiedades mientras bebíamos vino.

Hice las transferencias a los trabajadores de *Le chat noir*, rellené toda la documentación para dar de baja la empresa y estudié tres ofertas de otras tantas inmobiliarias para hacerse cargo de la venta del edificio a cambio de una comisión. Acepté la que tenía una cartera de clientes más amplia. Pedía una comisión razonable y era más que probable que encontrara un comprador en solo unos días. Después, por fin, podría pasar página.

El teléfono comenzó a sonar a media mañana. No conocía el número. Respondí con un lacónico «¿Sí?» y esperé.

—Hola —dijo una mujer al otro lado de la línea—, ¿la señorita Roussel?

—Sí, soy yo.

—Buenos días, la llamo de Lex and Consulting. Nos ha llegado su currículum a través de la plataforma de contratación y quería preguntarle, para empezar, si sigue buscando trabajo.

—Sí, sí —respondí al instante—. Tengo ofertas —añadí a continuación, mortificada por la premura—, pero no me he decidido por ninguna.

—En ese caso —siguió la mujer—, nos gustaría hacerle una pequeña entrevista en nuestras oficinas. ¿Qué tal le viene esta misma tarde?

—¿Esta tarde? Bien, bien, claro.

—Perfecto, la esperamos a las cuatro, pregunte por *monsieur* Pierre Lemoine.

Anoté la dirección y me despedí. Sonreí por primera vez en muchos días. Solo era una entrevista, seguro que se presentarían decenas de candidatos, pero al menos era una puerta abierta.

Pasé la mañana ordenando lo ya ordenando y limpiando muebles brillantes. Organicé mi ropa en el armario una vez más, aunque esta vez aproveché para decidir qué ponerme para la entrevista. Leí en internet que Lex and Consulting era una empresa con más de cien empleados dedicada a los servicios de consultoría legal principalmente, aunque también ofrecían asesoramiento contable y

fiscal y tramitación de herencias, además de servicios para empresas que no podían o no querían tener un departamento de recursos humanos y de administración.

Elegí una falda entallada color aguamarina y una blusa azul oscuro. Hacía demasiado calor para chaqueta. Dudé con el calzado, pero por fin me decanté por unos zapatos negros de tacón, elegantes, discretos y cómodos. Me cepillé la melena rubia y me recogí dos mechones en la nuca con un pasador en forma de estrella.

Cogí un taxi hasta el edificio que albergaba la consultoría. Llegaba quince minutos antes de la hora. Me detuve tras las puertas giratorias. El vestíbulo era enorme. A la derecha había un mostrador alargado en el que tres mujeres con uniforme azul oscuro atendían a los visitantes con una sonrisa. A la izquierda, una serie de sofás y mesas bajas servían de sala de espera y zona de encuentro. En la pared, una máquina de café, otra de refrescos y una más de snacks y sándwiches ofrecían la posibilidad de no tener que abandonar el edificio salvo imperiosa necesidad. Al fondo, las puertas de cuatro ascensores se abrían y cerraban con una cadencia lenta y un susurro metálico. A esa hora eran pocas las personas que entraban y salían de ellos, pero supuse que a primera hora, un enjambre de empleados se apresuraría por el hall hacia los ascensores para llegar a tiempo a sus puestos de trabajo.

Me acerqué al mostrador y sonreí. Una joven morena me devolvió una sonrisa profesional.

—Tengo una cita con *monsieur* Pierre Lemoine —dije—, de Lex and Consulting —añadí, por si acaso.

—¿Su nombre? —preguntó la recepcionista.

—Olivia Roussel. La cita es a las cuatro —me excusé—, llego pronto.

La joven me miró con el teléfono ya en la oreja y sonrió a modo de respuesta.

—La señorita Roussel está aquí —anunció a través del auricular —. De acuerdo —añadió unos segundos después, y colgó—. Puede

subir —me dijo—. Planta doce. El señor Lemoine la atenderá enseguida.

Acto seguido, giró la mirada para atender a la persona que esperaba detrás de mí. Me alejé del mostrador y caminé hacia los ascensores. Comprobé mi aspecto en el espejo y respiré hondo cuando las puertas se abrieron en el piso doce.

Lex and Consulting ocupaba la totalidad de la planta. Los ascensores se abrían a una luminosa y agradable recepción y a ambos lados se extendían los despachos y las salas de trabajo conjunto. Varias personas iban de un lado a otro con ordenadores portátiles o fajos de carpetas bajo el brazo. Avanzaban con paso raudo, se esquivaban en el pasillo y seguían adelante.

Me acerqué al brillante mostrador color marfil y me presenté. La recepcionista, igual de sonriente que la de la planta baja, descolgó el teléfono, pulsó una tecla y esperó.

—La señorita Roussel, señor Lemoine. —Escuchó y colgó—. Siga por este pasillo hasta el fondo —me dijo a continuación—. El señor Lemoine la espera en la sala de juntas, no tiene pérdida.

Caminé entre despachos cerrados y espacios diáfanos en los que varias personas trabajaban en grandes mesas colocadas en línea.

La recepcionista tenía razón: la sala de juntas no tenía pérdida. Llamé a la puerta y esperé. Una voz masculina al otro lado me invitó a entrar. Cuando lo hice, el señor Lemoine se levantó de la silla y esperó con la mano tendida a que llegara frente a él.

Calculé que Pierre Lemoine tendría unos cuarenta años. Era alto, de espaldas anchas y manos grandes pero suaves, que sujetaron la mía con la firmeza justa. Cuando flexionó el brazo, la tela de la americana se tensó por la presión de sus bíceps. Tenía el pecho ancho, la cintura estrecha y las piernas largas. Vestía un traje impecable y distinguí dos elegantes gemelos en los puños de la camisa. Me fijé en sus ojos, de un marrón casi negro, y en su pelo, domesticado con gel fijador para controlar unas ondas brillantes. Sonrió, y sus labios carnosos se curvaron hacia arriba.

Guau, pensé, y me apresuré a recuperar mi mano. Estaba convencida de que Pierre Lemoine conocía de sobra el efecto que causaba en la gente, sobre todo en las mujeres, y disfrutaba del espectáculo. Ese tipo estaba encantado de conocerse.

Me senté en la silla que Lemoine me indicó y contesté a las preguntas que me formuló. Experiencia, último empleo, idiomas… Estaba todo en mi currículum, que había cogido de encima de la mesa antes de empezar a hablar. Vi otras seis carpetas como la mía, aspirantes al mismo puesto, deduje.

—No conozco la empresa para la que ha trabajado hasta hace pocos días —dijo Lemoine con el ceño fruncido.

—Es muy pequeña —me apresuré a responder—, y ha sido liquidada, así que no la encontrará fácilmente.

—¿A qué se dedicaba? —insistió él.

—Al entretenimiento —respondí. Le sostuve la mirada unos segundos, hasta el Lemoine sonrió y asintió.

—¿Qué me dice de su disponibilidad? —siguió—. Si resulta seleccionada, ¿cuándo se podría incorporar?

—De inmediato —contesté.

Lemoine cabeceó y dejó la carpeta a un lado de la mesa, apartada de las demás. Luego se levantó y esperó a que yo hiciera lo mismo. Me ofreció de nuevo la mano, que yo estreché, y abrió la puerta para que saliera.

—La llamaremos —dijo sin más.

Regresé al pasillo y caminé hacia los ascensores. Sentía la mirada de Lemoine clavada en mi espalda. Bien, tendría que seguir buscando.

Cuando el teléfono sonó la mañana siguiente, no reconocí el número ni la voz de la mujer.

—Señorita Roussel —dijo—, el señor Lemoine me ha pedido que le diga que, si sigue interesada, el puesto en administración es suyo.

—Claro, por supuesto —respondí atropelladamente—. Gracias.

—Necesitamos que se pase por recursos humanos para formalizar todo el papeleo —añadió—. ¿Puede venir mañana a primera hora? Así podría incorporarse pasado mañana.

—Me parece perfecto, muchas gracias.

Cuando colgué, aplaudí, grité y bailé en el salón. Estaba saliendo del túnel, veía la luz, ya sentía la tierra bajo los pies.

Por un minuto, ni siquiera pensé en Théo.

Solo un minuto.

41

Théo

Me recosté en la silla y me llevé las manos a la nuca. Frente a mí, sobre la mesa, estaba la caja que Martha acababa de entregarme. Dentro estaban todos los regalos que le había hecho a Alice en los dos años que había durado nuestra relación, incluido el anillo de compromiso. Dos pulseras, un collar, varios juegos de pendientes… Me había devuelto incluso los libros, los discos y un conjunto de lencería.

No tenía ni idea de qué hacer con todo aquello. Volví a cerrar la caja, la cogí y me levanté con ella en las manos. Miré a mi alrededor. El despacho era amplio. Contaba con una mesa de generosas dimensiones en la que había instalado dos enormes pantallas, una gran estantería a mi espalda, llena tanto de libros como de películas en todos los formatos imaginables, y una vitrina alta y más estrecha en la que exponía los premios que había recibido Blackbird desde que nació, junto con fotos mías acompañado de grandes nombres del mundo del cine y la televisión. Me sentía muy orgulloso del camino recorrido. En un rincón, la mesa redonda que utilizaban en las reuniones de equipo. La superficie servía para dejar la documentación que iba llegando, además del portátil, los cargadores y carpetas de todos los colores. No me parecía que estuviera desordenada. En realidad, necesitaba y utilizaba todo lo que había, así que mejor tenerlo a mano que andar abriendo cajones para buscarlo. Por último, un armario de dos puertas escondía una enorme televisión, una pequeña nevera y una caja fuerte. Sobre la televisión había una balda con las últimas series y películas que habían visto en mi despacho. Las empujé a un lado y dejé la caja con las cosas de Alice en el hueco que quedó libre. Luego cerré las puertas de madera y regresé a mi silla.

Alice no tuvo problemas para adivinar lo que estaba pasando cuando me encontró con Olivia en Hennequeville. Me sacudió por sorpresa y se debatió un buen rato mientras yo le sujetaba las manos para que no volviera a pegarme. Cuando por fin se calmó, se quedó quieta delante de mí, mirándome con los ojos brillantes y la cabeza levemente inclinada. Le temblaban los labios, pero no lloró. No pidió explicaciones, no gritó ni volvió a golpearme, a pesar de que creía merecer cualquier reacción que Alice hubiera tenido. Pero ella se había convertido en un bloque de hielo.

—Por supuesto —me dijo—, nuestro compromiso termina aquí.

—Alice… —Eso fue todo lo que fui capaz de decir. Luego, ella dio media vuelta, se metió en su coche y se marchó. No había vuelto a verla, no habíamos hablado por teléfono ni intercambiado mensajes. Esa caja era la primera noticia que tenía de ella desde el domingo, pero su significado estaba claro.

Me sentía fatal por cómo me había comportado. Se lo habría recriminado a cualquier persona, pero había sido yo quien había cometido la ruindad de mentir a dos mujeres. Ninguna se lo merecía. Sin duda, me había comportado como un auténtico cabronazo.

Y a pesar de todo, no me arrepentía del tiempo que había pasado con Olivia. Recordaba cada minuto que habíamos compartido, cada lugar que habíamos visitado juntos, cada comida paladeada, cada caricia, cada beso…

—Mierda —bufé entre dientes.

Encendí el ordenador y me concentré en lo único que me estaba salvando de la locura: el trabajo.

42

Olivia

Me incorporé a un departamento en el que trabajaban unas veinte personas, principalmente mujeres. Mi jefa, Isabelle Martin, me recibió el primer día y me explicó en qué consistiría mi trabajo mientras me acompañaba a mi escritorio.

—No es muy diferente de lo que has hecho hasta ahora, por lo que he visto en tu currículum —me dijo—. Te he asignado la contabilidad de varias empresas y serás la responsable de gestionar sus impuestos, pagos, recibos, cobros y cualquier duda que te planteen. Ofrecemos asesoría sobre contratación y despidos, ¿estás al tanto de eso? —preguntó sin dejar de andar.

—Sí —respondí detrás de ella—, estoy al día con la legislación al respecto.

—Bien, bien —añadió sin más.

Isabelle Martin rondaba los cuarenta años. Si no fuera por los zapatos con plataforma y tacón alto que llevaba, no mediría mucho más de metro y medio. Se conservaba delgada y fibrosa, y tenía un pecho generoso, caderas estrechas y unas piernas delgadas y bronceadas. Vestía de manera informal, con una camisa de manga corta y un pantalón *palazzo* de cintura alta que casi rozaba el suelo. Llevaba el pelo muy corto teñido de un llamativo rubio, pero tenía que reconocer que el resultado de todo el conjunto estaba muy bien.

Llegamos hasta la mesa doble en la que trabajaría frente a una joven que me saludó con una sonrisa mientras Isabelle terminaba con las explicaciones. Me entregó un cuaderno con las contraseñas que necesitaría para trabajar, añadió un par de consejos y regresó a su despacho.

—Bienvenida —me dijo mi nueva compañera—, soy Chloé.

—Hola, yo soy Olivia, encantada —respondí.

—Si necesitas cualquier cosa, no dudes en preguntarme —ofreció con una sonrisa—. Yo también fui la nueva un día y gracias a que tuve quien me ayudó, que si no, habría durado ni dos días aquí.

—¿Tan complicado es? —pregunté, preocupada.

—Un poco, sí, pero es que, además, en esta empresa los errores se penalizan duramente. Es mejor que pienses dos veces lo que haces antes de meter la pata. Isabelle parece maja, pero echaría a los leones a cualquiera de nosotras sin dudarlo antes que tener que enfrentarse a Lemoine.

—No me pareció un déspota cuando me hizo la entrevista…

—No te fíes de él —respondió Chloé en voz baja—, y mantente alejada de sus zarpas.

Sonreí cortés y me concentré en lo que tenía sobre la mesa. Encendí el ordenador, abrí la carpeta con las claves y comencé a familiarizarme con las empresas de cuya gestión administrativa iba a ser responsable a partir de ese momento. Llené los pulmones de aire y lo solté muy despacio. «Puedo hacerlo», me dije mientras respiraba. «Puedo hacerlo».

He de reconocer que me acostumbré rápidamente a mi nueva rutina. Me levantaba a las seis de la mañana, hacía ejercicio en la terraza y, tras una ducha y un desayuno frugal, salía de casa en dirección al metro. Llegaba a la oficina siempre antes de las ocho, y trabajaba concentrada y con eficacia, aunque cada tarde me llevaba el dosier de una de mis empresas a casa para conocer todos los pormenores de su contabilidad. En mi paquete había dos restaurantes, una peluquería, una carpintería, dos gimnasios, varios bufetes de abogados, un estudio de arquitectura y unos pocos pequeños autónomos de los gremios más variopintos. Desde luego, no me quedaba tiempo para aburrirme.

Chloé resultó ser una compañera estupenda. Resolvía mis dudas, me ayudó en alguno de los procesos y me puso al día de quién era

quién en la oficina. También me invitó a comer con ella y con otras compañeras que se reunían cada mediodía con sus sándwiches y sus tápers en la enorme sala común al otro lado de la planta. La empresa había acondicionado un espacio diáfano, sin columnas ni más muebles que varias mesas de distintos tamaños, sillas y una encimera con varios microondas, una cafetera de cápsulas y un fregadero. También había dos neveras de buen tamaño en las que cada mañana dejaba mi almuerzo con un pósit con mi nombre.

Las jóvenes con las que comía cada día eran simpáticas y muy habladoras. No se cortaban a la hora de hablar de sus novios o maridos, contaban divertidas anécdotas de su vida presente y pasada y elucubraban sobre lo que harían en el futuro, incluido el siguiente fin de semana.

—Chicas —dijo Julie cuando ya estábamos terminando de comer —, mañana es mi cumpleaños. —Todas prorrumpimos en aplausos y exclamaciones—. Habrá que celebrarlo como se merece, ¡una no cumple veinticinco años todos los días! —propuso a continuación—. ¿Os apuntáis?

La respuesta fue rápida y unánime. Seis voces se alzaron en un rotundo sí que hizo que varias personas se giraran para mirarnos.

—Y tú, Olivia, ¿qué me dices? ¿Te animas?

Me quedé callada. Conocía a esas mujeres desde hacía apenas una semana y no creí que me incluiría en la invitación. Me sentí muy halagada.

—Iré encantada —respondí con una sonrisa que me nació en el alma.

—¡Perfecto! —exclamó Julie—. El viernes nos vemos a las seis en Le Paradis.

Los viernes, los empleados de Lex and Consulting podíamos salir de trabajar a las tres de la tarde en lugar de a las cinco. Cuando me dirigía hacia el ascensor junto con varias compañeras vi a Pierre Lemoine caminar hacia nosotras por el pasillo. Se detuvo y se hizo a

un lado para dejarnos pasar. Cuando llegué a su altura, Lemoine alargó la mano y me cogió por el brazo.

—Señorita Roussel —dijo, acercándose demasiado a mí—, venga un momento a mi despacho, por favor.

Percibí el aroma de su perfume y el aliento de su boca. Olía a vino. Levanté la vista hasta sus ojos. Sonreía travieso y le brillaba la mirada. ¿Estaba borracho?

—Me están esperando abajo —me excusé—, si no es urgente, le agradecería que esperara al lunes.

Sin soltarme el brazo, apoyó la otra mano en mi cintura y la deslizó despacio hasta la curva de mis caderas. Di un rápido salto hacia atrás e hice un movimiento brusco para librarme de sus manos. El pasador en forma de estrella se me desprendió del pelo y cayó al suelo, pero no me detuve a recogerlo. Me apresuré en dirección a los ascensores y entré en el que mis compañeras me estaban esperando.

—Es un baboso —susurró Chloé—, has hecho bien en pararle los pies.

—Lo intenta con todas —añadió una joven pecosa de pelo rojo—, y con algunas, lo consigue, por eso no se rinde.

—¿Nadie lo ha denunciado nunca? —preguntó Olivia.

—Un par de chicas se quejaron ante Isabelle y amenazaron con acudir a la policía, pero nunca ha pasado nada. De hecho, ninguna de las dos trabaja aquí ya.

Me retiré el pelo de la cara y fruncí el ceño. Era la primera vez que me enfrentaba a una situación así, y esperaba que no se volviera a repetir.

43

Théo

—Me agota verte así —dijo Kyllian. Llevaba más de quince minutos en mi despacho, intentado convencerme para que me levantara de una vez de la mesa a la que parecía estar pegado con cemento—. Lo que estás haciendo no es bueno. Ya te has castigado suficiente —añadió—. Has sido un gilipollas, has metido la pata y la has cagado, pero ya basta, de verdad.

Lo ignoré y clavé la mirada en la pantalla del ordenador, pero mi amigo y director general era realmente tenaz. Y muy, muy pesado.

—Es viernes, por el amor de dios —siguió, apoyando las manos sobre mi mesa y acercándose a mí—. Deja lo que estás haciendo, apaga el puto ordenador y vamos a cenar y a tomar una copa, ¡nos la hemos ganado! Además, ¿hace cuánto que no salimos los dos solos, sin clientes, empleados ni mujeres? Vamos, Théo —suplicó con las manos juntas—, si no lo haces por ti, hazlo por mí.

Me recosté en la silla y lo miré con el ceño fruncido. Tenía cargada la espalda, me dolían los hombros por la tensión y los ácidos del estómago amenazaban con provocarme una úlcera. Llevaba una semana trabajando diez o doce horas al día, salía a correr por la noche y cuando sonaba el despertador a las seis de la mañana ya llevaba un buen rato despierto. Mi secretaria me había preguntado varias veces si me encontraba bien. Tenía ojeras, el pelo demasiado largo y llevaba barba de dos días.

—De acuerdo —accedí por fin—. Un par de copas y a casa.

—¡Bien! —exclamó Kyllian—. Te recojo a las seis. Cogeremos un taxi, por si acaso.

Luego me guiñó un ojo y salió del despacho.

No había terminado de cerrar la puerta cuando ya me estaba arrepintiendo de haber aceptado. Lo último que me apetecía era pasar la noche en un garito lleno de gente divirtiéndose, hablando en voz demasiado alta y con la música a todo volumen. Pero sabía que Kyllian no me permitiría recular, así que me armé de valor e intenté buscarle un lado positivo al plan que prácticamente me había visto obligado a aceptar. No lo encontré, así que bufé y me concentré en el trabajo. Por suerte, esa faceta de mi vida iba viento en popa, aunque los éxitos empresariales apenas compensaban mis constantes cagadas en lo personal.

44

Olivia

Llegué puntual a la cita en Le Paradis. Me había puesto un vestido corto de lentejuelas plateadas con los hombros al aire, sobre los que me puse un echarpe negro. En los pies, unos *stilettos* negros que rescaté del fondo de mi armario. Me había ondulado la melena rubia y me había maquillado los ojos en tonos grises. El toque de color lo daban mis labios, de un rojo furioso. Me vi extraña en el espejo y estuve tentada de rebajar un poco el conjunto, pero decidí que nada de eso, que tenía que seguir adelante, y qué mejor modo que vestida como una diosa.

Casi todas mis compañeras, a las que ya consideraba amigas, estaban ya allí cuando llegué. Solo faltaba Julie, la protagonista de la velada, que se bajó apresuradamente de un taxi cinco minutos después. Estaba deslumbrante con un vestido rojo que se amoldaba como una segunda piel a cada curva de su esbelto cuerpo. El vestido dejaba la espalda al aire y terminaba a mitad de los muslos. Llevaba la melena oscura y brillante sobre uno de los hombros, largos pendientes de plata, las uñas color sangre y un pintalabios que competía con el mío. Todos los hombres que esperaban ante la puerta de Le Paradis y alguna mujeres se volvieron para mirarla mientras se acercaba contoneándose hacia nosotras.

—¡Estás espectacular! —dijimos casi a coro.

Julie hizo una reverencia y sonrió, divertida.

—Gracias, chicas. Una cosa es cumplir años y otra, que se note. Mi lema a partir de ahora es *Forever young*. Estoy pensando en tatuármelo en algún sitio…

Todas reímos la ocurrencia de Julie, aunque las que la conocían mejor no estaban seguras de que estuviera hablando totalmente en

broma.

Entramos y nos acomodamos en un sofá corrido alrededor de una mesa redonda cerca de la pista de baile. Julie levantó la mano y pidió una ronda de margaritas.

—La primera va de mi cuenta —anunció, casi gritando por encima de la música.

Cogí la copa que nos trajo el camarero, saboreé la sal del borde y bebí despacio. La acidez del líquido se mezcló con la sal en mi boca y me calentó la garganta y el pecho al bajar.

—¡Está bueno! —exclamé.

—¡Por supuesto! —respondió Chloé—, ¿nunca habías probado el margarita?

—No —reconocí—. Cuando salgo suelo beber vino, alguna cerveza y, de vez en cuando, un combinado sencillo. Vodka con limón, un gin-tonic…

—Tienes mucho que aprender, querida —intervino Julie—, pero tranquila, estás en buenas manos. ¡Vamos a bailar!

Julie se levantó y las demás la imitamos en el acto. Saltamos a la pista de baile y comenzamos a movernos al ritmo de la música. Levantamos los brazos, movimos las caderas, saltamos y reímos durante un buen rato. Regresamos a la mesa entre risas y pedimos una nueva ronda de bebidas de las que dimos buena cuenta mientras seguíamos charlando y riendo. Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto.

Kyllian me pasó la mano por la pechera de la cazadora de cuero que me había puesto para salir esa noche. Llevaba unos tejanos negros, una camisa blanca entallada con un discreto dibujo en gris y unas botas negras. Me había arreglado la barba, pero no me había afeitado.

—Así me gusta, que te pongas elegante —me dijo, no sé si en broma o en serio. No se lo pregunté, qué más daba.

—Vamos antes de que me arrepienta —respondí.

—¡Guau! Vas a ser la alegría de la fiesta —siguió Kyllian mientras nos subíamos en el taxi—. A Le Paradis —le indicó al conductor.

—Eso va a estar lleno de gente —protesté.

—Por eso vamos allí. Necesitamos gente, sobre todo del género femenino.

Apreté los labios, pero no dije nada. Había dicho que iría y no me iba a echar atrás antes incluso de llegar, aunque eso fuera exactamente lo que quería hacer, pero decidí que entraría, me tomaría una copa con Kyllian y me largaría de allí. No me echaría de menos, lo normal era que las mujeres se le lanzaran al cuello en cuanto desplegaba su famosa sonrisa. En fin…

Al llegar, el portero nos saludó con un movimiento de cabeza y abrió la puerta para dejarnos pasar. Como me temía, el local estaba lleno de gente que bailaba, bebía e iba de un lado a otro abriéndose paso de cualquier manera.

Nos hicimos un hueco en la barra y pedimos dos whiskies con hielo. Miré a mi alrededor mientras dejaba que el hielo rebajara el alcohol. Me detuve al llegar a un grupo de mujeres jóvenes que se reía a carcajadas. Parecían estar celebrando algo. Cuando una de ellas inclinó el cuerpo hacia delante para alcanzar su copa, el corazón me dio un vuelco.

Olivia.

No cabía duda, era ella. Brillaba cubierta de lentejuelas plateadas y sus labios se curvaban hacia arriba en una sonrisa. La vi brindar con las demás y seguirlas después a la pista.

—¿Qué estás…? —empezó Kyllian, que siguió con la mirada la dirección de mis ojos. No le hizo falta terminar la pregunta—. Vaya, esa rubia es…

—Olivia —dije antes de que Kyllian pudiera añadir nada más.

—Eso, Olivia. Qué casualidad, ¿quieres que vayamos a otro sitio?

La observé un instante. Su cuerpo se movía al ritmo de la música, se ondulaba a un lado y a otro y movía las caderas en círculos con

los brazos en alto. La vi bajarlos despacio, acariciándose la cabeza, los hombros y la cintura.

Me giré hacia la barra y le di un largo trago a mi copa.

—No hace falta —respondí por fin—. No voy a salir huyendo.

—Pero tampoco hace falta que te castigues…

—Estoy bien —le aseguré. Luego levanté el vaso hacia mi amigo y brindé.

Me di cuenta de que el grupo de Olivia era objeto de la atención de muchos hombres, pero ellas rechazaban una y otra vez las invitaciones con una sonrisa educada o un gesto de la mano antes de volver a centrarse en su conversación o seguir bailando.

Sin embargo, todas dejaron de sonreír cuando un tipo alto de pelo engominado se acercó a ellas.

45

Olivia

—Vaya, vaya, vaya —susurró sibilino Pierre Lemoine—. Lo mejor de Lex and Consulting aquí reunido.

No lo habíamos visto llegar. Lemoine se había abierto paso hasta nosotras a través de la pista de baile, abarrotada en esos momento. Sonrió y se sentó en la esquina del sofá corrido sin esperar a ser invitado. Llevaba un traje azul noche y una camisa gris sin corbata. El pantalón le ceñía las musculosas piernas y el culo, y llevaba la camisa abierta hasta el pecho, mostrando una piel bronceada y perfectamente depilada.

—Espero que no os importe que me una a vosotras —dijo a continuación—, he venido solo.

Arrugó los labios en un mohín que le marcó el hoyuelo de la barbilla.

—Bueno —dijo Julie—, estamos hablando de cosas de chicas, quizá se aburra un poco…

—¡En absoluto! —se apresuró a decir—. Al contrario, me vendrá bien conocer un poco mejor a las mujeres. Quiero ser un hombre moderno, ¿sabéis? Feminista y esas cosas. Y nada de formalidades —añadió—. Aquí soy Pierre, uno más.

Nos esforzamos por sonreír, pero no era fácil.

—¿Bailamos? —propuso una de ellas. El resto asentimos al instante. Era la mejor manera de poner fin a la incómoda situación. Al menos, en la pista no tendríamos que hablar y podríamos alejarnos un poco de él.

Nos levantamos y buscamos un hueco en la pista. El DJ pinchó un conocido tema con mucho ritmo y nosotras aullamos y

comenzamos a saltar. Lemoine se colocó entre nosotras y empezó a bailar mientras nos observaba de una a una con una sonrisa lobuna. Giraba de una a otra, contoneándose provocativo a pocos centímetros de nuestros cuerpos. Todas intentábamos cambiar de lugar o darnos la vuelta cuando lo teníamos enfrente, pero Lemoine no parecía darse por aludido. Bailaba alrededor, se acercaba y se inclinaba sobre cada una de nosotras sin ningún pudor, mirándonos con los ojos entrecerrados y una sonrisa ladeada en la cara.

—Olivia —me susurró al oído cuando se acercó a mí. Sentí el roce de sus labios en la oreja y me separé de él con rapidez—. No tengas miedo —dijo entre risas—, puedo hacerte disfrutar mucho, ¿sabes? —añadió.

—Por favor —le dije—. Trabajo para usted…

—Para ti —me cortó—. Tutéame, quiero que nos llevemos bien.

Negué con la cabeza.

—Trabajo para usted —repetí—, y creo que debemos mantener en todo momento las formas, incluso fuera de la oficina. Esto es muy incómodo —añadí.

—No me parece que vosotras estéis manteniendo una reunión laboral —repuso él.

—Es diferente, somos amigas.

—Entonces, seamos amigos —pidió con una enorme sonrisa y un brillo lascivo en los ojos. Se acercó aún más a mí y me puso las manos en las caderas.

Me moví hacia atrás y le quité las manos con un gesto brusco.

—Basta, señor Lemoine —le advertí.

—Vamos, pequeña —insistió él. Luego se acercó a mi cara e intentó besarme.

—¡No! —grité.

Lemoine se alejó repentinamente de mi lado con un gesto de sorpresa.

—La señorita ha dicho que no —oí decir a alguien. Las luces me cegaban en ese momento y no pude distinguirlo bien.

Lemoine se revolvió y miró a su oponente con el ceño fruncido.

—No te metas —bufó entre dientes.

—Aléjate de ella —le advirtió el otro.

Esa voz…

—Y si no lo hago, ¿qué?

Sin esperar respuesta, Lemoine volvió a acercarse a mí y me puso una mano en el cuello. Un segundo después, un brazo fuerte lo obligaba a darse la vuelta. Al instante, un puño se estrelló contra la cara de Lemoine, que gritó y se llevó las manos a la nariz. La sangre empezó a brotar generosa, empapándole la americana, la camisa y goteando en el suelo. Las chicas, al igual que el resto de la gente que seguía en la pista, dieron un paso atrás para alejarse de la pelea. Sin embargo, parecía que Lemoine no estaba en condiciones de responder al golpe.

Yo no me moví, no pude. Me quedé allí quieta, congelada, mirando atónita lo que estaba pasando. Hacía un momento estaba disfrutando de una velada estupenda junto a mis nuevas amigas, y ahora me encontraba en mitad de la pista viendo cómo mi jefe sangraba por la nariz y gritaba pidiendo ayuda.

Dos tipos de seguridad agarraron al agresor por los brazos y lo obligaron a acompañarlos hacia la salida. Un tercer hombre se acercó a Lemoine con una toalla, se la puso en la cara y lo condujo hacia el fondo.

No podía apartar la vista del tipo que me había defendido y que, al parecer, le había roto la nariz a Lemoine.

—¿Lo conoces? —me preguntó Chloé.

Asentí en silencio, incapaz de reaccionar.

—Théo —susurré por fin.

No volvimos a ver a Lemoine. Supuse que lo habrían sacado por la puerta trasera y que estaría camino de un hospital.

—Le está bien empleado, por asqueroso —comentó Julie.

Habíamos vuelto a la mesa y bebíamos una nueva ronda de margaritas en medio de un tenso silencio.

—Lo siento mucho —dije.

—¡Tú no tienes la culpa! —exclamaron las demás casi al unísono —. Él se ha propasado descaradamente.

—Una vez más —recalcó Julie—. Ya era hora de que alguien le parara los pies.

—Este tipo de hombres no aprenden nunca la lección —se lamentó Chloé—, en cuanto se le pase el susto, volverá a las andadas.

Chloé tenía razón. Lemoine seguiría persiguiéndonos a todas en cuanto tuviera ocasión, aprovechándose de su puesto de superioridad para chantajearnos y amenazándonos con el despido si decíamos algo.

—Por cierto, Olivia —me llamó Chloé—, el tipo que te ha salvado, ¿quién es? Está cañón —añadió con una enorme sonrisa.

—Se llama Théodore Gaillard —respondí en voz baja—. Es un… antiguo amigo —añadí por fin.

—¿Amigo? ¡Ja! —Julie se palmeó las piernas y luego me miró fijamente—. Cuéntanos —me pidió.

—Hay poco que contar —dije encogiéndose de hombros—. Salimos muy poco tiempo, solo unos días. Él estaba comprometido —expliqué, y volví a encogerme de hombros como si ese fuera un detalle nimio en lugar de la puñalada que me había atravesado el corazón.

—¿Comprometido? —exclamó Chloé—. Vaya con el señor Gaillard, jugando a dos bandas. ¿Lo sabe la novia oficial?

—Ya lo creo que lo sabe —dije—. De hecho, las dos nos enteramos a la vez del juego que él se traía entre manos.

—¡Bum! —rio Julie—. Habría pagado por ver su cara. ¿Qué hizo?

—La verdad es que no me quedé a verlo. Me fui de allí lo más rápido que pude y no he vuelto a verlo… hasta hoy.

—Está buenísimo —comentó Bianca, la mayor del grupo y la única casada.

—¡Bianca! —reímos todas.

—El matrimonio no te deja ciega —se defendió.

Volvimos a reír y a charlar durante un buen rato. No volvimos a mencionar el incidente ni a Théo, aunque ambos estuvieron todo el rato en mi cabeza.

No podía dejar de pensar en él.

46

Théo

La noche había terminado bastante mal, aunque me consolaba saber que el tipejo que había intentado manosear a Olivia había acabado aún peor. Los dos guardias de seguridad me habían escoltado hasta la puerta, que cerraron con un sonoro portazo en cuanto estuve en la calle, no sin antes advertirme de que no sería bienvenido en la sala nunca más. El «nunca» me pareció demasiado radical, pero no protesté. No tenía inconveniente en no volver a pisar Le Paradis en mi vida.

Kyllian salió un par de minutos después. Me encontró apoyado en la pared, a unos metros de la entrada. Se acercó a mí y me miró muy serio. No quedaba en su cara ni rastro de la diversión y las bromas de las que había hecho gala hasta hacía poco.

—No sé qué pasa contigo —me dijo—. No te reconozco. Desde hace dos semanas eres otro. Estás distraído, irascible, saltas a la mínima…

Estuve a punto de contestar de mala manera, pero me contuve a tiempo. Solté el aire que había cogido para responder y bajé la cabeza.

—Tienes razón —dije en voz baja—. No estoy sabiendo gestionar lo que está pasando.

—¿Te has planteado pedirle perdón a Alice? —me preguntó.

—No, en absoluto. Me he dado cuenta de lo diferentes que somos y, además, estoy seguro de que ella jamás me perdonaría.

Kyllian frunció el ceño y me miró fijamente a los ojos.

—Estás así por… la rubia —añadió ante mi mirada de advertencia —. No me lo puede creer.

—Te lo he explicado mil veces —respondí muy despacio—. Te lo explicaré una vez más, y espero que sea la última. Ella era la administrativa de la sala de fiestas, nunca me pidió nada. De hecho, ni siquiera me buscó, fui yo quien me planté allí precisamente el día del atentado —concluí.

—Bueno, el negocio duró poco después de nuestra visita… Tranquilo, no seré yo quien juzgue a nadie —me disculpé con las manos en alto—. Vamos, cogeremos un taxi e intentaremos enderezar la noche en otro garito.

Moví la cabeza de un lado a otro.

—Ve tú, yo prefiero irme a casa —dije.

Intentaba parecer calmado, pero mi cuerpo seguía ardiendo. Levanté la mano y uno de los taxis detenidos junto a la acera se acercó a nosotros.

—Vete —le dije—, a mí me vendrá bien pasear un rato.

Kyllian me miró un largo rato.

—No sé qué hacer contigo —me dijo muy serio—. Te pones imposible cuando te encierras en ti mismo y levantas todas las barreras. Pero si lo que quieres es que te deje tranquilo, trato hecho. Llevo el móvil encima —añadió—, llámame si necesitas algo.

—Lo haré. Pásalo bien —le deseé mientras subía al taxi.

Unas gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer. Me golpearon en la cabeza, en los hombros, en la espalda, pero no corrí a refugiarme, no me marché ni llamé a otro taxi. Me apoyé en la pared, en la acera frente a la entrada de la sala de fiestas, y me dispuse a esperar.

La puerta se abrió muchas veces, pero Olivia tardó dos horas en salir. Caía una llovizna fina, aunque en la calle había enormes charcos que indicaban que hacía poco esa lluvia había sido un aguacero. Estaba calado de pies a cabeza, el pelo y la ropa chorreaban agua, pero en ningún momento me planteé marcharme. De hecho, ni siquiera tenía frío.

Se detuvo cuando me vio al otro lado de la calle. La vi dudar, mirar a un lado y a otro, como si no supiera qué hacer. El agua empezó a empaparla también a ella, que seguía inmóvil al otro lado de la calle.

Di un paso adelante y ella me imitó. Luego di otro, y otro más, hasta cruzar la calle y llegar frente a ella. Nos miraron en silencio durante un largo minuto, como si necesitáramos comprobar que realmente éramos nosotros quienes estábamos allí, tan cerca el uno del otro que podríamos tocarnos con solo mover una mano. Pero no lo hicimos. Solo nos miramos mientras mi corazón latía desbocado y mi cerebro intentaba decidir qué decir.

—Te vas a poner enfermo —me dijo Olivia en voz baja.

—Ya estoy enfermo —respondí. La vi cerrar los ojos. No supe interpretar el significado de ese gesto.

Luego, ella suspiró y movió la cabeza de un lado a otro.

—Tengo que irme —dijo Olivia—. Gracias por protegerme. Es la segunda vez que lo haces —añadió.

—Esta vez ha sido fácil —intenté bromear—. ¿Quién era ese tío?

—Mi jefe —respondió.

—Deberías denunciarlo.

Olivia no dijo nada.

—Debo irme —repitió.

—Por favor, habla conmigo —supliqué—, necesito explicarte…

—No se trata de lo que tú necesites —me cortó ella—. Y no creo que haga falta ninguna explicación. Estaba muy claro. Te deseo lo mejor, que seas muy feliz con…

—No estamos juntos —dije a toda velocidad, impidiendo que pronunciara su nombre.

Olivia me miró en silencio. Luego dio media vuelta y se dirigió hacia la fila de taxis.

Reaccioné con rapidez. Di un paso adelante y me situé frente a ella, cortándole el paso. Ella se detuvo y me miró. Cuando iba a

decir algo, me incliné y la besé en los labios. Un beso suave, de tanteo, y a continuación otro un poco más profundo. Luego la rodeé con mis brazos y pegué mi boca a la de ella. La sentí debatirse, pero por fin sus labios desoyeron las órdenes de su cerebro y se separaron para devolver el beso. Su aliento cálido entró en mi boca como un soplo de vida. Luego, sus brazos me rodearon la cintura y sus manos acariciaron mi espalda, atrayéndome hacia ella. Perdí la mano entre su pelo, las deslicé por su espalda y eliminé hasta el último centímetro que nos separaba.

Jadeábamos cuando se separamos. Le brillaban los ojos como si estuviera a punto de echarse a llorar. Sin decir nada, me esquivó y levantó una mano para llamar la atención del primer taxi. Luego caminó hacia el coche sin mirar atrás, entró y se alejó de mí.

Hundí las manos en los bolsillos y comencé a caminar. Era cierto que necesitaba un paseo.

47

Olivia

Nunca había pensado en lo que el amor y el desengaño provocaban en las personas. Primero llegó la sorpresa, la euforia y una necesidad irracional de sentir al otro cerca. A Théo. Mis dedos exigían el contacto con su piel, mis labios se secaban si no podía besarlo. Después, la alegría desmedida al creerme correspondida en mis sentimientos y en mis deseos. Habría volado de haber sido capaz de hacerlo. Luego llegó el dolor, un padecimiento físico, real. Me dolía el estómago y la cabeza, me costaba mantener la espalda erguida y me sentía permanentemente cansada. Y ahora, cuando pensaba que no podía estar peor, había llegado el fuego, un incendio que me consumía por dentro, que me devoraba y me exigía que hiciera algo por apaciguarlo.

Me pasé todo el fin de semana dando vueltas por mi apartamento como un animal enjaulado, tentada cada cinco minutos de llamar a Théo, o al menos enviarle un mensaje. Ese beso había sido un error, un tremendo, enorme y desastroso error. Yo estaba bien. Bueno, no bien del todo, pero el dolor se había ido amortiguando hasta convertirse en un viejo conocido con el que me sentía capaz de convivir. Sabía que se quedaría conmigo mucho tiempo, quizá para siempre, pero con un poco de esfuerzo aprendería a vivir con él.

Y ahora, sin embargo, ahí estaba de nuevo el dolor, la angustia y el fuego.

Agradecí que llegara el lunes. La rutina me ayudaría a aplacar el incendio. Me preocupaba la reacción de Pierre Lemoine a lo que había sucedido el viernes en la sala de fiestas, pero esperaba que hubiera servido para que se replanteara su trato con las empleadas y mantuviera las manos lejos de ellas, incluida yo, por supuesto.

Acababa de sentarme después de saludar a mis compañeras y comentar cómo habían pasado el fin de semana cuando sonó el teléfono. Mi jefa, Isabelle Martin, me esperaba en su despacho.

Chloé frunció el ceño cuando se lo dije, pero trató de restarle importancia.

—Será por algún cliente —dijo, moviendo la mano con gracia—, o porque te va a caer alguna cuenta nueva. No te preocupes —añadió con una sonrisa.

Más tranquila, entré en el despacho de Isabelle.

—Buenos días —me saludó desde la puerta.

—Buenos días, Olivia. Siéntate, por favor.

Isabelle esperó hasta que me acomodé al otro lado del escritorio. Su aspecto serio no auguraba nada bueno.

—Esta mañana he mantenido una reunión nada agradable con el señor Lemoine —empezó, confirmando mis peores temores—. No está satisfecho con tu rendimiento, y como está a punto de cumplirse tu periodo de prueba, ha decidido prescindir de tus servicios. Lo siento mucho, pero debes recoger hoy mismo, ahora, de hecho, y abandonar el edificio. —Me puso delante un documento y me ofreció un bolígrafo—. Este es un contrato de confidencialidad por el que te comprometes a no comentar con nadie nada sobre las empresas con las que has trabajado durante tu periodo en Lex and Consulting. Por supuesto —añadió—, se te abonará el salario que te corresponde y la compensación que establece el convenio.

Me quedé mirando el bolígrafo. No sabía qué decir. De hecho, estaba convencida de que nada de lo que dijera serviría para hacerles cambiar de opinión. Definitivamente, Lemoine me culpaba a mí del puñetazo que le propinó Théo y exigía venganza.

Cogí el bolígrafo, leí el corto texto del documento y firmé al pie.

—Yo… —empecé a decir.

Isabelle Martin levantó una mano.

—No importa lo que digas ni lo que hagas, el señor Lemoine está decidido a despedirte. No es la primera vez, querida —añadió en voz

baja—, pero yo tengo las manos atadas. Lo siento mucho —repitió.

Me levanté y salí del despacho. Regresé a mi mesa despacio, temblando de pies a cabeza. Acababan de despedirme por no acceder a las insinuaciones de un tipo que no solo no me gustaba, sino que me repelía.

No debería, pero…

Enderecé la espalda, di media vuelta y recorrí el largo pasillo hasta el despacho de Lemoine. Entré sin llamar y dejé la puerta abierta. Lo encontré sentado a su mesa, concentrado en la lectura de unos papeles. Contuve la respiración cuando levantó la vista para mirarme. Tenía los dos ojos hinchados y el hematoma le llegaba hasta los pómulos. Llevaba la nariz cubierta con gasas y esparadrapo y se adivinaba una férula sobre el tabique nasal.

—¿Qué haces tú aquí? —bufó cuando me vio. Su voz sonó gangosa, pero pude percibir la furia que la hacía vibrar.

—Solo vengo a despedirme —respondí, recuperada de la impresión—. La señora Martin ya me ha comunicado que no he superado el periodo de prueba, aunque me pregunto a qué tipo de prueba se refiere. —Di un paso adelante hasta situarme a un metro de la mesa de Lemoine—. Debería denunciarlo por acoso sexual —seguí—. Tengo entendido que no soy la primera, pero me gustaría ser la última. ¿Ha despedido a todas las que no han accedido a sus deseos? —Di otro paso. Casi tocaba la mesa. Sentía el calor del incendio derritiendo el hielo con el que me había cubierto—. Es un depredador, abusa de su superioridad y del poder que le ha dado la empresa para amedrentar a las empleadas. ¿De verdad cree que alguna de estas jóvenes se iría con usted si no temiera perder el empleo? Da asco —añadí, inclinándome sobre la mesa. Pude ver las venas enrojecidas de los ojos de Lemoine, que me miraba furioso.

—Largo —gruñó—. Sal de mi despacho y de esta oficina cuanto antes. Y quizá sea yo quien te denuncie por difamación —añadió, señalando al pequeño grupo de personas que se había congregado en el pasillo para ver qué ocurría.

—Hágalo —lo animé con una sonrisa—, será divertido.

—No eres más que una puta —bufó él con los dientes apretados.

Lo miré con furia. No pensaba replicar, no serviría de nada. Me mordí la lengua y levanté la cabeza. Estaba a punto de marcharme cuando vi mi pasador con forma de estrella en una esquina de la mesa. Alargué la mano y lo cogí.

—Esto es mío —dije. Luego di media vuelta y regresé al pasillo.

Algunas de las mujeres que estaban fuera cabecearon levemente a mi paso, y una joven menuda y rubia alargó la mano y me apretó el antebrazo.

—Bien dicho —susurró.

Volví a mi mesa y recogí mis escasas pertenencias.

—Me han despedido —respondí a la pregunta muda de Chloé.

—¿Cómo? —exclamó ella. Varias compañeras levantaron la cabeza y nos miraron con el ceño fruncido—. La han despedido —les contó Chloé.

Julie y tres de mis nuevas amigas se levantaron y se acercaron a mi escritorio.

—¿Te ha echado? —preguntaron, conmocionadas—. ¿Con qué excusa?

Me encogí de hombros.

—No he superado el periodo de prueba —les expliqué—. Pueden hacerlo, la ley los ampara al cien por cien. Pero le he cantado las cuarenta a Lemoine —añadí con una sonrisa.

—¡Bravo! —aplaudieron ellas—. Bien hecho.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó Julie.

—No lo sé —reconocí—. Supongo que buscar otro empleo. No me puedo permitir quedarme en casa, y tampoco me apetece.

—Si podemos ayudarte en algo… —me ofrecieron.

Sonreí, las abracé una a una y prometí que seguiríamos en contacto.

—De hecho —añadió Julie mientras me abrazaba—, hoy es un día perfecto para una reunión terapéutica.

Besé de nuevo a mi amiga y me marché.

Seguía mirando a mi alrededor cuando estaba en la calle, vigilaba mi espalda y conectaba la alarma en cuanto entraba en casa y siempre que salía. El recuerdo del arma en mi costado y las amenazas del tipo que me asaltó en plena calle seguía muy presente en mi memoria, y se sumaba a la retahíla de sucesos que habían ocurrido en menos de un mes y a la que ahora tenía que sumar mi fulgurante despido.

Recogí el correo del buzón y subí deprisa las escaleras. Siempre temía que hubiera alguien acechando en el portal. Entré en casa, tecleé el código que dejaba activa solo la alarma de la puerta y lancé el bolso al sofá. Hice lo mismo con los zapatos cuando entré en mi habitación. Me bajé de los tacones y entré en el baño, donde me quité el traje de falda y chaqueta que me había puesto esa misma mañana, hacía apenas dos horas. Me desmaquillé a conciencia y me recogí el pelo en una coleta alta. Luego ,e puso ropa cómoda y me preparé un café.

Tenía que pensar bien cuál sería mi siguiente paso. Quedaba descartado pedir referencias en Lex and Consulting, y el hecho de no haber superado el periodo de prueba pesaría como una losa en mi currículum. Podía optar por no incluir esta breve etapa en el apartado laboral, pero ningún departamento de recursos humanos tendría problemas para averiguarlo. Suspiré, regresé al salón y me senté en el sofá con el café en la mano. Luego buscaría trabajo.

El teléfono me avisó de que tenía un mensaje. Era Chloé. Acabábamos de despedirnos y ya las echaba de menos.

«¿Terapia de grupo esta tarde? Julie pone el vino, yo el chocolate y tú esa maravillosa terraza de la que nos has hablado, ¿Hay trato?»

Sonreí y respondí al instante. «Hay trato». Recibí una serie de pulgares hacia arriba, labios rojos y emojis de abrazos antes de anunciar que estarían en mi casa a las seis en punto.

Recuperé el café y saqué del bolso el correo que había cogido del buzón. Retiré la publicidad, comprobé los recibos bancarios y fruncí el ceño al descubrir un sobre con mi nombre y dirección manuscritos, pero sin remite. Lo palpé con cuidado, pero dentro no parecía haber nada más que papel. Pasé el abrecartas por el pliegue de la solapa y observé el contenido antes de cogerlo. Se trataba de una sola hoja de papel, también manuscrita.

Lo desdoblé y empecé a leer.

Querida Olivia

Por favor, no rompas esta carta en mil pedazos, al menos no antes de haberla leído hasta el final. Necesito explicarme, o intentarlo, al menos. Sé que soy culpable, no busco tu perdón, pero debes saber que nunca, ni un solo segundo, quise hacerte daño. Al contrario. Reconozco que obré mal, que debería haber sido sincero contigo y con Alice, hablar con ella cuando comprendí que mis sentimientos hacia ti era más fuertes, más sinceros y más intensos de lo que nunca lo fueron por ella. Sin embargo, me olvidé del mundo, me olvidé de todo lo que no fueras tú, incluida Alice.

Lo siento de corazón, siento el daño que te he causado, siento el dolor y la decepción y, aunque no lo merezco, te ruego que me perdones.

Soy otro desde que te conocí, y he vuelto a cambiar ahora que no estás, que no quieres hablar conmigo ni saber nada de mí.

Si has seguido leyendo hasta aquí, gracias. No quiero agobiarte, pero sí me gustaría pedirte algo: dame una oportunidad, démonos los dos una oportunidad. Empecemos de nuevo, pondré mi corazón en intentar hacerlo bien. Tengamos una cita, solo una, y si no puedes perdonarme, si mi presencia te resulta intolerable, prometo que desapareceré de tu vida para siempre.

Te quiero,

THÉO

48

Théo

Había pensado cada palabra que había escrito, había valorado su significado y el peso que tendría en el corazón de Olivia, si es que ella no la rompía en mil pedazos en cuanto se diera cuenta de que era mía. Había intentado llamarla varias veces, pero me seguía teniendo bloqueado. Por eso se me ocurrió escribirle. Necesité casi cuatro horas para encontrar las palabras adecuadas, las que expresaran mis sentimientos sin parecer patético, a pesar de que era justo así como me sentía, un miserable.

Era lunes por la tarde, ya debería haberla recibido. Sin embargo, todavía no había tenido noticias suyas. No quería llamarla y comprobar que seguía bloqueado. Prefería esperar un poco más… O lo que hiciera falta.

Suspiré y me concentré en el trabajo. Tenía por delante una semana dura. Debía convencer a una productora británica que buscaba socios en el continente de que Blackbird era la mejor opción. Tenía previsto volar a Londres el miércoles, un viaje relámpago para presentar en persona la propuesta que estaba preparando. Si Lookat firmaba con nosotros, se produciría un efecto llamada que atraería hasta Blackbird a algunas de las productoras más importantes del mundo.

Kyllian rondaba nervioso a mi alrededor. Entraba y salía del despacho cargado de carpetas y USB con los montajes de vídeo que acompañarían a la presentación. Kyllian viajaría conmigo a Londres. No podía prescindir de su encanto, era único a la hora de ganarse a los clientes más recelosos, pero sin dejar nunca de ser un profesional. Porque si algo no consentiría era que vendiera humo. Lo que ofrecíamos era siempre real y debía estar dentro de nuestras posibilidades. Si el potencial cliente esperaba algo fuera de nuestro

alcance, dábamos un paso atrás y le deseábamos suerte. No sería la primera vez que el cliente exigente nos había vuelto a llamar al comprobar que no encontraban nada mejor que lo que Blackbird les ofrecía.

—Me estás poniendo nervioso —me quejé.

Kyllian se sentó frente a mí y me acercó un nuevo *pendrive*.

—Carla acaba de hacer el mejor montaje promocional de la historia, esa tía es la caña.

—Supongo que esa afirmación no tiene nada que ver con el hecho de que vayas detrás de ella como un perro, ¿no?

Kyllian frunció el ceño.

—No sé de qué me hablas —protestó—. Pon el spot y luego me dices si tengo razón o no.

Dos minutos después, me giré hacia el director general de la empresa y asentí con una sonrisa.

—Tienes razón —reconocí—, Carla es la caña y el spot es muy bueno. Ha conseguido resumir nuestros objetivos y la filosofía de la empresa en noventa segundos.

—Te lo dije —respondió Kyllian con una mueca de suficiencia—. Esta noche vamos a salir a cenar para celebrarlo —añadió, y me guiñó un ojo.

—Estoy pensando en prohibir las relaciones entre trabajadores —gruñí—. Si las cosas no salen bien, luego todo son problemas. Y no quiero perder a Carla si la cagas…

Kyllian se levantó de la silla y se dirigió a la puerta.

—Voy a hacer como que no he oído lo que acabas de decir. Y además —añadió antes de cerrar— yo no la cago nunca.

Me guiñó un ojo de nuevo y se marchó.

Sonreí, qué remedio. Kyllian era incorregible, pero era mi mejor amigo y un director general muy competente. Respecto a su coqueteo con Carla, ya cruzaríamos ese puente cuando llegara.

Volví a mirar el móvil. Seguía sin noticias de Olivia.

Suspiré y me concentré en el proyecto. Los británicos tenían que ser nuestros.

49

Olivia

Pasé la tarde preparando la terraza para recibir a mis amigas. Limpié los muebles, sacudí los cojines, puse un mantel, saqué las copas que guardaba en el aparador y extendí queso sobre pan recién tostado. Preparé un cuenco de frutos secos y comprobé que las luces exteriores funcionaban.

Cuando todo estuvo listo, corrí a darme una ducha. Me puse un sencillo vestido azul pálido y unas bailarinas doradas y me recogí el pelo en una coleta alta. Había conseguido llegar a las seis de la tarde sin pensar demasiado en Théo y en la carta. La había leído al menos diez veces, y cada vez que empezaba con el «Querida Olivia» me parecía oír su voz junto a mí.

Estaba hecha un lío, cambiaba de opinión cada minuto. Unas veces quería mantenerme firme, quemar la carta y esforzarme por pasar página, y otras miraba su número en el móvil y estaba tentada de desbloquearlo y enviarle un mensaje. ¿Qué mal podía hacerme que nos viéramos una vez? Luego rechazaba la idea, me enfadaba conmigo misma y volvía a cambiar de opinión.

El timbre de la puerta me liberó de la rueda sin fin en la que me había metido. Chloé y Julie saludaban a la cámara que había instalado en el descansillo y mostraban las bolsas que traían.

—¡Vives en una fortaleza! —bromeó Julie—. Puerta blindada y cámara de seguridad, guau.

—Hace poco asaltaron mi piso —les conté—. No se llevaron nada de valor porque no tengo nada que valga la pena, pero rompieron muchas cosas. Además, la sensación de que alguien ha entrado en tu casa es terrible.

—¡Vaya! —exclamó Chloé—, entonces, no me extraña que te hayas fortificado.

Salimos a la terraza y las dos admiraron el espacio y el buen gusto con el que lo había decorado.

—¡Esto es maravilloso! —dijo Chloé—, podría quedarme a vivir aquí.

—En invierno no te lo recomiendo —respondí entre risas—, pero en primavera y en verano paso todas las horas que puedo aquí fuera. Cuando hace mucho calor, incluso duermo en una de las tumbonas —les dije.

—Bueno. —El rostro de Julie se ensombreció un poco—. ¿Qué tal estás?

Me encogí de hombros.

—Disgustada —reconocí—, pero resignada. Me gustaba el trabajo y, sobre todo, el ambiente, pero no puedo hacer nada, estaba en periodo de prueba y alegan que no lo he superado. Tienen la sartén por el mango —añadí con tristeza.

—Debes saber que le hemos escrito una carta a Isabelle Martin hablándole del comportamiento de Lemoine con muchas de nosotras —me contó Julie.

—Prácticamente con todas —matizó Chloé. Julie asintió.

—Hemos firmado todas —siguió después—. No le ha hecho ninguna gracia, pero no le queda más remedio que entregársela al supervisor. También se la hemos enviado al sindicato —añadió.

—No creo que sirva de nada, pero gracias —dije.

—Ha sido por ti, pero no solo por ti —matizó Chloé—. Ninguna queremos ir a su despacho cuando nos llama, estamos hartas de sus manoseos, de sus insinuaciones y de las amenazas veladas, aunque muchas veces te lo dice a las claras. No eres la primera a la que despide, pero esperamos que seas la última. Y quizá, si se demuestra que ha actuado de mala fe, puedas recuperar el trabajo.

—Eso sería fantástico —reconocí—, pero prefiero no hacerme demasiadas ilusiones.

—Te mantendremos informadas —me aseguró Julie—, y ahora, ¡abre el vino, que se calienta!

Llené las copas y brindamos por nosotras. Bebimos entre exclamaciones y aplausos a la calidad del vino. Después, Julie se volvió hacia mí.

—Tienes que contarnos lo del tipo que le partió la cara a Lemoine en Le Paradis. Estamos pensando en hacer una colecta para hacerle un monumento.

Suspiré y bebí un sorbo de su copa. Realmente, el vino estaba delicioso.

—Tuvimos una aventura de unos pocos días —les conté, encogiéndome de hombros para intentar que no pareciera importante—. Luego, me enteré de la peor manera de que tenía novia.

—¿Os pilló juntos? —Chloé abrió muchos los ojos, imaginándose la escena.

—No como tú piensas —reí—. Habíamos ido a una casa que tiene en la costa y su novia se presentó allí. Nos estaba esperando cuando volvimos de navegar. Fue muy violento —añadí con un hilo de voz.

—Ya me lo imagino… —coincidió Julie—. Y entonces, ¿ahora ya no hay nada entre vosotros?

Negué con la cabeza y volví a encogerme de hombros.

—¿Eso es sí o no? —insistió Chloé.

—Bloqueé su número para que no pudiera llamarme ni enviarme mensajes, pero hoy he recibido una carta suya.

—¿Una carta como las de antes, escrita a mano? —se sorprendió Julie.

—Así es —confirmé—. Son unos pocos párrafos, pero me han removido por dentro y no sé qué hacer.

Las dos me miraron expectantes. Por fin, suspiré y entré en busca de la carta. Cuando regresé a la terraza, habían rellenado las copas y me esperaban dando pequeños sorbos al vino.

Leí despacio las palabras de Théo, frase a frase, entonando y deteniéndome para darle sentido.

—¡Guau! —exclamó Julie cuando terminé—. Si alguien me escribiera a mí una carta así, me derretiría en el sitio.

—Me engañó —les recordé.

—Y no lo esconde —respondió Chloé—. Solo te pide otra oportunidad.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Julie.

Me acomodé en la butaca y bebí un poco más de vino.

—La verdad es que no lo sé —reconocí por fin.

Julie sirvió más vino y metió la segunda botella en la cubitera con hielo que había sacado a la terraza.

—No tienes que decidirlo ahora —dijo—. ¡Bebamos!

Bebimos, charlamos y reímos durante un buen rato más. Cuando se marcharon, apoyándose la una en la otra, me sentía más ligera, más tranquila, incluso un poco feliz.

Me desvestí en el baño, me lavé los dientes y me puse el pijama. En la cama, los vapores del vino me trajeron de vuelta la voz de Théo. Recité en voz baja algunas frases de la carta antes de quedarme dormida.

Me había prometido a mí misma tomar una decisión al día siguiente. Debía zanjar el asunto de una vez por todas, de una manera o de otra.

50

Théo

No podía dejar de sonreír mientras le daba vueltas a la carta que mi secretaria acababa de entregarme. Había llegado con el correo convencional, algo nada usual desde que internet y los teléfonos móviles se habían adueñado de las comunicaciones. En el sobre color crema estaba escrito mi nombre y la dirección de la empresa con una caligrafía esmerada. Los sellos estaban pulcramente colocados en la parte superior derecha y no constaba remitente, aunque no tenía ninguna duda de quién la había escrito.

Rasgué con cuidado la solapa y saqué el único folio que había dentro, una sola página con solo dos líneas escritas:

De acuerdo, tengamos una cita. Sin compromiso, sin promesas. Solo una cita.

OLIVIA

Una cita, eso era todo lo que necesitaba. Cogí papel y un bolígrafo y comencé a escribir.

Querida Olivia

Me has hecho el hombre más feliz del mundo. Gracias por tu voto de confianza. A partir de ahora, mi misión consistirá en convencerte de que no te has equivocado, además de intentar borrar para siempre la imagen que tienes de mí.

Te recogeré en tu casa el viernes, a las siete de la tarde. Hasta entonces, te envío un abrazo.

THÉO

51

Olivia

La semana se me hizo eterna. Una vez más, subí mi currículum a páginas de búsqueda de empleo, revisé todos los portales de contratación y esperé una respuesta que no llegaba. Gastaba energía saliendo a correr y haciendo un poco de calistenia en uno de los parques públicos cerca de mi casa. Necesitaba moverme.

Y mientras, no dejaba de pensar en Théo y en la cita del viernes. Un millón de veces llegué a la conclusión de que era un error y decidí anularla, y otro millón concluí que no perdía nada por intentarlo.

Théo era mi primer pensamiento al despertarme por la mañana y el último antes de dormirme. Le daba vueltas y más vueltas todo, a lo que había pasado, a mis sentimientos, a los suyos, y adelantaba en mi imaginación lo que podía pasar.

Hasta que, por fin, llegó el viernes.

¿Cómo vestirse para una cita con la persona de la que estás enamorada, pero a la que desearías ser capaz de odiar? Había repasado diez veces mi guardarropa y nada me parecía adecuado. Además, no sabía lo que Théo habría pensado para esa tarde. Supuse que me llevaría a un restaurante, pero podía ser elegante o informal.

Sobre la cama había extendido todos mis vestidos y varios conjuntos de top y falda más o menos corta. En el suelo había sandalias, zapatos y mi único par de *stilettos*. Di una vuelta despacio, estudiando cada posible combinación y los complementos que necesitaría. Cogí una percha, estudié el vestido que colgaba de ella y lo volví a dejar. Empezaba a estar desesperada. Junto a la

almohada, un brillo rojo llamó mi atención. Recordaba ese vestido, era sencillamente espectacular. Quizá…

Lo cogí y levanté el brazo con la percha en la mano. El vestido rojo bailó ante mis ojos. Era suave y provocador, discreto con una chaqueta y explosivo con unos buenos tacones. Lo tenía.

Entré en el baño con una sonrisa pícara en la cara. Pensaba en Théo cada minuto de cada día, lo sentía dentro de mí, debajo de mi piel, como un tacto prometido pero que no se acaba de materializar. Recordaba sus manos sobre mi cuerpo y me moría por volver a sentirlas, pero también recordaba a Alice. La imagen de aquella joven parada frente a la casa de Théo todavía me provocaba dolor de estómago y una terrible angustia. Cómo había podido…

Mientras me duchaba, estuve tentada de cancelar la cita. No estaba segura de ser capaz de pasar página. En cualquier caso, había quedado claro que se trataba de una cita sin compromiso. Si me sentía incómoda con él, volvería a casa y me esforzaría por olvidarlo.

Me sequé el pelo con esmero, cepillándome la melena y dibujando suaves ondas que brillaban bajo el foco del techo. Luego me concentré en el maquillaje. *Eyeliner* negro, sombra dorada, colorete rosado y los labios de un rojo furioso, a tono con el vestido.

El móvil sonó en el dormitorio. Salí del baño envuelta en una toalla y lo cogí. Théo me había escrito un mensaje.

«Estoy abajo», decía sencillamente. Sonreí. No nos habíamos llamado ni intercambiado mensajes desde que acordamos tener una cita, a pesar de que ya lo había desbloqueado. Théo había sabido respetar mi espacio, y yo se lo agradecía de corazón.

«Dame unos minutos», respondí. No pensaba invitarlo a subir, no era así como se hacían las cosas en las primeras citas. Y, al fin y al cabo, aquello era una primera cita.

Me puse el vestido por la cabeza y lo dejé caer. Tenía un ligero escote por delante y dejaba la espalda al descubierto. Terminaba bajo las rodillas, hasta donde llegaba ciñendo la cintura y la cadera

como una segunda piel. Saqué una torera gris perla del armario y me calcé unos zapatos plateados de tacón alto y punta fina.

Regresé al baño y me perfumé con cuidado el escote, los laterales del cuello y la parte interior de la muñeca. Por último, cogí el bolso, conecté la alarma y salí al descansillo. Tuve que respirar hondo varias veces para tranquilizarme. No quería aparecer hecha un manojo de nervios ante Théo.

Me detuve una vez más ante la puerta del portal. Respiré y abrí la puerta. Al instante, Théo apareció ante mis ojos. Estaba sencillamente espectacular. Llevaba un traje de lino azul grisáceo y una camisa blanca sin corbata. Me esperaba apoyado indolente en el coche, con una mano en el bolsillo del pantalón mientras la otra jugueteaba con los botones de la americana. Las suaves ondas de su pelo brillaban bajo el sol, libres del fijador que las domesticaba cuando iba a la oficina. Me miró con sus irresistibles ojos verdes y me dedicó una amplia sonrisa que curvó hacia arriba sus labios carnosos.

—Hola —me saludó—. Estás preciosa, impresionante, espectacular.

—Para ya —lo corté riendo—, o me pondré tan roja como el vestido.

Théo me ofreció el brazo y juntos rodeamos el coche. Él abrió la portezuela y la cerró despacio cuando me hube sentado.

—Gracias por aceptar esta cita —susurró Théo cuando se puso al volante.

—Sin compromiso —le recordé en voz baja.

—No lo he olvidado —reconoció él.

Luego se puso al volante y arrancó.

—¿Adónde vamos? —pregunté—, he estado dudando sobre qué ponerme porque no conocía tus planes.

—Estás perfecta para… mis planes —sonrió Théo—. Más que perfecta —añadió.

Luego me interesé por su trabajo. No quería hablar de nada personal, pero el silencio me parecía demasiado violento. Él me contó el reto que suponía introducirse en el mercado británico, me habló del proyecto que estaban ultimando y del próximo viaje a Londres que haría con parte de su equipo.

—Estoy segura de que conseguirás lo que te propones.

—Yo también soy optimista —reconoció Théo—, pero prefiero no vender la piel del oso antes de cazarlo.

—Muy inteligente de tu parte —reconocí.

—Gracias. —Théo sonrió y luego dijo—: casi hemos llegado.

Miré a mi alrededor. Reconocí el barrio, era Montmartre, pero no sabía dónde estábamos exactamente. Miré a Théo con el ceño ligeramente fruncido y luego pensé en mi vestido y, sobre todo, en los tacones.

Théo, todavía sonriente, aparcó en una plaza libre, salió del coche y se apresuró a abrirme la puerta. Comprobé aliviada que en esa parte del barrio la calle no estaba adoquinada, sino asfaltada y embaldosada en algunas partes.

—¿Dónde vamos? —pregunté de nuevo.

—Hay un sitio muy especial a solo unos metros de aquí. Confía en mí —me pidió.

Asentí y caminé a su lado. Algunas de las casas de dos alturas tenían las fachadas cubiertas de yedra. Las demás, lucían sus muros blanqueados, castigados por el tiempo y la lluvia. No estábamos en las calles más turísticas del distrito, aunque aquí y allá podían verse pequeños grupos o parejas que paseaban abstraídos por el entorno. Los chiquillos iban de un lado a otro corriendo o en bicicleta, llamándose a gritos y lanzando al aire sus vibrantes carcajadas.

No podía dejar de sonreír al tiempo que miraba a mi alrededor, tratando de adivinar a dónde nos dirigíamos.

En un momento dado, Théo me cogió de la mano y me guio hacia una callejuela que se abría a la derecha. Sentir el tacto de sus dedos me resultó electrificante. Al mismo tiempo, una vaharada de

su perfume me llenó la nariz. Lo recordaba a la perfección. Madera, cítricos y especias, un olor profundo que lo acompañaba siempre.

—Ya llegamos —anunció Théo, sin soltarme la mano. Habíamos entrado en una pequeña plaza llena de árboles, de bancos y de gente paseando o simplemente charlando. Seguimos el estrecho camino hasta que Théo se detuvo. En ese momento, se situó frente a mí y me cogió la otra mano, obligándome a mirarlo a los ojos. Esos ojos…

Respiré profundamente para intentar mantener la compostura.

—Te preguntarás por qué te he traído aquí —empezó Théo. Asentí en silencio. Él respiró hondo y empezó a hablar—. Hemos levantado un muro entre nosotros. Yo lo he hecho —matizó ante mi gesto disconforme—, yo soy el único culpable de que nos hayamos distanciado, de que haya un enorme muro entre nosotros. —Giró la cabeza y señaló a su izquierda—. Este es el muro de la reconciliación. Es un muro, pero en él se ha escrito «te quiero» en doscientos cincuenta idiomas. Te he traído aquí para pedirte perdón una vez más. Nunca pensé en el daño que podía hacerte. Simplemente… no pensé. —Cerró un momento los ojos y respiró profundamente.

Yo lo miraba con los ojos muy abiertos. No sabía qué decir. Solté las manos de Théo y crucé los brazos. La herida todavía supuraba.

—Yo… —empecé.

—¡Lo sé! —me cortó Théo—, sé que es demasiado pronto, que debo ganarme tu confianza, y por eso te he traído aquí, para que nos reconciliemos. Luego, intentaré conseguir tu perdón. Esto es solo un primer paso —me aseguró—, déjame dar el segundo.

Me giré hacia el muro, una pared cubierta de azulejos azules como la noche sobre los que habían escrito una y otra vez «te quiero». Aquí y allá, pequeñas figuras de color rojo punteaban el muro y le daban un toque de color y vida. Théo siguió mi mirada hasta una de las figuras irregulares.

—Si unes todas las piezas en el orden correcto —me dijo— tendrás un corazón.

Luego alargó la mano y me la ofreció. Yo acerqué la mía y él la envolvió entre sus largos dedos.

—Es hora de cenar —dijo con una sonrisa.

Théo había escogido un pequeño restaurante en el centro de París. Una cálida luz ámbar nos envolvió al entrar, y las notas de un piano nos acompañaron hasta la mesa, precedidos por un solícito y sonriente camarero. Me quité la chaquetilla, que el camarero recogió en el acto, y dejé que Théo me observara con una sonrisa en los labios.

Estudié mi reflejo en el espejo del fondo. Sonreía, se me veía cómoda y relajada. También Théo parecía estar disfrutando de la velada, como si no hubiera pasado nada. Pero sí había pasado. Peleé una vez más contra mis sentimientos y me concentré en las palabras de Théo.

El camarero nos sirvió un delicioso vino blanco, fresco y chispeante, que bailó en mi boca y me hizo sonreír. Seguí bebiendo durante toda la cena. Cada vez que apuraba la copa, el camarero la rellenaba sin que ni siquiera lo pidiera. Mientras, los platos desfilaban uno tras otro ante mis ojos, pequeñas delicias que degustar de un bocado. Buñuelos de queso, crujiente de anguila y yogur, sopa fría de remolacha, *carré* de cordero, tartar de atún, pastel cremoso de chocolate… Y todo, entre sorbos de vino casi helado que me nublaban la mente y me ampliaban la sonrisa. De hecho, estaba a punto de olvidar todas las ofensas de Théo.

Acepté una copa de champán, que llegó acompañada por un platillo con tres fresas bañadas en chocolate y *cognac*. Me las comí sin pensarlo y después apuré mi copa de champán. Me pareció que Théo fruncía levemente el ceño, pero no estaba segura y en ese momento tampoco me importaba.

Sin embargo, cuando el camarero me retiró la silla, sentí que el suelo se movía bajo mis pies. Puse las dos manos sobre la mesa y esperé a que mi cabeza dejara de dar vueltas. Théo se situó rápidamente a mi lado y me ayudó a ponerme la chaqueta.

—No debería haber bebido tanto —me disculpé.

—No has bebido tanto —me dijo Théo para restarle importancia —, simplemente, se te ha subido a la cabeza deprisa.

Me cogió por la cintura y salimos a la calle. La noche era cálida y agradable. Miré hacia el cielo, limpio de nubes, y distinguí miles de estrellas que se movían de un lado a otro a toda velocidad. El contenido de mi estómago dio una vuelta en mi interior.

—Estoy un poco mareada —reconocí.

—¿Quieres que demos un paseo? —propuso Théo—. Quizá te ayude a despejarte.

Negué con la cabeza. El movimiento me desestabilizó y Théo tuvo que agarrarme con fuerza para que no trastabillara.

—Me iré a casa —decidí—. Cogeré un taxi, no te preocupes.

—No voy a dejarte sola hasta que te encuentres bien —protestó Théo—. Estamos cerca del coche, déjame que te ayude, no te caerás.

Asentí y Théo me acercó a su cuerpo para convertirse en mi bastón. Me llené de su aroma, sentí sus dedos en la cintura, su brazo rodeándome la espalda y lo deseé más que a nada en el mundo.

La ciudad estaba silenciosa, no había coches en la calzada ni gente en las aceras. Por unos segundos, París era solo mío. Solo nuestro. Me giré entre los brazos de Théo y me coloqué frente a él. Pegué el pecho a su torso y le rodeé la espalda con los brazos. Lo sentí tensarse bajo mis dedos. Entonces, levanté la cara y lo besé en los labios. Pero él no me devolvió el beso. No se apartó, pero tampoco separó los labios ni me apretó contra su cuerpo. Simplemente, esperó a que yo terminara.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, molesta.

—Has bebido —respondió él.

—No estoy borracha, si es lo que sugieres —protesté.

Él me acarició la mejilla con la punta de los dedos y deslizó el índice por mis labios.

—Quiero que, cuando me beses, seas plenamente consciente de lo que estás haciendo.

—¿Y por qué crees que no lo soy?

Théo me soltó y se alejó unos centímetros de mí. Mareada, me incliné hacia un lado y tuve que dar un paso rápido para mantener el equilibrio. Fruncí el ceño y me giré hasta colocarme a su lado.

—Me voy a casa —anuncié—. Mañana tengo muchas cosas que hacer. Incluyendo buscar trabajo.

Entonces fue Théo quien frunció el ceño.

—Pensé que tenías trabajo.

Me encogí de hombros.

—Me han despedido por no querer acostarme con el jefe. El tipo al que le pegaste, ¿lo recuerdas? —Se me quebró la voz un segundo y una angustia demasiado conocida amenazó con instalarse de nuevo en mi pecho. Sacudí la cabeza y decidí que no quería sentirme así—. No me importaría tomarme un copa antes de ir a casa —dije con una sonrisa—. El aire fresco me ha despejado.

—Vamos a dar un paseo —sugirió Théo— y lo decidimos sobre la marcha.

Arrugué la nariz y Théo sonrió al verme.

—De acuerdo, paseemos, pero no olvides que llevo tacones. No puedo ir muy lejos.

—Puedo llevarte en brazos —sugirió él—. Ya lo he hecho antes —me recordó en voz baja.

Su voz me acarició de arriba abajo y sentí que algo se retorcía dentro de mí. Théo se acercó un poco, pero en lugar de devorarme, como yo esperaba que hiciera, depositó un rápido beso en la punta de mi nariz.

—Vamos —dijo a continuación—, hace una noche preciosa. Si eres capaz de caminar quinientos metros, tomaremos una copa en un pub fantástico que conozco.

—Trato hecho —respondí con la barbilla en alto.

Me agarré de su brazo y comenzamos a caminar.

52

Olivia

El aire fresco hizo que entrara en razón y renunciara a una copa que, sin duda, no me habría sentado bien. Paseamos tranquilos, cogidos del brazo y mirándonos de vez en cuando, siempre con una sonrisa en los labios. Aunque ya no me sentía mareada, no me separé de Théo. Caminé a su lado, sintiendo el calor de su cuerpo y aspirando el aroma de su perfume a cada paso.

Tampoco él intentó alejarse de mí ni un centímetro. De vez en cuando, me acariciaba distraído los dedos que yo había posado sobre su brazo, tanteaba mi piel con suavidad y deslizaba los dedos hasta el antebrazo, haciendo que se me erizara el vello.

Giramos por una calle concurrida y regresamos hacia el coche. Cuando llegamos, mi cabeza volvía a estar completamente despejada. Ya no me sentía mareada ni tenía el estómago revuelto, aunque lo que no había desaparecido eran las ganas de besar a Théo. Sin embargo, la cordura me hizo apartar esa idea y confiar en ser capaz de pasar página y dejar atrás todo lo que había ocurrido en las últimas semanas, sin duda, las más convulsas de mi vida. *Le chat noir*, la muerte de Nicole y de mis compañeros, el asalto a mi casa, el hombre que me encañonó a la salida del banco, Alice…

Théo debió sentir cómo me tensaba a su lado.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó.

—Los pies me están matando —mentí—. Estos zapatos son preciosos, pero no están hechos para largos paseos.

—Puedo llevarte en brazos —ofreció de nuevo, con una sonrisa pícara en la cara.

—Ni lo sueñes —respondí—, no pienso montar el espectáculo delante de toda esta gente.

—Como quieras —aceptó, encogiéndose de hombros—, pero la oferta sigue en pie.

Théo me abrió la puerta del coche cuando llegamos y luego se puso al volante.

—¿Adónde quieres ir? —me preguntó, mirándome muy serio por primera vez en toda la noche.

Comprendí la pregunta y recordé a Alice.

—A mi casa, por favor.

Théo asintió y encendió el motor. Apenas hablamos durante el trayecto, era como si una especie de niebla espesa se hubiera extendido entre los dos. Pensé que quizá Théo esperaba otra respuesta después de la velada tan agradable que habíamos compartido, pero no me sentía preparada para dar un paso más.

Detuvo el coche junto a mi casa y se bajó del coche para ayudarme a salir. Trastabillé levemente cuando me puse de pie, pero Théo me cogió rápidamente por la cintura y me sostuvo sin aparente esfuerzo.

—Malditos tacones… —me excusé. Acto seguido lancé dos rápidas patadas hacia delante y me libré de ellos. Luego me agaché, los recogí y se los mostré a Théo con una sonrisa triunfal—. Fin del problema —dije.

Théo rio con ganas.

—No puedes caminar descalza —dijo él, y sin mediar palabra me cogió en brazos y me pegó a su pecho.

Se me escapó un gritito de sorpresa, pero no me resistí. Me estremecí al sentirlo pegado a mi cuerpo. Lo sentía respirar, tensar los músculos para sujetarme; notaba su aliento sobre mi cabeza, cálido y un tanto acelerado.

Théo recorrió los escasos metros que nos separaban del portal como si yo no pesara nada. Le di las llaves para que abriera y empezó a subir las escaleras.

—Aquí ya es seguro pisar —protesté.

—Te dejaré en tu casa —dijo él—. Tranquila, no entraré —añadió en un susurro.

No pude evitar lamentar esas palabras. Por un momento había pensado que aquello era el principio de la noche, no el final. Recordé que era yo la que tomaba las decisiones y que había dejado claro que la velada terminaba allí, pero… ¿qué pasaría si entraba? ¿Acaso sentiría que estaba traicionándome a mí misma? ¿Y qué, si lo hacía? Pero yo tenía principios, y él me había mentido. No abiertamente, pero sí por omisión. Estaba comprometido cuando me sedujo. Y aún así, no era capaz de ignorar lo que sentía por él, las sensaciones que me embargaban cada vez que pensaba en él, y que me volvían loca cuando estaba cerca. Ahora, en sus brazos, no sabía si sería capaz de reunir la fuerza de voluntad suficiente como para pedirle que se marchara.

Théo subió las escaleras despacio, como si lamentara llegar hasta el final y verse obligado a dejarme en el suelo.

Cuando por fin llegamos frente a la puerta de mi apartamento, Théo suspiró y me dejó en el suelo con cuidado. Me pasé despacio las manos por las caderas para estirarme el vestido, me puse los zapatos y extendí la mano. Théo me devolvió las llaves y se quedó inmóvil y en silencio mientras yo le daba la espalda y abría la puerta. Me giré de nuevo y lo miré a los ojos. Él bajó la barbilla y abrió un poco la boca, pero no dijo nada.

—Lo he pasado muy bien —susurré.

Théo sonrió tristemente. Mi palabras habían sonado a despedida.

—Yo también —dijo.

—Siento haberme pasado con la bebida —añadí. Lo cierto era que yo tampoco tenía prisa por marcharme.

—Ha sido divertido —me aseguró él, ampliando la sonrisa—. Espero repetir pronto.

Abrí la puerta y di un paso adelante. Me di la vuelta desde el otro lado del umbral. Los ojos de Théo eran de fuego verde. «¿Qué más da?», pensé.

—Quizá quieras… —empecé.

Théo dio un rápido paso adelante y pegó sus labios a mi boca. Me besó con el ansia de un náufrago que acaba de encontrar agua, con la avidez del hambriento al que ofrecen un trozo de pan. Me cogió la cara entre las manos y me besó con fuerza mientras me empujaba con cuidado hacia delante. Apoyé la espalda contra la pared y subí las manos hasta la cabeza de Théo. Metí los dedos entre su pelo mientras mi lengua jugueteaba traviesa dentro de su boca. Estaba atrapada entre la pared y su cuerpo, pero no tenía intención de escapar.

Las manos de Théo abandonaron mi cara y se deslizaron voraces hasta mis caderas. Las acarició con fuerza y bajó aún más, hasta encontrar el bajo del vestido. Entonces comenzó un camino ascendente, arrastrando la tela a su paso, hasta regresar a las caderas. Cuando liberó mis piernas, me agarró por las nalgas y me levantó hasta la altura de sus caderas. Lo rodeé con las piernas y sentí su enorme erección.

Comencé a frotarme despacio contra los pantalones de Théo, llenos de su pene a punto de reventar. Sentía sus manos masajeándome las nalgas y apretándome aún más contra él. Estábamos muy juntos, pegados el uno al otro, compartiendo el aire, el gusto, los jadeos y las caricias.

En medio de un beso apasionado, Théo bajó la mano hasta la cinturilla de mi tanga y tiró con fuerza. Solté un gritito cuando sentí que la tela se separaba de mi cuerpo. Mientras me mordisqueaba el cuello y me subía un poco para poder apretarme los pezones con los dientes a través del vestido, Théo utilizó una mano para soltarse los pantalones, que cayeron al suelo seguidos de sus bóxer.

Eché la cabeza hacia atrás. Estaba en éxtasis. Sentí la lengua de Théo subir desde el hombro hasta mi mandíbula y, desde ahí, buscar de nuevo mi boca. Hundió la lengua al mismo tiempo que me penetraba de un solo movimiento, rápido, profundo, que me llenó por completo. Grité y ambos permanecimos quietos un segundo, hasta que el placer y la excitación se apoderaron de los dos. Me

agarré a los hombros de Théo y comencé a subir y bajar despacio sobre su verga. Estaba empapada, notaba la humedad deslizarse por mis muslos. Théo, con las manos en mis caderas, me ayudaba a acomodarme sobre él y me penetraba ahora despacio, disfrutando de cada centímetro que me hacía suya.

Nuestros ojos se encontraron. Los suyos brillaban en medio de la noche, apenas iluminados por la luz que entraba por las ventanas. Gemía y me agarraba a su espalda cada vez con más fuerza. Théo me besó y aceleró sus embestidas. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, hasta apoyarla contra la pared. El calor se apoderó de mi vientre y se deslizó sinuoso hasta mi sexo, donde explotó en forma de un orgasmo que me arrastró a una oleada de placer que parecía no tener fin. Théo siguió entrando y saliendo rápidamente mientras yo gemía y me estremecía entre sus brazos.

Théo respiró hondo para controlarse y esperó a que yo regresara de la cima del placer. Cuando volví a mirarlo, me subió un poco hasta salir de mí y volvió a acunarme en sus brazos. Apoyé la cabeza en su pecho mientras recuperaba el aliento. Théo se libró de los pantalones, que seguían enredados en sus piernas, y entró al salón conmigo en brazos. Me depositó despacio sobre el sofá y me miró a los ojos mientras pasaba la yema de los dedos por sus mejillas.

—¿Qué pasa? —le pregunté, preocupada al ver que él no seguía.

—No he traído preservativos —confesó—, pero no te preocupes, estoy bien.

Sonreí, le cogí la cara con las manos y lo acerqué a mí. Lo besé despacio, saboreándolo, pensando solo en lo que estaba haciendo, concentrándome en cada sensación que despertaba ese hombre en mí. Pasión, lujuria, deseo, ¿amor?

Luego puse las manos sobre sus hombros y lo empujé hacia atrás, hasta que estuvo tumbado sobre el sofá. Yo me puse de pie. Tenía el vestido rojo recogido en la cintura. Me libré de él y me quedé solo con el sujetador de encaje y los zapatos plateados de tacón. Théo me miraba con un niño miraría un pastel. Me incliné sobre él y le desabroché despacio la camisa, besando y acariciando

cada centímetro de piel que liberaba. Cuando su esculpido abdomen quedó a la vista, me coloqué a horcajadas sobre él y comencé a besarlo. Primero unos ligeros besos en la boca antes de comérmelo con voracidad. Luego, un reguero a través del cuello hasta llegar al pecho. Le acaricié el vello casi rubio con los dedos y jugueteé con sus pezones. Théo comenzó a respirar más deprisa y llevó las manos a mi espalda. Yo me separé de él, fruncí juguetona el ceño y me libré de sus manos.

—Eres mío —susurré sobre su boca.

Théo sonrió.

—Siempre —respondió.

Reanudé las caricias, los besos y los mordiscos, unas veces suaves y otras más afilados. Théo respiraba debajo de mí, jadeaba y soltaba algún gemido ronco que reverberaba en mi entrepierna. Le acaricié con las uñas y dibujé un camino de saliva en dirección a su ombligo.

Cuando llegué al pubis, soplé despacio sobre su vello y observé su verga, dura, grande, con el glande brillante, todavía húmedo por mi flujo. Deslicé los dedos hacia los testículos y los cogí con delicadeza. Luego estiré los dedos para acariciarle el escroto. Théo gimió una vez más. Con una sonrisa en los labios, Me incliné sobre él, abrí la boca y comencé a lamerlo. Lo rodeé con la lengua una y otra vez mientras me lo introducía en la boca, poco a poco primero, más adentro después. Rodeé la base con la mano y apreté con cuidado. Luego comencé a subir y bajar mientras me la metía en la boca todo lo que era capaz de abarcar.

—¡Oh, Dios! —lo oí.

Aceleré la succión y el vaivén de mi mano hasta que sentí que Théo se estremecía. Luego se quedó muy quieto y explotó. La boca se me llenó de un líquido caliente, espeso y dulce. No me disgustó tragármelo. Luego volví a lamer despacio toda la longitud de su pene mientras Théo recuperaba la respiración y su corazón dejaba de comportarse como un loco. Buscó mi mano y tiró de mí para que me tumbara sobre él en el sofá. Volvimos a besarnos y a acariciarnos

despacio, con infinita ternura, mientras el éxtasis se convertía en calma.

Me acomodé entre el cuerpo de Théo y el respaldo del sofá y apoyé la cabeza en su pecho. Oía latir su corazón. Le acaricié distraída el abdomen mientras él recorría mi espalda y la curva de la cintura con la yema de los dedos.

—¿Me has perdonado? —preguntó Théo con los labios pegados a mi cabeza.

—No —respondí sin dejar de acariciarlo—, todavía no.

—Dime qué puedo hacer, necesito que me perdones.

Me apoyé sobre el codo y lo besé en los labios.

—Tengo preservativos en mi habitación —dije.

53

Théo

El sábado amanecimos abrazados bajo las sábanas, con las piernas enredadas, desnudos y exhaustos después de haber hecho el amor dos veces más antes de dormirnos. El sol se coló a través de la ventana y nos acarició la cara.

—Buenos días —susurré.

—Mmmm… —protestó Olivia, que intentó ocultarse de la claridad.

—¿Café? —pregunté con una sonrisa.

—Por favor —respondió ella desde debajo de la almohada.

La besé en el hombro y me levanté. Me di una ducha rápida y me puse los calzoncillos que recuperé del suelo del salón. Luego entré en la cocina y empecé a abrir cajones y armarios hasta dar con lo que necesitaba. Preparé una bandeja con dos tazas de café recién hecho, un bol con fruta troceada y unas pastitas de mantequilla que encontré en una lata decorada.

Olivia se sentó en la cama, se retiró el pelo de la cara y sonrió.

—Estás preciosa —le dije mientras dejaba la bandeja en la mesita. Luego me incliné sobre ella y la besé en los labios.

Olivia me miró con el ceño fruncido.

—Y tú estás para comerte —dijo.

Lancé una carcajada.

—Te estás soltando mucho —bromeé mientras le pasaba una taza de café.

—Eres una mala influencia para mí —respondió ella—. No me reconozco.

Desayunamos en la cama y luego Olivia se duchó y se lavó el pelo. Salió envuelta en una toalla, con el cabello recogido en un turbante de felpa, y se sentó junto a mí, que la esperaba leyendo las noticias en mi móvil.

—¿Tienes que irte? —me preguntó.

La miré intrigado.

—No tengo nada que hacer hasta el lunes, ¿por qué lo preguntas?

—Bueno, yo sí tengo cosas que hacer. O, mejor dicho —rectificó, quitándose la toalla—, que me gustaría hacer.

—Eres una niña muy mala —le reñí, fingiendo seriedad.

—¿Porque digo lo que pienso y pido lo que quiero?

—Eso no es propio de una señorita —seguí, cada vez más cerca de ella—. ¿Voy a tener que enseñarte modales?

—Inténtalo —me retó.

Me acerqué a ella, que seguía sentada sobre la cama. La cogí de las piernas y tiré de ella hasta tumbarla de espaldas. Olivia gritó por la sorpresa y luego rio divertida. Yo la miraba con fuego en los ojos y media sonrisa en los labios.

Me levanté y me coloqué a un lado de la cama. Recorrí su cuerpo despacio con la mirada. Olivia se estremeció y jadeó.

—¿Dónde guardas la ropa interior? —le pregunté con voz ronca.

—En el primer cajón de la cómoda.

Me dirigí a la cómoda, abrí el cajón y estudié en contenido antes de meter la mano y coger dos pares de medias.

Volví a detenerme junto a la cama. No sonreía. Me incliné y la besé brevemente en los labios.

—Dame una mano —le pedí a continuación.

Olivia obedeció sin decir ni una palabra y le rodeé la muñeca con la media. Luego até el otro extremo al cabecero de la cama. Di la vuelta y extendí la mano para pedirle la suya sin palabras. Olivia

obedeció de nuevo y unos segundos después estaba inmovilizada y absolutamente expuesta.

Pero no había terminado. Regresé al cajón y saqué otras dos medias. De nuevo junto a la cama, le regalé una larga caricia desde la cadera hasta el talón. Acto seguido, le rodeé el tobillo con la media y la até al pequeño saliente del pie de la cama. Repetí la operación con el otro pie, de nuevo tras una larga y cálida caricia.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Olivia asintió.

—Sí —dijo.

Fruncí el ceño.

—Shhhh… No te he pedido que hables.

Olivia jadeó, pero no dijo nada.

Me senté en la cama, junto a ella, y la miré un instante a los ojos. Luego sonreí y alargué la mano hasta su cara. La acaricié despacio, con la yema de los dedos, dibujando un recorrido que hizo que Olivia se estremeciera. Me deslicé despacio por el hombro y luego tracé una amplia curva hacia su pecho. Comencé a rodearlo en círculos cada vez más cerrados hasta llegar al pezón, duro y enfebrecido a esas alturas. Lo pellizqué y lo retorcí con suavidad y acto seguido me abalancé a por él con la boca. El cambio brusco de la suavidad a la ávida succión cogió a Olivia por sorpresa, que dejó escapar un gritito. Le arañé el pezón con los dientes, luego lo lamí y por fin, lo besé y tironeé despacio de la piel oscura. Luego repetí la operación con el otro pecho. La lengua, los labios y los dientes alternaron protagonismo mientras Olivia gemía y jadeaba sin poder hacer nada, inmovilizada en la cama.

—Seré buena —prometió—. Suéltame.

Le rodeé una vez más el pezón con la lengua antes de mirarla a los ojos y responder.

—Solo son promesas —dije—. Tengo que estar seguro de que aprendes la lección. Además —añadí—, no te había dado permiso para hablar. Niña mala.

Olivia volvió a sentir mi boca en el pecho mientras mi mano se deslizaba cintura abajo y se colaba en su entrepierna. Dejé escapar un sonido gutural cuando comprobé su excitación. Al instante, Olivia comenzó a mover las caderas.

Colé un dedo en su vagina mientras le acariciaba el clítoris con el pulgar. Cuando Olivia gimió, introduje un segundo dedo y presioné hacia arriba en el interior. El clítoris, excitado por dentro y por fuera, se hinchó y la aproximó al orgasmo. Entonces, retiré la mano, saqué los dedos y soplé despacio sobre el sexo de Olivia, que gimió contrariada y movió las caderas para recuperar el contacto.

—Todavía no —le dije con una sonrisa—. Las niñas malas no se merecen un premio.

—Por favor… —suplicó.

—Shhh… —ordenó él—. Cierra los ojos —añadí—, que nada te distraiga de lo que sientes.

Olivia me miró un instante. Luego apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Al instante, mi boca regresó a sus pezones y la mano, a la entrepierna. Jugueteé en su interior y le froté el clítoris, presionaba por dentro y masajeaba en círculos por fuera. Aceleré los movimientos mientras ella subía y bajaba las caderas para sentirme más adentro, con más fuerza. Hasta que no pudo más. El orgasmo la alcanzó con una intensidad desconocida para ella hasta entonces. Sin posibilidad de moverse, de tocar o de ver nada, todos sus sentidos se concentraban en una sola sensación: el placer.

Levantó las caderas todo lo que las ligaduras le permitieron y yo aceleré los movimientos de mi mano mientras mi boca seguía succionando sus pezones sin piedad.

Poco a poco, ralenticé los movimientos y suavicé la presión. Cambié los labios por la lengua, para lamer despacio la piel del pecho, y le acaricié el vientre y la cintura con la otra mano.

Luego, sin decir una palabra, solté una a una las medias que la sujetaban a la cama.

Cuando abrió los ojos, me encontró desnudo a su lado, con una enorme erección apuntando hacia ella y fuego en los ojos. Y ya me había puesto un condón.

—Última lección —dije.

La cogí por la cintura y le di la vuelta sin demasiado esfuerzo hasta colocarla a cuatro patas sobre el colchón. Puse la mano en su espalda y la empujé hacia delante. Olivia inclinó la cabeza y se quedó con el culo en pompa. Detrás de ella, de pie en el suelo, pegado a la cama, le masajeé los glúteos, la espalda y los hombros antes de regresar a su entrepierna.

—Estás empapada —murmuré—. Me encanta que te corras para mí.

Acto seguido, sin previo aviso, la penetré con fuerza hasta el fondo. Luego la cogí de las caderas y comencé a moverme despacio dentro de ella. Salía poco a poco y volvía a entrar con fuerza. Con cada embestida, ella gemía más y más fuerte, más deprisa, levantando las caderas para facilitarme el acceso.

—Eso es —gruñí—. Me vuelves loco.

Aceleré el ritmo y llevé una mano a su entrepierna. No me costó encontrar lo que buscaba. El clítoris, inflamado y exigente, vibró en cuanto me acerqué a él. Olivia comenzó a jadear y yo aceleré el ritmo una vez más. La sentí temblar debajo de mí, sobre mi mano, y la sensación fue tal que ya no pude aguantar más y me corrí en su interior.

Olivia se dejó caer hacia delante y yo salí de ella con cuidado. Me deshice del preservativo, me tumbé a su lado y comencé a acariciarle la espalda despacio.

—¿Ya no estoy castigada? —preguntó con un hilo de voz.

—Nunca has estado castigada —reí—. Ha sido… una lección.

—Creo que me portaré mal más a menudo —decidió ella.

—Siempre que quieras.

54

Olivia

Théo se marchó pasado el mediodía. Habíamos pasado la mañana en la cama, acariciándonos perezosos y haciendo el amor como salvajes. Cuando me quedé sola, estaba tan cansada que apenas era capaz de darme una ducha. Remoloneé un rato en la cama y recordé la última conversación que habíamos tenido antes de despedirnos.

Me había acomodado en el hueco de su hombro y él me acariciaba la cintura distraído.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

Théo detuvo el vaivén de sus dedos un segundo y suspiró.

—En nosotros —respondió.

—Nosotros no… —empecé.

—Lo sé, lo sé —me cortó Théo—. Necesito preguntarte algo —añadió.

—Claro, lo que quieras.

—Sé que todavía no me has perdonado —dijo—, pero necesito saber si crees que serás capaz de hacerlo o si, por el contrario, guardarás siempre dentro de ti mi… traición —añadió en voz baja.

Me quedé un momento en silencio, sin saber bien qué decir. Respiraba el aire que corría pegado a su cuerpo, y eso me parecía lo más íntimo que había compartido con alguien en toda mi vida

—Mi madre siempre dice que el único camino transitable es el que tienes delante, que por muchos baches, piedras y muros que haya detrás de ti, están ahí, detrás, no delante, y que no merece la pena pararse a mirarlos porque nunca volverás a estar ahí… salvo que seas una estúpida —dije por fin.

—Entiendo.

—Yo no soy una estúpida, y creo de verdad que es necesario mirar adelante, pero tengo que estar segura de que no volveré a tropezar con la misma piedra. Me ha dolido mucho, todavía me duele.

Théo me estrechó contra su pecho.

—Si por mí fuera, limpiaría yo mismo tu camino de cualquier obstáculo. Fui un idiota, un auténtico cabrón —dijo en voz baja—, y me arrepiento cada día de no haber sido sincero contigo. Con las dos, de hecho. Como dice tu madre, ya no hay vuelta atrás. Lo único que puedo hacer es prometerte, jurarte si me lo pides, que jamás volveré a mentirte, ni de hecho, ni por omisión. Nunca, por dura que sea la verdad, mentiré o me callaré.

Cerré los ojos y escuché a mi corazón. Mis sentimientos hacia Théo eran intensos. De hecho, lo habían sido desde el día que nos vimos frente a *Le chat noir*. Desde el principio me había sentido atraída por él, y a esas alturas lo que sentía estaba más cerca del amor que de la simple atracción física.

Luego escuché a mi cabeza. Me dolía la herida de la traición, de la mentira. ¿Quién me aseguraba que eso no fuera la norma en su comportamiento? Al fin y al cabo, lo conocía desde hacía solo unas semanas. Él juraba que nunca se había comportado así, pero yo no tenía forma de comprobar que eso fuera cierto.

La balanza no se inclinaba con claridad a un lado ni al otro.

—Necesito tiempo —dije por fin—. Tiempo para volver a confiar en ti y en mí misma. No estoy preparada para comprometerme, todavía no —añadí—. Quizá podamos vernos de vez en cuando —propuse a continuación—, salir, ir a cenar…

—Es una gran idea —aceptó él—, lo haremos como tú quieras.

55

Théo

Mi cabeza daba vueltas mientras conducía de regreso a casa. Me sentía feliz y triste al mismo tiempo, optimista y preocupado. Mi estado de ánimo viraba del blanco al negro en cuestión de segundos, y ese tiovivo de sentimientos me estaba revolviendo el estómago.

Comprendía a Olivia. En su lugar, yo quizá no le hubiera dado una segunda oportunidad, pero ella estaba demostrando ser mucho más generosa que yo, que me había comportado como un auténtico cabrón y aún estaba teniendo la cara dura de poner todo mi empeño en volver a seducirla.

Todavía podía sentir el sabor más íntimo de Olivia en mi boca. Sentí una punzada entre las piernas que tuve que esforzarme por controlar. No podía comportarme como un adolescente.

Me juré a mí mismo que no la acosaría, que le daría el tiempo y el espacio que ella me había pedido y que yo había prometido respetar.

Una vez en casa, me di una larga ducha y me puse ropa cómoda. Luego me preparé un sándwich, lo puse en una bandeja junto con un vaso de agua y una servilleta y me dirigí a mi despacho. Intenté concentrarme en los emails que tenía delante, en los documentos que requerían mi revisión y en la agenda de la siguiente semana, pero mi mente se empeñaba en volver una y otra vez a Olivia. A su cuerpo, más concretamente. A su entrepierna, para ser más exacto.

Sentí una punzada en los pantalones y fruncí el ceño. Revisé la presentación para los potenciales socios británicos y volví a ver en la pantalla del ordenador el vídeo que acompañaría su presentación.

Todo estaba en orden. Había un millón de cosas más que podría hacer, pero era incapaz de concentrarme.

Recogí los restos de la comida, llevé la bandeja a la cocina y entré en mi dormitorio para cambiarme de ropa. Me puse un pantalón corto, una camiseta y las zapatillas, guardé las llaves en el pequeño bolsillo de la cinturilla y fijé el móvil en la cinta que me ajusté al brazo. Con los auriculares puestos y la música ya llenando mis oídos, salí de casa y puse rumbo al cercano parque.

Espacio y tiempo. Eso era lo que Olivia necesitaba, lo que me había pedido y lo que yo iba a darle, aunque para aguantarme las ganas de llamarla tuviera que correr una maratón cada día.

56

Olivia

Nunca he sido perezosa, y no estaba dispuesta a empezar ahora, por mucho que lo que más me apeteciera fuera dedicar el día a no hacer nada. El *dolce far niente* era una fortísima tentación, pero mi determinación era aún más fuerte.

Me di una larga ducha y me vestí con ropa informal. Un vaquero holgado, una blusa blanca y deportivas del mismo color. Me recogí la melena en un moño desenfadado que sujeté con una cinta azul y cogí la cesta de la compra. Estaba en el paro, no podía permitirme comer fuera cada día. No quería utilizar los ahorros que tenía, y no sabía cuándo se haría efectiva la herencia que Nicole había repartido entre sus empleados. El notario me había dicho que había una larga burocracia con la que cumplir y que no podría transferir las cantidades asignadas antes de al menos dos meses. Así que tocaba ajustarse el cinturón.

Las calles de mi barrio bullían de actividad. Comerciantes y clientes intercambiaban saludos, preguntas y respuestas. La mercancía iba de una mano a otra y por doquier se formaban pequeños grupos de personas que charlaban con una sonrisa en los labios. Sonaba la música en las terrazas y cafeterías, donde los camareros corrían entre las mesas para recoger las comandas y servir los pedidos.

Entré en la frutería y me aprovisioné de tomates, judías, pimientos y calabacines. Escogí también algunas manzanas y un puñado de fresas. Pagué y me despedí con una sonrisa de la tendera, una simpática mujer que me llamaba «cariño» o «niña», como al resto de sus clientas.

En la pescadería pedí salmón, gambas y unos mejillones. Se me hacía la boca agua pensando en el guiso que haría con esos ingredientes. Le añadiría vino blanco, decidí mientras salía de nuevo a la calle. Tenía la cabeza despejada, me sentía tranquila, casi feliz. Puse rumbo a la carnicería que había unos cien metros calle adelante.

Oí el estruendo de un motor. Seguí caminando sumida en mis pensamientos. El ruido, supuse que de una moto, sonaba cada vez más cerca. No me preocupé, pero me molestó que alguien fuera tan desconsiderado conduciendo tan deprisa por unas calles abarrotadas de gente.

El hombre que caminaba a mi lado me dio un brusco empujón que me desestabilizó y me hizo trastabillar. En lugar de ayudarme, el hombre estiró la mano hacia mí y me impulsó hacia la carretera. En ese momento, la moto atronó en la calzada. Escuché gritos a mi alrededor, perdí el equilibrio y giré sobre mí misma justo a tiempo de ver el casco negro del motorista. No pude apartarme. La moto me golpeó en el brazo y volví a girar. Mis pies perdieron el contacto con el suelo, sentí que volaba y, por fin, caí sobre la calzada con un golpe sordo.

Me quedé tumbada bocarriba, aturdida y mareada. Al principio no sentí dolor, pero pocos segundos después se extendió por todo mi cuerpo como una marea punzante. La gente comenzó a arremolinarse a mi alrededor. Vi a varias personas con el móvil en la mano. Quería levantarme, pero no podía moverme. Por fin, cerré los ojos y me desmayé.

Cuando recuperé la conciencia, una joven morena se inclinaba sobre mí con el gesto serio y los labios apretados.

—Está despierta —anunció a alguien a quien yo no alcanzaba a ver—. ¿Me oye? —me preguntó a continuación. Moví la cabeza arriba y abajo unos centímetros—. Consciente y asertiva —gritó de nuevo con la cabeza vuelta hacia la persona invisible.

El aullido de la sirena me impedía pensar con claridad. Recordaba perfectamente lo que había ocurrido. Alguien me había empujado a

la carretera cuando pasaba la moto. Habían intentado matarme. Cerré los ojos y tragué saliva. No me costó comprender qué había pasado y quién estaba detrás. Lo que era incapaz de encontrar era un modo de seguir con vida.

57

Olivia

Dos doctoras y un ejército de enfermeras me recibieron en el hospital y comenzaron de inmediato a hacerme preguntas, a estudiar cada centímetro de mi cuerpo, a presionar aquí y allá, auscultarme y pincharme con finas agujas que primero extrajeron mi sangre y después me suministraron suero y calmantes.

Me hicieron radiografías, me metieron en una máquina de resonancia magnética y me vistieron con un camisón hospitalario después de que me cortaran la ropa para curar las heridas que la caída y el roce con el asfalto me habían provocado.

Cuando por fin me llevaron a una habitación y me acomodaron lo mejor que pudieron, una de las doctoras se situó a mi lado y me dedicó una sonrisa.

—Podía haber sido mucho peor —dijo—. La bolsa que llevaba al hombro amortiguó la caída y evitó fracturas graves, pero tiene varias heridas que hay que curar, una fisura en la muñeca, contusiones en la cadera, hombros y espalda y, lo que más nos preocupa, un pequeño hematoma en la cabeza.

Fruncí el ceño. Me estaba asustando.

—¿En la cabeza? —acerté a preguntar.

La doctora asintió.

—Así es. Lo normal es que se reabsorba por sí mismo sin más complicaciones, pero necesitamos vigilarla hasta que eso suceda. Si el hematoma crece, se mueve o simplemente no se reabsorbe, tendremos que operarla para que no presione el cerebro. ¿Comprende lo que le estoy diciendo?

Asentí.

—Bien —continuó la doctora—. Hemos encontrado su documentación en el bolso que llevaba. Olivia Roussel, ¿es así? —esperó hasta que volví a asentir—. ¿Hay alguien a quien podamos avisar? Familia, amigos…

Pensé un momento. Mis padres vivían a quinientos kilómetros de distancia, y prefería no alarmarlos innecesariamente. Ya los llamaría cuando supiera si todo iba bien o si, por el contrario, había alguna complicación en mi cabeza.

—Hay alguien, sí —dije por fin—. Gracias.

Cuando la doctora se fue, cerré los ojos y dejé que lo que fuera que me habían inyectado disolviera el miedo y el dolor hasta hacerlo desaparecer.

Dormí durante un buen rato y permanecí después en un apacible duermevela favorecido por los narcóticos. Los sonidos de la vida hospitalaria me llegaban amortiguados por la pared y los calmantes.

Un rato después, no sé cuánto, la puerta de la habitación se abrió con sigilo y Adele se asomó con cautela, como si no estuviera segura de que la esperaban a ella.

—¡Adele! —exclamé desde la cama—, has venido…

Sentí cómo las lágrimas se agolpaban detrás de mis ojos. Mi amiga se acercó en dos zancadas de sus largas piernas y me miró un instante, tratando de decidir si podía abrazarme o no. Luego se inclinó sobre mí y me dio un largo beso en la frente mientras con la mano me secaba las lágrimas.

—Mi querida niña —dijo Adele—, ¿qué te ha pasado?

Me estremecí al recordar lo sucedido.

—Me han atropellado —le conté. Luego bajé la voz y añadí—: fue a propósito, me empujaron para que cayera justo delante de la moto.

—¡Dios mío! —Adele se llevó las manos a la boca en un gesto de espanto—. ¿Estás segura de eso?

Asentí con decisión, lo que me provocó un mareo que me obligó a cerrar los ojos y apoyar la cabeza en la almohada.

—Deberías hablar con la policía —añadió mi amiga.

Suspiré.

—Ya han estado aquí, pero la doctora les pidió que volvieran más tarde. Varias personas llamaron a emergencias.

—Cuéntales lo que pasó —dijo Adele tajante.

—Es complicado…

—¿Qué es complicado? —me cortó—. Un chalado te ha lanzado a la carretera justo cuando venía un vehículo. Seguro que hay cámaras en la zona, o testigos que lo vieron. Un tipo así no puede andar suelto por la ciudad.

Yo no creía que se tratara de un loco, como proponía Adele, ni de que hubiera sido una víctima al azar. No podía afirmarlo al cien por cien, pero un pálpito me decía que quien me había perseguido, amenazado y encañonado para que le entregara los documentos de Nicole había decidido ahora que era preferible no dejar cabos sueltos.

El teléfono de Adele tintineó en su bolso. Ella lo sacó, leyó el mensaje y volvió a llevarse la mano a la boca.

—Es Virginie —dijo, refiriéndose a otra de las camareras de *Le chat noir*—, te acaba de ver en las noticias. Mucha gente lo grabó con su móvil y lo han subido a las redes sociales. El informativo ha utilizado algunas de esas imágenes para hablar del atropello. Te ha reconocido sin problemas…

—Dios mío… Mis padres… —sollocé preocupada.

—¿No los has llamado? Será mejor que lo hagas —añadió al ver que yo movía la cabeza de un lado a otro—. Se van a asustar mucho si te ven tirada en el suelo, inmóvil y ensangrentada.

—Todavía no se han recuperado del susto por lo de *Le chat noir* —confesé—. Mi teléfono está en el armario —le pedí a continuación.

Cuando Adele me lo dio, vi que tenía casi una decena de llamadas de mis padres y otras tantas de Théo. Había sido una

estúpida al pensar que podía manejar la situación con discreción. Marqué primero el número de mis padres. Mi madre respondió al primer tono. Lloraba al otro lado de la línea, aliviada al escucharme, pero preocupada por lo que había sucedido. Me costó un esfuerzo enorme convencerla de que me encontraba relativamente bien, que había tenido suerte y que solo estaría un par de días en el hospital, en observación. Mi madre insistía en viajar a París de inmediato para cuidarme.

—Te necesitaré cuando me den el alta —le dije—, ahora tengo a Adele, una buena amiga. Está aquí conmigo. Estoy bien, de verdad —añadí—. Tendré moratones una buena temporada, pero he tenido suerte —repetí—, no tengo nada roto, solo una pequeña fisura que se curará pronto. Te llamaré cada día —prometí—, y podréis venir cuando vuelva a casa, ¿de acuerdo?

Mi madre aceptó a regañadientes, después de arrancarme la promesa de que ella o Adele los llamarían si ocurría algo y asegurarme que estarían en París la semana siguiente y se quedarían el tiempo que hiciera falta.

La charla me había mareado. Le di el teléfono a Adele y cerré los ojos un momento. Me retumbaba la cabeza, me escocían las heridas y la cadera había empezado a dolerme bastante. También sentía dolor en los hombros, en los brazos, en la espalda, en el cuello…

Me quedaba una llamada que hacer. Estaba a punto de volver a pedirle el teléfono a mi amiga cuando la puerta se abrió de golpe.

—¡Está aquí! —exclamó Théo.

Abrí los ojos y lo vi. Tenía la cara brillante y los ojos muy abiertos. Respiraba entrecortadamente y parecía haberse quedado congelado en el umbral. Detrás de él apareció un hombre de su misma edad, moreno, atractivo, de pelo oscuro y ondulado, que se asomó a la habitación por encima del hombro de Théo.

—Estás aquí —repitió Théo en voz más baja. Luego se acercó despacio a la cama y alargó la mano hasta rozarme los dedos.

—Iba a llamarte ahora… —empecé.

—Kyllian me ha avisado. Ha visto la noticia y te ha reconocido. Por suerte, el reportero ha dicho el hospital al que te habían trasladado —añadió.

Me sentí palidecer. Todo el mundo sabía dónde estaba.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó Théo, que sentía cómo mi mano temblaba bajo la suya.

—No puedo quedarme… Tengo que irme…

Théo frunció el ceño y me miró en silencio un largo rato.

—No ha sido un accidente —dijo luego en voz baja.

Moví la cabeza de un lado a otro.

Théo me apretó la mano y luego la soltó. Se volvió hacia el hombre que había llegado con él.

—Kyllian —lo llamó—, necesitamos un guardia en esta habitación. Armado, si es posible. Haz lo que tengas que hacer, ¿de acuerdo?

—No será fácil —apuntó él—. Por si no te has dado cuenta, estamos en un hospital y esto no es el lejano Oeste.

—Lo que sea necesario. Hazlo —insistió Théo. Luego se giró hacia Adele, que se había situado en un rincón y los observaba con los brazos cruzados—. ¿Y usted es…? —preguntó.

—Adele, una amiga de Olivia. Me pidió que viniera.

Los ojos de Théo se ensombrecieron al descubrir que la había llamado a ella en lugar de a él, pero no dijo nada.

—Necesito hablar con Olivia en privado —pidió.

—Yo no me muevo de aquí hasta que… —protestó, dando un paso al frente.

—Está bien, Adele —intervine—. Solo unos minutos.

La joven apretó los labios y levantó la barbilla.

—Voy a comer algo, me muero de hambre —dijo—. Cuando vuelva, no me moveré de aquí diga lo que diga, ¿de acuerdo? —Se acercó a Théo hasta que pudo ver los puntitos dorados que moteaban sus iris verdes—. Y si le hace algo a mi amiga, aténgase a las consecuencias.

Cogió el bolso y salió de la habitación. Théo acercó una silla y se sentó junto a mí. Volvió a cogerme de la mano y me acarició despacio los dedos.

—Supongo que todo esto tiene algo que ver con lo que te llevaste del despacho de tu jefa y que guardaste en una caja de seguridad, ¿no es así?

Asentí en silencio. Tenía unas enormes ganas de llorar, pero conseguí mantener las lágrimas a raya. Respiré todo lo profundamente que me permitió el dolor que sentía en el tórax, me armé de valor y comencé a hablar. No me guardé nada. Le aseguré que no sabía qué contenía lo que me había llevado del despacho de Nicole, pero que mi jefa había insistido innumerables veces en los dos años que trabajé con ella en lo que tenía que hacer en caso de que a ella le sucediera algo.

—Supongo que pensaba más en un accidente o en una enfermedad, no en un ataque terrorista —dije—. Además, tú mismo la oíste pedírmelo —le recordé.

Théo asintió en silencio.

Luego le hablé de las llamadas intimidantes, de las amenazas. Estaba segura de que asaltaron mi casa para buscar lo que no habían encontrado en el despacho.

—Lo llevaste a una caja de seguridad —dijo Théo.

—Así es —reconocí—, pero empezaron a amenazarme con matarme, así que accedí a entregárselo.

—Tendrías que haber acudido a la policía…

Fruncí el ceño.

—¿Al inspector Roux? ¿Estás seguro? —Théo no respondió y yo continué—. El día acordado para la entrega, fui al banco y alquilé una segunda caja de seguridad. Hice una copia de todo lo que contenía la primera y lo guardé. Luego le entregué a un tipo lo que Nicole tanto protegía. Me sentí como una traidora… Me apuntó con una pistola —añadí con un escalofrío.

—¿Saben que tienes una copia? —preguntó.

—No —negué con vehemencia—. No lo sabe nadie, no he hablado con nadie de esto.

—Y estás segura de que lo de hoy no ha sido un accidente…

—Me empujaron desde la acera justo cuando pasaba la moto —afirmé convencida.

—No quieren testigos —murmuró Théo—. Sé que no te gusta, que es un gañán insoportable, pero tenemos que llamar a Roux.

Traté de incorporarme, pero desistí ante la oleada de dolor que me recorrió. Cuando recuperé el aliento, apreté la mano de Théo para llamar su atención.

—No puedes involucrarte en esto —le dije—. Eres una persona pública, un empresario de éxito. Tienes negocios que atender, ¡debes ir a Londres la semana que viene! No permitiré que te salpique un asunto como este. Y, además, tengo a Adele —añadí—, y mis padres vendrán la semana que viene.

Théo sonrió con tristeza.

—Estás loca si crees que te voy a dejar de lado por lo que puedan decir. No, jamás haría eso. Le pediremos discreción a Roux, pero por ti, no por mí. No quiero que te encuentren, deberían trasladarte a otro hospital lo antes posible, hoy mismo, y mantenerlo en secreto.

—Yo…

No pudieron seguir hablando. La puerta se abrió de un golpe y el inspector Roux se materializó ante ellos como si hubieran invocado a un fantasma.

—Y yo que pensaba que no los volvería a ver… —dijo mientras cerraba la puerta a su espalda—. He revisado las imágenes —dijo—. No fue un accidente, ¿verdad, señorita Roussel?

58

Théo

Olivia le contó al inspector Roux lo que pasó en el despacho de Nicole Labelle la noche del atentado. Le habló de los papeles que sacó de la caja fuerte y de la botella de vino que volcó a propósito sobre el portátil. Yo permanecí en silencio, de pie junto a su cama, atento por si Roux se pasaba de la raya.

—Me pidió mil veces que hiciera eso en caso de que a ella le ocurriera algo —repitió por enésima vez.

—¿Qué la asesinaran? —preguntó irónico el policía.

—Creo que estaba pensando más bien en una enfermedad o un infarto, pero no podemos elegir la forma de morir, ¿no?

Roux hizo un mohín con los labios, pero se ahorró la respuesta.

—¿Dónde está ahora ese material? —siguió el inspector.

Olivia cerró los ojos un instante. Tenía miedo.

—La amenazaron de muerte —respondí en su lugar—. Entregó todo lo que se había llevado a un tipo que la encañonó con una pistola.

Ambos omitimos el hecho de que Olivia había copiado los archivos, que permanecían a buen recaudo en una caja de seguridad. Ella había insistido en esto, se mostró inflexible en este punto. No le gustaba Roux y no estaba segura de que pudieran fiarse de él.

—¿Usted también estaba al tanto? —me preguntó Roux con el ceño fruncido.

—Se lo he contado esta tarde —contestó Olivia rápidamente—, justo antes de que usted llegara.

—Qué casualidad…

Me acerqué al policía y avancé hasta situarme a un metro de él. Yo era un palmo más alto y estaba en bastante mejor forma. A cambio, él era un agente de la ley e iba armado. Me detuve y me esforcé por calmarme antes de hablar.

—Me estoy cansando de su sarcasmo —le dije—. Si tiene algo que decir, dígalo sin más, pero deje de tratar a la señorita Roussel como a una delincuente. Ella es una víctima, actuó de buena fe en una situación extrema…

—Y luego ocultó material sensible a pesar de que le pregunté explícitamente y en varias ocasiones si se había llevado algo del despacho —me cortó Roux.

—¿Por qué está tan seguro de que lo que se llevó contenía «material sensible»? —Arrugué la frente y lo miré con atención.

—Nadie insiste en hacer desaparecer algo si no es sumamente importante.

—Ella no tiene ni idea de lo que contenía lo que se llevó —seguí.

—Y ahora es posible que no lo sepamos nunca —concluyó el policía.

Nos miramos el uno al otro como dos ciervos a punto de embestirse. Un largo minuto después, Roux levantó la cara y dio un paso atrás.

—Vamos a centrarnos en lo que ha ocurrido hoy —dijo por fin.

Solté el aire que retenía y relajé los hombros.

—La han atropellado intencionadamente —resumí—. Quien se llevó los documentos a punta de pistola no quiere dejar cabos sueltos.

Sentí la mirada de Olivia sobre mí. Asentí cuando comprendí lo que me preguntaba sin palabras. Ella se volvió hacia Roux, cogió aire y empezó a hablar.

—Inspector —dijo en un hilo de voz. Estaba agotada—. En realidad, quizá sí podamos saber lo que lo que contenía el material que buscaban y que le entregué a aquel hombre. Hice una copia —confesó por fin—. La guardé en una caja de seguridad. Se la daré.

La habitación del hospital se convirtió en un fortín. Dos policías armados se situaron en el pasillo, mientras que Adele y yo nos acomodamos cada uno a un lado de la cama de Olivia. Ninguno de los dos estábamos dispuestos a marcharnos a pesar de la presencia policial.

A última hora de la tarde, la enfermera le inyectó un calmante y le aconsejó durmiera un poco. Aunque hubiera intentado permanecer despierta, no lo habría conseguido. El sedante la adormeció en minutos. Ni siquiera fue consciente de que cerraba los ojos y se dejaba ir.

Me acerqué a ella y le acaricié despacio la frente y la mejilla. Cuando estuve seguro de que estaba bien, me senté en la silla que había colocado junto a la cama y miré a la joven que observaba a su amiga con gesto preocupado.

—¿Hace mucho que os conocéis? —le pregunté en voz baja.

Adele levantó la vista sobresaltada, como si hubiera olvidado que yo estaba allí.

—Trabajo en *Le chat noir* desde hace un año. Trabajaba —corrigió en el acto—. Olivia se ocupaba de que todo estuviera bien, de que todas estuviéramos bien —añadió—. Siempre tenía una palabra amable, se interesaba por lo que nos pasaba dentro y fuera del trabajo. Me gusta hablar con ella, y quiero pensar que a ella le gusta estar conmigo —terminó con los ojos brillantes.

Asentí despacio.

—¿Y vosotros? —preguntó Adele—. Supongo que tú eres el cabrón que le rompió el corazón —soltó sin contemplaciones.

Recibí el golpe y lo encajé sin intentar defenderme. En efecto, yo era el cabrón que le había hecho daño.

—Es complicado —dije sin más.

—Todo es complicado… —suspiró la joven—. ¿Te imaginas una vida fácil? Yo soñaba con algo así, una buena vida. Por eso dejé a mi familia y mi país y vine a Francia. Nada fue como yo esperaba —siguió—, y acabé de camarera, aunque he tenido trabajos peores…

Bueno —sacudió la cabeza y enderezó la espalda—, veamos el lado positivo. Acabé conociendo a Olivia —sonrió.

Sonreí con ella.

Olivia se movió inquieta en la cama y ambos guardamos silencio y nos giramos hacia ella, preocupados. Cuando siguió durmiendo sin abrir los ojos, nos miramos de nuevo y sonreímos.

—¿Tienes hambre? —preguntó Adele—. Yo podría comerme un caballo.

—No demasiada —reconocí—, pero deberías bajar a la cafetería antes de que cierren. No me moveré de aquí.

Adele dudó unos segundos mientras me escrutaba con los labios apretados. Decidió que podía fiarse de mí y cogió el bolso.

—Volveré enseguida —prometió— y te traeré algo por si dentro de un rato tienes hambre.

—Gracias.

Adele salió y cerró la puerta tras de sí. La oí hablar con los guardias de la puerta y alejarse después por el pasillo.

Me levanté y me acerqué a la cama. Olivia parecía tranquila, respiraba suave y acompasadamente y las constantes que reflejaban las máquinas a las que estaba conectada eran regulares y pausadas.

Alargué la mano y le acaricié el antebrazo con la punta de los dedos. Subí despacio por encima del camisón hasta el cuello y tracé la curva hacia la barbilla. Sin perder el contacto con su piel, dibujé su perfil a cámara lenta. Le retiré un mechón de pelo rubio y me incliné para depositar un beso en su frente. Mis labios apenas la rozaron. No quería despertarla. Aparté la mano y la observé dormir.

La puerta se abrió e iluminó la habitación con una inesperada claridad. Entonces vi los moratones en la cara y el hombro de Olivia, los rasguños enrojecidos y las pequeñas heridas.

Podía haber muerto. En esos momentos, podía estar velando un cadáver.

Apreté los puños y los dientes. Luego levanté la cara y sonreí de medio lado. Adele me observaba con atención. Llevaba una bolsa de

papel en una mano y una bandeja de cartón con dos vasos en la otra.

—¿Todo bien? —preguntó mientras me ofrecía uno de los vasos. Dentro humeaba un aromático café. No estaba mal para ser de hospital, pensé.

Me llevé el vaso a los labios y bebí en silencio.

—Todo bien —respondí por fin—. No se ha movido, parece tranquila. Solo estaba…

—Preocupado —terminó la joven por mí.

Asentí y la miré a los ojos. Sus pupilas brillaban rodeadas de una piel oscura como el café que tenía en la mano. Observé sus pómulos altos, los labios gruesos, la nariz pequeña, graciosa. Llevaba el pelo negro recogido en una coleta que hacía rato que había empezado a soltarse. No aprecié ni una gota de maquillaje y, aun así, tenía que reconocer que era preciosa. Alta, delgada, con unos pechos generosos, unas caderas breves y unas piernas poderosas, fuertes y larguísimas. Estaba viendo a una joven inteligente y muy guapa, no a una… Lo que fuera que hubiera sido antes.

Aparté esos pensamientos de mi cabeza y regresé a la silla con el café en la mano.

—He traído un par de sándwiches y unas galletas de chocolate —añadió Adele, que se había quedado de pie junto a la cama—. No te conozco, no sé lo que te gusta, así que he comprado un poco de dulce y un poco de salado.

—Muchas gracias —le dije de corazón.

Adele se sentó y permanecimos en silencio. El hospital fue poco a poco sumergiéndose en la calma nocturna. Olivia continuaba dormida. Su pecho apenas se movía y las manos descansaban relajadas a ambos lados de su cuerpo. Acerqué la silla un poco más a la cama y estiré el brazo hasta alcanzar la mano de Olivia. La cubrí con la mía y apoyé la cabeza en el incómodo sillón. Aquel no era el mejor lugar para pasar la noche, pero no tenía intención de

moverme de allí. Tampoco Adele, por lo que deduje. La joven se había descalzado y había recogido las piernas sobre su sillón.

—¿No prefieres irte a casa? —le ofrecí.

Adele movió la cabeza de un lado a otro con energía.

—Olivia me llamó a mí —me recordó.

Luego se acomodó con extraordinaria facilidad en el estrecho sillón y cerró los ojos.

Sonreí brevemente. Por fin, cerré los ojos y me concentré en la calidez de la piel de Olivia, en la cadencia de su respiración y en la voz grave de Adele, que había iniciado un suave canturreo sin palabras, una melodía que me recordaba a una canción de cuna y que me envolvió como un cálido abrazo.

59

Olivia

Qué extraño era todo. A mi derecha, mi madre parloteaba en voz baja mientras me retiraba el pelo de la cara. A la izquierda, mi padre estudiaba lo que le rodeaba con el ceño fruncido. Frente a mí, de pie, con las piernas ligeramente separadas y los brazos cruzados, Théo permanecía atento a cada uno de mis gestos.

Me había llevado a su casa el día anterior, cuando por fin me dieron el alta en el hospital. Se negó a entrar en razón. Yo quería instalarme en mi apartamento, en mi ambiente, con mis cosas, pero no me escuchó, y a mí apenas me quedaban fuerzas para intentar imponerme. Me dolía todo el cuerpo, me sentía torpe, con los sentidos embotados y muy, muy cansada. Tampoco me encontraba bien psicológicamente. Tenía pesadillas y cualquier pequeño ruido inesperado me hacía saltar en el sitio. Así que me resigné y me instalé en su casa, aunque le dejé claro desde el principio que volvería a mi apartamento en cuanto fuera capaz de caminar más de veinte metros sin sentirme agotada.

Mis padres llegaron al día siguiente, y entonces, se desató el caos.

—No entiendo qué haces aquí —decía mi madre, extendiendo un brazo para abarcar la habitación del piso de Théo en la que me había instalado—. Tienes un piso fantástico en el que estarías comodísima y, de paso, nosotros te podríamos cuidar todo el tiempo, en lugar de tener que quedarnos en una habitación de hotel e ir y venir todo el rato.

Lo que no podía de ninguna manera era hablarles a mis padres de los ataques que había sufrido, ni mucho menos del asalto a mi apartamento. Se asustarían muchísimo y no estaba segura de cómo

lo gestionarían, así que les había contado que Théo era un «buen amigo» que había insistido en que me alojara con él para poder ayudarme en los primeros días.

—Dice que así no tendré que preocuparme de la comida o la limpieza —añadí, sintiéndome una mentirosa despreciable.

—¡Para eso estamos nosotros! —me rebatió mi madre—, para eso precisamente hemos venido, para que no tengas que preocuparte por la comida y la limpieza, entre otras cosas. Si quieres —siguió en voz baja—, recojo tus cosas y nos vamos ahora mismo. Si tan amigo tuyo es —añadió con retintín— seguro que lo entiende. Somos tus padres, cariño. Nadie te quiere más que nosotros.

En esos momentos, lo único que yo quería era desaparecer. Entendía la preocupación de todos, pero me estaban asfixiando.

Théo invitó a mis padres a cenar. Había preparado pescado al horno y una bandeja enorme de verduras asadas. Él mismo puso la mesa y sirvió los platos. Creo que, en ese momento, mi madre empezó a mirarlo un poco mejor. Solo un poco, en realidad, pero algo era algo.

—Señores Gaillard —dijo durante el café—, no saben cuánto me alegro de que estén aquí, así sé que Olivia estará en buenas manos durante los próximos días. Mañana tengo que salir de viaje y estaré fuera dos o tres días. Les agradecería mucho que se instalaran aquí, hay una habitación de invitados al fondo del pasillo.

Mi padre miró de nuevo a su alrededor sin disimulo y mi madre apretó los labios.

—No queremos molestar —dijo ella después.

—No es molestia —se apresuró a responder Théo—, al contrario, me quedaré mucho más tranquilo si sé que Olivia no está sola.

—También podríamos trasladarnos los tres a su apartamento —intervino mi padre.

Capté la mirada de alerta de Théo, una fracción de segundo en la que pude ver el miedo brillando en sus ojos.

—No merece la pena —dije rápidamente. Yo también tenía miedo —. Dejad el hotel y venid aquí, serán solo un par de días. Además, solo de pensar en moverme me duele todo —añadí con una mueca.

Creo que los convencí. Mis padres se miraron el uno al otro y, por fin, mi padre asintió. Después de cenar, regresaron al hotel con la idea de instalarse en el ático a la mañana siguiente.

Cuando estuvimos solos, Théo se acercó a mí y me besó en los labios con cuidado, tan despacio que apenas lo sentí. Eso también estaba empezando a molestarme. Estaba herida y dolorida, pero no iba a romperme por un beso.

Alargué las manos y lo cogí por las solapas de la camisa, lo acerqué a mí y, literalmente, le comí la boca. Cubrí sus labios con los míos, le obligué a separarlos y colé la lengua dentro. El beso me supo a gloria.

—No soy de porcelana —le dije cuando se separó de mí—, no va a pasarme nada por un poco de pasión.

—¿Pasión? —repitió él, divertido—. Vaya, la señorita quiere pasión.

El brillo de sus ojos se tradujo en un pellizco inmediato en mi entrepierna. ¿Cómo era posible que hiciera eso sin ni siquiera tocarme?

Se sentó a mi lado en el sofá y me cogió la mano.

—¿Cómo estás? —me preguntó. Sentí el calor de sus dedos sobre mi piel.

—Mejor —respondí, más por convencerme de ello que porque fuera cierto—. Me duele la espalda, quizá mañana busque un buen masajista.

—Estás sentada al lado de uno de los mejores masajistas de todo París —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Me permites?

Fruncí el ceño y lo miré, intentando dilucidar si hablaba en serio o si estaba bromeando. Seguía sonriendo, pero no parecía estar tomándome el pelo.

—Claro —acepté.

Théo se puso de pie y miró a su alrededor.

—Dame un minuto —dijo—, no tengo una camilla de masajes, pero puedo apañar algo.

Se levantó de un salto y se apresuró hacia su dormitorio. Volvió al cabo de un minuto con un edredón blanco, una sábana del mismo color y dos almohadones entre los brazos. Ignoró mi cara de sorpresa y lo dejó sobre la mesa del comedor. Observó el entorno y apartó las sillas, que dejó pegadas a la pared, a un par de metros de distancia. Luego extendió el edredón sobre la mesa y lo dobló por la mitad. Incluso plegado, sobresalía por los bordes del mueble. Colocó un almohadón en la cabecera y otro en mitad de la mesa.

Volvió luego a su dormitorio. Me miró con una sonrisa traviesa, pero no dijo nada. Un par de minutos después se detuvo frente a mí. Se había cambiado de ropa, se había quitado el traje y se había puesto un pantalón holgado de algodón gris y una sencilla camiseta negra. No habría podido hablar aunque hubiera tenido algo que decir.

Se inclinó sobre mí y antes de que me diera cuenta me pasó una mano por debajo de las piernas, otra por la espalda y me levantó en el aire.

—Puedo andar —protesté.

—Lo sé, pero me gusta más así. Servicio completo.

Me dejó sobre la mesa y me miró. Luego me acarició la cara y se acercó a mis labios. El beso no fue tan tierno como el anterior, sino más… Uf.

—Necesito que te quites la blusa y te tumbes bocarriba, ¿podrás? —me preguntó a continuación.

Asentí en silencio y empecé a soltarme los botones. Sentí sus ojos de fuego sobre mí.

—¿Es necesario que me mires? —le pregunté un tanto azorada.

—No es necesario —respondió—, pero me gusta mirar.

Suspiré y me quité la camisa. Théo me ayudó a acomodarme. Me colocó un almohadón debajo de la cabeza y otro a la altura de las

rodillas y me cubrió con la sábana. No podía negar que estaba cómoda. Un poco nerviosa, pero cómoda.

—Relájate —me pidió—, el masaje no será efectivo si estás tensa.

Cerré los ojos y me esforcé por hacerle caso y eliminar la tensión que me atenazaba desde el accidente. Habíamos acordado llamarlo así para no asustar a mis padres, aunque ambos sabíamos que se había tratado de un intento de asesinato. Dios, asesinato… Me estremecí sobre la mesa.

—¿Tienes frío? —me preguntó Théo.

Negué con la cabeza. Si hablaba, era muy posible que me temblara la voz, y no estaba dispuesta a permitir que el miedo me poseyera. Sonreí mientras lo oía trastear a mi alrededor. Rachmaninov volvió a ser dueño de la habitación Luego me retiró despacio los tirantes del sujetador y se frotó las manos. Poco después las sentí sobre mi cuello, cálidas y húmedas, y comenzó un lento masaje en mi cuello dolorido. Sus dedos se pasearon expertos por los músculos entumecidos y los fue soltando poco a poco. Subió a la nuca y extendió los dedos por mi cabeza, desde el centro hacia las sienes y los pómulos. Presionó y aflojó en los puntos clave y luego me acarició despacio la cara. La frente, entre las cejas, el puente de la nariz, las mejillas, la mandíbula, la barbilla…

Se deslizó cuello abajo y llegó a los hombros. Con el pulpejo de la mano apoyado en el trapecio, los pulgares se ocuparon de la parte frontal y los otros cuatro dedos masajearon el principio de la espalda. Era maravilloso. El aceite que estaba utilizando olía a romero y a lavanda. Mi abuela solía utilizarlo para aliviarse el dolor de los dedos inflamados por la artritis y de los músculos agarrotados por el frío y la edad.

Théo alargó las manos entre mi espalda y el edredón y presionó en los omoplatos. Ufff… qué maravilla. Luego se centró en los brazos, comenzando un suave masaje en el bíceps para bajar con movimientos circulares hacia el antebrazo y, por último, a los dedos, que masajeó uno a uno.

De vez en cuando se detenía y volvía a mojarse las manos con aceite antes de centrarse en mi cuerpo. Ejerció la fuerza justa sobre mis músculos pectorales y casi acarició los abdominales, entumecidos y todavía amoratados, aunque los golpes ya estaban empezando a amarillear.

Luego se colocó a mi lado y me besó en la frente.

—Te ayudaré a darte la vuelta —dijo.

Su voz envuelta en la melodía de Rachmaninov era bálsamo para mi cerebro. Dejé de escuchar el motor de la moto, ya no vi el suelo acercarse a mí a toda velocidad, ni sentí todas aquellas manos recorriendo mi cuerpo en busca de heridas y fracturas. Estaba cerca de olvidar el olor del hospital.

Théo retiró los cojines y me sujetó mientras giraba. Esperó mientras me acomodaba en la mesa y soltó el cierre del sujetador antes de volver a empaparse las manos de aceite.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Mejor que bien —le respondí en un susurro.

Rio por lo bajo y apoyó las manos en mis hombros. Me estremecí con su contacto, pero esta vez no me preguntó si tenía frío. Me masajeó los costados, los pulgares recorrieron mi columna vertebral y calentó la zona lumbar con la palma de la mano. Sentí cómo la punta de sus dedos se colaba por debajo de la cinturilla de mi braga, pero, por desgracia, no pasó de ahí. Se ocupó luego de las piernas, ascendiendo desde los tobillos por las pantorrillas, la cara interna de la rodilla, los muslos… Cuando creí que iba a extender la mano hacia mi sexo, se retiró y empezó con la otra pierna. De nuevo el tobillo, de nuevo la corva, de nuevo el muslo… y de nuevo sus dedos cruzaron la frontera de la braguita, acariciando despacio la piel más próxima al punto más sensible de mi cuerpo. Sus dedos, calientes por el masaje y embadurnados de aceite, se deslizaron por los pliegues de mis piernas, muy cerca de mi sexo, pero sin apenas rozarlo.

—No me tortures —supliqué.

—Entonces, ¿paro?

—¡No! —gemí—. No pares.

Su risa se impuso al piano del hilo musical. Luego subió las manos a mis caderas y comenzó a quitarme despacio las braguitas hasta sacarlas por los pies. Era extraño, pero no me sentía incómoda ni expuesta a pesar de estar desnuda. La intimidad que compartíamos hacía que todo fuera natural entre nosotros.

Sus manos empezaron a deslizarse de nuevo por mis piernas, empezando en los tobillos y ascendiendo muy despacio hasta mi trasero. Me masajeó las nalgas, me acarició las caderas y la curva de la cintura y, por fin, se coló en mi entrepierna. Me acarició despacio arriba abajo, jugueteando con la entrada de la vagina y apenas rozando el clítoris. Sin pensarlo, levanté un poco el trasero para facilitarle el acceso. Él pareció captar la indirecta, porque de pronto toda su mano cubrió mi sexo y lo sintió palpitar.

—No quiero hacerte daño —susurró.

—No me duele, te lo prometo —contesté en el mismo tono.

—Avísame si te hago daño, ¿de acuerdo? —insistió.

Gemí a modo de respuesta. Théo metió dos dedos en mi interior y comenzó a moverlos despacio, dentro y fuera, girando un poco, curvándolos para rozar la pared de mi vagina. Mientras, buscó el clítoris con el pulgar y comenzó a acariciarlo en círculos, pulsando en el centro de vez en cuanto, alejándose después en un baile que me estaba llevando al cielo.

De pronto, sin aviso, Théo se detuvo y yo dejé de respirar. Contuve el aliento y esperé unos segundos eternos, hasta que por fin volvió a mover los dedos dentro de mí, a acariciarme con más fuerza, elevando el nivel de placer casi hasta el punto máximo.

Levanté el trasero para acercarme a su mano hasta casi incorporarme. Théo me puso la mano en la espalda y me obligó a tumbarme. Luego la deslizó hasta las lumbares y presionó con cuidado. Los dedos que tenía en mi interior se hicieron más presentes y el placer, más intenso.

Y entonces, se detuvo de nuevo.

—No… —se me escapó.

Théo me ignoró, sacó la mano de mi vagina y me acarició la espalda un momento. Luego volvió a meterlos y esta vez sí, aceleró el ritmo, presionó el clítoris y exploté. El orgasmo fue casi eléctrico, me recorrió de arriba abajo y se concentró en el centro de mi cuerpo antes de embargarme entera. Théo me acompañó en el descenso con suaves movimientos todavía en mi interior y con largas caricias sobre mi espalda.

Cuando recuperé el aliento, me giré un poco para poder mirarlo. Sonreía, y yo también sonreí. Me ayudó a darme la vuelta de nuevo y me cubrió con la sábana. Me besó en los labios, en la nariz y en la frente, me acarició el hombro con la punta de los dedos y volvió a sonreír.

—No te muevas —me pidió—. Descansa un momento, vuelvo enseguida.

No tuve tiempo de preguntarle a dónde iba. Dio media y se dirigió a su dormitorio. Eché la cabeza hacia atrás y me subí la sábana hasta el pecho. Me sentía tranquila, cómoda, casi feliz. Me esforcé por impedir que las preguntas habituales se apoderaran de mi mente (¿cuánto durará?, ¿qué significa todo esto?, ¿moriré mañana?) y me concentré en lo bueno. Estaba viva, Théo era increíble y, durara lo que durara, estaba decidida a vivir al máximo esta aventura.

60

Théo

Llené la bañera de agua caliente y disolví una bola de sales aromáticas. Añadí un poco de gel, removí hasta conseguir espuma y volví al salón. Me detuve a mitad de camino. Olivia sonreía con los ojos cerrados. Seguía sobre la mesa, cubierta por la sábana, con el pelo revuelto y las mejillas sonrosadas. Parecía… ¿feliz? No quise aventurar nada, entre nosotros quedaban muchas aristas que limar.

Eliminé la distancia que nos separaba y la cogí en brazos. Soltó un gritito cuando se sintió en el aire, y se cogió a mi cuello para no caerse. Luego apoyó la cabeza en mi hombro y, por una vez, se dejó hacer sin protestar.

La dejé en el suelo del baño y le quité la sábana.

—¡Qué maravilla! —exclamó, mirando la bañera.

—Es lo mejor después de un masaje —respondí.

Olivia sonrió y entró en el agua. Se sentó despacio y exhaló con los ojos cerrados. Luego los abrió y me miró.

—¿Te vas a quedar ahí fuera? —preguntó.

—Estaba esperando una invitación —contesté.

Olivia sonrió y se movió hacia delante en la bañera. Yo me desnudé deprisa y entré en el agua. Me coloqué detrás de ella y, cuando estuve sentado, la atraje hacia mi pecho. El agua caliente y el aroma del jabón actuaron como un potente relajante. Le acaricié los brazos y el cuello y ella pasó la punta de sus dedos por mis piernas. Apenas hablamos; simplemente, dejamos que el agua, el calor y la piel del otro nos curara las heridas, las físicas y las del corazón.

Después de una noche tranquila, estalló el caos. Los padres de Olivia llegaron a mi casa muy temprano, cargados con sus maletas y con una sonrisa forzada en la cara. Desde luego, estaba claro que no les hacía ninguna gracia que su hija se hubiera instalado en mi apartamento.

Les devolví mi mejor sonrisa y los guie hasta su habitación, un dormitorio amplio con un pequeño balcón en el que Tina, la asistenta que se ocupaba de mi casa, había instalado una mesita redonda y dos sillas acolchadas para que pudieran disfrutar del aire fresco. Tina se había ocupado también de acondicionar el baño de invitados y de llenar la nevera con todo lo imaginable.

Jean Luc y Emilie dejaron las maletas en el suelo y estudiaron la habitación. Luego volvieron a mirarme a mí, que me había quedado en la puerta, y me dedicaron una nueva sonrisa forzada.

—Les dejaré para que se acomoden. Hay perchas en el armario, y cualquier cosa que necesiten, no duden en pedírmela. Prepararé café —añadí. Luego cerré la puerta y me alejé.

Olivia no se había levantado todavía. Estaba en mi cama, desnuda y tranquila, y quería que siguiera así un rato. Le vendría bien descansar.

Entré en la cocina y preparé la cafetera. Luego corté pan, lo tosté y busqué un par de bandejas sobre las que coloqué un cuenco de fruta, cuatro vasos, una botella de zumo, otra de leche, mantequilla y mermelada. Me apoyé en la encimera mientras se hacía el café. De pronto, escuché un ruido a mi izquierda, y en el acto, también a mi derecha. Puertas y pasos. No podía ser…

La madre de Olivia se materializó en el salón justo en el momento en el que su hija salía de mi habitación envuelta en una sábana. Las dos se miraron un momento en silencio. Luego, Emilie frunció el ceño, me echó una rápida mirar y se giró de nuevo hacia su hija.

—Pensaba que tu dormitorio era ese —dijo, señalando la puerta del fondo.

—Lo es —respondió Olivia visiblemente azorada.

La madre dejó escapar un sutil «Ah» y entró en la cocina. Olivia corrió a su habitación y cerró la puerta a su espalda.

Emilie se quedó mirando fijamente la cafetera sobre el fuego sin decir nada, pero podía ver los engranajes de su cerebro girando a toda velocidad.

Luego se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Hace mucho que os conocéis? —me preguntó, taladrándome con sus ojos azules, tan parecidos a los de Olivia que me parecía estar mirándola a ella dentro de treinta años.

—En realidad, nos conocimos el día del atentado —respondí con sinceridad—. Habíamos hablado brevemente un par de días antes en la sala de fiestas, pero por cuestiones de trabajo.

—Ah —volvió a decir.

Observó la cafetera durante unos segundos más y volvió a mirarme.

—Conozco a los de tu calaña —dijo a continuación en voz muy baja, para que solo yo pudiera oírla—, vividores acostumbrados a tener lo que desean. Pues bien —siguió, enderezando la espalda—, mi hija no es ningún trofeo, es una joven sumamente inteligente con un futuro muy prometedor; conseguirá lo que se proponga, y si por un momento te cruzas en su camino con malas intenciones, tendrás problemas conmigo.

Juro que sentí algo parecido al miedo. La miré a los ojos y respondí lo más tranquilo que pude.

—No tengo intención de hacerle daño, al contrario —le aseguré —. Olivia es… muy importante para mí.

Emilie me sostuvo la mirada durante unos largos segundos, quizá intentando averiguar cuánto había de verdad en mis palabras. Por suerte, el borboteo de la cafetera la distrajo y me dio una excusa para alejarme un poco de ella.

Sonreí, serví las tazas y las puse sobre la bandeja.

—Si me ayuda —le dije— podemos desayunar en la terraza, la temperatura es estupenda.

Ella cogió una de las bandejas sin decir nada y me siguió hasta la terraza. La dejó sobre la mesa y se acercó a la barandilla. La vi levantar la cara hacia el sol, cerrar los ojos y respirar profundamente.

—Esto es muy bonito —dijo después con una sonrisa en la cara, la primera que me pareció sincera.

—Gracias —respondí, y sonreí también.

Justo en ese momento aparecieron Jean Luc y Olivia, que caminaba cogida del brazo de su padre. Tenía mejor aspecto, pero las lesiones todavía tardarían un tiempo en curar del todo. Eso, las físicas, porque las pesadillas tardarían más en desaparecer. Por la noche habíamos hablado sobre la conveniencia de que visitara a un psicólogo. Olivia no se negó, y yo insistí en que le vendría bien.

—Puedo recomendarte… —empecé. Ella alargó la mano y puso dos dedos sobre mis labios.

—Yo lo haré —me cortó—. Soy capaz de buscar un psicólogo y de muchas cosas más.

Le besé la mano.

—Lo siento, tienes razón. Solo quiero ayudar —me defendí.

—Pero haces que me sienta incómoda —protestó ella—. Cuando necesite algo, te lo diré.

—¿Prometido? —pregunté.

—Prometido.

Padre e hija se sentaron a la mesa y entre Emilie y yo servimos el desayuno. Charlamos del tiempo, de París y la de la región de la que ellos procedían, a los pies de los Alpes.

—Los inviernos a veces son complicados, pero ¡es tan bonito! —exclamó la madre.

Luego, Olivia me miró y arrugó la frente.

—¿No deberías estar en el trabajo? —me preguntó.

—Me he tomado el día libre —respondí—, aunque trabajaré un rato desde aquí. Kyllian puede hacerse cargo de todo por un día —

añadí.

—¿A qué te dedicas? —me preguntó Jean Luc.

Miré a Olivia, que alzó las cejas en una disculpa muda. Estaba claro que no les había hablado de mí a sus padres. Su sorpresa ante las circunstancias era ahora mucho más comprensible.

—Trabaja en el mundo audiovisual —respondió Olivia.

—¿Cómo es eso? —quiso saber el padre.

—Bueno —empecé—, mi empresa se dedica a buscar proyectos que financiar. Un programa de televisión, una película, una obra de teatro… Una vez incluso produjimos un espectáculo de circo.

—¿Tu empresa? —La cara de Jean Luc era de auténtica sorpresa.

—Blackbird —respondí—. La fundé con todo lo que tenía y lo que conseguí que me prestaran los bancos y he sido muy afortunado, porque las cosas han ido bastante bien hasta ahora, y espero que sigan así mucho tiempo.

—¿Has producido alguna película famosa? —preguntó Emilie.

Nombré algunas de las que más satisfacciones nos habían dado, como las ganadoras de varios premios César y un par que habían sido verdaderos éxitos de taquilla.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Conoces a Al Pacino? —preguntó a continuación con los ojos muy abiertos.

—No he tenido el gusto —reconocí.

Ella apretó los labios en un mohín que me resultó familiar y apoyó la espalda en la silla, claramente decepcionada.

—Me encanta Al Pacino —dijo—. Si alguna vez produces una película en la que actúe él…

—La avisaré de inmediato —prometí.

Emilie sonrió y cogió una tostada.

Olivia accedió a dar un breve paseo con sus padres, así podría probar su resistencia física y la respuesta de su cuerpo al esfuerzo.

Yo aproveché para encerrarme en el despacho y adelantar algo del trabajo atrasado. No era cierto que pudiera permitirme tomarme un día libre. De hecho, al día siguiente tenía que volar a Londres con parte de mi equipo, pero no me habría sentido bien dejando a Olivia y a sus padres solos en casa el primer día.

Revisé algunos de los proyectos que estábamos valorando y anoté varias cuestiones que necesitaban ser resueltas antes de tomar una decisión. Respondí emails y llamé a Martha, mi secretaria, para que reorganizara mi agenda del día y me enviara un coche al día siguiente para ir al aeropuerto.

Me preocupaba la seguridad de Olivia. Era la segunda vez que la atacaban, contando cuando la apuntaron con un arma a la salida del banco, y en las dos ocasiones había sido a plena luz del día. Quien estuviera detrás tenía bastante confianza en sí mismo o poco miedo de que lo pillaran.

Tenía un buen sistema de seguridad en casa y, además, el edificio contaba con vigilantes armados las veinticuatro horas del día. Aún así, le di vueltas a la posibilidad de implementar los sistemas con más cámaras o incluso un guardia en la puerta, pero deseché la idea al instante. Olivia no consentiría que la encerrara en un fortín, y tenía razón. Además, el inspector Roux había prometido que siempre habría una patrulla cerca, por lo que pudiera pasar. Y mientras, la policía estaba investigando quién era el responsable del ataque a partir del contenido del material que Olivia había accedido por fin a entregarles.

Un alboroto tremendo me sacó de mis pensamientos. Voces muy altas y una puerta que se cerraba con fuerza. Más voces y pasos.

Salí del despacho y lo que me encontré… Bueno.

Olivia y sus padres permanecían juntos a un lado del recibidor, como meros espectadores de la escena. En medio, Kyllian y Adele discutían a voz en grito.

—¿Te has creído que soy una asesina? —interpeló la joven a mi director general.

—¡Te repito que no te conozco! —exclamó Kyllian con los brazos en alto—. ¡No sé quién coño eres!

—Me viste en el hospital.

Kyllian bufó.

—No lo recuerdo.

—Claro, porque todos los negros somos iguales, ¿no?

—Pero ¿qué dices? ¿Ahora me estás llamando racista?

—¿Lo eres?

Estaban uno frente a otro, a un palmo de distancia, con las piernas firmemente plantadas en el suelo y el tronco adelantado. Ambos mantenían la mirada en los ojos del otro sin apenas pestañear.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté cuando llegué a su lado.

—Este idiota no me quería dejar pasar —empezó Adele—, ¡como si fuera peligrosa!

Kyllian se volvió hacia mí.

—Théo, hoy mismo hemos hablado de seguridad y, simplemente ¡no sé quién eres! —repitió, girándose de nuevo hacia ella.

—Vale, basta, ya está bien —les corté.

—Soy su contacto de emergencia —replicó Adele con la barbilla levantada. Luego se acercó a los Roussel y se situó junto a Emilie. Kyllian sacudió la cabeza y vino hacia mí. A pesar de la distancia, los dos siguieron mirándose con recelo.

Menos mal que al día siguiente me iría a Londres…

61

Olivia

No puedo negar que me gustaba tener a mis padres cerca, aunque eso supusiera tener menos tiempo para estar a solas con Théo. Me resultaba reconfortante después de todo lo vivido en las últimas semanas, una especie de remanso de paz que me estaba ayudando a recuperarme de verdad, tanto física como espiritualmente. Pasaba mucho tiempo hablando con mi madre mientras mi padre nos observaba desde el sofá, donde leía, o fingía leer, uno de los libros que había traído, porque mi padre nunca salía de casa sin suficiente lectura para el tiempo que tuviera previsto estar fuera. En esa ocasión había metido cuatro volúmenes en la maleta, pero tenía localizadas varias librerías en París en caso de que fuera necesario.

Mi madre y yo hablábamos de todo y de nada, de cuestiones intrascendentes, como sus planes para las vacaciones de verano, el sabor de los tomates o cotilleos sobre su extensa familia, y sobre temas más serios. En este punto, se esforzaba por sonsacarme información sobre Théo. Quién es, cómo lo conocí, qué hago en su casa, a qué se dedica exactamente…

Era sutil en las preguntas, empezaba con cuestiones secundarias y se iba acercando poco a poco a su objetivo. Le conté que me protegió con su cuerpo el día del atentado, que estuvimos juntos mientras esperábamos para declarar y que después quedamos un par de veces. Dije que pronto nos dimos cuenta de que nos gustábamos y que ahora nos estábamos conociendo, que ni siquiera le habíamos puesto nombre a nuestra relación.

Por supuesto, no mencioné lo que ocurrió dentro de *Le chat noir* cuando se fueron los tiradores, ni el acoso del inspector Roux ni, mucho menos, el asalto a mi apartamento. No hablé de las

amenazas ni del hombre que me había acompañado, y tampoco dejé ver que lo que había ocurrido hacía solo unos días no había sido un accidente, sino un intento de asesinato.

Seguía teniendo miedo, por supuesto, pero me esforzaba cada día por no dejar que los pensamientos más catastrofistas se apoderaran de mí. Me decía a mí misma que, al fin y al cabo, quien quiera que se llevara las cosas de Nicole ya se habría dado cuenta de que no supongo ningún peligro. Y mientras tanto, Roux seguía investigando el contenido de la copia que le había entregado.

Hacía varios de días que no sabía nada del inspector, lo que después de semanas de acoso era una buena noticia y un alivio al mismo tiempo. Si había sacado algo en claro de los cuadernos y el disco duro, se lo estaba guardando para él, y quizá fuera mejor así. Lo único que quería era pasar página definitivamente.

En cuanto a Théo, se estaba comportando como un perfecto anfitrión. Antes de volar a Londres se había preocupado por dejarlo todo organizado. Todo lo que mis padres le permitieron, por supuesto. Me llamaba cada vez que tenía un minuto libre entre reunión y reunión, y por la noche manteníamos largas conversaciones por FaceTime cuando yo ya estaba en la cama y él, en la habitación de su hotel.

—Estaré de vuelta pasado mañana —me dijo cuando ya llevaba tres días en Londres—. Solo tenemos que pulir un par de detalles menores para llegar a un acuerdo y dejar que los abogados se ocupen del acuerdo a partir de aquí.

—Estoy deseando volver a verte —respondí—. Me refiero a verte entero, en tres dimensiones —bromeé.

—Yo también —coincidió él. A pesar de la distancia, me llegó el fuego de su mirada a través de la pantalla de mi portátil—. Parece que los hematomas del hombro apenas se notan ya —siguió.

Incliné la cabeza hacia mi hombro y deslicé despacio el tirante del pijama hacia abajo. Luego me acerqué a la cámara para que pudiera verlo bien.

—Está mejor, sí —respondí en un susurro.

—¿Y el de la cintura? —preguntó a continuación.

—Mmmm —murmuré. Dejé el ordenador sobre la cama y me alejé un poco para poder ponerme de rodillas sobre el colchón. Luego levanté el borde del pijama hasta el inicio de mis pechos para que pudiera verme la cintura. Lo oí gruñir y sentí al instante un pellizco en el estómago y una inesperada humedad entre las piernas.

—Lo veo bien —siguió Théo con voz ronca—. ¿Qué me dices de la espalda?

Sonreí y di media vuelta sobre la cama. Cuando estuve de espaldas a la cámara, cogí de nuevo el borde del pijama y, esta vez, lo saqué por la cabeza. Luego me recogí la melena sobre el hombro y volví la cara para sonreír a la cámara.

—¿Qué te parece? —le pregunté con picardía.

—Me parece estar viendo el cuerpo de una diosa —respondió él —. Ojalá estuviera a tu lado —añadió.

—Ojalá —repetí, y me giré para que pudiera verme de frente.

En la pantalla, Théo suspiró y gruñó. Luego se llevó las manos a la camisa y empezó a soltarse los botones muy despacio, con un movimiento hipnótico y sin apartar la mirada de mis ojos. Me tenía cautivada. Por fin, se la quitó y la dejó a un lado.

—Si estuviera allí —dijo acto seguido— te estaría acariciando el cuello con la punta de los dedos.

Subí la mano hasta mi cuello, incliné la cabeza y me acaricié con la yema de los dedos. Sentí un estremecimiento inmediato y dejé escapar un gemido.

—Ahora, deslizaría mi mano despacio hacia tu pecho —susurró Théo—. Centímetro a centímetro. Rodéalo, siente cómo te toco.

Cerré los ojos y lo vi a mi lado. Mis dedos se convirtieron en los suyos y me rodearon el pecho, dibujando amplios círculos sobre mi piel que se fueron estrechando poco a poco hasta llegar al pezón. Separé los dedos y pellizqué despacio la areola. El gemido de Théo me animó y puse la otra mano en acción. Me acaricié y pellizqué el pecho y los pezones hasta que estuvieron tan duros que casi dolían.

Abrí los ojos y miré a Théo.

—Acompáñame —le pedí.

Théo se puso de pie y se libró de los pantalones. A través de sus bóxer negros era evidente su tremenda erección.

—Vamos —lo animé.

Llevó una mano a su miembro y comenzó a masajearlo por encima de los calzoncillos. Mientras, mis dedos se deslizaron por mi torso, me acariciaron las caderas y se perdieron en la cara interna de mis muslos. Todavía llevaba el pantaloncito del pijama, así que me acaricié por encima de la suave tela, moviendo muy despacio las caderas adelante y atrás.

Como si lo hubiéramos pactado, los dos nos levantamos para quitarnos la poca ropa que nos quedaba puesta. Luego, Théo se acomodó sobre la cama, apoyado en los cojines para no dejar de verme, y yo volvía a arrodillarme sobre la colcha, con las piernas separadas para que no se perdiera detalle.

—Si estuviera a tu lado —le dije entonces—, mi boca estaría sobre tu miembro, mi lengua daría vueltas alrededor del glande y luego me la comería entera, hasta el fondo. ¿Me sientes?

A miles de kilómetros de distancia, Théo gruñó y aceleró el movimiento de su mano.

Era tan erótico que podría haberme corrido solo con mirarlo.

—Métete dos dedos —me pidió— y muévete para mí.

Obedecí. Metí dos dedos en mi vagina, mientras con el pulgar me masajeaba el clítoris, inflamado y sensible, a punto de estallar.

Gemí en voz baja y moví las caderas al mismo ritmo que mi mano. Con la otra me pellizqué los pezones, primero uno, luego el otro, y sentí cómo la corriente entre mi pecho y mi clítoris se intensificaba hasta que casi no pude más.

—Ya… —gemí.

—Vamos —respondió él.

Clavé mis ojos en los suyos y aceleré el masaje hasta que sentí que el placer se apoderaba de mi cuerpo. Eché la cabeza hacia atrás, apoyé el trasero en la cama y seguí acariciándome frente a la cámara, con Théo, hasta que la última oleada del orgasmo se calmó y recuperé poco a poco la respiración.

Cuando abrí los ojos, Théo me miraba con una enorme sonrisa en la cara. Tenía semen en el abdomen y se sujetaba el pene con una mano. Sonreí y acerqué la mano como si pudiera acariciarlo.

—Ha sido… —empecé.

—Precioso —terminó él—. Como tú.

62

Théo

Tres días les había costado a los ingleses admitir lo que todos sabíamos desde el primer día: que les encantaba Blackbird, que querían ser nuestros socios y que estaban deseando comenzar a desarrollar buenos productos audiovisuales con nosotros. Solo que el orgullo, la soberbia o un recelo injustificado les había hecho demorar la decisión final durante tres largos días. Y ahora que el acuerdo ya había sido firmado por ambas partes, tocaba celebrarlo.

Nuestros nuevos socios habían reservado mesa en un prestigioso restaurante de la City en el que nos reuniríamos los dos equipos al completo. Kyllian y yo habíamos viajado con otras tres personas de confianza, la jefa de la sección de televisión, un abogado y nuestra experta en marketing y publicidad. El equipo británico, formado por el director de la plataforma, Jules Broderick, y tres de sus más estrechos colaboradores, ya nos esperaban en la mesa cuando llegamos.

Un ejército de camareros comenzó a revolotear a nuestro alrededor, llenando de vino las copas y sirviendo platos de aspecto bastante apetecible para la media de la gastronomía inglesa. Aunque se supone que se trataba de una cena informal, no pudimos evitar acabar hablando de nuestra recién estrenada alianza y de los proyectos que nos gustaría poner en marcha en un breve plazo de tiempo. Hablamos de equipos técnicos y humanos, de localizaciones, del idioma de rodaje…

Después de la tercera copa de vino me excusé y me levanté para ir al lavabo, que estaba al fondo del salón en forma de ele. Una cabellera roja desvió mi atención. Un segundo después, la propietaria de la espectacular melena se puso de pie y se separó de su silla para interceptarme el paso.

Alice. No me lo podía creer.

Me sonrió mientras me acercaba a ella, una sonrisa ladeada que no se reflejaba en sus ojos.

—Alice —la saludé—. Qué sorpresa.

—Lo mismo digo —respondió ella—. ¿Qué te trae por Londres?

—Negocios —respondí sencillamente.

—¿Seguro? —siguió en voz baja y con la inquietante sonrisa fija en los labios.

—Seguro. Tengo que… —empecé.

—¿Qué ha sido de la rubia? —preguntó a continuación.

—Alice, por favor…

—No te preocupes —me dijo moviendo una mano frente a su cara—, no voy a montar un espectáculo. Me gusta este restaurante, no quiero que me veten la entrada.

Eché un vistazo hacia la mesa de la que se había levantado. Dos mujeres de su misma edad nos miraban con curiosidad y una sonrisa maliciosa en la cara.

—Creo que a los dos nos están esperando —dije, señalando hacia sus amigas.

Ella me miró unos segundos eternos antes de hacerse a un lado y dejarme pasar. Intenté sonreír, pero no pude. Entré en el lavabo y solté todo el aire que guardaba en los pulmones. Usé el baño mientras sentía que mi corazón se tranquilizaba poco a poco. Había sido un momento realmente violento. Alice y yo no habíamos vuelto a hablar desde que me sorprendió en Hennequeville con Olivia. Me escribió una nota cuando me devolvió mis regalos, pero no habíamos vuelto a vernos ni a hablar.

Más calmado, salí del servicio solo para descubrir que Alice no había dicho la última palabra. Me esperaba de pie, apoyada en el lavabo, con los brazos extendidos a lo largo de sus costados y la melena pelirroja recogida a un lado del cuello. Llevaba un espectacular vestido verde sin hombros, muy ceñido en las caderas y en el pecho.

—Tenemos una cuenta pendiente —dijo en un susurro.

Suspiré y la miré, pero no me acerqué a ella.

—Este no es el momento ni el lugar —respondí—. Hablaremos si quieres, pero no en el baño de un restaurante.

—Lo que hiciste estuvo muy mal —dijo, ignorando mis palabras. Luego dio un paso adelante—, pero tienes suerte, no soy rencorosa.

—Alice…

—Estoy dispuesta a perdonarte, a olvidar lo que me hiciste, si me prometes que, desde ahora, serás solo mío. Como antes, mi amor…

Dio otro paso y se situó justo delante de mí. Antes de que pudiera hacer nada, Alice alargó los brazos, me rodeó el cuello y me besó en los labios. Justo en ese momento se abrió la puerta del baño y Jules Broderick se quedó parado en el umbral.

—Vaya —exclamó—, lo siento.

—No, soy yo quien lo siente —respondí muy serio mientras retiraba los brazos de Alice de mi cuello—. Te equivocas conmigo —le dije, mirándola a los ojos—. Lo que hice no estuvo bien, pero ahora quiero hacer lo correcto, y eso no te incluye, lo siento.

Salí del baño lo más deprisa que pude sin echar a correr y regresé a la mesa. Cogí la copa de vino y me la bebí de un trago. El camarero, sorprendido, la rellenó en el acto y me la volví a beber.

Broderick llegó un par de minutos después y me miró con el ceño fruncido.

—Discúlpame —le dije—. Esa mujer y yo fuimos pareja. No acabamos bien y ella… Bueno, ya lo ha visto. Yo ni siquiera sabía que estaba aquí hasta que la he visto.

—No pasa nada —respondió Jules, aunque por su gesto quedaba claro que no era así.

Kyllian me miraba desde su silla con el ceño fruncido, sin entender nada.

—Alice está cenando aquí, me ha visto y ha intentado… Bueno, ha sido un poco violento —le expliqué.

—¿Quieres que hable con ella? —se ofreció mi amigo. Yo negué con la cabeza.

—No hace falta, creo que ha quedado muy claro —le dije, aunque no estaba en absoluto seguro de lo que estaba diciendo.

Terminamos de cenar en un ambiento tenso, muy lejos de la conversación distendida y las bromas del principio. Luego, el equipo británico declinó la invitación de Kyllian a tomar una copa y se despidieron con un apretón de manos. Jules me miró a los ojos con el ceño fruncido, tratando quizá de decidir si le había contado la verdad o si yo era demasiado libertino para su gusto. Esperaba tener ocasión de enmendar la impresión que se llevaban, aunque sabía que me iba a costar tiempo y trabajo.

No volví a ver a Alice, no se acercó a nuestra mesa ni intentó comunicarse conmigo de ninguna manera. Se lo agradecí en silencio mientras salía del restaurante.

—El bar del hotel es fantástico —dijo Kyllian.

Suspiré y me pasé la mano por el pelo.

—Necesito una copa —acepté.

Subí a la habitación un par de horas después, más tranquilo, pero todavía enfadado con Alice. Dos años saliendo con ella y no la conocía en absoluto. Jamás la habría creído capaz de montar un numerito como el del restaurante.

Decidí no darle más importancia. Era poco probable que volviera a cruzarme con ella, lo lógico sería que volviera a Estados Unidos. Más tranquilo, cogí el teléfono para llamar a Olivia. Me quedé helado antes siquiera de buscar el contacto. ¿Debía contarle que había visto a Alice, que ella había intentado besarme? Decidí que no era buena idea, al menos no por teléfono. Se lo contaría cuando estuviéramos juntos, frente a frente. No tenía nada que ocultar, pero no tenía ni idea de cómo reaccionaría Olivia. En Hennequeville había salido corriendo…

Definitivamente, omitiría esa parte durante la conversación.

Seleccioné el contacto de Olivia y me acomodé en el sofá de la habitación mientras esperaba con una sonrisa en los labios. Olivia tenía ese efecto en mí. Ese, y otro bastante más incómodo cuando me empalmaba al pensar en ella.

Olivia respondió al segundo tono.

—Hola —la saludé—, espero no haberte despertado.

—No estaba durmiendo —me aseguró—, pero mis padres llevan un buen rato acostados.

—¿Estás sola?

—Sí, disfrutando de las maravillosas vistas de tu salón. El cielo está precioso esta noche, despejado, plagado de estrellas y con una luna enorme, redonda y brillante.

—Me gustaría estar allí —dije con total sinceridad.

—¿Cuándo vuelves? —me preguntó.

—Mañana —anuncié—. Cogeremos un vuelo a mediodía, así tendremos tiempo de cerrar los últimos flecos y estar en casa por la tarde.

—¿Todo ha ido bien? —quiso saber.

Recordé la cara suspicaz de Broderick.

—Muy bien —dije, apartando el ceño fruncido de mi mente—, hemos firmado un convenio muy interesante para las dos partes.

—Vaya, ¡me alegro! —exclamó.

—Gracias —dije—. Y tú, ¿cómo te encuentras?

—Bastante bien —me aseguró—. Esta mañana he estado en el médico, mis padres me han acompañado y Adele nos ha llevado en coche. Me siento un poco… abrumada por tanta atención —dijo tras una pausa.

—Todos estamos preocupados por ti —repliqué—. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Que todo va bien. Ni rastro de hemorragias, las fisuras están prácticamente soldadas y pronto podré recuperar mi vida normal sin secuelas.

La imaginé sonriendo al otro lado del teléfono y no quise ponerla de mal humor preguntándole por el inspector Roux. Yo mismo lo llamaría por la mañana, necesitaba conocer los avances que habían hecho para encontrar a quien perseguía a Olivia.

—Yo también me alegro mucho. Cuando vuelva —añadí—, tendremos que celebrarlo como merece. —Guardé silencio unos segundos. No estaba seguro de cómo continuar la conversación—. Te echo de menos —dije por fin.

—Solo hace tres días que te fuiste —bromeó ella.

—Mucho tiempo —protesté—. Yo…

—¿Sabes? —me cortó ella—. A veces te recuerdo con tanta intensidad que puedo sentirte a mi lado. Nunca me había pasado algo parecido con nadie.

Me quedé sin respiración. Aquello era…

—¿Sabes? —la imité, y seguí con el tono de quien está a punto de desvelar un secreto—. A veces tengo tantas ganas de tocarte, de acariciarte, que siento una especie de dolorosa electricidad en los dedos. Luego cierro los ojos, te imagino en mi cama, desnuda, gimiendo, y la electricidad se extiende por todo mi cuerpo. —La oí gemir y se me puso tan dura que pensé que me iban a reventar los pantalones—. Creo que soy capaz de reproducir en mi mente cada centímetro de tu cuerpo, y te recorro en el aire, recordando tus lunares, tus pliegues, tus curvas… Me pongo a cien cuando pienso en tu pecho, y cuando recuerdo tu entrepierna, el calor que desprende, lo húmeda que estás cuando te toco… Olivia —dije—, quiero que tus dedos sean los míos, tengo que descargar esta electricidad. Tócate para mí, cielo, hazme ese favor. Tócate.

Olivia gimió de nuevo y luego habló en voz muy baja.

—Me estás tocando —me dijo—, ¿no me sientes?

—Ya lo creo que te siento, nena. Vaya si te siento… —Cerré los ojos y la vi tumbada en el sofá del salón, vestida solo con la luz de las estrellas—. Te estoy pellizcando los pezones, se están poniendo duros poco a poco. Hazlo por mí —repetí.

—Lo estoy haciendo… —susurró ella.

—Ahora baja una mano poco a poco, desliza la yema de los dedos por tu vientre, rodea el ombligo, dibuja la curva de la cintura… Sigue acariciándote el pecho con la otra, no pares de masajear y pellizcar —susurré al teléfono. Lo sujeté entre la barbilla y el hombro y me libré de los pantalones. Fue una auténtica liberación.

—Mmmm —gimió, y me volvió loco. Me acaricié por encima de los bóxer. La tenía dura como una piedra.

—Separa un poco las piernas, nena, y baja una mano despacio desde el ombligo. No dejes de tocarte con la otra. Chúpate los dedos y pásatelos por el pezón. ¿Sientes mi lengua?

—Esto es… increíble —añadió.

—Tú eres increíble. ¿Estás mojada?

—Sí… —respondió sin más.

—Bien. Acarícíate con dos dedos. Así, despacio. Siéntelos. Siénteme. Poco a poco, en círculos, nena, alrededor de tu precioso clítoris. Que sepa que estoy ahí, pero todavía no estamos listos.

—Yo sí lo estoy —protestó ella.

Sonreí. Siempre tan impaciente.

—No lo estás, no lo suficiente. Vamos, nena, acarícíate arriba y abajo despacio mientras sigues pellizcándote el pecho y acariciándolo después con suavidad. Así…

La oía gemir al otro lado del teléfono, y la imagen de Olivia masturbándose en mi sofá era tan poderosa que creí estar a punto de correrme sin apenas tocarme.

—Ahora baja y mete un dedo en la vagina. El pulgar se queda arriba, nena, sin dejar de masajearte. ¿Lo tienes?

—Ahhhh —exclamó por toda respuesta.

—Dos dedos ahora, nena. Hasta el fondo. ¿Cómo estás?

—Estoy… ¡Joder!

—Vamos ahora, deja que mis dedos te follen mientras con la otra mano te acaricias el clítoris. ¡Dale fuerte ahora! Vamos, nena, córrete para mí.

Los gemidos se aceleraron y durante un par de minutos no hablamos. La oí suspirar, sentí su respiración acelerada y mi mano apretó con fuerza mi polla, a punto de reventar.

—¡Sí! —exclamó—, ¡sí!

Casi al mismo tiempo me corrí con tanta fuerza que el semen me salpicó el vientre y el pubis. Fue…

—Nena, nena —susurré—, ha sido glorioso.

—Sí… —dijo ella en voz baja—, ha sido increíble, te he sentido de verdad, como si estuvieras aquí.

—Estaré mañana —le prometí—, y haré que sea aún mejor.

63

Olivia

Habían pasado tres semanas desde el «accidente». A fuerza de referirme así a lo que había pasado casi me había autoconvencido de que era verdad. Sin embargo, recordaba con claridad el empujón previo, el golpe contra el asfalto, los gritos y el miedo. Sobre todo, el miedo.

Las heridas se habían curado, y aunque necesitaba las manos del fisioterapeuta, el dolor era poco más que un recuerdo, un rumor sordo. Por eso, mis padres habían decidido volver a su casa, ese día, después de arrancarme la promesa de que ese verano pasaría al menos dos semanas con ellos.

Mi relación con Théo había mejorado mucho, y aunque seguíamos durmiendo en habitaciones separadas, todas las noches uno de los dos se colaba en la habitación del otro cuando el apartamento se quedaba en silencio.

No tenía pruebas que lo corroboraran, pero estaba segura de que esas sesiones de sexo, caricias y largas conversaciones habían acelerado mi curación.

A pesar de todo, seguía teniendo miedo. El inspector Roux no tenía ninguna pista sólida sobre quiénes me habían atacado, y los papeles de Nicole no habían arrojado luz sobre el misterio de por qué quería ocultarlos. Roux se había negado a contarnos qué contenían exactamente, pero mientras los expertos policiales seguían analizándolos en busca de respuestas, un par de agentes me custodiaban discretamente día y noche.

Théo y yo parecíamos haber recuperado lo que teníamos antes de… Bueno, antes de que Alice irrumpiera en mi vida, aunque si

tenía que ser sincera, debía reconocer que había sido yo la que había caído como un obús en la suya.

Théo me había contado la escenita en el lavabo del restaurante de Londres. Primero me enfadé, luego lloré y más tarde intenté que no me importara, pero me importaba, claro que me importaba. Alice seguía enamorada de Théo, lo cual podía comprender, pero, además, estaba segura de que intentaría recuperarlo. Esa pelirroja no tenía pinta de rendirse fácilmente. ¿Lo haría yo en su lugar?, solía preguntarme. La respuesta era que no.

Mi madre se empeñó en organizar una cena de despedida en casa de Théo. No aceptó mi ayuda para comprar ni para cocinar, pero sí dejó que Adele la acompañara de un lado a otro en busca de lo que necesitaba. Y, por supuesto, la invitó a cenar. Adele aceptó encantada, y yo aún más. Me sentía muy unida a ella, había demostrado ser una amiga incondicional, además de una persona alegre y divertida, resolutiva y generosa. El único problema era la pésima relación que tenía con Kyllian. Cada vez que coincidían en la misma habitación nos preparábamos para la refriega. Adele tenía una lengua afilada y una mente rápida, pero Kyllian no se quedaba atrás.

Adele había empezado a trabajar como camarera en una sala de fiestas del centro de París. Metía más horas que en *Le chat noir* y cobraba menos, aunque aseguraba que las propinas cubrían de sobra la diferencia y que, aunque en efecto eran más horas, el trabajo no era tan duro, porque allí no se daban las aglomeraciones a las que estaba acostumbrada en la sala de Nicole.

Durante mi convalecencia cumplí con todas las indicaciones que Nicole había dejado para mí. Pronto firmaría el contrato de venta del inmueble, había pagado a todos los trabajadores el equivalente a un año de salario y había repartido los escasos enseres que sobrevivieron al asalto entre varias organizaciones benéficas que se mostraron muy agradecidas. Lo único que guardé para mí fue el abanico de Nicole, un precioso objeto de nácar y seda que siempre tenía a mano. Muchas veces la sorprendí acariciándolo distraída mientras le daba vueltas a un pensamiento difuso, o abanicándose

furiosa cuando algo se torcía. Lo había guardado en la maleta que traje cuando me instalé aquí, y me lo llevaría a mi casa cuando volviera, que sería muy pronto.

Théo y yo ya habíamos hablado de eso. Él no insistía en que me quedara, pero tampoco en que me fuera. Estaba claro que respetaría mi decisión, aunque también era obvio que me quería cerca. Y yo a él, si tenía que ser sincera, pero no me sentía preparada para dar un paso tan definitivo como abandonar mi pequeño piso para instalarme en su ático.

Quería volver a mi casa e intentar tener una relación normal, es decir, una en la que quedábamos, salíamos a cenar, teníamos sexo y, luego, cada uno se iba a su casa, trabajaba y vivía de manera independiente. Entre Théo y yo todo había ido demasiado deprisa desde el principio, y estaba convencida de que nos vendría bien ser una pareja convencional, al menos durante un tiempo.

Las horas previas a la cena de despedida fueron una locura. Mi madre quería controlar cada detalle en una cocina que no era la suya, con utensilios que no conocía y, según se ocupó de repetir en varias ocasiones, con demasiada gente inútil a su alrededor. No aceptó mi ayuda porque, en su opinión, tenía que descansar, ni la de Adele, convencida de que una joven con su profesión no tendría ni idea de cocinar y solo sería un estorbo. Théo se había marchado a trabajar temprano y no volvería hasta última hora de la tarde, por suerte para él, y mi padre había optado por salir a la terraza y estudiar una a una y con toda atención las plantas de los maceteros colocados a ambos lados. Lo vi acariciar las hojas verdes, retirar las hojas secas y tocar la tierra con la punta de los dedos para comprobar su grado de humedad.

Decidí salir y me acomodé en una de las sillas de respaldo alto y mullidos cojines rayados. Cerré los ojos y levanté la cara hacia el sol. La sensación era muy agradable. El naranja que traspasaba mis ojos se oscureció cuando algo se interpuso entre el sol y yo. Abrí los ojos y le sonreí a mi padre, que se sentó en la silla de al lado. Sentí sus ojos sobre mí. Me giré hasta poder mirarlo de frente.

—Imagino que tenéis ganas de volver a casa —le dije.

Mi padre sonrió con cierta tristeza. Apenas habíamos tenido ocasión de hablar desde que llegaron. Claro que habíamos hablado, pero no como solíamos hacer cuando era más joven, mirándonos de frente y sin tapujos.

—Todo esto es muy raro —respondió, y abrió los brazos para abarcar la terraza y la casa. Luego me miró con el ceño fruncido. Tenía los ojos de un sorprendente azul marino, un color que solo había visto en mi padre. Era un tono único, profundo e insondable, en el que era muy fácil perderse, unos ojos a los que era imposible mentir.

—Sé a qué te refieres —reconocí—. Y sí, es un poco raro.

—Cuéntame —me pidió a continuación.

Y ¿qué podía hacer yo? Solo contárselo todo. O casi todo. Suspiré y empecé a hablar.

—Conocí a Théo en *Le chat noir*, había ido allí con unos clientes. Al principio no nos llevamos bien, y me asusté cuando lo vi esperándome en la acera al día siguiente. Corrí a coger un taxi, pero volvió al siguiente, que fue cuando…

Cerré los ojos, al borde de las lágrimas.

—El atentado —terminó mi padre por mí.

Sacudí la cabeza arriba y abajo.

—Me protegió con su cuerpo sin pensárselo, no se movió hasta que todo acabó, y luego entró conmigo al edificio para ayudar a los heridos. Fue horrible…

—Lo sé, cariño, lo sé.

Respiré profundamente y seguí.

—Pocos días después, alguien allanó mi apartamento —solté. Mi padre estuvo a punto de ponerse de pie por la sorpresa. Lo vi asustarse, enfadarse y preocuparse en el mismo segundo.

—No me pasó nada —me apresuré a tranquilizarlo—, y pensaba decíroslo, pero luego todo ha sucedido tan deprisa… La muerte de

Nicole, el nuevo trabajo, el accidente… El allanamiento casi es una anécdota sin importancia. —Por supuesto, omití los papeles que oculté en la caja de seguridad tras llevármelos del despacho de Nicole y el episodio en el que un hombre me encañonó con un arma. De haberlo sabido, estoy segura de que mi padre me habría colocado sobre su hombro en ese mismo instante y me habría obligado a volver con ellos a Annecy—. Cuando aquello sucedió, lo único que se me ocurrió fue llamar a Théo. Me había dado su tarjeta en comisaría, cuando nos llevaron a declarar, y en ese momento su nombre fue lo único que apareció en mi mente. Él vino, me ayudó con todo y, sin más, empezamos a vernos de otro modo. Imagino que fue algo natural —añadí encogiéndome de hombros, y no mentía, porque estar con Théo me parecía lo más natural del mundo.

—¿Te has instalado aquí definitivamente? —me preguntó mi padre.

Negué con la cabeza.

—Volveré a mi casa esta misma semana —le aseguré—. Quiero recuperar mi vida, buscar un trabajo empezar de nuevo.

Mi padre apretó levemente los labios y asintió en silencio.

—Me he fijado en cómo te mira —me dijo a continuación—. Se preocupa por ti, te quiere —siguió para mi sonrojo—. Yo no diré nada, eres tú la que tiene que decidirlo, pero me gusta ese tipo. Excepto cuando se cuela en tu habitación —añadió.

Abrí tanto la boca y los ojos que se me podrían haber salido de las órbitas.

—¡Papá! —acerté a exclamar.

—¡Tranquila! No es nada que tu madre y yo no hiciéramos a vuestra edad. Solía trepar por la pared de casa de tus abuelos y entraba en la habitación de tu madre de madrugada —me contó con una sonrisa pícara.

—Papá, hay detalles que nunca hay que contarles a los hijos —protesté.

Él se palmeó la pierna y se puso de pie.

—Voy a ver qué tal va la cena —anunció. Luego me miró con una enorme sonrisa en la cara—. Me alegro de que hayamos hablado, me voy más tranquilo.

Me besó en el pelo y entró en el salón canturreando por lo bajo.

64

Olivia

Théo llegó a casa a las seis en punto cargado con una caja de madera que olía a mar. Mi madre frunció el ceño al verlo.

—Ya he hecho la cena —le recordó.

—Es solo un aperitivo —se defendió Théo—, pero podemos dejarlo para otro día. Son ostras Guillardeau, pensé que les gustaría probarlas.

—Ya las hemos probado —dijo mi madre. Luego sonrió—, y nos encantan, gracias.

Kyllian avanzó hacia la cocina y abrió el frigorífico.

—Yo me he encargado del champán para las ostras —dijo mientras guardaba las botellas en la nevera.

Adele lo miró desde el otro lado de la encimera y frunció los labios. Yo la miré con severidad, pidiéndole sin palabras que se comportara. Ella sacudió la melena, soltó el aire y asintió. Bien, necesitaba tener la fiesta en paz.

Me negué a que me trataran como a una inválida y ayudé a mi padre a poner la mesa. Adele seguía pegada a mi madre, que finalmente parecía haber decidido que no era tan mala ayudante, mientras Théo y Kyllian disponían las ostras en dos bandejas y colocaban un par de cubiteras para que el vino y el champán se mantuvieran frescos. Théo activó el hilo musical del apartamento y el ambiente se llenó de suaves notas de jazz a un volumen que no interfería en la conversación.

Dispusimos la mesa en el salón. Mantel blanco, platos de un suave color lavanda, cubiertos de plata y copas con un delicado

labrado. Cuando Théo me enseñó la alacena en la que guardaba todo eso, se me escapó una exclamación de sorpresa.

—Vaya, todo esto es precioso, tienes muy buen gusto —lo alabé.

—Debería limitarme a darte las gracias y aceptar el halago, pero no sería justo. La verdad es que fue mi madre quien compró todo esto —reconoció con una sonrisa.

—Pues tiene un gusto exquisito —repetí.

Cuando todo el mundo se hubo sentado, Adele y mi madre comenzaron a traer las bandejas desde la cocina. Primero, unos aperitivos a base de tostadas de mermelada de tomate y queso Tomme que casi me hicieron llorar de placer; después, unas pequeñas empanadas de jamón de Saboya y, por último, las ostras que Théo había traído.

Estábamos a punto de abalanzarnos sobre la comida cuando mi madre, que seguía de pie, levantó una mano y pidió silencio. La miré entre sorprendida y divertida. Mi madre no era muy dada a los discursos, ni propios, ni ajenos.

Se aseguró de contar con toda nuestra atención antes de sonreír y comenzar a hablar.

—Creo que es la segunda vez en mi vida que hablo en público —empezó, confirmando lo que yo ya sospechaba—. La primera fue el día de mi boda con Jean Luc —mi padre sonrió y meneó ligeramente la cabeza—, y hasta hoy no he tenido nunca la necesidad de dar las gracias en voz alta a varias personas. Hoy —siguió, visiblemente emocionada—, sois muchos a los que tengo que daros las gracias por haber cuidado de mi hija. Durante las últimas semanas han ocurrido cosas que jamás pensamos que pudieran pasar. Primero, el terrible atentado del que, por suerte, las dos salisteis ilesas —dijo, abriendo los brazos para señalarnos a Adele y a mí. Vi que los ojos de mi amiga brillaban por la emoción—, y después, el accidente que casi acaba con la vida de mi niña. En las dos ocasiones —continuó—, Théo estuvo allí. La protegiste con tu cuerpo sobre la acera, en la calle, mientras los tiradores perpetraban una masacre, y no te has separado de ella desde que una moto le pasó por encima. Gracias —

añadió simplemente—. No es fácil para unos padres ver marchar a su hija, y menos si decide instalarse sola en una ciudad como París. Hemos pasado mucho miedo, siempre estábamos preocupados, pero nos vamos tranquilos sabiendo que todos vosotros estáis aquí. Y ahora —concluyó con una sonrisa—, ¡a comer!

Todos prorrumpimos en aplausos, y yo me levanté y abracé a mi madre con todas mis fuerzas. Luego, mi padre se puso de pie y se unió al abrazo. Nos costó un par de minutos recomponernos y volver a sentarnos con una enorme sonrisa en la cara. Por primera vez desde que mis padres se habían instalado en el apartamento, Théo me cogió la mano sobre la mesa y me la apretó con cariño, un gesto que no pasó desapercibido a mis padres.

Acto seguido nos lanzamos sobre la comida mientras mi madre enumeraba las tareas que tendría que realizar en el jardín en cuanto regresara a su casa.

—La vecina habrá regado las flores y los macizos, pero habrá que arrancar las malas hierbas, quitar las hojas secas, rastrillar el camino… ¡Estaré ocupada las próximas dos semanas como poco si quiero que todo esté perfecto antes de verano! —exclamó con un suspiro.

—Me encantaría tener una casa con jardín algún día —suspiró Adele con una sonrisa soñadora.

Kyllian dejó escapar una risita a duras penas contenida y Adele clavó en él sus ojos de fuego.

—Perdón —dijo Kyllian, todavía sonriendo. Théo lo miró con el ceño fruncido.

—¿De qué te ríes? —preguntó Adele.

—De nada —se apresuró a responder Kyllian.

—Solo los tontos se ríen de nada. ¿Eres tonto? —contraatacó ella —. Sí, eso va a ser —siguió muy seria—. Eres un completo imbécil.

Kyllian se apoyó en el respaldo de la silla y cruzó los brazos por delante del pecho.

—Tú no serías capaz de cuidar un jardín —dijo—, ni ninguna otra cosa. Eres un caos, tu segundo nombre debería ser «desastre».

—No me conoces, imbécil, no sabes nada de mí. Tendré un jardín y todo lo que me proponga. Y ¿qué tendrás tú?, ¿qué será de ti cuando pierdas tu atractivo y ninguna chica quiera estar contigo? Intenta ahorrar algo, así al menos podrás deslumbrarlas con tu dinero.

—¿Te parezco atractivo? —preguntó Kyllian sonriendo de medio lado.

Adele cogió la copa de champán y bebió un sorbo mirándolo fijamente a los ojos.

—Vete a la mierda —dijo después—. Emilie, voy a retirar los platos para traer la *raclette*, ¿te parece bien? —le preguntó a mi madre.

—Claro, voy contigo —respondió ella.

—¿Eres idiota? —intervino Théo cuando las dos hubieron salido del salón—. ¿Qué te pasa con Adele? Es una chica estupenda.

—Es una engreída que siempre quiere imponer su criterio. Solo intento que no se le suban demasiado los humos —respondió Kyllian encogiéndose de hombros.

—A ti, ni te va ni te viene cómo sea Adele. Es amiga de Olivia, y punto, así que deja de hacer el tonto y compórtate como un adulto. Si es que puedes, claro —añadió.

Kyllian me miró un segundo antes de asentir en silencio y alcanzar la última ostra que quedaba en la bandeja.

—Voy a traer más champán —dijo a continuación.

El resto de la velada transcurrió entre la charla distendida de Théo y mis padres y el intercambio de afiladas miradas entre Kyllian y Adele, que no volvieron a dirigirse la palabra ni cuando se despidieron. Adele se marchó después de ayudar a recogerlo todo, desoyendo las peticiones de Théo para que no lo hicieran. Luego se despidió Kyllian, que abrazó a mi padre, besó a mi madre, me estrechó con cuidado entre sus brazos y le dio una palmada a Théo

en la espalda antes de recordarle la reunión que tenían al día siguiente.

Mis padres se retiraron a continuación. Querían dejar el equipaje preparado para salir temprano por la mañana. Les esperaban casi seis horas de viaje hasta Annecy, más teniendo en cuenta que necesitarían detenerse al menos un par de veces por el camino. Mi padre era un conductor prudente, y a mi madre le encantaba conducir, así que se turnarían al volante para hacer la travesía más llevadera.

Me había acostumbrado a tenerlos cerca. A pesar de los problemas de los primeros días, de las reticencias y la desconfianza de mis padres hacia Théo, y su preocupación por el hecho de que estuviera instalada en su casa, al final la convivencia había sido agradable, posiblemente porque todos sabíamos que era algo temporal.

Yo también me iría pronto. Había decidido volver a mi apartamento el fin de semana. Théo me ayudaría a trasladar mis cosas. Había insistido un par de veces en que me quedara tanto tiempo como necesitara, pero lo que yo realmente necesitaba era recuperar mi vida e intentar volver a ser una joven normal, con un pequeño piso, un trabajo y, si todo iba bien, un novio con el que quedar después de trabajar y los fines de semana. Y después, ya se vería.

Cuando nos quedamos solos en el salón, Théo apagó las luces para que las estrellas nos iluminaran. Echaría de menos la sensación de mecerme en el universo. También echaría de menos los brazos de Théo, que me rodeaban con fuerza para tenerme pegada a su cuerpo. Echaría de menos sus manos, capaces de erizarme la piel, de arrancarme gemidos desesperados y de elevarme hasta cotas inimaginables de placer. Echaría de menos sus labios… ¡Oh, sus labios! Todo lo que su boca me había dado, los besos, los mordiscos, los lametones, los susurros roncos, los gemidos guturales…

Tuve que hacer un esfuerzo para recordarme que no iba a perder nada de eso. Simplemente, iba a dejar de tenerlo tan… a mano. Nos

sentamos en el sofá y apoyé la cabeza en su pecho. Sentía su corazón latir firme, fuerte.

—Te voy a echar de menos —me dijo.

Sonreí.

—Estaba pensando lo mismo —reconocí—, pero podemos vernos siempre que queramos.

—Lo sé, aunque no será lo mismo. —Luego me besó en la cabeza y añadió—: Aunque estoy contento de que te sientas con fuerza para recuperar tu vida. Es lo que necesitas.

Levanté la cara y le ofrecí mis labios, que él aceptó de inmediato. Me giré despacio entre sus brazos hasta colocarme frente a él. Volví a besarlo y perdí mis dedos en su pelo. Antes de que pudiera darme cuenta, Théo se puso de pie conmigo en brazos y se dirigió al dormitorio. Eso también lo echaría de menos.

65

Théo

No dejé de besarla hasta que cerré la puerta del dormitorio a mi espalda. Me detuve en el centro de la habitación y la situé frente a mí. Todavía llevaba el ligero vestido veraniego que se había puesto para la cena. Deslicé las manos hacia abajo desde la cintura y subí por sus piernas desnudas.

La sentí estremecerse mientras se esforzaba por permanecer inmóvil. Acerqué mi cara a la suya, pero no la besé. Sentía su aliento sobre mi cuello, y yo respiraba sobre su pelo. Mi mano ascendió despacio por su cuerpo, dibujando la curva de la cintura y acariciándole las costillas mientras empujaba la tela hacia arriba.

—Los brazos —le pedí.

Obediente, Olivia levantó los brazos para que yo pudiera quitarle el vestido y dejarlo caer sobre la alfombra. La acaricié desde los hombros con la punta de los dedos, arrastrando a mi paso el tirante del sujetador mientras ella permanecía quieta, con los brazos ahora a los lados del cuerpo, respirando y sintiendo, solo eso. Me libré también del sujetador y busqué sus pezones. Inicié una delicada y rítmica caricia que hizo que Olivia cerrara los ojos y se mordiera el labio inferior mientras el calor del deseo se propagaba por todo mi cuerpo.

—Eres preciosa —susurré. No me cansaba de decírselo, se lo repetía cada día, a cada instante, siempre que podía. Olivia era preciosa, una diosa tímida y voluptuosa al mismo tiempo que estaba aprendiendo a abrirse al mundo, a permitirse gozar, disfrutar y, sobre todo, pedir.

Abrió los ojos y los clavó en los míos. Vi… ¿duda? ¿Incertidumbre, quizá?

—¿Estás bien? —le pregunté.

Ella asintió en silencio y adelantó un poco el pecho para recuperar el contacto perdido.

—Es solo que… —empezó.

—¿Qué? —insistí cuando vi que no continuaba.

—Que te voy a echar de menos —dijo por fin.

Sentí que me derretía por dentro. Me estremecí al oír sus palabras, me habría gustado grabarlas a fuego sobre mi piel, pintarlas en el techo para recordarlas cada día.

—Estaré siempre para ti —respondí.

Ella sonrió y levantó un poco la cara. Coloqué las manos sobre sus mejillas y la acerqué a mí para besarla. Intenté que ese beso le transmitiera todo lo que sentía en ese momento, el miedo a perderla, a que otro se cruzara en su camino y decidiera que yo no soy suficiente para ella; el profundo amor que llevaba naciendo en mi interior desde que la vi por primera vez, altiva y orgullosa en la sala de *Le chat noir*; la certeza de que siempre estaría con ella y para ella, donde fuera, cuando me necesitara, siempre. Sabía, no sé por qué, que sería capaz de dar mi vida por ella. Jamás había sentido nada ni remotamente parecido por otra mujer, nunca nadie había despertado en mí una pasión como la que me abrasaba en ese momento. Y necesitaba que ella lo entendiera, que supiera que la quería… Pero no podía decírselo, no todavía. No quería atosigarla. Olivia necesitaba espacio, y yo estaba dispuesto a dárselo.

—¿Puedo…? —preguntó sobre mis labios, y acercó las manos a mi cintura.

—Por favor —le respondí antes de hundir la lengua en su boca.

Mientras el beso nos encendía a los dos, me sacó la camisa de los pantalones y comenzó a acariciarme la espalda a la vez que me empujaba hacia ella. Luego, sin apenas separarse de mí, llevó las manos a los botones y los soltó con seguridad y rapidez. Antes de que pudiera darme cuenta, la camisa estaba en el suelo y mis pantalones estaban a punto de seguir el mismo camino.

Me separé de ella el mínimo imprescindible para desnudarme. Luego giré con ella entre mis brazos y la empujé despacio hasta colocarla sobre la cama. La melena rubia se esparció sobre la almohada como una cascada dorada, y sus labios, gruesos y rosados, vibraban húmedos por mis besos.

Sonreí.

—Me gusta verte así —dije.

—¿Desesperada? —gimió.

Se me escapó una carcajada que ella atajó con un nuevo beso ardiente. La sentí arquear la espalda debajo de mi cuerpo, los pezones tensos contra mi pecho. Y decidí que todavía no. No hay nada mejor que el placer aplazado.

Abandoné su boca y me apoderé de uno de sus pezones mientras pellizcaba el otro con el índice y el pulgar. Olivia gimió con fuerza. Yo sentía ya mi polla dura y tensa, pero ella también tendría que esperar. La acaricié con perversa lentitud con la lengua, con los labios, con los dientes, con los dedos…

—Por favor —gimió.

—Shhhh —le respondí, y soplé sobre el pezón húmedo de saliva, que se endureció tanto que supuse que debía dolerle, así que lo lamí de nuevo antes de centrarme en mi siguiente objetivo.

Descendí hasta el valle de su entrepierna y le separé los muslos. La besé en las piernas, en la ingle, bajo el ombligo, mientras la sentía vibrar y gemir. Era maravilloso. Me agaché y le di un rápido lengüetazo sobre el clítoris. Estaba empapada, lista para mí, pero todavía no era el momento. Solo un poco más… La lamí despacio, rodeando su clítoris con la lengua, dándole pequeños y rápidos toquecitos después.

—No puedo más —la oí gemir.

—Córrete para mí —le pedí, y metí dos dedos en su interior mientras volvía a succionar su clítoris con más fuerza. Moví los dedos deprisa, curvándolos para alcanzar el punto más sensible, mientras seguía lamiéndola y besándola.

Olivia levantó las caderas y su respiración se hizo superficial, agitada. Ahí iba, estaba lista. Empujé mis dedos en su interior y succioné el clítoris inflamado hasta que el orgasmo la hizo temblar. No dejé de follarla con mis dedos y de chuparle sin descanso mientras quedó un mínimo rastro de placer. Aquello era mágico, me sentía feliz

Salí de su sexo y de su entrepierna y la miré, de rodillas ante ella. La miré fijamente a los ojos y me llevé los dedos empapados a la boca para chuparlos despacio. Olivia abrió la boca y soltó un gemido. Sonreí. Ahora, sí.

—Date la vuelta —le pedí.

Ella obedeció al instante. La visión de su espalda y, sobre todo, de su culo, casi hizo que me corriera en ese mismo instante. Tuve que respirar despacio y profundamente varias veces para controlarme. Le acaricié la espalda con la yema de los dedos y descendí por los costados. Cuando llegué al trasero no pude evitar agacharme y darle un pequeño mordisco en el cachete. Olivia soltó un gritito sorprendido, pero al instante levantó el culo hacia mí, invitándome a entrar. No necesitaba mucho más. Me puse un preservativo y pasé una mano por debajo de su cadera hasta situarla a cuatro patas. Oh, dios, verla así me volvía loco.

Situé la punta de mi pene en la entrada de su vagina y me moví despacio adelante y atrás, un poco cada vez, lentamente. Olivia gemía de placer, y muy pronto mis gemidos se unieron a los suyos.

—Vamos —me animó.

No necesité más. En un solo movimiento entré por completo en ella, hasta el fondo, y me quedé ahí un momento, disfrutando de la sensación. Solo un momento, porque un segundo después me aferré a sus caderas y comencé a salir y entrar en ella una y otra vez, con ritmo, profundamente, sin cesar. Mientras la follaba, llevé una mano hasta su clítoris y comencé a acariciarlo con fuerza. Fue como si le hubiera quitado la espoleta a una granada. Olivia intensificó el ritmo de sus caderas, pegando su culo a mi pubis cada vez que la penetraba.

—Me gusta que me folles —la oí decir.

Se me escapó una carcajada. Nunca ha había oído hablar así. Le di una palmada en el culo y la penetré más deprisa.

—Las chicas buenas no hablan así —le dije.

—No quiero ser una chica buena —respondió alto y claro.

Oh, dios.

No quería ser una chica buena.

Volví a cogerle las caderas con las dos manos y la follé como si me fuera la vida en ello. La oí gritar de placer mientras se corría con más fuerza incluso que la primera vez. Yo la seguí al instante, aferrado a sus caderas, dentro de ella, feliz.

Olivia se dejó caer sobre el colchón todavía bocabajo y yo me tumbé a su lado. Respirábamos entrecortadamente, pero los dos teníamos una sonrisa en los labios.

—¿Qué es eso de que no quieres ser una chica buena? —le pregunté mientras le retiraba el pelo de la cara. Le brillaban los ojos, tenía los labios un poco hinchados y la piel sonrosada.

Me sonrió con picardía.

—Tengo mucho que aprender —respondió, encogiéndose de hombros— y me gustaría hacerlo contigo.

Ufff.

Le cogí la cara con las dos manos y la besé en los labios.

—Primera lección —le dije sin separarme de ella—. Pide siempre, háblame, detente cuando quieras, empieza cuando lo desees…

—Lo deseo ahora.

—Lo tendrás ahora.

66

Olivia

Dedicamos la mañana del sábado a preparar mis maletas. No había llevado demasiadas cosas, apenas un poco de ropa y los útiles de aseo, pero raro era el día en el que Théo no aparecía con algo para mí: un chándal, un pantalón *palazzo*, un par de jerséis, un pijama, una esterilla para que pudiera volver a hacer yoga… Al final necesitamos dos maletas y una bolsa de viaje para empacarlo todo, además de una neverita portátil en la que metimos las medicinas que seguía tomando y lo que necesitaba para las curas. Las heridas estaban curadas y cicatrizaban bien, pero seguía necesitando pomada para las abrasiones y analgésicos para el dolor que todavía me atenazaba de vez en cuando. Al menos, ya no tomaba antibióticos ni sedantes.

La cara de Théo era un poema. No volvió a insistir en que me quedara, pero mantenía una sonrisa forzada y se le veía tenso, incómodo. Condujo en silencio hasta mi casa y cargó con todo el equipaje escaleras arriba. Tampoco me dejó abrir la puerta. Ninguno de los dos había olvidado lo que había pasado. Giró la llave y comprobó que la alarma estaba conectada. Luego tecleó el código, dejó las maletas en el suelo y entró delante de mí, tenso, con los puños apretados, listo para saltar. Por suerte, todo estaba en orden.

Abrí las maletas, coloqué cada cosa en su sitio y Théo se ocupó de llenar la nevera. Estaba agotada cuando terminé, mis músculos continuaban doloridos, y aunque había mejorado mucho, el cansancio seguía asaltándome cuando me movía más de la cuenta.

—Te iba a proponer salir a comer, pero creo que será mejor que nos quedemos aquí —dijo Théo cuando vio que me dejaba caer en el sofá.

—No puedo dar ni un paso —reconocí—. Espero que esto no dure mucho, no me gusta esta sensación.

—¿Qué sensación? —me preguntó Théo, mirándome con el ceño fruncido.

—La de ser una inútil. No me gusta depender de nadie, que tengan que hacerme las cosas… —intenté explicar.

Théo me cogió la cara con las manos, sonrió y me besó en la frente.

—Nunca has sido una inútil —me dijo—. Al contrario, eres una de las personas más valientes que conozco. Piensa un momento por todo lo que has pasado en los últimos meses y mira dónde estás, en tu casa, insistiendo en vivir sola, en volver a trabajar cuanto antes. Cualquier otra persona habría huido hace tiempo, se habría escondido en cualquier rincón y, sin embargo, tú sigues aquí.

Sonreí. Tenía razón, así que dejé de quejarme y me acomodé en el sofá mientras Théo preparaba algo para comer. Puso la mesa en la terraza y sirvió una abundante ensalada y unas brochetas de pescado y marisco acompañadas de un delicado vino blanco. De postre, un poco de chocolate. Tanto el menú como la compañía eran perfectas.

Nos recostamos en las hamacas, ya a la sombra, y disfrutamos en silencio de la tranquilidad del momento. Para mí, hacía tiempo que los sonidos de la calle, el bullicio de la gente y las canciones de los músicos ambulantes se habían convertido en la banda sonora de mi vida, reconocibles, alegres y confiables. Seguramente, para Théo aquello sonaría como el infierno, pero no se quejó. Al contrario, alargó una mano desde su tumbona y comenzó a acariciarme despacio el brazo. Sentí su caricia, tan cálida como la del sol, y me envolvió una sensación de paz que creía haber perdido para siempre. Estaba en casa, junto a Théo, tranquila y a salvo.

Solo fui consciente de que me había dormido cuando el sonido del teléfono me sobresaltó. Cuando abrí los ojos y me incorporé en la hamaca, Théo ya se había levantado y miraba con el ceño fruncido la pantalla de mi móvil.

—Es Roux —dijo sin más.

Y toda mi serenidad, mi tranquilidad y mi bienestar desaparecieron como por ensalmo. Volvió la angustia, el nudo en el estómago, el sudor frío y el miedo. Sobre todo, el miedo.

Théo alargó la mano y me ofreció el teléfono, que continuaba sonando. Lo cogí, deslicé el icono verde hacia arriba, conecté el altavoz y lo sostuve en alto para que Théo pudiera oírlo.

—¿Sí?

—Señorita Roussel, soy el inspector Roux —se presentó—. ¿Qué tal se encuentra?, ¿se está recuperando bien?

—Me encuentro mejor, gracias —respondí. Bueno, quizá solo llamaba para interesarse por mi estado… Me equivocaba, claro.

—Necesito su ayuda —siguió Roux—. No somos capaces de descifrar la documentación que nos facilitó y he pensado que quizá usted, que conoció a la señora Labelle, sea capaz de encontrar un patrón, algo que nos lleve a descifrar el contenido de los cuadernos.

—No sé, yo…

—Piense que quien sea que la atropelló la cree capaz de hacerlo —me cortó—, está convencido de que es usted un peligro, y quizá lo sea, al menos para ellos, sin que usted ni siquiera lo sepa.

Me hizo dudar. Quizá tuviera razón, aunque en mi fuero interno sabía que todo aquello solo sería una pérdida de tiempo.

—Como quiera —acepté—, pero no espere demasiado, dudo mucho que yo sea capaz de interpretar lo que su equipo no ha logrado.

—Bueno, nunca se sabe. ¿Cuándo le viene bien venir? La documentación es extensa, cuanto antes empiece, antes terminará.

Consulté mi reloj. Apenas eran las cuatro de la tarde. Miré a Théo, que asintió en silencio.

—Iré ahora —le dije—. Me acompañará el señor Gaillard —añadí mirando a Théo, que volvió a mover la cabeza arriba y abajo.

Roux tardó unos segundos en contestar.

—Claro —dijo por fin—, como usted quiera. Aquí todo el mundo es bienvenido —añadió con sorna.

—Llegaré lo antes posible —seguí, haciendo caso omiso a su absurda ironía.

—La estaré esperando —añadió, y colgó.

67

Olivia

Volver a entrar en la comisaría trajo a mi mente las imágenes del atentado. Los disparos, la sangre, los cuerpos sin vida, Nicole… Me pregunté si conseguiría alguna vez superar todo aquello. Temblaba como una hoja mientras esperábamos a Roux. Théo me pasó un brazo por los hombros y me acercó a él, pero no era frío lo que sentía.

El inspector llegó con gesto serio. Parecía cansado. Llevaba la espalda algo encorvada y los brazos caídos a los lados. Su camisa blanca necesitaba un lavado y él, una buena ducha y un afeitado. Alargó la mano y estrechó primero la mía y luego la de Théo.

—Gracias por venir —dijo—. Llevamos semanas con esto y no hemos sido capaces de descifrar el código.

—No sé por qué piensa que yo lo entenderé —dije.

—Porque usted conocía a la señora Labelle y quizá haya algo, una idea, un dato, que lleve a otro, y a otro, hasta encontrar el inicio del hilo del que tirar.

Asentí. Estaba dispuesta a intentarlo, pero no tenía ninguna esperanza de conseguirlo.

—Nicole era muy reservada para algunas cosas —le expliqué.

—Lo sé, pero también sé que usted era su persona de confianza. En fin, no perdemos nada por intentarlo. Si me acompañan…

Lo seguimos a través de los estrechos pasillos del edificio, esquivando policías presurosos que nos miraban con curiosidad, hasta una sala amplia con una mesa rectangular y una decena de sillas alrededor. Sobre la mesa había un ordenador portátil y una pila de papeles. Me acerqué y comprobé que en cada una de esas hojas

se había impreso una de las páginas de los cuadernos de Nicole. Ver su letra apretada, sus eles lanzadas hacia arriba, los gruesos puntos sobre las íes, me provocó un sollozo involuntario.

—¿Estás bien? —me preguntó Théo.

—Sí, sí —le aseguré—, estoy bien. Es solo…

Señalé hacia los papeles y él comprendió sin necesidad de que dijera nada más.

—¿Necesita algo? —preguntó Roux—. Le traeré lo que me pida. Agua, café, un refresco, algo para comer… Puedo enviar a alguien a buscar lo que sea.

—Agua estará bien —acepté—. Y si pudiera abrir las ventanas…

La sala era como un horno por culpa del sol que llevaba toda la tarde golpeando los cristales sin persianas ni cortinas.

—Por supuesto.

Roux abrió las tres ventanas y salió por la puerta a toda prisa. Regresó un par de minutos después con dos vasos de cristal y una botella de agua.

—Le he dejado un cuaderno, bolígrafos, lápices, subrayadores de colores… Cualquier cosa que necesite, pídamelo —repitió—. Estaré en mi despacho, no tiene más que llamarme y estaré aquí en un segundo.

Sonreí y me senté delante del ordenador, aunque lo que de verdad me interesaba era la pila de papeles impresos. Los fui pasando despacio, sin detenerme a leer el contenido con atención, solo para familiarizarme con el sistema de Nicole. Me imaginé frente a ella, de pie al otro lado del escritorio, esperando a que terminara de escribir en sus cuadernos para poder hablarle de lo que fuera que me había llevado a su despacho. Escribía deprisa, lo que significaba que el código no era demasiado complicado, o bien llevaba tanto tiempo utilizándolo que lo conocía de memoria. Quizá lo usara cuando era niña, para jugar a escribir mensajes ocultos. Yo lo hacía con mis hermanos, era divertido. Solíamos convertir las letras en números y viceversa, pero la policía lo habría descubierto con

facilidad. Sin embargo, estaba convencida de que Nicole no se había complicado demasiado a la hora de elegir el código. Escribir en esos cuadernos era rutinario para ella, no creo que jamás pensara que alguien se interesara por ellos. O quizá sí, y me había tenido engañada hasta el último momento.

Aparté de mi mente los recuerdos y las sospechas y me centré en el listado que tenía delante.

Ldoj Zjevvr Rjuvvs / 23 fqktlwpc / 5.000

Jytomf Gcyfqa / 2 gftqb / 2.300

Tnpdxrjjw Wtdhxj / 16 jvsep, 20 jvsep, 1 gftqb / 21.000

Me esforcé en leer todas las páginas de principio a fin, pero la relación de letras y números no tenía ningún sentido para mí. Cuando terminaba con un folio se lo pasaba a Théo, que lo estudiaba con el ceño fruncido y una expresión de sorpresa y confusión similar a la mía.

Me levanté y me dirigí a la ventana. Necesitaba aire fresco.

—Esto es una pérdida de tiempo —dije—, si la policía no ha conseguido romper el código, ¿cómo piensan que lo voy a lograr yo?

—Puedes dejarlo cuando quieras —me recordó Théo.

Negué con la cabeza.

—Roux tiene razón, puede que en esas páginas se esconda la persona que ha intentado matarme. No estaré a salvo hasta que la atrapen. —Lo miré fijamente a los ojos—. Sabes que volverán a intentarlo.

Théo no negó mis palabras, era obvio que él también lo había pensado. Regresé a la silla y conecté el ordenador que contenía el material del USB que Nicole me ordenó llevarme. Los archivos eran hojas de Excel con listados similares a los que había en los cuadernos. El programa había conservado la fecha de cada inserción. Había apuntes muy antiguos. Sin embargo, el galimatías era similar. Aquello era indescifrable, al menos para mí.

Me pasé tres horas probando diferentes combinaciones para sustituir una letra por otra, o por números, o por palabras enteras, pero nada tenía sentido. A las nueve de la noche, el inspector Roux regresó a la sala y me miró con expresión apenada.

No hizo falta que habláramos. Moví la cabeza de un lado a otro y él frunció los labios. Si era posible, juraría que había envejecido diez años en esas pocas horas.

—Volveré a intentarlo —le prometí. Luego miré las hojas esparcidas sobre la mesa—. ¿Puedo llevarme una de esas páginas? Quizá consiga…

—Coja la que quiera —me animó—, y si se le ilumina la bombilla, llámeme de inmediato, a cualquier hora del día o de la noche.

Cogí una de las páginas y Roux anotó en ella su número de teléfono personal.

—La patrulla seguirá rondando por su casa —me dijo cuando ya nos marchábamos.

—Gracias —le dije sencillamente.

Inclinó la cabeza y nos precedió hasta la puerta de salida.

La noche nos recibió fresca y oscura. Estaba agotada, pero me sentó bien sentir el viento frío en la cara.

—Llamaré un taxi —dijo Théo.

—Creo que me vendrá bien un paseo —le pedí.

Él sonrió, me pasó el brazo por los hombros y comenzamos a caminar.

No fue fácil quedarme sola. Théo se marchó cerca de la medianoche, después de intentar, directa e indirectamente, que volviera con él a su apartamento o que le permitiera dormir en el mío. Confieso que el sonido de la puerta al cerrarse me estremeció y a punto estuve de echarme atrás y pedirle que volviera, pero no lo hice.

Respiré hondo, abrí una botella de vino blanco y me senté a la mesa del salón con la cabeza llena de lo que Roux me había mostrado y el papel fotocopiado delante de mí. Saqué del bolso las notas arbitrarias que había ido tomando y lo repasé todo mientras le daba pequeños sorbos al vino. Lo mirara como lo mirara, aquella sucesión de letras que no formaban ni una sola palabra con sentido, y de números con todo el aspecto de ser aleatorios, me estaban volviendo local.

Ldoj Zjevvr Rjuvvs / 23 fqktlwpc / 5.000

Jytomf Gcyfqa / 2 gftqb / 2.300

Tnpdxrjjw Wtdhxj / 16 jvsep, 20 jvsep, 1 gftqb / 21.000

¿En qué estaba pensando Nicole cuando ideó ese código? Y lo más importante, ¿qué quería ocultar? Además, no podía olvidar que había gente muy interesada en que el contenido de esos libros no saliera a la luz.

Encendí el ordenador y leí sobre algunos de los sistemas cifrados que había mencionado Roux. Sencillos o complicados, eran imposibles de franquear sin una palabra clave. Una clave… Decidí centrarme en eso. Si encontraba la clave, podía intentar aplicarla siguiendo los distintos códigos.

El teléfono vibró sobre la mesa. Mi madre, fiel a su cita diaria, me llamaba para charlar unos minutos. Sonreí y cogí el móvil. No tuve tiempo de responder. En una fracción de segundo, la cristalera de la terraza saltó por los aires con un terrible estrépito. Las cortinas comenzaron a arder casi al instante, y pronto le siguió la alfombra.

En pocos segundos había fuego por todas partes.

68

Théo

Volé sobre las calles de París, tocando el claxon como un loco para que el resto de los vehículos se apartaran de mi camino. Había oído su voz, sabía que estaba viva, pero podía no estarlo. Dios… La había dejado sola apenas una hora antes. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Cómo podían haberse enterado de que estaba en casa sin protección? Protección… ¡Debería haber habido un coche patrulla en la puerta de su casa! Aceleré y enfilé las últimas calles hasta su casa.

Dejé el coche de cualquier manera junto a la acera y empujé a los curiosos hasta que logré llegar al portal. Un agente uniformado intentó detenerme, pero se hizo a un lado cuando me reconoció. Tuvo suerte, estaba dispuesto a tumbarlo de un puñetazo. Subí las escaleras de dos en dos y me detuve frente a la puerta del piso de Olivia. No quería entrar como un tifón, bastante nerviosa estaría ella como para que me viera así.

Respiré despacio y profundamente mientras me acercaba al apartamento. Olía a humo y a pólvora, y los bomberos habían dejado un reguero de agua y espuma desde el interior del piso hasta las escaleras. Oía muchas voces, pero no la de Olivia. ¿Se la habrían llevado? Me había cruzado con una ambulancia mientras venía hacia aquí. Inspiré una vez más, exhalé y entré.

Allí estaba, de pie junto a la mesa del comedor, con los brazos cruzados, abrazando la chaqueta con la que se había cubierto. Temblaba a pesar del calor de la noche y del residual del fuego. Me acerqué hacia ella en dos zancadas. Cuando me vio, los ojos se le llenaron de lágrimas. Separó los brazos del cuerpo y los alargó hacia mí. La abracé, la pegué a mi pecho y le acaricié la cabeza mientras ella sollozaba. La besé en el pelo y la mecí levemente. Eso pareció

calmarla. Se separó de mí lo suficiente como para poder mirarla a los ojos. Estaba asustada, pero, a pesar de todo, se había negado a marcharse.

—Es mi casa —protestó cuando yo le pedí que me esperara en un coche patrulla—. Tengo que estar aquí.

Y allí estaba, de pie, sin rendirse. Sentí un pellizco en el pecho.

—¿Qué te han dicho? —le pregunté, señalando a la policía.

—Lanzaron un pequeño artefacto incendiario desde el edificio de enfrente, por eso no lo detectó la patrulla apostada en la calle —respondió—. Pude apagar el fuego con una manta, pero los bomberos se tuvieron que ocupar de la terraza. Todas las plantas, las hamacas… Todo ha ardido.

—Solo son cosas —la consolé—, lo importante es que tú estás bien.

El inspector Roux entró desde la terraza y se acercó a nosotros.

—No ha pasado nada durante los días que ha estado en mi casa —dije con tono seco—, y en cuanto llega a su apartamento, sufre un nuevo atentado.

—¿Con quién había comentado que pensaba volver aquí? —preguntó Roux.

Olivia meneó la cabeza despacio.

—Se lo había dicho a Théo y a mis padres, por supuesto, y a mi amiga Adele. Supongo que Kyllian también estaría al tanto —añadió —. Y usted, claro.

—Me voy a encargar de esto personalmente —aseguró el inspector.

—¿No lo estaba haciendo ya? —pregunté con sorna—. En cuanto terminen, me la llevaré de aquí.

—¿A dónde? —quiso saber el policía.

—¿De verdad cree que se lo voy a decir? Y nada de teléfonos. Si nos necesita, escriba un email.

—Como quieran, pero si me dicen dónde estarán, me aseguraré de que tengan protección.

—Yo me ocupo —dije.

Una hora después todo el mundo se había marchado. Intenté poner un poco de orden en el salón mientras Olivia hacía una pequeña maleta, pero no fue fácil. Barrí los cristales del salón, aparté los muebles calcinados y cerré la maltrecha puerta de la terraza. Metí en una bolsa de plástico la manta con la que había apagado el fuego y la dejé junto a la caja en la que había tirado los cristales. Añadí un par de cojines y algunos libros y revistas reducidos a hollín. Por la mañana me encargaría en enviar un equipo de limpieza y de que repararan los destrozos para cuando volviéramos. Ahora, lo urgente era ponerla a salvo. Roux nos había asegurado que sus hombres habían peinado la zona y que no habían encontrado nada sospechoso, y eso era malo, muy malo, porque significaba que quien había disparado, quizá la misma persona que la había atropellado, seguía en la calle.

Tenía que ponerla a salvo.

Olivia regresó al salón con una maleta y un bolso de viaje. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba un tejano y una camisa verde de manga larga. Seguía teniendo frío. Me acerqué a ella y le cogí el equipaje. Sonrió tristemente.

—Otra vez tengo que irme de mi casa —dijo en voz muy baja.

Le brillaban los ojos y le temblaron levemente los labios.

—Serán solo unos días, hasta que todo esté resuelto. Roux se ha puesto las pilas, tarde o temprano descifrarán el código de los malditos libros y encontrarán al culpable.

—Pero no entiendo por qué vienen a por mí, yo no sé nada —protestó.

—Por algún motivo, piensan que sabes algo, y no tenemos forma de convencerlos de que están equivocados. De todas formas —añadí, mirándola a los ojos—, ¿estás segura de que no sabes nada?

Ella frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?, ¿crees que estoy mintiendo?

—¡No! —me apresuré a decir—, solo digo que quizá no seas consciente de lo que sabes.

—De verdad, no sé nada —insistió.

—De acuerdo —acepté, nada convencido. Tenía que pensar en algún modo de despertar en ella los recuerdos que ni siquiera era consciente de conservar—. Coge algo de abrigo —le sugerí después —, donde vamos, refresca por la noche.

Ella asintió sin preguntar y cogió un par de chaquetas de su armario. Luego salimos del apartamento. Escuché claramente el sollozo que se le escapó al cerrar la puerta y conectar la alarma.

Hicimos una breve parada en mi casa para que yo también preparara una pequeña maleta. Olivia no había hablado en todo el camino, ni siquiera me preguntó adónde íbamos hasta que volvimos al coche.

—Mis padres tienen una pequeña propiedad en Pont-Aven —contesté—. Fue una granja en tiempos de mis abuelos y bisabuelos. Mi madre la heredó y durante mucho tiempo ha estado deshabitada, pero cuando mi padre por fin dejó de viajar, decidieron rehabilitarla y la verdad es que ahora es un lugar muy agradable.

—Eso son muchas horas de viaje —dijo con el ceño fruncido.

—Algo más de cinco —confirmé—. Así puedes dormir un buen rato. Ponte cómoda y descansa, lo necesitas.

Olivia sonrió y se volvió hacia la carretera. París se deslizaba despacio a nuestro alrededor, desapareciendo poco a poco para dejar paso a carreteras poco transitadas a esa hora de la madrugada.

No tardó en dormirse. Se había tapado con la chaqueta y la temperatura exterior era buena, pero, aún así, ajusté el aire acondicionado a veinte grados.

Me costaba entender que alguien quisiera hacerle daño, pero la amenaza era real. Apreté los dientes, cogí aire y puse rumbo al mar.

69

Olivia

El suave murmullo del motor me despertó poco a poco. No era consciente de haberme dormido, ni de cuánto tiempo había pasado desde que salimos de París. Afuera seguía oscuro, aunque sobre el horizonte comenzaba a dibujarse una tenue línea anaranjada. Abrí los ojos y me giré en el asiento. Théo conducía concentrado en la carretera. Debió de percibir mi movimiento, porque se giró hacia mí y me sonrió.

—Buenos días, preciosa, ¿has dormido bien? —preguntó.

—La verdad es que sí —reconocí—. Tu coche es muy cómodo.

Lo miré con interés. Estaba muy guapo. Apenas iluminado por las luces del salpicadero, con el pelo revuelto, la camisa remangada y una pose relajada, estaba muy, muy atractivo. Muchísimo. Sentí un pellizco en el estómago y sonreí como una tonta.

—¿Pasa algo? —me preguntó, mirándome de soslayo para no apartar la vista de la carretera.

—No, nada —respondí sin dejar de sonreír.

—¿He hecho o dicho algo gracioso? —insistió.

—No te preocupes, soy yo —dije—, que no puedo controlar mis pensamientos.

Théo soltó una mano del volante y la llevó a mi pierna.

—Algo me dice que formo parte de esos pensamientos.

—Ajá —respondí sin más.

Sentí la palma de su mano calentándome la piel, incluso por encima de los tejanos. Subió despacio hasta mi entrepierna y apretó en la costura. Di un respingo cuando todas las terminaciones nerviosas dedicadas al placer se activaron al mismo tiempo.

—No hagas esto —susurré.

—Puedo parar en el arcén —sugirió con una sonrisa traviesa.

—¡Ni se te ocurra! —exclamé—. ¿Te imaginas que alguien nos ve?

—No nos verán.

—¿Cuánto falta para llegar? —pregunté.

—Demasiado —respondió mientras giraba a la derecha y se detenía bajo unos árboles pegados a la carretera.

La calzada quedaba a unos tres metros, pero no estaba segura de que fuera suficiente como para que no nos vieran los otros conductores.

—Théo —susurré.

—Shhhh…

Se soltó el cinturón de seguridad y en el mismo movimiento liberó también el mío. Me giré hacia él, pero Théo salió del coche y lo rodeó deprisa. Luego abrió mi puerta y accionó un par de palancas en la parte inferior del asiento. Dos segundos después estaba prácticamente tumbada y había dejado el suficiente espacio libre delante como para arrodillarse ante mí.

Por dios, apenas podía respirar.

—¿Sigo en tu cabeza? —me preguntó, clavándome sus ojos verdes.

—Todo el tiempo —reconocí.

—Bien. Pronto estaré en el resto de tu cuerpo.

Puso las manos a ambos lados de mis caderas y se incorporó hasta alcanzar mi boca. Su beso me devoró y me abrasó, avivó un fuego que pensaba dormido, pero que estalló en medio de un huracán de emociones. Me soltó los botones de la camisa y me mordió el pezón por encima del sujetador. Primero uno, luego el otro, sin dejarme respirar. Habría podido correrme en ese mismo instante solo con su boca sobre mi pecho, pero entonces decidió seguir viaje hacia abajo. Volvió a besarme mientras me soltaba el

botón del tejano y bajaba la cremallera. Levanté el trasero para ayudarle a quitármelos. Théo se arrodilló sobre la alfombrilla y prácticamente me los arrancó. Los lanzó al asiento de atrás y se quedó quieto un segundo, mirándome mientras yo jadeaba. No dijo nada. Cogió el lateral de mis braguitas, giró la mano para aferrar la tela y me las arrancó. Sentí cómo me mojaba, cómo la excitación escalaba sin medida hasta cotas que pocas veces había sentido.

Théo me colocó los pies sobre el asiento, me separó las rodillas y se lanzó a por mi parte más sensible. Apenas me tocó con la punta de la lengua sentí la electricidad y el placer formando un tornado entre mis piernas. Esta vez no se detuvo. Lamió, succionó y acarició hasta que la explosión de placer más increíble de mi vida me avasallaba por completo. Eché la cabeza hacia atrás y levanté las caderas hacia él, sintiendo su cara en mi sexo. Gemí, jadeé y me retorcí sobre el asiento del coche hasta que el orgasmo se aplacó. Entonces, Théo me cogió por la cintura, me dio media vuelta y me colocó a cuatro patas. Lo sentí detrás de mí, acariciándome el trasero mientras se ponía un preservativo. Lo siguiente que sentí fue su miembro en mi interior. Me penetró de un solo movimiento, fuerte, decidido, casi furioso. Lo oí gruñir y empezar a moverse despacio. Yo también me moví, para acompasarme a su vaivén, y aceleré con él. El orgasmo que yo creía evaporado volvió a avivarse con cada empujón. Lo sentía tan dentro de mí que casi parecía parte de mi cuerpo. Entraba y salía mientras con una mano me sujetaba con fuerza la cadera y la otra, traviesa, comenzó a juguetear con mi clítoris.

—Vamos, preciosa —gimió a mi espalda.

No necesité más. Me moví con él, apreté su mano entre mis piernas y su verga en mi interior y me corrí de nuevo, esta vez con él. Fue maravilloso sentir cómo se estremecía, cómo se vaciaba en mi interior, contento, saciado como yo.

Cuando nos calmamos, salió despacio de mí, se deshizo del condón y se limpió con un pañuelo de papel. Yo me di la vuelta de nuevo y me tumbé sobre el asiento, mirándolo con una sonrisa bobalicona en la cara.

—Cuerpo y mente —le dije—. Eso querías, ¿no?

—Así es —sonrió él.

—Lo tienes.

Théo apoyó las manos sobre la tapicería y alcanzó mis labios para darme un beso suave y dulce.

—Te he roto las bragas —dijo después, mientras se recolocaba la ropa.

—No importa, tengo más.

Bajó del coche, abrió mi maleta y sacó unas braguitas. Ya me había vestido y, justo cuando Théo estaba recolocando el asiento, unas luces rotatorias se detuvieron detrás de nosotros. Casi se me paró el corazón.

Un policía uniformado bajó del coche y se acercó al nuestro con una linterna en la mano, aunque las luces de sus faros y el incipiente amanecer eran suficientes.

—¿Todo bien? —nos preguntó—. Aquí no se puede parar.

—Lo siento, agente. El asiento se movió y decidí parar para comprobar el anclaje. No quería que mi novia saliera disparada si frenaba de golpe.

—Déjeme que le eche un vistazo —pidió. Abrió la puerta del copiloto y se agachó para comprobar el anclaje—. Parece correcto.

—Ahora sí —confirmó Théo—, pero parece que cuando lo movimos, no lo colocamos en la posición correcta y por eso ella tenía la sensación de que se movía. Han sido solo un par de minutos, ya nos íbamos.

—De acuerdo, buenos días —se despidió el policía.

Théo se puso al volante y se colocó el cinturón de seguridad. Dejó que los policías pasaran antes de incorporarse a la carretera. Entonces, me giré hacia él y lo miré con los ojos muy abiertos.

—¡Te dije que podían vernos! —exclamé.

—Te dije que no lo harían —respondió, y me guiñó un ojo.

Si hubiera sido posible, le habría arrancado la ropa en ese mismo momento.

La casa de los Gaillard en Pont-Aven no era «poco más que una granja», como Théo la había descrito, sino una finca preciosa con varias hectáreas de terreno, salida directa al mar y una edificación central rodeada de tres más pequeñas. La casa tenía tres alturas y un tejado afilado a dos aguas cubierto de tejas oscuras. La madera oscura predominaba en puertas y ventanas, y la fachada estaba pintada de un cálido color crema. Olía a sal y a hierba. Era mágico.

Théo cogió las maletas y abrió la puerta principal. El interior estaba sombrío y fresco.

—No he tenido tiempo de pedir que prepararan la casa —se disculpó Théo mientras abría las ventanas—, ni de comprar nada. Tendremos que ir al pueblo a por suministros.

—Me parece una gran idea. Nunca he estado en Pont-Aven. Podemos desayunar en alguna cafetería, dar un paseo y hacer la compra antes de volver.

Lo seguí escaleras arriba hasta un dormitorio con una enorme cama con dosel de una madera tan oscura y aromática como la del resto de la casa. Retiró la colcha hacia atrás y sacó un juego de sábanas limpias del armario. Él a un lado y yo al otro, hicimos la cama y volvimos a colocar el edredón.

—Para cuando la necesitemos —dijo con una sonrisa ladeada.

—¿No has tenido bastante? —le pregunté.

Él se acercó hasta mí, me abrazó por la cintura y pegó sus labios a los míos.

—Nunca tengo bastante.

Nos costó salir de la habitación, pero por fin volvimos al coche para dirigirnos al centro de Pont-Aven. Habría sido un paseo agradable en otras circunstancias, pero hacía solo unas horas que alguien había intentado quemarme viva y… bueno, todavía me temblaban las piernas después de nuestro escarceo en el coche.

Almorzamos en un precioso restaurante del puerto. Théo encargó tortilla de gambas, espárragos a la plancha, zumo de naranja, café y *kouign-amann*, un postre bretón que era básicamente una tarta de mantequilla y que estaba deliciosa. De entrada, pensé que era demasiado, pero cuando empecé a comer no podía parar. Estaba realmente hambrienta.

Théo encargó comida en un par de tiendas y pidió que nos la llevaran al final de la mañana. Después, regresamos a la casa. Me costó mucho no volver a dormirme en el coche. Me sentía saciada y tranquila, con el sol calentándome la piel y Théo canturreando por lo bajo la canción que emitía la radio. Ojalá fuera todo siempre tan sencillo… Pero no lo era, ni mucho menos. Llevaba en el bolso los papeles que Roux me había dado y un cuaderno con las notas que había tomado sobre los distintos tipos de codificación que había encontrado en internet. Nicole no era un genio del camuflaje; hasta donde yo sabía, su vida había sido bastante normal. Nunca fue una espía, ni siquiera creo que le gustaran ese tipo de novelas. No podía ser tan complicado…

Cuando llegamos a casa, me desnudé en la habitación y me puse el camisón que había traído. Me tumbé en la cama y no tardé más que unos segundos en quedarme dormida. Desperté casi dos horas después. Théo había cerrado las cortinas y abierto un poco la ventana. Oía el mar y los pájaros, y un perro que ladraba en alguna finca cercana.

Bajé descalza las escaleras. Théo estaba en la cocina, guardando los víveres que nos habían servido. Llevaba un pantalón tejano apoyado en las caderas y una camiseta negra que le marcaba todos los músculos de los brazos y el torso.

—Buenas tardes, bella durmiente —me saludó.

—Vaya, no pensé que dormiría tanto. Siento haberte dejado solo.

—No te disculpes, lo necesitabas. Además, no es tarde. Llegas justo a tiempo —me dijo sonriente.

—Justo a tiempo ¿para qué?

—Tengo un regalo para ti.

70

Olivia

Primero, separó una de las sillas que rodeaban la enorme mesa de madera de la cocina y me invitó a sentarme. Luego puso delante de mí un plato con fruta recién cortada y un yogur con miel. Picoteé la fruta sin dejar de mirarlo. Sus ojos parecían más oscuros. Había bajado un poco la barbilla y me clavaba una mirada cargada de deseo. Me llevé una uva a la boca y la mordí despacio. Parte del jugo resbaló por la comisura y se deslizó por la barbilla. Théo se levantó de su silla, se acercó a mí y lamió el zumo de mi piel. Se quedó a mi lado, serio, sin dejar de mirarme. Me recordó a un depredador, un lobo. Y yo era su presa. Cogí un gajo de naranja y lo puse entre mis labios. Muy despacio, Théo entreabrió la boca y atrapó la parte del gajo que había quedado fuera. Lo mordió sin dudarlo. El líquido fresco y dulce llenó nuestras bocas y nos empapó la piel.

—¿Quieres yogur? —me preguntó sin despegarse de mis labios. Negué con la cabeza—. Entonces, vamos.

Se levantó y me ofreció su mano. Cuando la tuvo, se agachó levemente y me cogió entre sus brazos.

—Estás descalza —dijo a modo de explicación.

No protesté. Apoyé la cabeza en su pecho y subí la mano hasta su cuello para acariciarlo despacio con la yema de los dedos.

Cuando llegamos al dormitorio, me dejó despacio en el suelo.

—No te muevas —me pidió.

Obedecí, por supuesto. Théo se acercó a la ventana y bajó la persiana hasta que el sol no fue más que una sucesión de puntos luminosos en las paredes. Luego regresó a mi lado, se situó frente a mí y me miró en silencio. Me retiró el pelo de la cara, colocándome

un mechón detrás de la oreja, y deslizó los tirantes del camisón por mis hombros, dejándolo caer al suelo. Luego metió los pulgares por la goma de mis braguitas y las empujó hacia abajo. Levanté los pies para quitármelas del todo. Sonrió y me besó en la mejilla. Por último, sacó algo del bolsillo de atrás del pantalón y lo sostuvo entre los dedos para que yo lo viera.

Un antifaz negro.

Me lo ofreció con una sonrisa ladeada.

—¿Confías en mí? —me preguntó.

Sin dudar, lo cogí y lo ajusté alrededor de mi cabeza. El sol desapareció, y también Théo. Sentí su mano en la mía.

—Apóyate aquí —me dijo, guiándome hasta el respaldo de una silla—. No puedes moverte, ni hablar, y tampoco tocarme o tocarte, ¿de acuerdo?

Asentí en silencio.

Desnuda y privada del sentido de la vista me sentí expuesta, vulnerable. Me tenía en sus manos, y eso me excitó. De pronto, cada sonido, cada movimiento a mi alrededor lo sentía amplificado: el roce de la ropa de Théo mientras él se movía a mi alrededor, el leve crujido de sus pasos sobre la madera del suelo. Intentaba anticipar su siguiente movimiento, saber dónde estaba.

—Confía en mí —susurró él, su voz grave y acariciante como un murmullo cerca de mi oído. El calor de su aliento hizo que un escalofrío me recorriera su espina dorsal. Luego, sentí la yema de sus dedos recorrer lentamente la curva de mi mandíbula, trazando un camino que se extendía hacia el cuello y bajaba por la clavícula. Se movía muy despacio, como si cada caricia fuera un trazo de pincel en un lienzo.

Incliné la cabeza ligeramente hacia atrás en busca de su contacto, pero él retrocedió lo suficiente para evitarlo. Suspiré, frustrada. Luego, sus manos, firmes y cálidas, se posaron sobre mis hombros, deslizándose lentamente por mis brazos, girando con la yema de los dedos, acariciándome con las uñas, provocando una

corriente eléctrica debajo de mi piel que amenazaba con consumirme.

—Eres preciosa —dijo.

Théo se había apartado de mí, no sentía sus manos, ni su aliento.

Y entonces, sentí sus labios. Me apartó el pelo de la espalda y me besó en la nuca. Se deslizó por el cuello hacia mi oreja y me mordisqueó el lóbulo. Oh, dios. Sentir su aliento cálido en mi oído fue casi orgásmico. Casi, porque entonces volvió a dejarme sola.

Gemí a modo de protesta y escuché su risita divertida. Lo oí caminar a mi alrededor. Lo imaginé mirándome, estudiando mi cuerpo, decidiendo dónde ir a continuación. Un largo minuto después sentí sus manos sobre mi culo. Me masajeó ligeramente antes de pasearse hasta mis muslos. Separé un poco las piernas, invitándolo.

—No te muevas —me recordó.

Quise protestar, pero no lo hice. Jadeé y me mantuve inmóvil mientras él subía y bajaba por la cara interna de mis muslos, sin llegar en ningún momento ni siquiera a rozar mi sexo, a pesar de que, en ese momento, era lo que yo más deseaba.

Los labios de Théo encontraron la piel de mi cuello, depositando besos lentos y cálidos que parecían encender chispas sobre mi piel. Arqueé la espalda y me entregué por completo a las sensaciones. Sus labios se movieron hacia abajo, hacia el hueco entre mis clavículas, mientras sus manos me exploraban con calma, subiendo por la cintura hasta rozar el contorno de las costillas.

Esa mezcla de control, pasión y delicadeza me estaba volviendo loca. A pesar de no poder ver nada, no tenía miedo. Al contrario, sentía cómo él me despojaba poco a poco de mis inseguridades, como si cada caricia fuera una declaración silenciosa de admiración y deseo.

Cuando sus labios alcanzaron mi cintura, se detuvo y levantó la cabeza, dejándome temblando por la anticipación. La punta de sus dedos sustituyó a su boca y trazaron un camino hacia el centro de

mi cuerpo. Gemí y me estremecí. Tuve que agarrarme con fuerza a la silla cuando, por fin, rozó mi clítoris. El sonido de nuestra respiración llenaba la habitación, acompasada y pesada, cargada de tensión.

—Dime si quieres que pare —dijo con voz ronca.

Negué con la cabeza y susurré «por favor».

—Shhhh. Si hablas, volveremos a empezar desde el principio.

Me mordí el labio inferior. No soportaría que se alejara de donde estaba.

Pero lo hizo. Salió de entre mis piernas, dejó de besarme la espalda y se separó de mí. Cada segundo se me hizo eterno. Oí sus pasos lentos, el roce de los tejanos que, al parecer, todavía llevaba puestos. Y entonces, de pronto, su lengua encontró mis pezones. Primero uno, luego el otro, los lamió y succionó despacio, complaciente. Luego sopló sobre ellos, endureciéndolos aún más y provocándome un estremecimiento.

Se separó de nuevo de mí y me aferré al respaldo de la silla. Distinguí el *zip* de la cremallera y el sonido de la tela. Sonreí. Ahora estaba tan desnudo como yo.

Las caricias se hicieron más firmes, casi urgentes. Sentí su cuerpo pegado al mío, sus labios recorriendo raudo cada centímetro de mi piel, sus manos en mi pecho, en mi sexo. Encontró el clítoris y comenzó a jugar con él. Despacio al principio, dibujando pequeños círculos. Gemí.

—Todavía no puedes moverte —me recordó.

Gruñí decepcionada, pero el disgusto me duró lo que tardó en meter dos dedos en mi interior. Apoyó la palma en mi clítoris y empezó a moverse arriba y abajo, dentro y fuera, presionando, girando, jugando. Al mismo tiempo, sentí su boca de nuevo en mi pecho, la lengua girando enloquecida alrededor de mis pezones, la mano libre masajeándome el trasero.

Gemí y doblé un poco las rodillas. Necesitaba…

—Córrete para mí —me dijo—. Eres una diosa, córrete en mi mano.

Fue todo lo que necesité para continuar. Clavé los dedos en la silla, eché la cabeza hacia atrás y recibí el orgasmo con los ojos vendados, consciente de cada caricia, de cada susurro, de cada estremecimiento. Me volví loca de placer, completamente loca.

Théo me agarró por la cintura mientras temblaba con los últimos espasmos de placer. Sentí su mano en mi cara, me besó en la sien y me quitó despacio el antifaz.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Mejor que bien —respondí—. Ha sido…

—¿Por qué hablas en pasado? —me interrumpió—. Acabamos de empezar.

71

Théo

Verla desnuda ante mis ojos, estremeciéndose entre mis manos, temblando de placer, hizo que algo explotara en mi interior, algo que no había sentido nunca antes y que me hacía reír y llorar al mismo tiempo, me daba miedo y me hacía feliz.

Le quité el antifaz despacio. La habitación estaba en penumbra, pero no quería que sintiera ninguna molestia. Volví a cogerla en brazos y la tumbé sobre la cama. Le brillaban los ojos y tenía los labios húmedos, un poco hinchados. Respiraba despacio, profundamente, y clavaba en mí sus impresionantes ojos azules.

—¿Estás bien? —volví a preguntar.

Olivia sonrió y estiró los brazos hacia mí. Pasó las manos por mi espalda, metió los dedos entre el pelo y me atrajo hacia su boca. Intenté con toda mi alma explicarle en ese beso todo lo que estaba sintiendo. Sus manos bajaron por mi espalda y se deslizaron sedosas hasta las caderas. Subió de nuevo y me pegó a ella. No me resistí. Con cuidado para no hacerle daño, me coloqué sobre ella y la besé larga y profundamente. Esta vez fui yo el que cerró los ojos para concentrarme en su olor, en el sonido de su respiración, en sus manos en mi espalda, en el sabor de su lengua.

Bajé despacio hasta sus pechos y volví a regodearme en ellos. Los sentí erizarse y ponerse rígidos. Eran deliciosos, toda ella era deliciosa.

La sentí revolverse debajo de mí. Abandoné su pezón y subí de nuevo hasta su rostro.

—Mi turno de jugar —dijo. Luego puso las manos en mis hombros y me empujó hacia atrás.

Me tumbé boca arriba y sonreí.

—Lo que desees —respondí—. Puedo ser tu muñeco.

Se colocó a horcajadas sobre mí, pero no se acercó a mi erección, sino que se mantuvo erguida sobre las piernas. Se inclinó sobre mí y me besó en la boca, un beso intenso, apasionado. Luego me mordisqueó el lóbulo de la oreja y me lamió el cuello. Uffffff. La sensación hizo que se me pusiera aún más dura, algo que pensaba que era imposible en aquel momento.

Los besos, mordiscos y lengüetazos siguieron hasta mis pezones. Los lamió y succionó con fuerza hasta arrancarme un gemido. Levanté las caderas para ir en su busca, pero ella me evitó con agilidad. Sentí sus uñas en los costados, bajando en dirección a las caderas, y me estremecí. Le acaricié la espalda y le masajeé el culo. Los dos respirábamos ya entrecortadamente, pero Olivia no parecía tener prisa. Se movió un poco hacia atrás para que su lengua dibujara una línea de saliva en dirección a mi pubis. Rodeó el ombligo, acarició el vello con la yema de los dedos y esquivó mi pene para dirigirse a las ingles.

Eché la cabeza hacia atrás, desesperado. Creo que gruñí, no estoy seguro. Estaba seguro de que yo no la había hecho sufrir tanto. ¡Me estaba torturando! Sentí su sonrisa sobre mi piel y levanté de nuevo las caderas.

Entonces, Olivia se irguió y me miró. Luego se inclinó de nuevo, buscó con la lengua la base de mi polla y la recorrió entera con un lengüetazo lento que me arrancó un profundo gemido. Cuando llegó al glande, lo rodeó un par de veces antes de metérselo en la boca y empezar a jugar con él. Esta mujer iba a acabar conmigo…

—Cariño —supliqué—, Olivia…

A modo de respuesta, se la metió entera en la boca y succionó con fuerza mientras la sacaba despacio, con su mano apretando en la base.

—Si sigues así… —le advertí. Divertida, ella se irguió y buscó algo con la mirada—. En mi cartera, en el suelo —le indiqué.

Olivia se levantó y buscó mi cartera entre el gurruño de ropa. Cogió un preservativo y volvió a la cama. De nuevo a horcajadas,

abrió el condón, lo sacó y me lo puso con cuidado. Después, se inclinó y acercó su boca a mi oreja.

—Y ahora —susurró— quiero que me folles.

No necesité nada más. La cogí por la cintura y la situé sobre mi polla. Olivia bajó despacio, y cuando la sintió toda dentro, comenzó a moverse como una amazona, arriba y abajo, encontrándonos para penetrarla hasta lo más hondo, para que me sintiera y sentirla como nunca había sentido en mi vida.

Le pasé un brazo por la espalda y la tumbé de lado sobre la cama. Ella entrelazó las piernas en mi espalda y levantó las caderas. Entré y salí como un loco, moviéndome cada vez más deprisa. La sentí estremecerse y aceleré.

—Vamos —la animé. Cogí su mano, le chupé el dedo corazón y lo guie hasta su clítoris. Olivia comenzó a acariciarse mientras yo la follaba con fuerza.

Por fin, echó la cabeza hacia atrás, levantó el pecho y gimió mientras el orgasmo la arrollaba. La miré mientras se corría. Estaba preciosa, era lo más bonito que había visto en mi vida. La acompañé en el orgasmo y me vacié dentro de ella. Fue una explosión de placer y de felicidad, una mezcla de orgullo por saberme capaz de satisfacer a una mujer como ella y miedo a perderla.

Salí de su interior y me tumbé a su lado. Ella se giró hacia mí y me cogió la cara con las manos.

—Es maravilloso —susurró.

—¿Qué es maravilloso? —le pregunté con una sonrisa.

—Todo lo que hacemos juntos.

La acerqué a mi cuerpo hasta que cada centímetro de nuestra piel estaba en contacto y la besé despacio, paseando mi lengua por su boca, buscando la suya.

Aquello era…

Increíble.

Descansamos durante un rato en la cama, charlando de nimiedades, planeando una excursión para el día siguiente y contándole anécdotas sobre mi familia. Cualquier cosa, excepto mencionar lo que nos había llevado hasta allí.

No habíamos tenido noticias de Roux, lo cual significaba que no habían detenido al culpable y que el código seguía sin ser descifrado. Sin embargo, preferimos refugiarnos en el oasis de la ignorancia eludiendo el tema.

—Necesito una ducha —dije un rato después.

—Yo también —reconoció Olivia.

—¿Un baño? —propuse.

—Siempre —aceptó ella con una sonrisa.

La habitación tenía un baño anexo con una gran bañera con patas que no recordaba haber utilizado nunca. En la pared opuesta había una ducha funcional y cómoda, que era la que utilizaba cuando pasaba unos días allí.

Me levanté y entré en el baño. Abrí el grifo de la bañera y ajusté la temperatura. Luego puse el tapón y abrí el armario. Había gel, champú y jabón, pero nada de sales de baño. Vaya… Elegí un gel con aroma a bosque y repartí una generosa cantidad en la bañera. Casi al instante comenzó a formarse una espuma blanca y aromática.

Saqué dos juegos de toallas y las coloqué sobre el taburete blanco situado junto a la bañera. La temperatura era buena, así que no encendí el calefactor. Cuando me giré, Olivia estaba en la puerta del baño. Se había cubierto con la sábana y me miraba apoyada en el dintel. Tenía el pelo revuelto, las mejillas sonrosadas y los labios hinchados. Estaba preciosa, podría haberme lanzado sobre ella en ese mismo instante y follármela allí mismo, en el suelo del baño, pero decidí comprobar la temperatura del agua y ayudarla a entrar en la bañera. Coloqué una toalla enrollada para que pudiera apoyar la cabeza y entré con cuidado en el agua. Olivia se giró y se sentó con la espalda apoyada en mi pecho. Le acaricié los brazos, el abdomen, el pecho. Ella se dejaba hacer con los ojos cerrados y la

cabeza en mi hombro, relajada, satisfecha. Tuve que concentrarme para no empalmarme otra vez.

Disfrutamos del agua caliente durante un buen rato. Olivia canturreó una conocida canción y yo intenté seguirla, pero fue un desastre, así que me dediqué a acariciarla bajo el agua mientras ella cantaba en voz baja.

Cuando el agua empezó a enfriarse, salí primero y la esperé con la toalla extendida. Olivia se enrolló en ella, friolera, y se pegó a mi cuerpo. Estaba seguro de que no había nada más parecido al paraíso que ese momento.

72

Olivia

Volvimos a la cama cuatro horas después, tras una buena cena a base de verduras y pollo asado y ver una película en la enorme televisión del salón. Era su casa, así que dejé que Théo escogiera. Acabamos viendo *The gentlemen*, de Guy Ritchie, una estupenda elección.

Esa vez hicimos el amor despacio, abrazados tumbados de lado, uno frente a otro, mis piernas alrededor de sus caderas, sus brazos rodeando mi cuerpo, besándonos sin cesar mientras nos movíamos acompasadamente hasta el final.

Me quedé dormida entre sus brazos, acurrucada en el calor de su pecho. Soñé con Nicole. La vi rodeada de letras, de números, de cifras inconexas. Nada de aquello tenía sentido. Sentí el olor del humo, el calor del fuego, y me estremecí entre los brazos de Théo. Él me abrazó con más fuerza y me besó en la cabeza antes de volver a dormirse. Intenté concentrarme en mi respiración, pero la cabeza me iba a mil. No conseguía encontrar la idea que me había despertado.

Nicole y sus secretos, Nicole y sus cuadernos, sus códigos. Nicole, una mujer sencilla.

Me senté en la cama. Lo había tenido delante todo el tiempo. La clave del código, la palabra maestra. Nicole.

Me levanté con cuidado de no despertar a Théo y busqué en mi bolso los papeles con el texto codificado. Bajé a la cocina, me preparé un café y me senté a la mesa. Había un cuaderno y un lápiz en la repisa de la ventana. Los cogí y comencé a buscar en el móvil los códigos más sencillos y conocidos. Tomé notas en el cuaderno y probé a traducir el texto cifrado. Nada. No era un cifrado de

transposición, que cambia el orden de los caracteres del texto, ni había utilizado el llamado César, el más sencillo de todos, que consistía en mover las letras del alfabeto un determinado número de veces. Tampoco era el cifrado enigma, el favorito de los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial.

Me estaba quedando sin opciones…

El código Vigènere era algo más complicado, ya que el movimiento de los caracteres dependía de una palabra clave. Leí con atención mientras anotaba los puntos más importantes. En lugar de usar un único desplazamiento, como en el cifrado César, donde siempre se desplazaba una letra un número fijo de lugares, en el Vigenère, el desplazamiento cambiaba de acuerdo con la clave, una palabra o frase, de modo que cada letra de la clave definía el desplazamiento de la letra correspondiente del mensaje.

Complejo, pero posible.

Cogí el listado de cifras y letras y lo puse junto al cuaderno. Al otro lado, las instrucciones que acababa de leer, y en la cabecera del papel, una sola palabra: Nicole.

Ldoj Zjevvr Rjuvvs / 23 fqktlwpc / 5.000

Jytomf Gcyfqa / 2 gftqb / 2.300

Tnpdxrjjw Wtdhxj / 16 jvsep, 20 jvsep, 1 gftqb / 21.000

La L se desplaza según la primera letra de la clave, la N, es decir, catorce veces. La D correspondería con la segunda letra, la I, y se movería nueve veces. Avancé muy despacio. Era complejo y tenía muchas posibilidades de equivocarme o hacerme un lío al establecer la correspondencia entre una letra cifrada y la palabra clave. Si es que había acertado, claro, porque también cabía la posibilidad de que estuviera perdiendo el tiempo.

Oí un ruido a mi espalda y me sobresalté.

—¿Estás bien? —me preguntó Théo—. Me he preocupado al no encontrarte en la cama.

—No pasa nada, estoy bien —le aseguré.

Se acercó a la mesa y examinó con el ceño fruncido los papeles esparcidos, el bloc de notas y las anotaciones.

—¿Esto es…? —empezó a preguntar.

—Creo que lo tengo —le dije, y le resumí el hilo de ideas que me habían conducido hasta allí—. Nicole no era una espía ni sabía demasiado de matemáticas, para eso me tenía a mí. El código no podía ser demasiado complicado ni necesitar computadoras o artilugios para escribirlo. Creo que lo tengo —repetí.

Volví a concentrarme en las letras inconexas mientras Théo preparaba más café.

Una letra por otra, seguir el orden, no perder el hilo…

Y por fin, ahí estaba.

—¡Lo tengo! —exclamé, y le acerqué a Théo una hoja emborronada en la que, al final, podía leerse claramente una serie de nombres, fechas y cifras.

Jean Pierre Menotti / 23 diciembre / 5.000

Eugene Dubois / 2 abril / 2.300

Philippe Nantes / 16 marzo, 20 marzo, 1 abril / 21.000

—Con esto, Roux y su equipo podrán descifrar todos los cuadernos —dije con una sonrisa—. Si la policía llega hasta ellos, si quien me persigue está en esa lista, entonces todo acabará.

No pude evitar echarme a llorar. Recordé el arma en mi espalda, el atropello, el hospital, el fuego…

—Voy a llamar a Roux —anunció Théo con el móvil en la mano—. Dijo a cualquier hora del día o de la noche —me recordó.

Asentí. Lo vi buscar el número y marcar. Luego me tendió el teléfono.

—Explícaselo tú —me pidió.

—Aquí Roux —saludó el inspector al otro lado.

—Buenas noches, inspector, soy Olivia Roussel.

—¿Se encuentra bien? —preguntó de inmediato.

—Sí, sí —me apresuré a decir—. Le llamo porque creo que he descifrado el código. En realidad —añadí— estoy segura de haberlo hecho. Son nombres, fechas y cantidades, aunque en el fragmento que tengo no se especifica de qué.

—Es usted un genio, señorita Roussel. ¿Puede venir ahora mismo a jefatura para explicarnos lo que ha descubierto?

—La verdad es que…

Théo alargó la mano y le pasé el teléfono.

—Inspector Roux, aquí Théo Gaillard.

—Buenas noches, señor Gaillard. Suponía que andaría usted por ahí. Mejor, así puede acompañar a la señorita Roussel hasta aquí.

—No estamos en París —respondió Théo—, se lo dije ayer.

Roux chasqueó la lengua.

—¿Y cuándo tienen previsto volver? —preguntó.

—Mañana mismo. Esto es importante, tienen que detener a quien ha atentado contra la vida de Olivia.

—Quizá pueda acercarme yo a donde están —sugirió el inspector.

—No, déjelo. Mañana regresaremos a París. Le llamaremos con tiempo suficiente para que pueda reunirse con nosotros en comisaría.

—Dígame el código y la clave, al menos así podremos empezar a trabajar —pidió Roux.

—Mañana —insistió Théo—. Buenas noches.

Y colgó.

Me quedé mirándolo con el ceño fruncido.

—¿Por qué no se lo has dicho? —le pregunté.

Théo se encogió de hombros.

—No quiero que falte a su compromiso de protegerte una vez tenga el código y consiga descifrar los cuadernos —respondió

tranquilamente—. Volvamos a la cama, mañana nos espera un largo viaje.

—No sé si voy a ser capaz de dormir —dije.

Théo se acercó a mí, me pasó los brazos por la cintura y me acercó a él.

—No te preocupes, yo te ayudo.

Un segundo después estaba de nuevo en sus brazos. Un minuto más tarde, en la cama, y cinco minutos después lo tenía dentro de mí. Podría acostumbrarme a vivir así.

73

Théo

Me despertó un ruido que no identifiqué. Escuché atento, sin moverme. Quizá lo hubiera soñado… Olivia respiraba tranquila a mi lado, profundamente dormida. Ahí estaba de nuevo. Sonaba abajo, en la primera planta. Parecía la puerta trasera, la que daba a la cocina, pero no estaba seguro. Me levanté despacio y miré por la ventana. Afuera, la noche era completa. No hacía viento, así que nada podía haber golpeado la puerta.

Me vestí intentando no hacer ruido y me acerqué a la puerta de la habitación. Giré despacio la manilla y escuché. La madera del salón crujió levemente. Había alguien allí abajo. Cerré, regresé a la cama y desperté a Olivia. En cuanto abrió los ojos, le hice un gesto con mi dedo en la boca para que no hablara.

—Hay alguien en el salón —susurré en su oído—. Tienes que estar preparada. Vístete y entra en el baño. Llama a Roux desde allí, e intenta no hacer ruido. Volveré a por ti —añadí.

—Voy contigo —afirmó ella muy seria.

—No, tú te quedas. Haz lo que te he dicho, por favor.

Olivia se levantó con cuidado de la cama y caminó de puntillas en busca de su ropa. Cuando estuvo vestida, le señalé el baño y abrí la puerta del dormitorio de nuevo. No se oía nada, pero sabía que quien fuera que se había colado en mi casa, seguía allí, a la espera, o quizá preparándose para atacar. Y yo no tenía nada con lo que defenderme.

Cerré la puerta a mi espalda y avancé por el pasillo en dirección a las escaleras. El suelo crujió bajo mis pies y me detuve. Ahí estaban, pasos raudos, ya sin disimulo.

—¿Quién anda ahí? —grité. Los pasos se detuvieron un segundo y luego avanzó de nuevo—. ¡Tengo un arma! —mentí.

La respuesta fue brutal. Un disparo agujereó la pared a mi derecha. Me lancé al suelo y repté hasta parapetarme junto a una enorme cómoda.

—¿Qué quieres? —pregunté entonces—, ¿dinero?

—¿Dónde está la chica?

Una voz de hombre, áspera y grave, y demasiado cercana para mi seguridad. Reculé, cogí una de las sillas del distribuidor y la lancé escaleras abajo.

—No sé quién eres, así que estás a tiempo de largarte. La policía está en camino, no tardarán en llegar.

—Me sobra tiempo —bufó el tipo—. No tengo nada contra ti, métete en un cuarto y espera media hora antes de salir. No te pasará nada, te lo prometo. Mi problema es ella, no tú, y no mato gratis.

—Ella no ha hecho nada —respondí.

—A mí no me cuentes tu vida —se carcajeó él—. Yo tengo un trabajo que hacer, y lo haré. Hoy mismo, de hecho. Ahora —añadió.

Las balas volaron a mi alrededor. Pegué el cuerpo al suelo y me cubrí la cabeza con las manos. Tenía que salir de allí, estaba acorralado.

Gateé de regreso al dormitorio. Encontré a Olivia en el centro de la habitación, lista para lanzarme el taburete del baño.

—¡Soy yo! —susurré—, ¿por qué no estás ahí dentro?

—¿Estás herido? —quiso saber, ignorando mi pregunta.

—No, no me ha dado, pero está ahí mismo.

—He llamado a Roux, él avisará a la policía de la zona. Están de camino.

—Bien. Tenemos que salir de aquí —añadí mientras colocaba una silla contra la puerta para atrancar la manija. Eso no detendría al tirador, pero confiaba en que al menos lo ralentizara un poco.

Miré a mi alrededor. Solo había dos opciones, la puerta o la ventana. Al otro lado de la puerta había un asesino, así que, en realidad, solo había una opción. Ya sin preocuparme por no hacer ruido, retiré las cortinas y abrí las dos hojas de la ventana. El alfeizar era lo bastante ancho como para poder ponernos de pie. El problema era qué hacer a continuación. El salto hasta el suelo serían unos tres metros, cuatro quizá. Demasiado. Una mala caída podía acabar con todas nuestras posibilidades. Miré a ambos lados. Junto a la ventana había una gruesa tubería que ascendía hasta el tejado, y la canaleta estaba lo bastante cerca como para alcanzarla estirando los brazos. No había tiempo para pensar en un plan B, así que salí al alfeizar y la llamé.

—Subiremos al tejado. Vamos —urgí.

Olivia no se lo pensó. Salió con cuidado para que ninguno de los dos cayera al vacío y se situó a mi lado.

—Estira los brazos, ¿llegas a la canaleta?

Hizo lo que le pedí, pero le faltaban unos pocos centímetros para alcanzarla. Me senté a horcajadas en el alfeizar, con una pierna dentro de la habitación para mantener el equilibrio, la cogí por las piernas y la empujé hacia arriba.

—Vamos, deprisa.

Olivia se asió de la canaleta mientras yo seguía aupándola.

—¡La tengo! —exclamó.

Sentí que se esforzaba por subir haciendo fuerza con los brazos. La cogí por los tobillos y la impulsé de nuevo. Por fin, Olivia desapareció de mi vista y la oí caminar sobre las tejas.

Empecé a incorporarme para seguirla cuando comenzaron a aporrear la puerta. La silla aguantaría poco… Me puse de pie sobre el alfeizar y busqué la canaleta con la mirada. La melena rubia de Olivia me señaló el lugar desde el que ella me esperaba.

En ese momento, la puerta cedió y el pistolero entró en la habitación.

—¿Dónde te crees que vas? —gritó.

Sin pensarlo, flexioné las rodillas y salté. El golpe contra el suelo fue brutal. Rodé un par de veces y sentí un dolor intenso en el tobillo derecho, pero me levanté en el acto y corrí para ponerme a cubierto mientras el tipo disparaba desde la ventana.

Sentí que me ardía el muslo cuando una de las balas me alcanzó. Olivia gritó y el hombre miró hacia arriba. Luego me miró a mí y dudó.

—¡Corre! —le grité a Olivia. Ella se puso de pie sobre las tejas y corrió hacia la enorme chimenea que coronaba el tejado.

El tipo desapareció de la ventana. Supuse que estaría bajando las escaleras a toda velocidad para disparar desde el suelo. No podía permitirlo. Justo detrás de mí estaba el pequeño cobertizo en el que mi padre guardaba sus herramientas y, por suerte, un par de escopetas de caza. Saqué las llaves del bolsillo, busqué la correcta y abrí el candado sin dificultad. Mi padre, como buen militar, mantenía todas sus cosas en perfecto estado. Corrí hasta el armario del fondo, lo abrí y cogí una de las escopetas. La caja con los cartuchos estaba en el cajón. Cargué el arma, me llené el bolsillo de cartuchos y salí a toda velocidad.

Justo en ese momento, el asesino salía de la casa. Corrió hacia la derecha mientras se separaba de la fachada para tener una visión más amplia del tejado.

—¡No te muevas! —grité.

Él me miró sorprendido, vio el arma en mis manos, pero no se detuvo. Luego volvió los ojos hacia el tejado y yo con él. Olivia intentaba girar por la parte de atrás de la chimenea para llegar a la escalerilla de mantenimiento.

El asesino levantó el arma y apuntó. No dudé. Apoyé la culata de la escopeta en el hombro y apreté el gatillo. Soy hijo de militar, mi padre me había enseñado a disparar siendo un niño. Acerté. El hombre cayó al suelo como un fardo. Corrí hasta él sin dejar de apuntarle y aparté la pistola de una patada. Estaba vivo, pero necesitaba asistencia cuanto antes.

Olivia llegó corriendo hasta mí desde detrás de la casa. Se lanzó a mi cuello y me abrazó, pero volvió a separarse cuando notó la sangre caliente de mi pierna.

—¡Estás herido! —exclamó.

—Un rasguño, te lo prometo —le dije, y era cierto. La bala no había penetrado en el muslo, aunque me había provocado una buena herida que dolía como el demonio.

El ulular de las sirenas y las luces azules de la policía llenaron de pronto el patio de la casa. Seis agentes se desplegaron con eficacia a nuestro alrededor. Dejé la escopeta en el suelo y levanté las manos.

—Soy Théodore Gaillard —me presenté—, el dueño de la casa—. He abatido al intruso, está vivo, pero herido.

Tres de los agentes nos rodearon para cerciorarse de que decía la verdad. Luego comenzaron a hablar por radio a toda prisa.

—¿Solo era uno? —me preguntó el que parecía estar al mando.

—Eso creo, al menos solo he visto a uno, y no ha habido más disparos que los que él ha efectuado. Bueno, y el mío al final —respondí.

Poco después llegaron dos ambulancias. Uno de los equipos se ocupó del tirador, que seguía inconsciente, pero gemía de vez en cuando. Le había alcanzado en la espalda, muy cerca del hombro. Esperaba que no muriera. Por un lado, no me apetecía cargar con un cadáver sobre mi conciencia y, por otro lado, necesitábamos saber quién lo había contratado y por qué.

El otro equipo sanitario me hizo entrar en la casa para explorarme la herida. A la luz clara de la cocina confirmaron lo que yo ya sabía, que la bala no me había atravesado. Aun así, la limpiaron a conciencia y me cosieron con una apretada ristra de puntos de hilo negro. Acepté el antibiótico, pero rechacé los analgésicos. Aquello no había acabado y necesitaba mantenerme despierto y alerta.

Olivia permaneció detrás de mí todo el tiempo, con su mano en mi hombro, en silencio, pero cercana, siempre presente. Ella era el calmante que necesitaba.

Uno de los agentes se acercó hasta nosotros con un teléfono en la mano.

—El inspector Roux, desde París —anunció.

Cogí el móvil y me lo llevé a la oreja.

—¿Están los dos bien? —me preguntó en cuanto lo saludé.

—De milagro —respondí—. Ha estado cerca. Lo que me preocupa es cómo nos ha encontrado.

—Yo no sabía a dónde habían ido —me recordó—. Pudieron seguirles, o quizá llevara algún mecanismo de rastreo en el coche. Y no descarte la localización telefónica, es más sencillo de lo que parece.

—Sea como sea, esto tiene que acabar de inmediato. Tienen al tipo, hagan lo que sea para que hable, y Olivia les explicará la clave del código en cuanto lleguemos.

—Un coche policial los traerá de vuelta a París en cuanto estén listos para viajar, y un segundo coche los escoltará durante todo el camino. No vamos a correr riesgos, se lo aseguro.

Y así fue. Un grupo de policías nos protegió en la cocina mientras el resto rastreaba la casa y el terreno en busca de más tiradores. Encontraron el coche del asesino y se llevaron su teléfono móvil.

Amanecía cuando nos permitieron subir al dormitorio para recoger nuestras cosas y vestirnos adecuadamente. Cuando nos sentamos en el asiento trasero de un coche sin distintivos, Olivia apoyó la cabeza en mi pecho y buscó mi mano. Entrelacé los dedos con los suyos y, por un segundo, me pregunté qué habría pasado si el asesino la hubiera matado. La respuesta me provocó un nudo en el estómago. Estaba seguro de que no había más vida después de ella.

74

Olivia

Nos acompañaron hasta una sala en la que esperaban Roux y otros tres policías, dos mujeres y un hombre, cada uno con su ordenador portátil preparado.

Hacía más de cinco horas que habíamos salido de Pont-Aven. Por el camino pudimos dormir un poco en el asiento trasero, y paramos a almorzar en un área de servicio. No creí que fuera capaz de comer nada después de todo lo que había pasado, pero desayuné con apetito y me sentí mucho mejor después.

Roux nos recibió en la calle. Llevaba el arma enfundada, pero visible, seguramente para disuadir cualquier conato de agresión. La visión de la pistola, lejos de tranquilizarme, me recordó el peligro que corría. Que corríamos, porque Théo no se separó de mí en ningún momento. Había llamado a sus padres para contarles lo sucedido en su casa y advertirles que, hasta nuevo aviso, la propiedad era la escena de un crimen y no podían entrar. Su padre le pidió infinidad de detalles que Théo le ofreció con concisión y claridad. Entonces vi de nuevo al hijo del militar, y me gustó.

El inspector nos ofreció café, agua o algo para comer, pero lo único que queríamos era acabar cuanto antes con todo aquello. Nos sentamos a la mesa, respiré hondo y empecé a hablar.

—Cada noche, Nicole Labelle se encerraba durante al menos media hora en su despacho. El resto del tiempo, su puerta estaba siempre abierta, incluso cuando tenía visita. Nunca pregunté qué hacía durante ese tiempo, pero ahora supongo que lo dedicaba a actualizar sus cuadernos. Aunque apenas hay unas pocas entradas de cada día, no es fácil codificar cada frase. Nicole utilizó el código Vigènere —seguí—, relativamente sencillo, pero imposible de

descifrar si no se conoce la clave. En este caso, la llave es su nombre, Nicole. Yo conseguí traducir las pocas líneas que me había llevado fotocopiadas, así que estoy segura de que funciona. Ahora les toca a ustedes —concluí.

Roux me miraba fijamente. Me pareció ver un atisbo de sonrisa en sus labios.

—Bravo, señorita Roussel, y gracias. —Asentí y continuó—: mi equipo ha escaneado cada página de los cuadernos y las ha convertido a un formato editable. Los informáticos han desarrollado una aplicación que solo ellos saben cómo funciona, pero me aseguran que es capaz de traducir ese jeroglífico a lenguaje normal en poco tiempo. —Señaló hacia los tres policías con sus ordenadores, que me saludaron con una sonrisa—. Solo necesitábamos la clave, y ya la tenemos. Cuando queráis —les dijo.

Al unísono, las dos mujeres y el hombre inclinaron las cabezas sobre sus portátiles y comenzaron a teclear. Sus dedos volaban sobre las letras, lanzando órdenes e instrucciones a la aplicación para que hiciera su trabajo. También a la vez, levantaron las manos y miraron la pantalla con el ceño fruncido.

—¿Funciona? —preguntó Roux con la ansiedad palpitando en su garganta.

—Claro —respondió una de las mujeres—, pero el programa necesita tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —insistió el inspector.

—Ni idea —contestó la agente sin apartar la vista del portátil.

El inspector se levantó y se acercó a la ventana. Théo también se puso de pie y avanzó hasta situarse frente a Roux.

—¿Ya sabe cómo nos encontraron? —preguntó.

Roux movió la cabeza arriba y abajo.

—El tipo les siguió —respondió—. Llevaba días pegado a sus talones, esperando su oportunidad.

—¿Han hablado con él? —se sorprendió Théo.

—Apenas unos minutos antes de que lo metieran al quirófano.

—¿Y saben quién lo contrató? Insistió en que le pagaban por esto.

—No dijo nada más, pero no vamos a parar hasta que tengamos un nombre.

—Confío en ello —dijo Théo.

—Puede hacerlo.

—Listo —dijo entonces una de las agentes.

Acto seguido, la impresora que habían colocado sobre la mesa empezó a escupir papeles impresos, una larga lista de entradas, nombres y cifras que habían permanecido ocultas a la vista de todos gracias al ingenio de Nicole. Un ingenio que había estado a punto de costarnos la vida…

Roux se colocó entre nosotros y la impresora.

—No puedo compartir el resultado con ustedes —nos dijo—. Es trabajo policial. Les acompañaremos a casa y contarán con vigilancia policial las veinticuatro horas del día.

—Espero que nos informe —le pedí a Roux—. Han intentado matarme tres veces, lo menos que le puedo pedir es que me diga quién y porqué.

—Lo haré en cuanto pueda, se lo prometo. Y ahora, si me disculpan, nos esperan un montón de horas de trabajo.

Los mismos policías que nos habían traído desde Pont-Aven nos acompañaron al apartamento de Théo. No se marcharon hasta que la patrulla prometida se apostó en el descansillo.

Cuando nos quedamos solos, me dejé caer en el sofá. Me costaba asumir todo lo que había pasado en apenas día y medio. Théo se sentó a mi lado y se acarició la pierna herida.

—¿Te duele? —pregunté.

—Un poco —reconoció—, pero me habría dolido infinitamente más perderte.

Se inclinó sobre mí y me besó con dulzura. Luego me abrazó y me pegó a su pecho.

—Necesitas dormir —le dije.

Él asintió con la cabeza. Me levanté, me situé frente a él y le ofrecí la mano. Théo la cogió y se levantó. Lo guie hasta su habitación, la nuestra desde ese día, y lo desnudé despacio, con cuidado de no hacerle daño cuando le bajé los pantalones. Abrí la cama y lo insté a tumbarse. Luego me desnudé y me acosté a su lado. Apagué la luz, me acurruqué contra su costado y cerré los ojos.

Me despertó el olor del café, no sé cuánto tiempo después. Me desperecé y estiré los brazos. Théo no estaba a mi lado. Abrí los ojos. La persiana estaba un poco levantada y las cortinas, separadas. Había sol. ¿Cuánto había dormido?

—Buenos días —me saludó la voz grave de Théo. Al instante, todas mis preocupaciones desaparecieron. Sonreí y me volví hacia él. Estaba en la puerta de la habitación con una bandeja en las manos. Solo llevaba puestos sus calzoncillos, nada más.

—Gracias por el espectáculo matinal —le dije.

—Lo mismo digo —respondió con una sonrisa pícara.

Me di cuenta de que estaba desnuda y destapada. Encontré la sábana hecha un gurruño a mis pies. La cogí y me tapé pudorosamente. Théo simuló un mohín disgustado.

—Tengo frío —mentí.

Él sonrió y se sentó a mi lado. Llevaba el muslo vendado.

—¿Te duele? —le pregunté.

—Apenas —me dijo—. Lo malo es que no me puedo mojar la herida en unos días y tendré que lavarme como los gatos en lugar de darme una buena ducha.

—Yo puedo ayudarte con eso —sonreí.

—Te tomo la palabra.

Luego me pasó una taza de café y dejó sobre la mesita un plato con dos cruasanes. Me apoyé en la almohada con la taza entre las

manos y lo miré. Pensé en lo afortunada que era a pesar de todo. El terrible atentado que costó la vida a tantas personas me había regalado a Théo, que me cubrió con su cuerpo para protegerme. Desde entonces, a pesar de todo, se había mantenido a mi lado, a las duras y a las maduras. Habíamos vivido mucho en poco tiempo, incluso una ruptura cuando descubrí que estaba comprometido con Alice. Aquello ya era historia, como también lo era todo lo malo que nos había pasado. Confiaba en que Roux atara los cabos que le faltaban y arrestara a quien había intentado matarnos. Hasta entonces, tenía algo más importante que hacer.

Dejé la taza sobre la bandeja. Luego, cogí la de Théo y la dejé junto a la mía.

—Vamos —le dije—, voy a lavarte y afeitarte.

75

Olivia

Lo llevé de la mano hasta el baño y le pedí que se sentara en la silla que había llevado de la habitación. Cerró los ojos cuando le peiné el pelo con los dedos. Luego le masajeé las sienes y bajé despacio por los pómulos con la punta de los dedos hasta sus mejillas.

—Necesitas afeitarte —repetí.

—Puedo hacerlo yo —protestó débilmente.

—No, no puedes —zanjé.

Abrí los cajones hasta encontrar los útiles de afeitado y los dejé sobre la encimera del lavabo. Dejé correr el agua hasta que salió tibia y empapé una toalla pequeña que le coloqué sobre la cara en forma de u, de una oreja a la otra y por debajo de la barbilla. Me coloqué a su espalda y le apoyé la cabeza sobre mi vientre mientras la toalla caliente le suavizaba la piel. Volví a acariciarle las sienes. Luego puse los pulgares en la base del cuello y con el resto de los dedos le masajeé la cabeza y la cara. Théo gimió de placer. Sonreí y acabé el masaje estirándole los músculos del cuello hacia arriba.

Con mis rodillas le obligué a separar las piernas y me coloqué en el hueco. Le retiré la toalla húmeda y le besé en los labios. Théo alargó la cabeza para seguir besándome, pero me retiré y él me miró con un mohín en los labios.

Agité el bote de la espuma de afeitar y me puse una generosa cantidad en la palma de la mano. Luego, poco a poco, fui extendiéndola sobre las mejillas, la barbilla y el cuello de Théo. Él comenzó a acariciarme despacio la parte de atrás de las piernas, desde los muslos, donde terminaba la toalla con la que me había tapado, hasta las corvas. Repartí bien la espuma y me lavé las

manos para librarme del resto. Regresé con la cuchilla de afeitar en la mano derecha y la toalla húmeda extendida en el antebrazo izquierdo.

—Levanta la cara —le pedí.

Él lo hizo y empecé a pasar la hoja despacio por su cuello, de abajo arriba, como había visto hacer a mi padre cientos de veces. Después de cada pasada, limpiaba la espuma sobrante en la toalla. Pasé con cuidado sobre su nuez de Adán, y me agaché para ver bien la curva de su mandíbula. La cuchilla estaba afilada.

Théo seguía mis movimientos con atención, sonriendo sin separar los labios y sin dejar de acariciarme las piernas. Me centré después en sus mejillas. Estiré la piel a la altura de la oreja y arrastré la espuma y la barba en pocas pasadas. Luego dibujé con cuidado la curva de la barbilla y me centré en la otra mejilla.

Cuando comprobé que no quedaba rastro de barba, cogí una toalla y limpié los restos de espuma de su piel. Después, le aclaré con agua tibia con mis propias manos, acariciándole en círculos muy despacio. Para entonces, Théo ya había cruzado la frontera invisible de la toalla y había empezado a jugar con mi trasero, colando de vez en cuando un dedo travieso en mi entrepierna.

Por último, cogí el bálsamo para después del afeitado y me puse una pequeña cantidad en la palma de la mano. Lo froté con la otra y volví a sus mejillas, a la línea de las mandíbulas, al poderoso cuello, a los hombros desnudos, al vello de su pecho.

Théo me arrancó la toalla y se lanzó a por mis pechos. Cogió un pezón entre los labios y succionó sin piedad hasta hacerme gemir. Sus manos me agarraron el culo con fuerza. Me agaché un instante y cogí la cinturilla de sus calzoncillos. Él levantó un segundo el trasero para que pudiera pasarlos hacia abajo y librarme de ellos. Estaba duro como una piedra, listo para mí.

Sin pensarlo, salí de entre sus piernas e invertí la posición, colocando las suyas entre las mías. Después lo besé mientras me sentaba sobre su polla y lo sentía dentro de mí. Ufff, la sensación fue indescriptible. El calor del baño, el aroma del bálsamo de afeitado,

nuestros cuerpos completamente pegados el uno al otro y un baile de manos y lenguas que parecía no tener fin.

Con los pies firmemente apoyados en el suelo tenía en control de mi deseo. Subí y bajé a mi ritmo, sintiéndolo por completo, aferrándome a sus hombros y sintiendo sus manos en mi trasero mientras me besaba el cuello, los hombros, los labios…

Aceleré el ritmo y él me siguió, levantando las caderas para encontrarse conmigo y entrar aún más dentro de mí. La sensación era abrumadora. Sentí llegar el orgasmo como una potente y placentera descarga eléctrica. Eché la cabeza hacia atrás y Théo se apoderó de nuevo de mi pezón. Su boca en mi pecho me acompañó en la subida al paraíso. Fue… increíble. Subí y bajé mientras el orgasmo me recorría entera. Cuando pasó, Théo me abrazó con fuerza y esperó a que mi corazón se calmara.

—¿Lista? —me preguntó con una sonrisa pícara. Sus ojos verdes brillaban como gemas.

—¿Lista para qué?

—Para el segundo asalto.

Se puso de pie conmigo en brazos, todavía aferrada a sus caderas, y me llevó a la cama. Buscó un preservativo en la mesita y se colocó entre mis piernas.

—Eres preciosa —me dijo—. Te quiero.

Oh, dios. Sus palabras provocaron un incendio en mi interior, un fuego abrasador que no me dejaba hablar, ni moverme, ni reaccionar. Quería llorar, y reír, y abrazarlo el resto de mi vida, pero no encontraba las palabras para decírselo.

El brillo de sus ojos se apagó un instante, pero pronto brilló de nuevo, con más intensidad incluso que antes.

—Te quiero —repitió.

—Yo también te quiero —dije por fin.

Théo me cogió la mano y entrelazó sus dedos con los míos mientras entraba de nuevo en mí, esta vez despacio, mirándome a

los ojos, saboreando cada segundo, cada centímetro. Adelantó las caderas para hacerme suya, y yo lo sentí totalmente mío.

El fuego que sentía en mi interior, lejos de aplacarse, se alimentó de mi deseo y se extendió por todas las células de mi cuerpo. Me sentí arder de placer y de amor hacia ese hombre que había llegado a mi vida de manera inesperada pero que ya formaba parte de ella para siempre.

Solo él podía apagar el fuego, y lo hizo con sus besos, con sus caricias, con sus palabras susurradas al oído. Palabras lascivas unas veces, que me excitaban hasta límites insospechados, y cariñosas otras.

Lo sentí acelerar en mi interior y levanté las caderas para acompañarlo. Théo se incorporó un poco sobre la cama para poder mirarme a la cara mientras me corría. Clavé mis ojos en los suyos y disfruté de un nuevo orgasmo, una oleada de calor y placer que compartimos unidos, juntos.

76

Théo

Tardamos dos días en tener noticias de Roux. Durante ese tiempo no me moví del apartamento. Trabajé desde mi despacho en casa y disfruté de la compañía de Olivia. Soy incapaz de contar cuántas veces hicimos el amor en ese tiempo. A veces, nos cruzábamos en el pasillo, uno rozaba al otro y acabábamos follando contra la pared. Nunca teníamos suficiente el uno del otro, y eso era maravilloso.

También contraté una empresa para que reparara los destrozos en el piso de Olivia. Si ella quería volver, debía estar en buen estado, aunque cruzaba los dedos para que decidiera quedarse conmigo. Lo que tenía claro era que no la iba a presionar de ninguna forma.

La mañana del segundo día, el timbre de la puerta nos sobresaltó mientras desayunábamos. Ahí afuera había dos policías, así que di por hecho que o bien eran ellos, o bien quien llamaba era de confianza.

Detrás de la puerta estaba Roux.

—Inspector —saludé mientras me hacía a un lado para que pasara.

Me siguió hasta la cocina, donde Olivia se había puesto de pie para recibirlo.

—Señor Roux, ¿le apetece un café? —le ofreció.

—La verdad es que me vendría muy bien, gracias —aceptó.

Se sentó en la silla que le indiqué y nos miró alternativamente sin decir nada. Cuando Olivia le puso delante la taza de café, bebió un sorbo, cerró los ojos y sonrió.

—Buenísimo, gracias —dijo. Luego dejó la taza sobre la mesa y sacó un cuadernito del bolsillo de la chaqueta. Lo abrió y pasó las

páginas hasta encontrar lo que buscaba—. Señorita Roussel, ¿le suena el nombre de Dominic Fillon?

—Me resulta familiar —respondió Olivia—, pero no caigo…

—Es un político emergente ligado a la extrema derecha —la interrumpió Roux—. Muchos lo han acusado de nazi, pero el tipo aguanta el tirón y sube en las encuestas.

—¿Qué tiene que ver con nosotros? —pregunté.

—Es nuestro hombre —respondió Roux—. Él buscaba los cuadernos y contrató al matón que los siguió por media Francia.

—Pero ya tenía los cuadernos… —murmuró Olivia—, ¿por qué no me dejó en paz?

—Supuso que usted, como mano derecha de la señora Labelle, quizá supiera algo que no debería saber, y decidió que era mejor prevenir que lamentar. Fue una suerte que hiciera esas copias, señorita. Sin ellas, estaríamos buscando una aguja en un pajar.

—¿Cómo han dado con él? —quise saber.

Roux consultó su reloj.

—Dentro de una hora todo se hará público, así que puedo contárselo. Su nombre aparecía varias veces en los cuadernos. Muchas, de hecho, y asociado a grandes cantidades de dinero. El señor Fillon compraba cocaína en *Le chat noir*, y creemos que también otros «servicios» prestados por muchachos muy jóvenes. La señora Labelle anotaba cada transacción en sus peculiares cuadernos. Nombre, fecha y cantidad, todo muy meticuloso. Al parecer, un día amenazó a la señora Labelle, y ella mencionó la existencia de los cuadernos y de una memoria externa que podrían acabar con él de un plumazo. Era su seguro de vida.

—¿Organizó él el atentado? —A Olivia le tembló la voz cuando formuló la pregunta.

—No, no lo hizo. Ese fue un desgraciado acto terrorista. Sin embargo, cuando se enteró de que había desaparecido el contenido de la caja fuerte, se temió lo peor.

—Lo que no entiendo —siguió Olivia— es cómo llegó hasta mí.

—Aquí, la policía tiene parte de culpa. Uno de mis hombres, del que ya nos hemos ocupado, le filtró la información a Fillon y mencionó mi interés por usted. Fillon puso en marcha a su ejército de confidentes y vigilantes y descubrió lo de la caja de seguridad. El resto… Bueno, por desgracia lo ha sufrido en carne propia.

—Y ese policía…

—Está en la cárcel —terminó Roux—, igual que Fillon y un par de sus colaboradores más directos. Y el matón que los visitó seguirá el mismo camino en cuanto le den el alta en el hospital. Punto final, querida señorita.

Roux se apoyó en el respaldo de la silla y se terminó el café. Luego se levantó y le ofreció la mano a Olivia, que se la estrechó con una sonrisa en los labios, y luego a mí. Lo acompañé a la puerta.

—¿Está seguro de que todo ha terminado? —le pregunté cuando ya se marchaba.

—Muy seguro —afirmó—. No volverán a molestarlos. La patrulla se quedará un par de días más, por si con el revuelo de la noticia alguien tiene alguna idea loca, pero pretendemos que la identidad de la señorita Roussel permanezca en el anonimato incluso durante el juicio. Ya he pedido la protección absoluta y, después de lo que ha pasado, ningún juez podrá negármela. Siento todo lo que ha pasado —añadió.

—Usted ha hecho su trabajo —le dije— y no tiene la culpa de nada. Le agradeceré que nos mantenga informados en el futuro, por si hay que volver a tomar precauciones.

—Lo haré, pero le garantizo que no tienen nada de lo que preocuparse.

Cerré la puerta y volvía a la cocina. Olivia había salido a la terraza y se había sentado en una butaca al sol. El verano era ya un hecho, aunque las mañanas seguían siendo agradables.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí —me aseguró—. Sorprendida porque alguien sea capaz de ordenar un asesinato para proteger su carrera política.

—Es una cuestión de poder —le dije—. A Fillon lo único que le importa es el poder que le proporciona el partido y el cargo. Espero que se pudra en la cárcel.

—Yo también —suspiró.

Me senté a su lado y la rodeé con mis brazos. Ya no temblaba, como la primera vez que la abracé. Había demostrado ser una mujer sumamente fuerte. Se había negado a rendirse, a huir o esconderse a pesar de las tentativas de asesinato, a pesar del miedo y los ataques. Había permanecido de pie, firme. Y yo no podía más que admirarla.

—Creo que nos merecemos unas vacaciones —le dije.

—¿Qué propones?

—Volvamos a Hennequeville. Podemos navegar, tomar el sol y comer marisco. Haremos excursiones en moto, dormiremos hasta el mediodía y ocuparemos el tiempo en… Bueno, en lo que nos parezca mejor —añadí mientras me acercaba a su boca.

—Me parece una idea fantástica —admitió contra mis labios.

Abrí la boca y abarqué la suya. No había un sitio mejor en el que estar.

Epílogo

Olivia

El sol se colaba entre los visillos blancos que cubrían las ventanas. Llevábamos cinco días en Hennequeville y Théo había cumplido todas sus promesas. Habíamos salido a navegar en velero, habíamos comido marisco y bebido champán, tomamos el sol en la playa y en cubierta, dormimos hasta mediodía y habíamos hecho… Bueno, todo lo que habíamos querido.

Me sentía saciada, feliz, amada. Era una sensación que no había conocido hasta ahora y que esperaba disfrutar el resto de mi vida. Acaricié la espalda bronceada de Théo, que gruñó remolón y alargó un brazo y lo dejó caer sobre mi cintura.

—Si estás despierta —susurró— ¿por qué no me estás besando? O algo mejor…

—No puedo más —me quejé—, me duele todo.

—Sí que puedes —dijo, y de un salto se colocó sobre mí y empezó a besarme.

—¡Para! —le pedí cuando me dejó respirar—. Recuerda que hoy tenemos visita.

Théo se dejó caer sobre el colchón y se retiró el pelo de la cara. Estaba guapísimo con esa mata espesa y ondulada que había crecido bastante desde que nos conocimos.

—¿Quién tuvo la idea de invitarlos? —preguntó, gruñón.

—Tú —le recordé.

—Soy un bocazas —bufó antes de volver a colocarse sobre mí—. ¿Y uno rápido?

—No, no y no. Tenemos que ducharnos, adecentar la casa y preparar la comida.

Salí de debajo de su cuerpo y salté de la cama. Me metí en la ducha sin darle tiempo a protestar, pero un minuto después, Théo me siguió y entró conmigo bajo el agua.

—Eres como un niño pequeño… —protesté.

—Solo vengo a ayudarte —se quejó—, así vamos más rápidos.

Me enjabonó la espalda, el culo y la entrepierna, se entretuvo en mis pechos y me aseguró que mis piernas necesitaban una limpieza profunda. Me masajeó el cuero cabelludo con el champú y me repartió el acondicionador. Para compensar, mientras la mascarilla hacía efecto le devolví el favor y le enjaboné a conciencia la ancha espalda, el musculoso trasero y los muslos, poderosos como columnas. Luego me ocupé del pecho y le repasé los abdominales. Protestó cuando le hice cosquillas, pero no se movió. Luego nos aclaramos los dos y salimos envueltos en una toalla.

Théo se secó y se vistió en un momento.

—Te espero abajo —me dijo—. ¿Te apetece un poco de fruta con el café?

—Perfecto.

Sonreí y lo vi marcharse.

Estaba contenta y muy ilusionada por la visita que esperábamos. El día anterior, Théo había decidido organizar una fiesta en el barco e invitar a Kyllian y a Adele, nuestros mejores amigos, aunque entre ellos no terminaran de entenderse. Pues iban a tener que aprender a llevarse bien, porque mi vida y la de Théo estaba a punto de dar un nuevo giro.

La noche anterior volvíamos a casa dando un paseo después de cenar en el pueblo. Disfrutábamos mucho de la libertad que teníamos ahora, con Fillon en la cárcel y el complot desarticulado. Caminábamos cogidos de la mano, hablando en voz baja de todo y de nada, compartiendo el placer de estar juntos. Théo se detuvo en el charco de luz de una farola y me giró hacia él.

—Llevo un tiempo pensando en algo —empezó.

—¿Cuánto tiempo? —le pregunté, intentando bromear.

Él me miró muy serio y me besó la mano antes de responder.

—Desde que te conocí. —No supe que decir. Lo miré con los ojos muy abiertos y esperé a que siguiera—. La primera vez que te vi, brillabas como un diamante. Te enfrentaste a todo, demostraste que eres una diosa poderosa que no se deja amedrentar por unos simples humanos.

—Yo no…

Puso un dedo sobre mis labios y siguió hablando.

—No podía dejar de pensar en ti, por eso estaba sobre la acera el día del atentado.

—Y el día anterior —le recordé.

—Sí —sonrió—, y el día anterior. Saliste corriendo en cuanto me viste.

—Pensé que eras un acosador… —confesé.

—Yo pensaba lo mismo de mí, no te preocupes. Luego, cuando ocurrió todo y te vi tan vulnerable, no podía dejar de pensar que tenía que mantenerte a salvo porque tú eras… eres… La mujer de mi vida.

Contuve la respiración. Sus ojos parecían capaces de atravesarme, y sus manos se aferraban a las mías como si fueran una línea de vida.

—Théo… —empecé a decir. Él negó con la cabeza y me callé.

—Eres la mujer de mi vida, lo supe en el instante que te vi. Por eso, me atrevo a pedirte que me hagas el honor de casarte conmigo.

Théo se arrodilló ante mí y sacó una pequeña cajita del bolsillo. La abrió y me ofreció el anillo que contenía. Mi corazón latía tan deprisa que pensé que se me iba a salir del pecho.

—Sí, claro, sí —balbuceé emocionada—. Me casaré contigo cuando quieras, donde quieras, ahora, si lo deseas. Te quiero.

Se levantó con una sonrisa en los labios, me abrazó por la cintura y me levantó en el aire. Giró conmigo entre sus brazos mientras reíamos como dos adolescentes. Luego me dejó en el suelo, me

besó y me puso el anillo, un diamante enorme rodeado de pequeños rubíes como el fuego que ardía en mi pecho.

—Tenemos que celebrarlo —dijo cuando retomamos el camino—. ¿Qué te parece si llamamos a Kyllian y Adele y los invitamos a venir? Podemos pasar el día juntos, incluso pueden quedarse a dormir si quieren, hay sitio de sobra. Se lo contaremos en la comida.

Sonreía de oreja a oreja y le brillaban los ojos. Yo también sonreía, y creo que si Théo no me hubiera sujetado de la mano, habría salido volando.

—Me parece una gran idea —admití.

Dicho y hecho. Yo llamé a Adele, que aceptó en el acto, y Théo llamó a Kyllian, que tampoco se hizo de rogar. Intentamos convencerlos para que vinieran en el mismo coche, pero fue imposible.

Salí del baño con el pelo ya seco y me puse un sencillo vestido de verano y unas sandalias sin tacón. Kyllian ya había llegado, y charlaba con Théo en la terraza mientras tomaban una cerveza.

Kyllian se acercó a mí y me abrazó con cariño.

—Veo que mi querido amigo te cuida bien —me dijo, guiñándome un ojo.

—No puedo quejarme —sonreí—. Me alegro de verte.

En ese momento escuchamos unos estruendosos bocinazos en la puerta de entrada. Théo accionó el mando a distancia y Adele entró con su viejo Renault.

—No sé cómo la dejan sacar eso a la carretera —bufó Kyllian.

—Compórtate —oí que le decía Théo—, es la mejor amiga de Olivia y, además, es una mujer estupenda.

Kyllian frunció los labios y le dio un trago a la cerveza.

Yo corrí a abrazar a mi amiga. Estaba increíble con unas bermudas blancas y un short rosa palo. Su preciosa piel como el ébano brillaba bajo el sol. Se había recogido el pelo en un moño alto que resaltaba sus pómulos afilados, sus ojos de tigresa y sus generosos labios.

Tenerla entre mis brazos fue la última cura que necesitaba mi alma para sanar por completo.

Théo la abrazó con cariño y Adele le dio dos sonoros besos en las mejillas. Luego entramos en la terraza cogidas del brazo. Arrugó la nariz cuando vio a Kyllian, pero, tal como me había prometido, lo saludó con educación e incluso se acercó a él, aunque no demasiado.

Théo sirvió vino y se alejó con Kyllian hacia la barbacoa, dejándonos a nosotras el campo libre para charlar con tranquilidad.

—¿Qué tal va todo? —me preguntó en cuanto estuvimos solas.

—Increíblemente bien —le aseguré.

—Se te ve en la cara —me dijo con una sonrisa enorme—, y no sabes cuánto me alegro.

La puse al día de las últimas novedades y se alegró mucho cuando le conté que Roux había dado la investigación por concluida y que ahora solo faltaba que los detenidos comparecieran ante el juez.

Cuando nos llegó el olor a pescado asado, nos levantamos y pusimos la mesa en la terraza, debajo de una enorme sombrilla. Saqué el vino de la nevera y lo coloqué en la cubitera. Théo y Kyllian llegaron con dos enormes bandejas a rebosar de pescado y marisco que habían cocinado a la brasa. Olía de maravilla.

Comimos, bebimos y nos reímos. Servimos café y, cuando el calor empezó a aflojar, nos tumbamos en la hierba para recibir la brisa que llegaba del mar.

—Esto es vida —dijo Kyllian, que se había metido una brizna de hierba en la boca.

—Si un día no vuelvo al trabajo, búscame aquí —siguió Théo, que se había tumbado boca arriba. Yo había apoyado la cabeza sobre su estómago y disfrutaba viendo cómo el viento agitaba las hojas de los árboles.

Un momento después, Théo me dio dos toquecitos en el brazo para llamar mi atención. Me incorporé sobre el codo y lo miré. Él me

guiñó un ojo y movió la cabeza hacia nuestros amigos. Era el momento.

Théo se sentó y yo me acomodé entre sus piernas.

—No podéis estar separados ni un momento, ¿verdad? —bromeó Kyllian.

Nos reímos y Théo me besó en el pelo.

—Tenemos que pediros un favor —empecé. Kyllian y Adele nos miraron a los dos, sin comprender—. Es algo muy importante para nosotros, posiblemente lo más trascendental que hagamos en nuestra vida, y os necesitamos, porque sois nuestros mejores amigos —seguí.

—¿A los dos? —preguntó Adele, un tanto alarmada.

—Sí, a los dos —confirmó Théo.

—¿De qué se trata? —preguntó Kyllian, que ya no sonreía.

—Quiero… Queremos —corregí— que organicéis nuestra boda.

Durante unos segundos, nadie dijo nada. Nosotros, porque esperábamos su reacción, y ellos, porque realmente no sabían qué decir.

—Pero una boda… —empezó Adele.

Me levanté, me arrodillé frente a ella y la cogí de las manos.

—Eres la persona más creativa que conozco —le dije—. Eres organizada y muy trabajadora. Me conoces, sabes cómo soy, qué me gusta y qué aborrezco. Nadie mejor que tú para organizar mi boda. Porque serás mi dama de honor, ¿verdad?

—Ay, dios —dijo justo antes de abrazarme.

—Creo que esto es un sí —exclamé entre sus brazos.

—Y tú, ¿qué dices? —preguntó Théo.

Kyllian se encogió de hombros.

—Alguien tiene que asegurarse de que tengas una despedida de soltero en condiciones —dijo—. Acepto, siempre que no tenga que elegirte la ropa interior.

—De eso me encargo yo —respondí—. Entonces, tenemos un acuerdo. Vosotros os encargaréis de todo lo relacionado con la ceremonia, el banquete y la fiesta. Théo y yo nos ocuparemos de los invitados y de los vestidos, ¿es así?

—Es así —dijo Adele con una amplia sonrisa.

Kyllian la miró largo rato, inusualmente serio, pero no enfadado. Luego extendió la mano y se la ofreció a Adele. Ella dudó un segundo, pero luego aceptó el apretón.

—Muy bien —dijo Kyllian—. Organizaremos la mejor boda de la historia.

Fin

La saga continua en:

(Haz clic en la imagen o título)



Opinión

Espero que hayas disfrutado mucho del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy una autora autopublicada necesito de tu apoyo. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

Escribir mi opinión

Mil gracias,

Emily Lockwood.

¡Gracias por leer mis libros!

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo:

Puedes encontrarme en:

Amazon

Twitter

Facebook

Instagram

Email: e.lockwoodspain@gmail.com.
